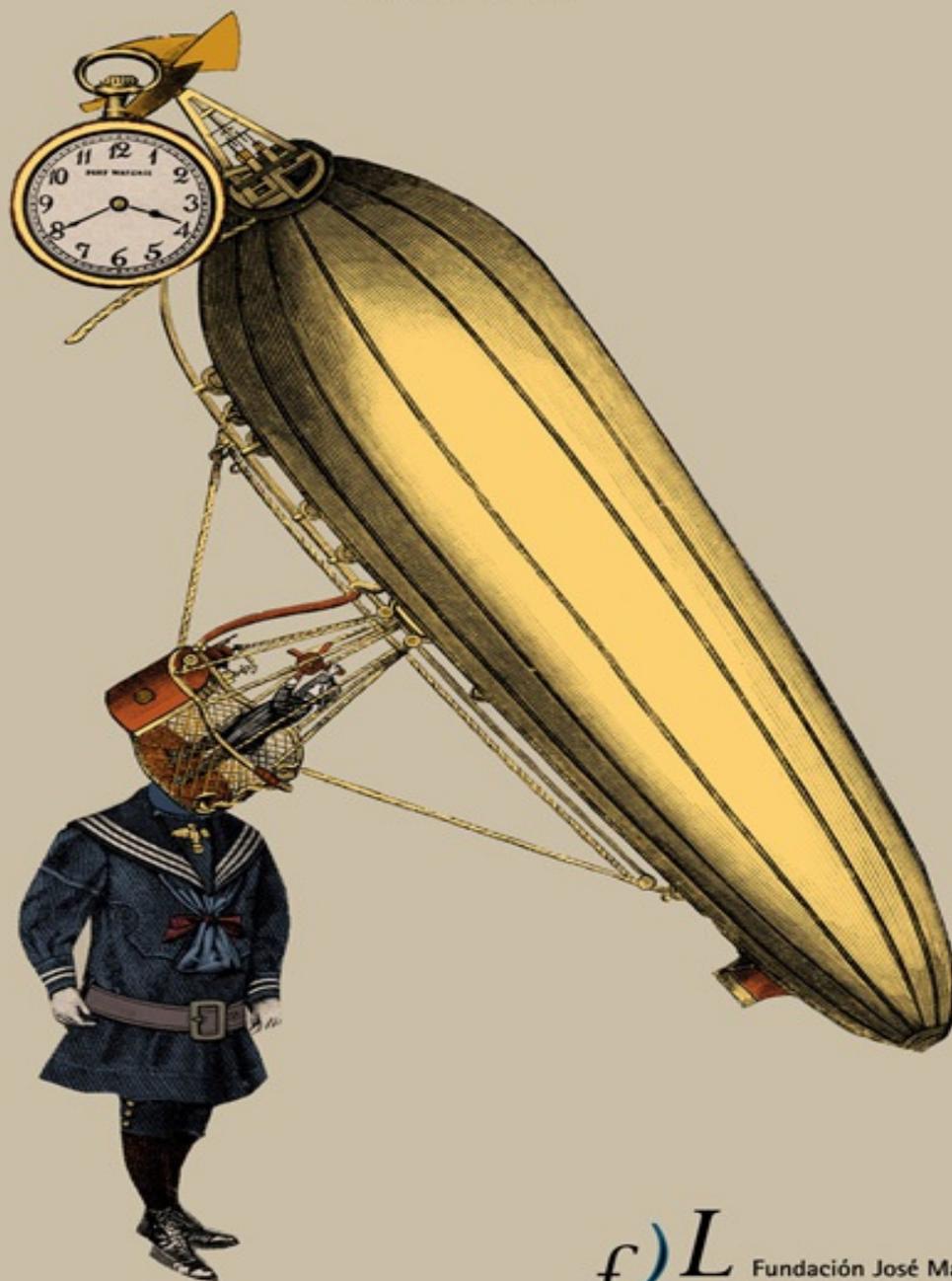


PREMIO MANUEL ALVAR DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS 2019

FELIPE BENÍTEZ REYES
**EL INTRUSO
HONORÍFICO**

PRONTUARIO ENCICLOPÉDICO PROVISIONAL
DE ALGUNAS COSAS MATERIALES Y CONCEPTUALES
DEL MUNDO



Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

...trazas de mundo son desperdigadas...

VALBUENA DE MICER

Todo debe ser enciclopedizado.

NOVALIS

PRÓLOGO

EL MUNDO COMO FALTA DE VOLUNTAD Y COMO EXCESO DE REPRESENTACIÓN

En teoría al menos –lo que no es poco–, todos los libros que escribimos podrían ser inacabables, aunque todos los que nos dedicamos a escribirlos optemos por acabarlos, bien sea por agotamiento, por aburrimiento o por tenacidad, esas tres musas secretas. La sugestión de que lo potencialmente infinito puede finiquitarse tiene mucho de insensatez, pero más insensato sería el pasarse la vida mareando infinitudes.

Este es un libro acabado –al menos por ahora–, lo que no le quita su condición esencial de proyecto inacabable, ya que admitiría, según verá el lector, el examen global del mundo, en el caso optimista de que yo estuviese en condiciones de emprender ese examen y de que el mundo estuviese dispuesto a dejarse examinar.

En 1977, en un estanco de mi pueblo que estiraba su oferta con género de papelería y de librería, compré *La enciclopedia* de Novalis, que no era tal enciclopedia, sino el bosquejo de un plan enciclopédico que no llegó a desarrollar, en parte por su muerte madrugadora y en parte porque para culminarlo hubiese necesitado al menos un par de vidas muy longevas. En ella nos dejó sus apuntes sobre cuestiones fisiológicas, filosóficas, filológicas, cosmológicas y antropológicas, entre otras materias científicas o etéreamente especulativas, sin renunciar a derivaciones de pensamiento un poco desconcertantes: «¿Podría un soldado romano ser padre de Jesús?», «La mantequilla debilita». Como ustedes saben, Rimbaud –que sólo fue serio en los negocios– avisó de que no se puede ser serio a los diecisiete años, y yo, a esa edad, sin saber que desmentía al revuelto poeta francés, decidí escribir una enciclopedia a la manera de la abocetada por el romántico alemán, al parecerme un proyecto bastante razonable y llevadero para un adolescente.

Como no hace falta decir, llené un cuaderno con fárragos descabellados y con desatinos presuntuosos, hasta que el curso de la vida, que si bien no otorga la sabiduría sí alienta la prudencia, hizo que me olvidase de aquello con esa facilidad con que a las edades tempranas se pasa del entusiasmo a la desidia.

En mi primer curso de filología hispánica tuve que enfrentarme al estudio de las figuras retóricas. El profesor, el poeta José Luis Tejada, nos dio unas hojas ciclostiladas en que se

detallaban las principales, que no eran pocas, de modo y manera que mi mente entró en contacto por primera vez con conceptos como la anadiplosis, la aposiopesi o el quiasmo, sin cuyo conocimiento había logrado yo sobrevivir hasta entonces. En el bachillerato habíamos estudiado las más básicas del repertorio: la metáfora, la hipérbole, el hipérbaton y poco más, que rastreábamos en los análisis de algunos poemas. Pero allí se me abrió la puerta a un ámbito casi esotérico. Por entonces, yo escribía ya poemas, y me atrevo a suponer que alguna que otra figura retórica se me había deslizado azarosamente en ellos, pero la verdad es que jamás logré entenderme con los matices sutiles que se contenían en la definición de aquellas argucias, ya lo fuesen de dicción, de pensamiento o de la categoría que los preceptistas dispusieran aplicarles, pues en profusión las había, y muy ramificadas. Confieso que me costaba trabajo distinguir una metáfora de un símil, que es lo más bajo en lo que puede caer no ya un filólogo principiante, sino incluso un aprendiz de poeta surrealista. Como método de estudio, y a la vez como intento de comprensión simplificada mediante la simplificación acomplejada –seguro que hay un nombre de raíz griega o como poco latina para eso–, me puse a la tarea de escribir en un cuaderno un tratado de figuras retóricas con definiciones que me resultaran comprensibles, al margen de las canónicas, pero procurando respetarlas en su esencia, sobre todo para no suspender el examen, pero también por respeto a la memoria de precursores como Flavio Magno Aurelio Casiodoro o Benito Arias Montano, entre otros antecedentes ilustres en el particular. Imagino que el respeto me duró hasta que tuve que afrontar la definición privada de alguna figura especialmente abstrusa, porque el caso es que llegó un momento en que me degradé a la definición jocosa de tan altos conceptos, y ahí está el germen de estas páginas, que en un principio concebí como un *Prontuario de figuras retóricas para uso escolar y extraterrestre* y que luego quise ampliar con un *Catálogo de escritores de todos los tiempos y países*, aunque de este último empeño me aburrí pronto.

Algo después, leí la *Nueva enciclopedia*, de Alberto Savinio, el hermano del pintor Giorgio de Chirico, y allí encontré el diapasón para un proyecto más caleidoscópico y antojadizo, que no es otro que esta especie de sopa de piedra, con ingredientes propios o tomados en préstamo, tras acogerme a un lema melancólico: «Si no puedes ser el octavo sabio de Grecia, al menos dedícate a divagar».

Y en eso estamos.

POSTPRÓLOGO DIALOGADO

—¿Por qué otorga usted a este monumental prontuario enciclopédico la condición de «provisional»?

—Pues porque todo lo es: usted, yo, el universo, los prontuarios nacidos del ocio o del oficio, las excursiones metafísicas por la conciencia, el fulgor de los astros, la moral y la moda...

—¿Todo?

—Que yo sepa...

—Es decir, que el empleo del adjetivo «provisional» viene a ser un pleonasma.

—Me temo que sí.

—De modo que este prontuario arranca con un delito de pleonasma.

—En efecto.

—Pues sí que empezamos bien.

A

ABANDONO. Aunque de entrada sugiere una circunstancia pesarosa, enseguida nos muestra su feliz polivalencia: lo mismo puede aplicarse a un amor que al tabaco.

ABDICAR. Disciplina en la que, por una razón o por otra, todos acabamos siendo expertos, por lo general con un grado de fatalismo equiparable al de los monarcas desventurados.

ABERRACIÓN. Tal vez nunca una palabra ha expresado tan bien –al menos en el plano fonético– lo que expresa, en parte por esa especie de onomatopeya de un error irreparable que sugiere su doble erre.

ABOGADO. Ramón Gómez de la Serna atribuye a Cánovas del Castillo la suposición de que en España, si eres abogado, puedes llegar a ser cualquier cosa. Incluso reina madre.

ABSENTA. 1) Pseudónimo simbolista del ajenjo, que suena más a costumbrismo tabernario. 2) El poeta Villaespesa la caracterizó como «la musa verde».

ABSOLUCIÓN. Aplicable a los demás, pero sobre todo a uno mismo.

ABSTRACCIÓN. Según Ezra Pound, algo a lo que hay que temer en poesía, a pesar de que él no le tenía miedo a casi nada.

ABSURDO. 1) Dícese del teatro en general y de determinadas obras teatrales en concreto. 2) Apariencia anómala de la lógica del gran sinsentido universal. (¿Por qué los patos no tienen cresta, por ejemplo? ¿Por qué hasta hace poco vendían las camisas clavadas con alfileres a un cartón, como si fuesen cadáveres de mariposas? ¿Por qué las bombillas no tienen una muerte lenta en vez de esa muerte repentina que parece un suicidio atolondrado, con ese chasquido de luciérnaga achicharrada?) 3) En la carretera de Munive, entre mi pueblo y Sanlúcar de Barrameda, hay una venta regentada por dos hermanos gemelos imposibles de diferenciar: cuando están cara a cara, parece aquello la ilusión de un espejo de hechicería. Un día de tantos, entró allí un representante de licores y le preguntó a uno de ellos: «¿Usted es usted o su hermano?». Y ahora los gemelos lo cuentan, y nunca sabes cuál de los dos es el que lo cuenta, ya que, en vez de jugar a ser dos, como sería lo lógico, juegan

a ser ninguno.

ABURRIMIENTO. Hay conceptos que padecen un desprestigio no diré que injusto, pero me atrevería a suponer que incomprensible. El de «aburrimiento», pongamos por caso. ¿Qué habrá de malo en aburrirse, salvo el hecho mismo de estar aburrido? No lo sé, ni alcanzo a sospecharlo siquiera, pero el caso es que en nuestra civilización –tan penitencial en el fondo, aunque tan aficionada a hacerse pasar por hedonista– el aburrimiento está considerado como uno de los síntomas más inequívocos y aterradores de que nuestra vida es un asco.

Podemos acordar, así por encima, que el aburrimiento supone una falta de diversión y que la diversión consiste en no aburrirse, pero lo curioso es que el hecho de aburrirse no consiste exactamente en carecer de diversión, ya que la experiencia nos avisa de que hay diversiones que matan de aburrimiento, mientras que es muy difícil que el aburrimiento mismo mate de aburrimiento, quizá porque, cuando se está aburrido, no tiene uno ganas ni de morir. No, el aburrimiento no es una carencia nostálgica de diversiones, de expansiones o de estímulos, sino más bien una diversión que no resulta divertida, una expansión con aspecto de contractura, un estímulo que amuerma. El aburrimiento nos convierte así en seres huecos que comprenden la necesidad de llenarse de ideas y de deseos urgentes, en peleles que no encuentran nada a su alrededor que les incite a salir de sus sopores metafísicos y que caen por tanto en la cuenta de que tienen la obligación de inventarse no ya un futuro sino un mero presente, de buscar un antídoto contra los bostezos en cadena, y entonces esos personajillos aburridos se ponen a escribir sinfonías solemnes o novelas de intriga, poemas desesperanzados o cartas de amor, se animan a pintar cuadros o a dar una mano de barniz a los muebles, para no acabar aburriéndose como dicen que lo hacen las ostras, que son los animales que más se aburren, quizá porque intuyen que alguien va a comérselas crudas algún día, y la simple sospecha de un destino tan atroz acaba convirtiendo al más jaranero de los seres vivos en un fantasma meditabundo y sin gran fuelle en el ánimo, y de ahí al aburrimiento media el diámetro del bigote de una gamba, especie marina que debe de aburrirse casi tanto como las ostras, pues la intuición de acabar cocida o a la plancha tampoco es una perspectiva como para ponerse a palmejar por bulerías.

La diversión nos saca excepcionalmente de nosotros, mientras que el aburrimiento nos lleva al centro de lo que somos en realidad: un pensamiento que flota indeciso en la nada, aburrido de sí mismo, porque el centro de nuestro ser es algo así como una fiesta sin gente. La diversión nos agota y el aburrimiento nos desespera, y hay veces en que uno quisiera aburrirse del todo para no tener la responsabilidad de divertirse consigo mismo, y hay veces en que uno quisiera divertirse sin fin para no tener la responsabilidad de aburrirse y de pensar en la vida. Porque todo es un lío.

Y no les aburro más.

ACADEMIA. 1) En un principio, nombre que se daba a la escuela socrática de Platón, allá en las inmediaciones de Atenas. Según dicen quienes tienen autoridad para decir algo al respecto, debe su nombre al héroe Academos, que también daba nombre al jardín en que se hallaba aquella escuela suburbial que acabó siendo cerrada por el emperador Justiniano cuando ya el platonismo se había transformado en neoplatonismo o quién sabe si incluso en plotinismo. 2) Por antonomasia, institución madrileña con una idea sufragista del Parnaso y de la lexicografía. 3) Por extensión, cualquier peña local de próceres municipales que, a imitación de los próceres estatales, leen un discurso de ingreso ante unas autoridades atónitas, sienten su vida llevada al cenit del prestigio y se van luego a almorzar con lo más selecto de la asistencia, todos ellos liberados ya de la amenaza de los discursos. (O tal vez no.)

ACADÉMICO. 1) Según el matiz de voz y el contexto, cargo honorífico o insulto, o incluso ambas cosas a la vez. 2) Intelectual que era muy codiciado como conferenciante en los salones culturales de las antiguas cajas de ahorros, instituciones que acostumbraban regalar objetos de bronce o de metacrilato –o de ambas materias– y de traza más o menos futurista, con cargo a la partida de gastos suntuarios.

ACENTO. 1) Gota de lluvia cursiva que cae sobre las vocales afortunadas. 2) Golpe invisible que reciben algunas vocales sin por ello dejarles necesariamente el hematoma de un signo ortográfico. 3) Pluma que las vocales se ponen de vez en cuando en la cabeza para afirmar su ego ante las consonantes, esas advenedizas que no saben ni sonar por sí solas. 4) Tónico vocálico reconstituyente.

ADÍNATON. Figura retórica de las consideradas de pensamiento cuya definición resulta complicada: su propia definición parece demandar un adínaton.

ADIVINANZA. 1) Algo que no requiere definición, sino solución. 2) Nostalgia humana del derecho de la Esfinge a divertirse a costa de la perplejidad angustiada de los humanos. 3) Modalidad de regulación verbal de las incertidumbres cósmicas en general y de las particulares en particular. *Ejemplo:* «¿Qué animal se devora a sí mismo cuando se detiene a pensar que es un animal que está devorándose a sí mismo mientras piensa?».

ADJETIVO. 1) Apellido de un nombre. Existen apellidos nobles (Purpúrea, Opalescente, Ignominioso) y apellidos vulgares y plebeyos, indignos incluso de ser ejemplificados. 2) Clavel en la solapa de un sustantivo. 3) La frialdad que hay en la nieve y que la palabra nieve

no consigue expresar; por ejemplo: «La nieve sepulcral del frigorífico». **4)** Remolque del sustantivo que a veces gusta de remolcar al sustantivo por el sistema de la anteposición: nieve blanca/blanca nieve (y siete enanitos que saltan por su campo semántico, arrojándose bolas de nieve). **5)** Según Alejo Carpentier, los adjetivos vienen a ser las arrugas del estilo, de lo que cabe deducir que la plancha del estilo sería la renuncia adjetival: un sustantivo almidonado.

ADÓNICO. Verso de cinco sílabas que cierra la estrofa sáfica y que, por su cortedad, parece tener menos relación con el bello y proporcionado Adonis que con los ya aludidos siete enanos de Blancanieves, obreros cantores allá en un bosque de difícil localización.

AFÉRESIS. Amputación silábica.

AFORISMO. **1)** Al entender del postsofista José Bergamín, algo que no importa que sea cierto o incierto, porque lo único que importa es que sea certero. **2)** Cristóbal Serra da por hecho que el «aforismo es poesía que de forma líquida pasó a sólida». (Claro que, apenas unas líneas después, llega a la conclusión inesperada de que «el más perfecto aforismo entre los perfectos» es el huevo, y ahí ya se pierde uno del todo.)

ALABANZA. El mexicano Jorge Ibarguengoitia apreció lo siguiente: «Para alabar una obra hay tres procedimientos, que generalmente se usan combinados. El primero consiste en afirmar que la obra pertenece a una corriente, de preferencia desconocida, que goza de gran prestigio, como, por ejemplo, el intimismo. El segundo consiste en señalar un paralelo con un autor que tenga un nombre sonoro, como Rauschenberg. El tercero consiste en el uso de adjetivos que tengan un contenido emocional inequívoco, como por ejemplo: soberbio, contundente, elocuente. Nunca usa palabras como “exquisito”, que pueden ser interpretadas de muchas maneras».

ALBA. Algo que sólo es digno de ser visto por un niño, porque los adultos sólo se merecen amaneceres.

ALBADA. Composición poética que versa sobre el efecto desolador del amanecer en el ánimo de los amantes y que suele escribirse como muy pronto al atardecer.

ALCOHOL. El guitarrista Eric Clapton ha confesado: «En los momentos más bajos de mi vida, la única razón por la que no me suicidé fue que sabía que no bebería más si estaba muerto».

ALEGORÍA. 1) Al criterio de Ambrose Bierce, metáfora en tres volúmenes y un tigre. 2) Al criterio de Denis Diderot, «recurso general de las mentes estériles».

ALEIXANDRE, VICENTE. Poeta andaluz con mentalidad lírica de guía turístico de las selvas más o menos amazónicas –con animales salvajes y todo eso– que convirtió la calle Velintonia en una especie de Palmar de Troya.

ALEJANDRINO. Endecasílabo con tres décimas de fiebre.

ALELUYA. Estrofa de dos versos octosilábicos con rima consonante que suele sonar a rayos, y aun eso si hay suerte.

ALITERACIÓN. Rudo rudimento retórico que imita el ruido, verbigracia, de los raudos abejorros al rondar la rosa roja en la rosaleta del rubio rey de la remota Rumania. (Ramiowski III, el Rumoroso, o similar.)

ALMA. Según un personaje de Melville, «algo así como la quinta rueda de un carro».

ALMA EN PENA. Sólo tenemos certeza de lo segundo.

ALMOHADA. 1) El relleno de una almohada puede ser de diversos materiales, incluida la pluma de aves desplumadas. Como suena: existe gente que duerme sobre restos mortales de seres voladores. Hay que tener valor, desde luego, para apoyar la cabeza en una almohada de pluma y dejar que la cabeza en cuestión planee a su aire por las regiones ondulantes de los sueños: lo mismo sueñas, no sé, que eres un pato al que persigue el punto de mira de una escopeta o que eres un ángel aterrado de tener alas en la espalda, porque te duelen, de modo que, en un mal día, maldices a Dios y te conviertes en un ángel caído, fétido y pérfido, allá en las regiones infernales, agitando alas negras, tintadas por las tenebrosidades de tu alma echada a perder. O qué sé yo: apoyas la cabeza en una almohada de pluma y lo mismo sueñas que eres el jefe de una tribu apache, y en la mayoría de las ficciones los apaches tienen todas las papeletas de la tómbola de la desdicha, así que lo más probable es que descanses poco, pues los desdichados viven instalados en el desasosiego. 2) Si las almohadas hablaran, nos quedaríamos de piedra. La única ventaja de los sueños es que se olvidan casi a la vez que se conciben, aunque es probable que nuestra almohada lleve un registro de todos nuestros sueños, ya sean amables o atroces. En el interior de una almohada se tejen laberintos minuciosos, con muros hechos con los despojos de la razón, y eso está ahí, ¿verdad? Cuando cambiamos de almohada, nos pasamos dos o tres días sin soñar gran cosa, porque nuestra cabeza duerme sobre una materia impoluta. Pero, a partir del cuarto día, vuelven los sueños,

con todo su vodevil de sinsentidos, con su circo freudiano, con su guiñol de alucinaciones: nuestra almohada se ha manchado con los vertidos invisibles de nuestra mente y es ya un elemento tóxico del menaje doméstico. **3)** Cuando dormimos en un hotel, jamás logramos descansar del todo, porque se nos cuelan en la cabeza los sueños confusos de los centenares de viajeros que nos han antecedido en el uso de la almohada en cuestión, y no es raro que, en mitad de la madrugada, se despierte uno sobresaltado, sudando, aterrado de sí mismo: te has contagiado de un sueño ajeno, demasiado exótico para tu conciencia; un sueño quizá inacabado que andaba errante por el tejido del relleno de la almohada, buscando una víctima anónima y fortuita para cumplirse, pues a los sueños no les gusta que se los deje por la mitad, al saber de sobra que por ese flanco les viene su desprestigio histórico: ser el territorio natural de la inconsecuencia, a pesar del optimismo de algunos psicoanalistas. **4)** Sólo añadir que la almohada de un enfermo viene a ser parte de su enfermedad: esa blancura sucia que esponja el sudor y la fiebre, que sirve de bosque encantado para la microfauna bacteriológica o vírica y de apoyo para una cabeza despeinada, con ojos visionarios, ardientes y rojizos, como si estuviesen sufriendo una visión anticipada de esos trasmundos a los que nos mudaremos todos cuando nos llegue la hora, como no hace falta decir.

ALUCINACIÓN. Arthur Rimbaud escribió: «Me acostumbé a la alucinación sencilla: veía, sin dificultad, una mezquita donde había una fábrica, una escolanía de tambores integrada por ángeles, calesas en los caminos del cielo, un salón en el fondo de un lago; los monstruos, los misterios; un título de vodevil hacía que ante mí se alzaran espantos. ¡Luego expliqué mis sofismas mágicos con la alucinación de las palabras!». (Pues enhorabuena.)

ALUSIÓN. Tocar con la yema de los dedos algo que requeriría ser sostenido con ambas manos y que, sin embargo, si hay suerte, se mantiene suspendido en el aire con la tensión de un arco a punto de lanzar una flecha en la dirección más imprevista.

AMARILLO. Quizás el color del pasado. (Y de algunos amores, según Tristan Corbière.)

AMBICIÓN. Cuando se trata de una aspiración sin meta, el que la padece acaba siempre en el punto de partida, con las manos vacías, asombrado de verse con las manos vacías, por llenas que las tenga.

AMBIGÜEDAD. **1)** Una especie de polisemia que se hace la tonta y que puede ser un defecto retórico o un recurso retórico. **2)** Un ni-lo-uno-ni-lo-otro que indica el punto de intersección de casi cualquier apreciación con su indefinición intrínseca, como quien dice. **3)** Holograma conceptual.

AMEBEO. Palique lírico entre pastores con estudios universitarios.

AMIS, MARTIN. Algo así como el tipo que llega a un bar y te dice que va a partirte la cara (y te la acaba partiendo, no te creas), y luego te suelta una cita de Swinburne, y más tarde te insulta con un trabalenguas paródicamente shakesperiano basado en el rumor de las consonantes bilabiales y oclusivas –y sordas como los pasos de un granuja en la oscuridad.

AMOR. 1) Según Pavese, que anduvo a malas con él, la libido de un macaco. 2) El aventurero Agustín de Rojas, en *El viaje entretenido*, pone en boca del actor Miguel Ramírez esta apreciación: «El amor es rey absoluto de todo y verdadero señor del pecho, que pisa hierba y deshace palabras; que para él no aprovechan encantamientos ni conjuros, hacer imágenes, encender velas, decir oraciones al alma, formar caracteres en pergamino virgen; todos los hechizos del monte de la Luna, Tesalia, Colcos y Rodas, Pentáculos de Salomón y cuanta Geomancia hay, todo es nada llegado a querer de veras, que estas son las verdaderas hechicerías». 3) Según Groucho Marx, «lo malo del amor es que muchos hombres lo confunden con la gastritis y, cuando se han curado de la indisposición, se encuentran unidos en santo matrimonio a una mujer con la que, en situaciones normales, no los pillarían ni borrachos». 4) Al entender de Luis Cernuda, «al amor no hay que pedirle sino unos instantes, que en verdad equivalen a una eternidad». 5) La Rochefoucauld daba por supuesto que hay gente que no hubiera amado nunca si no hubiese oído hablar del amor. 6) Comeclavos, el personaje de Albert Cohen, propone estos tres extremos: «El amor no es la dama que te gusta, sino las cartas que le escribes», «El auténtico amor no es vivir con una mujer porque la quieres, sino porque vives con ella» y «El amor es la costumbre y no juegos de teatro» (y en esto último parece coincidir con el narrador de *El diablo en el cuerpo* cuando afirma que «no es en la novedad donde encontramos los mayores placeres, sino en la costumbre», aunque unas páginas después contradice este pronóstico tranquilizador). 7) Divaguemos: cuando percibimos que en el amor nos va maravillosamente bien, significa que nos va maravillosamente bien, en eso no hay trampa posible: refulge el espejismo, la ofuscación deslumbrante que por lo general, y según aseguran tanto los científicos como los amadores pesimistas y previsores, tiene los días contados, al ser como el cohete que asciende por el cielo nocturno, en la noche festiva, con la soberbia de querer explotarles en la frente a los dioses olímpicos, aunque luego desciende liviano, con su cascada de chispas mortecinas, con su llovizna ingravida de estrellas moribundas... Etcétera. Y se apaga: *bluf*. Y, a partir de ahí, las cuentas empiezan a ser irregulares: la suma es una resta. Si damos por hecho que en el amor nos va muy bien, significa que nos va bien, porque si nos fuese muy bien, ni siquiera nos plantearíamos cómo nos va. Cuando nos vemos obligados a convencernos de que en el

amor nos va bien, estamos ocultándonos que nos va regular. Cuando admitimos que en el amor nos va regular, hay que deducir que nos va mal. Cuando aceptamos que en el amor nos va mal, es que nos va muy mal. Si nos resignamos a asumir que nos va muy mal, no cabe duda: se trata ya de un infierno. Si reconocemos que nuestro amor es un infierno, es que se trata en realidad de ese infierno de máxima seguridad que está gobernado por un ente muy complicado: el Demonio del Demonio; un infierno, en fin, que excede los límites de la conciencia: en el lugar exacto en que una vez estuvo localizado un paraíso aceptable, dos alimañas se arrancan mutuamente el corazón y lo devoran con repugnancia. 8) En un relato, Lorrie Moore da por supuesto que «para que el amor dure es imprescindible tener ilusiones o no tener ninguna». 9) Cuando las cosas se torcieron entre ellos, Francis Scott Fitzgerald le dijo a Zelda, el amor oficial de su vida: «Eres una escritora de tercera fila y una bailarina de tercera fila». 10) El señor Thackeray puso en boca de su vanaglorioso pícaro Barry Lyndon la suposición de que el desarrollo de una historia de amor resulta aburrido para quienes no están implicados en ella, y dejaba la tarea de narrar dicho desarrollo a quienes consideraba novelistas mercenarios al servicio de las jovencitas de los internados.

AMOR CORTÉS. En esencia, algo así como: «¿Os importaría, mi dama, que os la metiese un poco?».

ANACOLUTO. Defecto común del habla que a veces quiere hacerse pasar por rasgo estilístico en la escritura, sobre todo en los diálogos y en los monólogos interiores con afanes de realismo psicológico, en el caso de que tal modalidad de realismo sea posible.

ANACREÓNTICA. Composición poética que debe su denominación, según se veía venir, a Anacreonte, que mereció el honor tal vez inevitable de ser traducido por caballeros dieciochescos como Esteban Manuel de Villegas, que confundió a Anacreonte consigo mismo en particular y con el siglo XVIII en general, según puede apreciarse en esta composición titulada «A una golondrina»:

¿Qué penas, golondrina,
te daré por parlera?
¿Segaréte las alas?
¿Serraréte la lengua?
¿La lengua que Tereo
te cortó con su diestra
en los tiempos pasados,
cuando estabas doncella?

Tú me quitas el sueño,
tú mi oído inquietas,
y con voz importuna
tú a Batilo me llevas.

ANACRUSIS. Sílabas iniciales de un verso que no han tenido la suerte de recibir la visita aérea de un acento rítmico, lo cual es prueba asombrosa del afán humano de dar nombre incluso a lo que no le hace falta.

ANADIPLOSIS. También llamada, con menos boato, reduplicación, que ya pueden imaginarse ustedes en qué consiste sin necesidad de reduplicar su ingenio.

ANÁFORA. Algo que se huele antes que la propia anáfora en sí.

ANAGNÓRISIS. *(También conocida como «agnición».)* Un asunto que interesó a Aristóteles, lo que no quiere decir que tenga que interesar a nadie más.

ANAGRAMA. Nomadismo alfabético que permite que un nombre de pila y un apellido se transformen en un enrevesado pseudónimo para uso artístico o similar. (El anagrama de Lucía Puratino, natural de Huelva e intérprete de fandangos, podría ser Lupita Cianuro, sin ir más lejos.)

ANALEPSIS. Una muestra de la terquedad del pasado en no aceptar ser lo que es: un fantasma evanescente que llega a sentirse orgulloso de su condición, bien sea con la ayuda del rencor o de la nostalgia.

ANÁSTROFE. Modalidad de hipérbaton que me temo que no merece la pena definir, al menos de momento.

ANTAGONISTA. El malo, sin más. O con más.

ANTANACLASIS. Polisemia de la homonimia.

ANTICIPACIÓN. Figura retórica de susceptibilidad consistente en poner el parche antes que la herida, en parte porque quien la emplea sabe de sobra que la herida resultará inevitable: basta pensar que pueden herirnos para que nos sintamos heridos.

ANTÍTESIS. Por rara que sea, nunca es rara, al ser el mundo campo de contrarios.

ANUNCIO PUBLICITARIO. Según Nabokov, algo que se escribe con la saliva de Tántalo.

APORÍA. Mezcla de duda y de lío.

ARISTOCRACIA. El aristócrata Chateaubriand –a quien el falso conde de Lautréamont despreció con el apodo de El Mohicano Melancólico– apreció que «la aristocracia cuenta con tres épocas sucesivas: la época de la superioridad, la época de los privilegios y la época de las vanidades. Al salir de la primera, degenera en la segunda y se extingue en la tercera».

ARRABAL, FERNANDO. La Virgen María se le presentó una noche y le dijo: «Arrabal, hijo mío, a ver si mañana por la mañana te peinas un poco antes de ir a tu Oficina de Genialoidades».

ARREOLA, JUAN JOSÉ. Cada vez que vemos a alguien entrar en una tienda de animales, comprar un periquito o una tarántula y salir de allí con una cajita con respiraderos colgada del dedo por un lazo, nos decimos: «Ahí va uno con su ración imprevisible de terror».

ARTE. 1) Según Fernando Pessoa, «el arte es una forma de crítica, pues hacer arte es confesar que la vida o no sirve o no es suficiente». 2) Según una máxima célebre de Whistler, algo que «ocurre».

ARTIMOÑO. Dícese del moño de estructura especialmente artificiosa.

ASHBERY, JOHN. Un empachado.

ASTAROTH. La teología católica no sólo nos sugiere creer en Dios, sino también en el diablo, lo cual no deja de constituir una incitación a una especie de politeísmo paradójico. «No se puede creer en el diablo sin creer también en Dios», señala el filósofo germano Rüdiger Safranski, historiador del mal.

Así las cosas, el exorcista oficial de la diócesis de Barcelona acaba de afirmar que jugar a la *ouija*, aun tratándose –según él– de un juego del todo fraudulento, acrecienta el riesgo de ser víctima de una posesión diabólica, riesgo que al parecer no presentan el parchís ni el tute, pongamos por caso, cuyo grado de fraude depende de las malas intenciones de los jugadores, pero no del juego en sí. De todas formas, a modo de contrapunto optimista y tranquilizador, el exorcista catalán nos informa de que «el demonio está atado muy corto en nuestro país, que es católico». Una noticia excelente, sin duda, pues resultaría preocupante la certeza de que el demonio anda sin rienda por nuestras diferentes autonomías. Existen determinados indicios, no obstante, de que el demonio tiene feudos prósperos en España. En mi pueblo, sin ir más lejos. «¿Y cuál es su pueblo?», me preguntarán ustedes. Uno llamado

Rota. «¿El demonio, en Rota?» Sí.

Hace años, un erudito local arriesgó la hipótesis de que el nombre de Rota podía derivar de Astaroth, topónimo más o menos fenicio, pues casi todo lo históricamente incierto y nebuloso suelen atribuirlo tales eruditos a los fenicios o a los tartesios, pueblos que flotan en un espacio intermedio entre la historia y la leyenda, que es un espacio muy confortable para determinado tipo de erudición. Bien. En la Biblia, en el libro de Josué (13.31), se menciona Astaroth como una de las ciudades del reino de Og –allá en Basán– que fueron asignadas a los hijos de Maquir, en tanto que en el Libro de los Reyes (11.5) se identifica Astaroth con una diosa de los sidonios, que es casi lo mismo que decir de los fenicios. Por su parte, Antonio de Guevara, en su *Relox de príncipes*, señala Astaroth como una divinidad adorada por los árabes en general. (Y así sucesivamente.) Sea como sea, y por la razón que sea, el nombre de Astaroth ha llegado hasta nosotros como el de un demonio que, según la *Pseudo-Monarchia Demonorum* de Joannes Wierus, es muy poderoso en el infierno, pues manda allí cuarenta legiones de espíritus, mientras que en la jerarquía de los ángeles caídos tiene rango de príncipe de los tronos. En el *Diccionario infernal* (1863) de Collin de Plancy, Astaroth se representa como un demonio coronado, fuerte y feo, que cabalga sobre un dragón y que agarra una víbora con la mano derecha a modo de cetro. Según el *Goetia*, libro primero del *Lemegeton*, al demonio Astaroth conviene mantenerlo a distancia, a pesar de su poder para proporcionar respuestas fiables sobre el pasado, el presente y el porvenir, pues su aliento fétido resulta venenoso. Al parecer, el momento idóneo para invocar a Astaroth es un miércoles cualquiera en el tramo que va de diez a once de la noche.

En mi pueblo, el demonio Astaroth ha prestado su nombre a una autoescuela, a un muelle pesquero-deportivo, a una calle, a un colegio, a una gestoría, a una empresa de alquiler de coches (Astarothrent) y a un premio destinado a reconocer trayectorias individuales marcadas por la ejemplaridad. De modo que supongo, no sé, que si el exorcista oficial de la diócesis de Barcelona viene alguna vez por aquí, debería traerse el hisopo bien cargado.

ASTRACANADA. Cualidad esencial de todas las novelas que algunos consideran una cualidad circunstancial de algunas novelas.

AUDEN, W.H. 1) Ludópata estilístico, a costa tal vez de muchas cosas, incluido su propio sosiego estilístico. 2) Cuando se enteró de su muerte, el poeta Brain Patten dijo en medio de un suspiro: «Qué bien. Ahora todos podremos ascender un puesto».

AURORA. Stéphane Mallarmé la vio como un «plumaje heráldico» y, lo que es más, como «un estanque de púrpura cómplice».

AUSTER, PAUL. Bueno, sí, el tipo que está solo en algún sitio y se pone a charlar con nosotros, y se pasa un buen rato contándonos eso, que está solo en algún sitio. Hasta que, por casualidad, se encuentra con Jim o con Tom, o sea, eso, por el azar mismo, por puro azar, y ya se ponen los dos a hablar de esto y de lo otro, y así durante un rato, hasta que el tipo se queda solo de nuevo, a la espera de que el azar le brinde otro pasatiempo inexplicable.

AUTOBIOGRAFÍA. El soldado Jerónimo de Pasamonte comienza la suya de este modo: «Siendo de edad de siete años por ahí, que aún eran vivos mis padres y abuelos, me salía después de comer a jugar y llevaba una aguja de arremangar en las manos que era más larga que un dedo, y para quitar la aldaba de la puerta me la puse en la boca. A este tiempo mi señor padre, que esté en gloria, me llamó, y yo, por responder, me tragué el alfiler y se quedó en medio de la garganta y me ahogaba, y con muchos remedios no me lo pude atravesar. Y una hermanita de tres años me ponía la mano y no lo pudo sacar. Al último la tragué: o que la digiriese o que Dios hizo milagro, no pareció más». (Y más o menos así arrancan casi todas.)

AUTOBIOGRAFÍA AUTORIZADA. En líneas generales, lo mismo que *casi* todo el mundo, aunque *casi* del todo diferente a *casi* todo el mundo, como le sucede a *casi* todo el mundo en su paso por el mundo, que es *casi* lo único que varía, aun siendo el referido mundo *casi* siempre idéntico a sí mismo: el escenario en que un actor nervioso finge hacerse preguntas trascendentales en cuya respuesta no tiene interés alguno, porque *casi* mejor así. (*Casi.*)

AY. Fuera del ámbito del dolor físico, onomatopeya de un suspiro.

AZAR. 1) Eric Ambler comienza su novela *La máscara de Dimitrios* con esta apreciación: «Un francés llamado Chamfort dijo en cierta ocasión, a sabiendas de que estaba equivocado, que la palabra *azar* era un apodo de la Providencia. Se trata de uno de esos aforismos cómodos y falaces que se acuñan para desacreditar la desagradable idea de que el azar desempeña un papel de importancia, si no decisivo, en los asuntos humanos. Sin embargo, no se trata de una expresión del todo imperdonable. Porque es inevitable que, en determinadas ocasiones, el azar actúe con una suerte de desmañada coherencia, que bien puede confundirse con las acciones de una Providencia consciente de sí misma». 2) «Una moneda arrojada al aire o una margarita deshojada son máquinas simples de producir respuestas del azar», ha escrito el mexicano Gabriel Zaid. 3) Lo escribió alguien, pero no recuerdo quién: abres un libro al azar y resulta que lo primero que te encuentras es la palabra azar.

AZORÍN. 1) Decía que, de tener un reloj de sol, su divisa sería «apresúrate despacio»,

tomada de la alocución latina «*Festina lente*», atribuida al emperador Augusto. 2) Vino de postre, dulce y seco.

B

BÁLSAMO DE FIERABRÁS. Según nos informa el propio don Quijote, quimera farmacológica reconstituyente para uso de andantes caballeros, que con tal bálsamo podían curar sus no pocas heridas de cuerpo e incluso de espíritu, de modo que evitaban así el temor universal a la muerte, distinguiéndose por esa vía del resto de la humanidad.

BANCO. En teoría, una entidad bancaria tendría mucho de entidad filantrópica si en la práctica no tuviese nada de entidad filantrópica, y mejor así tal vez, ya que a un banco de talante filantrópico apenas podríamos concederle unos seis meses de existencia, y aun eso si el ímpetu filantrópico no se le desmandase, pues no existe coladero mayor para el capital que el amor al prójimo, que resulta tan costoso como el odio al prójimo a escala global, según nos demuestran los índices mundiales del gasto bélico: casi tan caro sale mantener viva a la humanidad como estar preparado para destruirla.

En buena medida, una entidad bancaria es un reino mágico: te cobran por prestarte dinero y te cobran por prestárselo tú.

Si andas necesitado de dinero, el banco te da dinero a cambio de más dinero del que te da, circunstancia que permite a cualquier persona la emoción singular de endeudarse, síntoma inequívoco de progreso individual y, de rebote, colectivo. Como a nadie en este mundo le gusta prestar dinero, y dado que los bancos forman parte del mundo, los estrategas del prestamismo idearon en su día un ardid consolador para ese disgusto: prestarte un dinero que se revaloriza diariamente para ellos y que se devalúa a diario para ti, beneficiario de un dinero que te cuesta dinero, e incluso tienes que considerarte afortunado por disponer de ese caudal maldito que atenúa de forma momentánea la evidencia de tu carestía de capital mediante el procedimiento portentoso de volverte aún más pobre que cuando no tenías ni para tabaco negro.

Por lo demás, un banco también te cobra cuando eres tú el que le prestas tus ahorros, lo que es ya habilidad que roza el prodigio financiero. Bien es verdad que la banca ha inventado y puesto en circulación el mito de los intereses a favor del cliente, pero que levante la mano quien no haya visto disolverse en el aire esos presuntos intereses con otros conceptos menos míticos que actúan como neutralizadores de los intereses susodichos: las comisiones de apertura de cuenta, la cuota por el disfrute de las tarjetas de crédito, los gastos

de correo y de gestión, las comisiones de mantenimiento, las comisiones por ingresos de cheques, las comisiones por cancelación de préstamos o las comisiones por transferencia, entre otros trilerismos.

Con todo y con eso, es cierto que los bancos practican a veces la filantropía, así sea en el ámbito reducido de los multimillonarios; es decir, entre quienes no necesitan de los bancos y a quienes los bancos necesitan. Tal sector goza de la prerrogativa de estar exento del pago de los tributos antes enumerados, lo que nos lleva a recomendar desde esta tribuna a cualquier ciudadano que se convierta en multimillonario lo antes posible, pues de lo contrario no tendrá nunca dinero que le salga gratis.

Aparte de todo lo dicho, y de todo cuanto quedaría por decir, reciben también el nombre de «banco» los elementos del mobiliario urbano que sirven para que los transeúntes cansados de ser transeúntes recuperen fuerzas para reconvertirse en transeúntes, de modo que cada cual pueda seguir el rumbo que le corresponda en nuestro teatrillo universal.

BANDERA. Las banderas, siendo tan poca cosa, tienen una tarea complicada: representar con dignidad al gremio textil que las fabrica –pues no hay cosa más triste ni desacreditadora que una bandera descolorida y deshilachada– y representar a la vez, y con idéntica dignidad, conceptos más o menos abstractos, que siempre parecen estar necesitados de representación. Tales conceptos abstractos son surtidos: un país, una comunidad autónoma, una ciudad, un partido político, un equipo de fútbol, una federación de algo o incluso una tuna. Podría afirmarse que casi no existe una agrupación humana de al menos dos miembros que no tenga bandera propia, excluida, claro está, la institución del matrimonio, al menos de momento, porque no estaría mal que cada pareja elaborase una bandera con los emblemas esenciales que la definieran. (Una pareja formada por un marido que fuese buen cocinero y por una esposa que se ganase la vida como agente de bolsa, pongamos por caso, podría elaborar su bandera doméstica con las figuras heráldicas de una sartén y de una calculadora digital, dicho sea como mera sugerencia.)

A veces, las banderas no pasan de ser elementos decorativos en algunas celebraciones populares y se sitúan al mismo nivel folklórico que los matasuegras o que las bandas de cornetas y tambores; es decir, al nivel de factores complementarios de la celebración en sí, que es lo que de veras importa, banderas y banderías al margen. Pero hay otras ocasiones en que las banderas complican su simbología, hasta el punto de que mucha gente se declara dispuesta a matar o a morir por alguna de ellas –más lo primero que lo segundo, no sé por qué; quizá porque los sentimientos patrióticos infunden mucho apego a la vida. Cuando alguien dice «amar» una bandera, no sabe uno adónde mirar, y se queda igual que si alguien le confesase que ama las muñecas hinchables de peluca pelirroja.

Las banderas necesitan de un mástil, y pueden ser fijas o portátiles, sin que ello afecte a su condición básica e irrenunciable de bandera. Cuando una bandera es pequeña, recibe el nombre de banderín, que rima con cornetín, y resultan muy útiles los banderines para hacer ostentación en público del fervor que uno dispensa al concepto abstracto que el banderín represente, pues sus dimensiones menguadas no menguan su carga simbólica.

En las guerras de antes, los abanderados tenían todas las de perder, no sólo por ir en vanguardia del batallón, del escuadrón o de lo que fuese, sino también porque el enemigo consideraba un buen golpe de efecto psicológico el hecho de cargarse al susodicho abanderado, que no tardaba en ser sustituido por otro infeliz, y así hasta que acababa el rifirrafe y cada cual se iba a su casa o a su cuartel como mejor podía, que no solía ser de una manera idónea.

Y, por último, una mera curiosidad: ¿en qué estado se encuentra la bandera que los astronautas plantaron en la luna?

BAOBAB. En su jardín de Tarascón, el arrojado Tartarín tenía un ejemplar de este árbol que puede alcanzar dimensiones gigantescas, aunque, al tratarse el suyo de un ejemplar aún muy pequeño, crecía en una maceta, lo que no era impedimento para que sus vecinos fuesen allí a contemplar el baobab y saliesen pasmados de admiración por el árbol titánico, circunstancia que cada cual puede extrapolar a su antojo en lo que se refiere a la capacidad de sugestión de la mente humana.

BARNES, DJUNA. 1) Una dama que hacía crochet con lana de tiniebla, de modo que sus personajes siempre parecen caminar sobre alfombras muy gordas. 2) Se cuenta que, ya de muy mayor, fue a una tienda a comprar unas zapatillas y extendió un cheque para pagarlas. La dependienta le reclamó su documento de identidad. No lo llevaba encima, pero alegó lo siguiente: «Soy Djuna Barnes. Fui amiga de Eliot y de James Joyce». La dependienta le dijo: «Eso me parece fantástico, señora, pero ¿podría enseñarme al menos su carnet de conducir?». La escritora se irguió orgullosamente y le dijo: «¿Acaso tengo pinta de ser una de esas personas que conducen?».

BAROJA, PÍO. Menos pincel que brocha, sí, pero movida con qué buen *swing*.

BARQUERO. Alguien que dice sus verdades –las célebres verdades del barquero– a todo el mundo, aunque no consta que nadie le diga sus verdades a él.

BARROCO. Época artística en que las columnas podían retorcerse como una soga y en la que de los sonetos podía salir, como un cuco de un reloj de cuco, un imponente dios

mitológico o, como poco, una náyade.

BAUDELAIRE, CHARLES. 1) Cuando menos te lo esperas, en cualquier poema suyo comparece no ya un gato –que eso es poca cosa–, sino incluso un murciélago, pues por algo era él «*le plus triste des alchimistes*». 2) Alguna gente decía de él que le había arrancado los bigotes a un gato, que había prendido fuego al Bois de Boulogne y que era dueño de unos pantalones de montar confeccionados con la piel de su difunto padre.

BEAU CRIME. Categoría stendhaliana otorgada a los crímenes a su entender grandiosos, lo que quizá no deja de ser un afán innecesario por enredar con interferencias estéticas en la criminología.

BERGAMÍN, JOSÉ. Cogía ocho o nueve palabras, las transformaba en una idea peregrina, se hartaba de darle vueltas con la complicidad de la metáfora, del sofisma y de la glosa metafórica y sofisticada y, al final, le ponía un par de banderillas al quiebro al miura de las conclusiones filosóficas.

BEST SELLER. Libro que se vende mucho y en muy poco tiempo gracias a la confluencia espiritual de un porcentaje estimable de la población y, en algunos casos, gracias también a las letras doradas y en relieve de su cubierta.

BIBLIOFILIA. Cyril Connolly, que era bibliófilo, se preguntaba si la bibliofilia no sería una forma degenerada de la filatelia.

BIFRONTE. 1) Dícese de lo que tiene dos frentes o dos caras, circunstancia que, en un plano simbólico, puede aplicarse a todas las personas de este mundo, aunque, en un plano estrictamente anatómico, sólo está documentado –al menos que yo sepa– el extraño caso del dios Jano. 2) En su condición de pariente político del palíndromo, frase o palabra que cambia de sentido según se lea de derecha a izquierda o de izquierda a derecha. *Ejemplo práctico de frase:* «Eva usaba rímel – Le miraba suave». *Ejemplo práctico de palabra:* «Animal – lámina».

BIOGRAFÍA. 1) Partamos de un hecho contradictorio: una vida puede contarse en diez líneas o en diez volúmenes, y lo mismo viene a dar. 2) Según Enrique Lynch, «un género que a menudo sirve para dar convalidación académica al chismorrerío». 3) Djuna Barnes decía que cuantos más datos tenemos de una persona, menos la conocemos, de modo que estamos apañados con los datos. 4) El afanoso biógrafo Peter Ackroyd (tan afanoso que ha llegado a escribir una biografía de Shakespeare de ochocientas páginas cuando los datos verificables

sólo darían para redactar cincuenta) ha escrito: «La simplicidad aparente de los hombres y mujeres extraordinarios es uno de los grandes y últimos tabúes de las biografías. Hay que reconocer que, por muy grandioso y fantástico que sea el personaje, el 95% de su vida resulta corriente, poco emocionante, y no se diferencia de la vida del resto de los mortales. Se impone asimismo otra evidencia: tanto el comportamiento como la conversación del escritor más interesante (e incluso del estadista o del filósofo) es, en gran medida, normal y previsible. No es mucho lo que le diferencia del resto de los humanos, salvo una actividad o producción individual». 5) Por mal que esté decirlo, una biografía suele ser tanto mejor cuanto más demencial; es decir, cuanto más desciende al análisis del dato nimio, intrascendente y casi absurdo; incluso cuanto más se abisma en la conjetura psicoanalítica (ese curioso empeño de todo biógrafo por tumbar al biografado en el diván...), ya que esa disposición maniática por parte del autor otorga a cualquier biografía una dimensión cómica inesperada.

BLAKE, WILLIAM. El escritor Julien Green nos dejó de él una apreciación que hubiera resultado alarmante para la madre del poeta: «Casi creeríamos que era hombre por error, ya que tan poco se parecía al resto de la humanidad».

BOLSILLO. Los bolsillos forman parte de la intimidad de las personas, y sólo por eso deberían merecer nuestro respeto. Cuando uno de esos tipos disfrazados de policía que hay en los aeropuertos te ordena: «Vacíese los bolsillos», te sientes bastante incómodo, porque vas a tener que exhibir toda esa chatarrilla privada que llevas auestas a lo largo del día y a lo largo de buena parte de tu vida: las llaves en su llavero, la calderilla confusa, el inhalador, un caramelito de menta, el mechero, el monedero, un peine quizá... Vacías tus bolsillos en público y es como si pusieras a la vista de todo el mundo no sólo tus secretos cotidianos, sino tu carácter también, pues no es lo mismo llevar encima pastillas de regaliz que gominolas, de igual modo que resulta un indicativo psicológico diferenciador el hecho de tener un llavero con la efigie del Pato Donald o uno con la imagen de cuerpo entero de la Virgen de Fátima.

Son muchas las cosas que caben en un bolsillo, que para eso están. Es posible que si no existiesen los bolsillos, muchos de esos objetos que sólo pueden llevarse en el bolsillo desaparecieran, empezando por nuestras manos, pues muy poca gente está capacitada para pasear con displicencia y donosura con las manos sueltas, a menos que sea uno militar, por supuesto, ya que una de las primeras cosas fundamentales que aprendía uno en la mili era que los bolsillos no se habían inventado para andar por ahí con las manos metidas en ellos, como si fuésemos civiles ociosos o meros vagabundos en vez de recios reclutas del ejército

español, siempre dispuesto a amedrentar a la morería como entidad genérica. A un militar que cogiera el vicio de meterse las manos en los bolsillos el vicio podía costarle un arresto, pues con arresto estaba penado el llevar las manos metidas en los bolsillos, a pesar de que cueste imaginar una prenda que tenga más bolsillos que un uniforme militar, de lo que se deduce que, para la soldadesca, los bolsillos vienen a ser el equivalente de aquella fatídica manzana del Paraíso Terrenal cuyas consecuencias aún padecemos.

La cartera forma un mundo aparte dentro de los objetos que llevamos en los bolsillos: una especie de planeta autónomo, digamos. En la cartera transportamos nuestra fortuna virtual en forma de tarjetas de plástico, así como todas esas tarjetas que nos otorgan puntos acumulativos cada vez que les damos uso, de modo que el día menos pensado nos encontramos con la sorpresa de que somos propietarios de un buen montón de puntos, canjeables por un viaje o por una olla exprés, porque los puntos tienen la ventaja de ser polivalentes. Aparte de las tarjetas, que suelen ser no pocas (casi podríamos componer una baraja con ellas para jugar al mus), en la cartera solemos transportar el almanaque que nos dieron en la empresa o en la cafetería habitual (la imagen puede consistir, como ustedes saben, en un paisaje nórdico o en una muchacha con pinta de querer enamorarse del eterno masculino sin distinción de raza ni religión), y ese almanaque viene a simbolizar nuestra conciencia portátil del tiempo: allá a donde vayamos iremos con nuestra mortalidad a cuestas, contando los minutos; melancólicos por nuestra falta de eternidad, con el miedo a la nada muy metido en los huesos, dado que la conciencia de fugacidad puede ser un factor paralizante para el entendimiento, que, a partir de cierta edad, sólo entiende ya de fugacidades. Y se mete uno las manos en el bolsillo, y se echa a andar, en fin, y va tirando.

BOMBILLA. Si las bombillas no sirviesen para nada, si no alumbrasen, si se limitaran a ser objetos sin función, las veríamos expuestas en los museos, pues pocos ingenios resultan tan hermosos y delicados como una bombilla clásica. Pero, como alumbran, las bombillas tienen que conformarse con ser bombillas, que no es un gran destino, de acuerdo, pero que tampoco está mal, sobre todo para el usuario.

La bombilla es un mundo hermético, simplicísimo y complejísimo a la vez, como casi todas las cosas que merecen la pena. Una bombilla apagada es un mundo despoblado, sin el duende dentro. Una bombilla encendida es un pequeño prodigio: una luz que tiene su origen quién sabe dónde y que encuentra la meta en un filamento que puede ser de platino, de carbón, de wolframio o de tungsteno, entre otros materiales posibles, según informan quienes saben de filamentos.

Una bombilla no se pone al rojo vivo, sino al rojo blanco, que es un rojo muy peculiar, al menos para tratarse de un rojo. El bulbo de cristal de toda bombilla contiene un gas inerte

que protege los filamentos de las altas temperaturas, lo que convierte la bombilla en un ámbito con fantasma incorporado, pues como tal fantasma podemos considerar el mencionado gas inerte, que suena más a ocurrencia lírica que a término científico: inerte... El gas...

Una bombilla encendida atrae a los insectos (salvo a los traicioneros mosquitos, que son amigos de las tinieblas, al ser ellos como murciélagos en miniatura), y lo cierto es que comprende uno a esos insectos que no paran de revolotear en torno a las lámparas domésticas o a las farolas públicas: si uno hubiera nacido insecto, también se fascinaría ante ese espectáculo de refulgencia en plena noche, y creo que más de un insecto acabará pensando que una farola es en realidad la luna misma, que se ha desprendido del cielo y ha ido a parar a un muro de la calle Aribau o de la calle Ingeniero Pedro Pérez Delfaux, por no señalar a nadie en concreto.

Para una polilla con un poco de mentalidad estética, una bombilla debe de representar algo así como un palacio impenetrable de cristal en el que de noche se produce el milagro de la luminiscencia, de la luz surgida de la nada. Por eso, algunos insectos se apostan durante el día en las inmediaciones de la bombilla o sobre el cristal mismo de la bombilla, a la espera de que se ponga el sol y de que una mano distraída active el mecanismo que permite que llegue al filamento un caudal inextinguible de luz, la luz a chorros, la luz navegante que viene de qué ríos de luz.

En cuanto al destino trágico que está reservado a casi todas las cosas del mundo, digamos que las bombillas suelen tener una muerte fulminante. No hay bombilla que muera de muerte natural, de muerte lenta, por desgaste paulatino. No: la bombilla muere siempre electrocutada. En una micra de segundo, puede pasar de la actividad al acabamiento irreparable. Se trata de una muerte tan sumamente súbita que en realidad parece un suicidio, pues nada se da tanta prisa en morir como una bombilla aparentemente sana.

BOROLANI, JOACHIM-RAPHAËL. En 1910, Roland Dorgelès, en presencia –según se dice– de un notario, ató un pincel a la cola de un burro, lo puso de grupa ante un caballete y ante varios cubos de pintura y la cola del burro empezó a pintar al estilo un tanto *fauve*, animado el animal por las zanahorias que iban ofreciéndole. El cuadro fue presentado al Salón de Independientes con el propósito de ridiculizar el entonces arte moderno, que ya no lo es tanto, incluido el del burro. Visto el cuadro hoy, la verdadera tomadura de pelo radica en que es técnicamente imposible que el burro pudiera pintarlo, a pesar del aliciente de las zanahorias: es un bodrio, pero está *pintado*. (Quiero decir que no es por ejemplo un Pollock, que es lo más que uno podría esperar de un pollino habilidoso, dicho sea con el debido respeto a ambos.) Se ignora, por lo demás, el nombre artístico del burro.

BORRADOR. 1) Algo que casi siempre merece ser borrado. 2) El esqueleto desordenado de un posible prodigio que suele quedarse en esqueleto. 3) Discurso de sintaxis económica – y a menudo hermética– escrito sobre la cáscara del huevo de un dragón, como quien dice, aunque luego el huevo en cuestión esté huero.

BOTELLA. Una botella es siempre una botella, al margen de lo que contenga, lo que no deja de ser una contundente afirmación del ego botellero: así hospede un licor bravío, de una graduación que maree con sólo leerla en la etiqueta, o así albergue un refresco de naranja con burbujas, la botella es siempre botella, condición que obtiene gracias a su cualidad de recipiente multiusos.

Con lo que nos gusta a los humanos dar nombre a las cosas, aunque separe a una cosa de otra cosa apenas un leve matiz de naturaleza o de utilidad, resulta raro que no exista la palabra «burbubotella», pongamos por caso, para designar los recipientes de los ya mencionados refrescos con burbujas, o que no exista el término «whiskytella» para designar lo que ustedes se imaginan. Pero se ve que la botella está muy implantada como concepto único, invulnerable a la terminología antigeneralista.

A pesar de que toda botella es por antonomasia una botella, existen miles de tipos de botella: desde las que representan la sevillana Torre del Oro hasta las que reproducen la efigie de un torero o de una manola, pasando por las que tienen forma de ente surrealista o de luna humanizada con un rostro.

Casi todas las botellas son productos de valía artística –salvo tal vez las que pretenden serlo–, pues están concebidas con arreglo a armonías muy estimables. Aun así, las botellas son objetos que tiramos sin reparo alguno a la basura o, en el mejor de los casos, al contenedor de vidrio. Si me permiten ustedes la temeridad del juicio, estoy convencido de que todos tenemos en casa algún jarrón que es mucho más feo que las botellas que desechamos a diario, lo que no es obstáculo para que desechemos una botella de formas armoniosas y conservemos en cambio un jarrón que es un verdadero mamarracho. Nunca comprenderá uno, en fin, el privilegio doméstico del que gozan los jarrones feos. Un privilegio que los libra de las fatigas propias del reciclado, aunque bien es verdad que los jarrones espantosos –fruto por lo general de regalos faltos de meditación o de gusto– acaban vegetando durante décadas en las mazmorras penumbrosas de los altillos del armario, del sótano o de la cochera.

Aparte del mal destino que les reservan las costumbres humanas, las botellas padecen ultrajes en el habla coloquial: nos referimos con desdén a un «cuello de botella» para designar obstáculos y estancamientos en cualquier tipo de situación. Decimos, mediante una sinécdoque –creo que es una sinécdoque, aunque quién sabe–, «Fulano le da a la botella»,

como si a Fulano le embriagase el contacto con la botella en sí y no la ingesta abusiva de su contenido. A José Bonaparte, rey francés de España por la gracia de Dios y de su hermano, nuestros antepasados lo apodaron Pepe Botella, en referencia a su supuesto alcoholismo, que ni siquiera de lejos era tal, según parece.

Por lo demás, en toda botadura de barco que se precie se estrella contra el casco una botella, aunque sus tripulantes darían cualquier cosa por una botella intacta en el caso de que el barco en cuestión naufragase y fuesen todos a parar a una isla desierta, porque el mundo es así de raro y de contradictorio.

BOTÓN. Natalie Barney opinaba de Janet Flanner lo siguiente: «Es brillante como un botón. Pero... ¿a quién le interesa un botón?».

BOVARY, EMMA. Dama que se libró de chiripa de un destino soporífero: unos días antes de ponerse a escribir su novela, Flaubert tenía en mente la historia de una solterona beata y casta.

BREVEDAD. Marco Terencio Varrón legó a la incierta posteridad la siguiente advertencia: «Todo discurso debe tener como meta la utilidad, a la que llega cuando es claro y breve, cualidades que exigimos porque el orador oscuro y extenso resulta odioso: que logre decir las cosas claras, para que se le entienda, y que las diga de manera breve, para que se le entienda antes».

BRINES, FRANCISCO. Érase una vez un relojero que, sentado ante un mar, daba cada día cuerda a sus relojes, y los miraba avanzar, y luego se ponía a escribir sobre lo que le musitaban los relojes.

BUCOLISMO. Sistema de regadío para flores de papel.

BUENOS TIEMPOS. Dícese por lo general de cualquier tiempo pasado, similar al presente, que, una vez filtrado por el tamiz de la nostalgia, asciende de categoría, menos por lo que fue él que por lo menos de nosotros que ya somos.

BURGESS, ANTHONY. Como la escritura inglesa no consiente el uso de esas pequeñas plumas apaches que son los acentos ortográficos, él se dedicó a acentuar todas las sílabas que escribía mediante el procedimiento de encajarles un gancho en la mandíbula.

BUROCRACIA. Alejandro Rossi, en su *Manual del distraído*, ha expresado de manera tal vez inmejorable lo que todos hemos sentido alguna vez: «Es lamentable caer en la

desesperación porque no hemos entregado a tiempo un papel o porque un señor todavía no ha firmado un oficio. Es imperdonable que esas miserias produzcan angustias y, a veces, desgracias. Es metafísicamente escandaloso que causas insignificantes tengan tanta importancia en nuestras vidas. La burocracia –salvo en paraísos sin duda artificiales– es esa desproporción, esa alquimia que transforma a un vejete pálido o a una cincuentona gelatinosa en personajes decisivos e inevitables. Un universo de reyezuelos, sellos, prosa nauseabunda, cuchicheos equívocos, falsos problemas, reglamentos, pasillos, salas de espera, sillones grasientos, incertidumbre y despotismo».

BYRON, GEORGE GORDON. 1) Conocemos su talante trotamundano y libertino, su arrogancia y su arrojo, sus poemas y sus amoríos («Un Luzbel trovador y aventurero», según reza el verso de Salvador Díaz Mirón), pero el señor Medwin nos proporciona este dato complementario: «Su equipaje era curiosamente singular: siete criados, cinco carruajes, nueve caballos, un mono, un bulldog, un mastín, dos gatos, tres faisanes y varias gallinas». 2) En una carta dirigida a su hermanastra, confiesa: «Detesto leer poesía, y es algo que he detestado siempre». 3) En una carta de 1822 dirigida a su amigo Gisborne, Shelley escribe: «Lord Byron encarna todo cuanto encuentro odioso y extenuante». 4) En una carta, Byron, por su parte, escribe: «Con respecto a la amistad, se trata de una inclinación para la que mi genio se halla sumamente limitado. No existe hombre, excepción hecha de lord Clare, mi amigo de infancia, por quien yo haya sentido algo que merezca tal nombre. El resto de mis amistades son relaciones mundanas. Ni siquiera sentí amistad por Shelley, por mucho que lo admirase y estimara. Apreciarás, pues, que ni siquiera la vanidad podría inducirme a sentir tal cosa, pues Shelley fue, de todos los hombres, el que en mayor estima tuvo mi talento y acaso mi manera de ser». 5) Mario Praz observó que «en realidad, cuando pensamos en Byron, lo primero que aparece ante nosotros es una presencia física, un perfil. ¿Con cuántos poetas nos sucede lo mismo? Me atrevería a decir que con muy pocos. ¿Acaso vemos a Petrarca al leer sus sonetos? Pero Byron es una evocación instantánea, prepotente: aquel perfil fatal, aquella barbilla resentida, aquellos labios arqueados, aquellos párpados entornados suavemente sobre la mirada orgullosa, aquellos cabellos elegantemente desordenados, y el apolíneo cuello surgiendo de la camisa abierta. A Byron seguimos viéndolo como lo vieron las mujeres que fueron contemporáneas suyas y que, quien más y quien menos, soñaron con él».

C

CABALLERO. Al peculiar criterio de Tom Waits, «un hombre que sabe tocar el acordeón y no lo toca».

CABANER, ERNEST. Músico tísico al que retrató Manet y que fue objeto de las bromas pesadas del joven Rimbaud: un invierno en que el músico padeció una neumonía, el poeta tuvo la iluminación de quitarle todos los cristales de su cuartucho con un cortavidrios y llevárselos para que no pudiera reponerlos. En otra ocasión, aquel cretino ascendido por la posteridad a icono de las modernidades eyaculó sobre el vaso de leche que el enfermo Cabaner tomaba a diario. Verlaine, por su parte, lo describió como un «Jesucristo tras diez años de ajenjo».

CÁDIZ. En el Cádiz viejo no se oye el mar, pero parece retumbar en el subsuelo, fluir en lo hondo y más oculto, correr bajo las calles entre ruinas fenicias, entre estatuas romanas de mármol verdinoso, en una especie de estampa de surrealismo metafísico: un mundo subacuático de capiteles y peces, de algas y columnas, de caracolas y sarcófagos, de naufragos de quién sabe cuándo y de ánforas de quién sabe cuándo, de cañones con costra de siglos, de túneles.

(¿Fantasías sin fundamento? Claro que sí, pero de eso se trata: las ciudades que merecen la pena nos vuelven fantasiosos, porque no acaban en sí mismas: las pensamos. De modo que sigue uno con sus fantasías, que al fin y al cabo no son sino realidades que buscan entretenimiento en el ámbito de la conjetura...)

Parece Cádiz una ciudad de cimientos huecos, construida sobre el agua, y de ahí que dé la impresión de presentársenos tan liviana y etérea, tan fundida con el aire, tan a pique de desmoronarse como se desmorona la piedra ostionera, muy poco a poco; esa piedra ostionera de los muros de las casas gaditanas que viene a ser el bajorrelieve de la vida del mar: sus siluetas de crustáceos, sus reflejos nacarados...

Cádiz es un laberinto que hay que recorrer mirando hacia arriba. (Las perspectivas imposibles. Las fachadas suntuosas que nadie puede ver. Las balconadas que casi se tocan, frente a frente. Las torres ocultas.) Y, de pronto, el espacio se abre: plazas de San Antonio, de Mina, de San Juan de Dios... Y allí la ciudad respira, y derrocha luz, antes de que el paseo

nos reingrese en el claroscuro del laberinto. Ese paseo que puede llevarnos a la Alameda Apodaca, con su azulejería imprevistamente trianera y con su aire –a la vez– de espacio decimonónico de ultramar, de parasol y calesa, con sus ficus gigantescos de tronco gótico, con su balaustrada sobre la bahía, con las aguas cambiantes, sometido su color al viento que sople. O pueden llevarnos los pasos al barrio del Pópulo, donde Cádiz se vuelve una espiral, recogida y enredada, entre columnas salomónicas y ruinas de Roma, y salir a la plaza que preside una catedral de piedra blancuzca y de cúpula amarilla, y seguir hacia la plaza llamada de las Flores, donde todo son colores y olores mezclados de flor, de fritura, de café y de churros, y detenerse en el mercado de abastos, donde los pescaderos exhiben el género con la misma ostentación que los joyeros el suyo, y de allí seguir por la calle Columela, entre el bullicio que le dan los muchos comercios, y subir luego, qué sé yo, a la plaza de San Francisco, tan parisina, con su Hotel de Francia-París y su Café Parisián para corroborar y acentuar su aire afrancesado, y darse una vuelta por la plaza de Mina, tan parecidísima, sin parecerse en nada, a la plaza de Armas de La Habana, y asomarse a la plaza de la Candelaria, tan modernista, tan caribeña y tan decimonónica, y... Bueno, la ruta que se trace uno o que trace el azar, que es al fin y al cabo el mejor *baedeker*.

Pero Cádiz no es sólo un delicado y portentoso paisaje urbano, claro está, sino también un insólito paisaje humano: esos comerciantes que tienen siempre una frase con golpe de ingenio en la boca, y a los que acabas comprando alguna cosa más porque sí que por necesidad de lo que les compras, porque te han hecho cómplice de una risa, y eso no tiene precio; esas vendedoras de lotería clandestina en el barrio al que llaman La Viña, popular y marinero, donde la ciudad pierde su esplendor dieciochesco y decimonónico y las casas son pequeñas y bajas, con portales que se caen a pedazos, porque allí la vida aprieta; esos hombres de aspecto formal que, luego, cuando llegan los carnavales, se disfrazan de la cosa más impensable y se echan a cantar por los callejones a quien quiera escuchar sus ocurrencias, con rimas que despiertan la carcajada...

La vieja Cádiz es bulliciosa durante el día y casi fantasmagórica en cuanto cae la noche. Se queda entonces la ciudad vacía, para quien la quiera, para quien quiera oír el eco de sus propios pasos por las calles, por plazas recoletas en las que conviven las estatuas con las palomas duermeveladas. ¿Una ciudad dormida? Más bien una ciudad sonámbula, una ciudad que parece navegar muy lenta, guiada por la luna, mar adentro, para volver a sí misma en cuanto amanezca, en cuanto las azoteas vayan tiñéndose de blancura, en cuanto las ventanas empiecen a abrirse, en cuanto lleguen a los puestos las cajas de pescado, rebosantes de hielo hecho confeti; en cuanto unos salgan a trabajar y otros, los pequeños, a aprender las cosas del mundo. Y ya entonces el escenario se puebla, como todos los días. Y todo vuelve a su ser, como todos los días.

CAFÉ. Debido a su poder instantáneo para espabilar e infundir diligencia a la clase obrera, el café puede ser considerado como una de las armas secretas más eficaces del capitalismo. Es posible que, sin la existencia providencial del café, el absentismo laboral alcanzase cotas insostenibles para nuestro entramado productivo, y adiós entonces a tantísimas cosas.

Dicen quienes conocen los detalles del pasado que, hasta el siglo xvii, el café era para los europeos un concepto exótico, algo que se mencionaba en los relatos de los viajeros que regresaban de Oriente con un fardo de curiosidades en la memoria. Mientras los árabes y los turcos bebían café, los europeos tomábamos vino y cerveza desde las claras del día, extremo que, se mire como se mire, distaba mucho de la ejemplaridad cívica y del fomento de la diligencia laboral. Como no hace falta decir, los pueblos de Europa, amigos del sincretismo, siguen bebiendo vino y cerveza, aunque suelen recurrir al café para paliar los efectos del vino y de la cerveza, en tanto que los pueblos árabes, más partidarios de la inamovilidad de las tradiciones, siguen con la cosa del café, ya que el consumo de bebidas alcohólicas puede acarrearles problemas de índole religiosa, y tampoco se trata de eso.

Quiere la leyenda que los sufíes fueron los introductores del café en el mundo islámico, y se supone que los primeros cafeinómanos se manifestaron a finales del siglo xiv en círculos místicos, pues les infundía elevación de espíritu aquella sustancia. Aparte de eso, la popularización del café llevó consigo el que se abrieran establecimientos para su consumo, y parece lógico que en tales establecimientos se practicaran juegos de azar, se alternase con mujeres y se escuchase música, que es lo que suele traer la hostelería. Tales expansiones lograron herir la sensibilidad de un jefe de policía de La Meca que, en el siglo xvi, con la complicidad de un concilio de alfaquíes, consiguió prohibir el comercio y consumo de café. La prohibición duró hasta que le sucedió en el cargo un partidario del café, y las aguas volvieron a su cauce; es decir, a las cafeteras.

En un principio, se atribuyeron al café muchas propiedades terapéuticas: la purificación de la sangre, la sedación del estómago, el fortalecimiento del hígado... El sector más puritano de las postrimerías del xvii no dudó en otorgarle una cualidad moral: la de alejar a los humanos del vicio del alcohol.

El café fue recibido en Europa, en fin, como una especie de sustancia mesiánica, redentora de una situación de borrachera global, ya que tanto la cerveza como el vino formaban parte de la dieta de cualquier familia, niños incluidos.

A principios del xviii, el enclave europeo con un mayor índice de consumo de café era Gran Bretaña, hasta que, a mediados de siglo, ese consumo entusiasta fue relegado en beneficio de la sacralización del té, quizá por ese prurito británico de diferenciarse de sus naciones vecinas incluso a la hora de colocar el volante en un coche.

Herman Melville, en su novela *Moby Dick*, concibió a un personaje cafeinómano que procuró hacer entrar en razón –aunque en vano– al capitán Ahab: el oficial Starbuck, que en la actualidad da nombre a una cadena internacional de cafeterías, como ustedes saben.

CAFETERA. 1) Fuera de contexto, poema visual. En su contexto visual, cafetera. **2)** Cuando la cafetera comienza a humear, la casa se llena de olores del Oriente, y hasta tenemos la impresión de que va a salir de la alacena una danzarina del vientre para amenizarnos el desayuno, cosa que ocurre muy de tarde en tarde, según tengo entendido. **3)** Entre un cohete espacial a punto de despegue y una cafetera en ebullición hay muchas diferencias, pero también una similitud: una cafetera en ebullición parece que va a salir disparada hacia las alturas. Y en esa facultad reside el poder intimidatorio de las cafeteras. **4)** Conocí a un tipo que se jactaba de poseer una gran colección de cafeteras y que a la vez se jactaba de no tomar nunca café. Las dos cosas parecían hacerle feliz, lo que no restaba un factor extravagante a la conjunción de ambas. **5)** Por lo demás, sólo añadir que las cafeteras están asociadas a los madrugones, y de ahí que muchas personas en edad laboral las miren con rencor silencioso, sentimiento de los malos que se disipa cuando el madrugador vierte el contenido de la cafetera en una taza, se quema un poco el labio superior y se echa a la calle para luchar contra quién sabe qué dragones.

CALCETÍN. Un calcetín solitario no es nada, como si dijéramos, porque el calcetín sólo adquiere entidad cuando va en pareja, y por tales parejas se venden, así tenga el cliente una sola pierna, ya que, al ser ambos calcetines idénticos, pueden usarse para ambos pies, privilegio de intercambiabilidad del que no gozan por desgracia los zapatos.

Aun así, no puede dejar de considerarse un abuso el hecho de que algunos fabricantes comercialicen los calcetines en paquetes indivisibles de tres pares, ya que nadie tiene seis pies y, además, si se da el caso –como suele– de que cada par sea de un color distinto, el cliente se ve sometido a una presión estética innecesaria: es posible que necesite un par de calcetines negros y otro par de calcetines azules, de acuerdo, pero también es probable que no necesite el tercer par del lote: los calcetines de color beige.

Los calcetines, como ustedes sabrán, se guardan en el cajón de los calcetines, vueltos sobre sí, ensimismados, como serpientes de trapo que se hubiesen tragado a sí mismas. El mencionado cajón de los calcetines, por cierto, tiene un olor inconfundible: ese olor inconfundible a cajón de los calcetines. Un olor a catacumba, mezclado con un ligero olor a vagabundeo, ya que los calcetines, por mucho que se laven, siempre huelen a calcetín.

Por fortuna, como ha quedado dicho, un mismo calcetín puede servir para el pie izquierdo o para el derecho, cualidad que ahorra unos segundos de decisión angustiada a la persona

madrugadora que tiene que salir pitando para el trabajo. Si existieran calcetines específicos para cada pie, habría que numerarlos en la planta, o distinguirlos con una banda de color, lo que a la larga no evitaría confusiones.

Colgada de un tendedero, una colada de calcetines parece un cóncave de ahorcados invisibles, y se manifiesta un factor escalofriante en esa sucesión de pies fingidos, con desmayo de pie difunto. Una vez secos y en la cesta correspondiente, el revoltijo de calcetines tiene algo de rompecabezas, y hay que ir tanteando cuál se empareja con cuál, tarea en la que a veces el ojo nos traiciona, ya que no existe cosa que se parezca más a otra que un calcetín negro a otro calcetín negro, así no formen pareja.

Cuando enfundamos el pie en un calcetín negro de fina textura, nuestro pie se elegantiza, se vuelve esbelto y gótico, digno de pisar la alfombra roja de un estreno cinematográfico o la alfombra bermellón que conduce al féretro situado ante el altar de alguna iglesia igualmente gótica, porque en la vida hay de todo. Cuando lo enfundamos en un calcetín de dibujos geométricos, nuestro pie parece un juguete. Cuando lo enfundamos en un calcetín blanco, parece el pie de un ángel o de un explorador congelado bajo un alud de nieve. Y así sucesivamente, pues existen calcetines de todos los colores, afortunadamente para ese dandy secreto: el pie.

CALIGRAFÍA. Algo así como la poesía neoclásica de nuestra infancia.

CALIGRAMA. Juerga tipográfica.

CALOR. Aparte de lo que puedan opinar los meteorólogos, el calor es en realidad un fantasma. Un fantasma errante que se dedica a viajar metódicamente por el mundo, y de ahí que no pueda hacer calor en todo nuestro planeta al mismo tiempo, al menos por ahora: durante el mes de agosto, en Buenos Aires, pongamos por caso, te hielas de frío, mientras que en Sevilla te asas, porque el fantasma está en Sevilla. Cuando el fantasma emigre a Buenos Aires, se asarán los argentinos y podrán respirar los sevillanos, y así. Curiosamente, el calor es andrógino: puede ser designado con artículo masculino o femenino. Las cosas, en fin, de los fantasmas, que antiguamente se designaban, por cierto, en femenino, y así se nos describe en el tomo V (1737) del *Diccionario de autoridades*: «phantasma. s. f. La representación de alguna figura que se aparece, o en sueños o por flaqueza de la imaginación, o por arte mágica. Dícese también de qualquiera figura extraña y que pone miedo. Es voz Griega, que significa Visión. Latín. *Spectrum. Larva*».

CALVINO, ITALO. Una buena parte de la vida desperdiciada por culpa de Oulipo, ese chino tan sumamente francés.

CAMA. Buena parte de nuestra vida la pasamos en ella, mientras deambulamos por regiones exóticas, por ciudades esquemáticas y descoyuntadas, al capricho de esa brújula imprevisible que llamamos subconsciente, ese controvertido invento vienés que contiene nuestro lado oscuro, el sueño salvaje de nuestra razón, la pesadilla latente en nuestro pensamiento.

La cama es un lugar muy peligroso en cuanto cerramos los ojos. Podemos caer a un abismo que es a la vez una estrella giratoria. Podemos acabar luchando contra un monstruo de siete u ocho cabezas o devorados por una multitud de animales pequeños de ojos brillantes. Podemos conversar con los muertos. Podemos besar a quien nunca querría besarnos o a quien nunca nos gustaría besar. Podemos volver al colegio o a la mili, esas dos recurrencias temáticas del ya citado invento vienés. Alguien puede asesinarlos. Podemos asesinar a un espectro desvaído que tiene el rostro de alguien a quien queremos. Puede pisotearnos un caballo fantasmal montado por un zombi salido de repente de una ciénaga encantada. Puede pasarnos su lengua por la cara un reptil. Podemos hundirnos en un mar de arena o en un desierto de agua.

La cama es un lugar muy peligroso, ya digo. Durante el día, la cama es un mueble que no existe, que no vemos, que está ahí sin estar. Le quitan protagonismo los sofás, las butacas y butacones, en los que echamos acaso una siesta –ese sueño de serie B, ese simulacro de navegación alucinada–, porque preferimos no adentrarnos en los mundos imprevisibles y mágicos de la cama a plena luz del día, por lo que pudiera pasar. Pero llega la noche y nos vemos obligados a disfrazarnos de durmiente, a ponernos un pijama, que es algo así como el uniforme de expedicionario de los trasmundos hipnóticos, y allá vamos, a lo que nos echen, como quien entra en un cine sin ver qué película ponen. Y la película no tarda en proyectarse: aparecen las figuraciones inquietantes y etéreas, las sombras escurridizas, las voces en *off* que nos amenazan mediante discursos entrecortados, y esos lugares que parecen escenarios de la nada misma, con su esquematismo helador de páramo metafísico...

Cada vez que pasamos ante el escaparate de una tienda de colchones, nos estremecemos: ahí están esos pequeños reinos de la alucinación, que serán nido de ácaros, escenarios mullidos del amor y de la pesadilla, depósitos de irrealidades, historias de las mil y una noches a lo largo de miles de noches, todas ellas distintas, todas ellas tan raras.

CAMELLOS. El colombiano Guillermo Valencia (1873-1943) se animó a dedicar un poema a estos artiodáctilos rumiantes, y en él fijó el arquetipo de belleza de estas resistentes y prácticas cabalgaduras:

Dos lánguidos camellos, de elásticas cervices,

de verdes ojos claros y piel sedosa y rubia,
los cuellos recogidos, hinchadas las narices,
a grandes pasos miden un arenal de Nubia.

CANCIONES. De todas las artes, sólo la música, la tan frágil y volandera, tiene la facultad de reconstruir con nitidez el pasado: nos llega una melodía desde los trasteros de niebla del tiempo –digamos– y, de pronto, la memoria se convierte en un intenso olor, en una carnalidad rotunda y vehemente, en la sustancia resucitada de algo a lo que habíamos dado ya un melancólico *resquiescat*.

Al modo de una cobra adormilada, la memoria se yergue en su cesta ante el encantamiento de la música y se mece hipnotizada en el aire. Porque oyes, qué sé yo, el sonido del órgano eléctrico que da entrada a esa canción que habla de unos jinetes que van sobre la tormenta (*hay un asesino en la carretera, no lo olvides*) y te ves de repente en una fiesta fantasmal, con tus botas tejanas y tus vaqueros –oh Dios mío– ligeramente acampanados, con una china de costo en el bolsillo, esperando la llegada triunfal de las muchachas, con sus trajes de bambula y su aroma a pachulí, florales y perfectas en su indefinición adolescente. Oyes, qué sé yo, los primeros compases cibernéticos de ese fluido rosado que te transportaba en tiempos a la mismísima luna, y una ola benéfica de melancolía te arrastra entonces, como si fueses un naufrago súbito y desvalido, a la orilla de esa playa en que brilla una hoguera durante una olvidada noche de san Juan, propicia a los conjuros del deseo. (*Eres joven, la vida es larga y hay tiempo para asesinar, hasta que un día te das cuenta de que han pasado los años...*) *Brain Damage*... Tu mente dañada te susurra de improviso que hay un lunático sentado en la yerba, un lunático que recuerda cordilleras cuajadas de margaritas...

Es curioso que unos discos fijen momentos triviales de nuestra vida con la precisión de un almanaque, ha escrito William Boyd.

Las notas de *Hey Jude* reconstruyen, célula a célula, el cuerpo aún inacabado de las muchachas que bailaban en el jardín de aquel amigo que acabó ahorcándose, porque había alguien dentro de su cabeza que no era él.

Una mesa con botellas. Unas bombillas de colores. El eterno desamado que se encargaba de poner los discos, absorto en el girar del vinilo mágico que unía los corazones y los cuerpos de los otros, que son –según dicen algunos– el infierno... Y ese calor oscuro de la noche de verano, que se abrazaba a nosotros como un fantasma húmedo.

La música custodia la intensidad del tiempo. Es el castillo invisible y hechizado en que dormitan los espectros de las princesas que besaron a los sapos de ojos enrojecidos.

Hay un asesino de tiempo en la carretera. No hacemos ya otra cosa que llorar sus crímenes. Tenemos un nudo en la garganta. (Pero nos veremos en la cara oculta de la luna.)

CAPITALISMO. Sistema que no responde tanto a una lógica económica –y mucho menos a una lógica moral– como a un lema interjectivo: «¡Sálvese quien pueda!».

CAPOTE, TRUMAN. Un genio (perteneciente a la modalidad de los genios perezosos y además suicidas como tales genios) que de joven tenía aspecto de chico de los recados de una mercería y que de mayor adquirió un desconcertante aspecto de ranita dicharachera.

CARLYLE, THOMAS. Samuel Butler se permitió la siguiente maldad: «Fue una bendición de Dios que Carlyle y su mujer se casaran, ya que de ese modo fueron desgraciadas dos personas en vez de cuatro».

CARRASPEO. Según el narrador de la novela *Cómo me quedé calvo*, del holandés Arnon Grunberg, «somos capaces de atribuir más significado a un carraspeo que a un soneto de Shakespeare».

CARTA. 1) Los objetos insignificantes suelen tener una vocación de patetismo: el guante perdido de un niño en el asfalto mojado, la agenda olvidada en la cabina telefónica, el alfiler nupcial –su perla de plástico radiante– que encuentra el viajero en el suelo del baño de un hotel de pocas estrellas, la lupa con la que, poco antes de morir, alguien intentaba burlar desesperadamente su ceguera progresiva para poder leer los prospectos de los fármacos... Los objetos insignificantes son siempre una cápsula imprevista de dramatismo.

Algunas tiendas revenden esas insignificancias: enseres errabundos de los muertos, desechos y quincalla de los vivos. Son comercios vagamente absurdos y resueltamente tristes, con esa tristeza que traslucen los juguetes antiguos cuando nos paramos a pensar que las manos del niño que jugó con ellos temblarán ya de vejez o habrán abierto las puertas del cielo o del infierno, esas dos caras de la pesadilla de la inmortalidad.

Las barajas de naipes, blandas ya de tanto insistir en los azares. Las muñecas espectrales y pálidas, vestidas con encajes que han adquirido un tinte amarillo de cirrosis romántica. Las estilográficas que trazaron miles de veces la rúbrica arrogante y barroca de un empresario o la inicial secreta de un amante. Los carteles con nombres de toreros que tocaron la gloria con sus manos ensangrentadas...

En esas tiendas hechas a la medida de la melancolía no es raro que aparezcan mazos de cartas y de tarjetas postales: la mercancía más desconsoladora del mundo. Cartas de amor –ridículas siempre, como bien apreció Pessoa–, cartas comerciales en las que se negoció la compra de objetos que ya no existen –herramientas arcaicas de este siglo vertiginoso, maquinaria anticuada, medicamentos milagrosos ideados por un galeno con espíritu de druida–, postales con escuetas y corteses descripciones del estado de ánimo de los lunáticos

de miel, con esa seriedad seca y jurídica que tienen las cartas que los recién casados dirigen a sus familiares, sin duda cohibidos por la evidencia de sus noches inaugurales de pasión y de extrañeza mutua –y ese pudor ante la necesidad de ir a un lavabo eufemístico... 2) Bartleby, el más célebre de los escribientes, trabajaba en la sección de «cartas muertas» de Washington, en una especie de depósito de cadáveres de papel: una morgue postal. Bartleby, un hombre sin ganas de tener futuro, era algo así como el forense de aquellas cartas sin destino.

Las cartas perdidas son el limbo de la realidad: palabras que hubiesen propiciado un amor, un negocio o una desolación determinante en la vida de sus destinatarios. Palabras que pedían perdón, que mostraban un corazón al desnudo o que contenían los colmillos del odio, y que no llegaron a ser leídas.

Hay gente que comercia con viejos caballitos de cartón, con relojes tullidos, con cromos sin colección y recortables sin recortar, con electrodomésticos vagamente prehistóricos o con cartas perdidas en el correo urgente del tiempo. Hay negocios muy tristes. Negocios en los que uno siente morir de nuevo su propia niñez cuando observa al autómatas de latón, payaso sonriente y oxidado. Negocios en los que uno hojea una postal en blanco y negro y lee al dorso: «Amor mío...». 3) En su *Historia general y natural de las Indias*, Gonzalo Fernández de Oviedo narra de este modo la sorpresa de los nativos al percatarse del intercambio de cartas entre los invasores: «No fue poca maravilla para los indios ver cómo por las cartas los cristianos se entendían; y llevábanlas puestas los mensajeros en un palillo, porque con temor e acatamiento las miraban, y creían que cierto tenían algún espíritu e hablaban, como otro hombre, por alguna deidad o arte no humana».

CELA, CAMILO JOSÉ. Don Trimegisto Renchal de la Tumanamera, gacetillero cultural de *El Faro de Punta Umbría*, resumió todo el fenómeno en una frase: «Lo mejor que ha escrito Cela es el retrato de don Braulio Nicomedes Hemorradino del Vasto y Sota, enjaretador de piropos verderones y alfarero en sus ocios, hijo que fue de aquella redicharachera doña Obdulia, devota camarera de san Juan y de san Blasillo y dama que no tuvo en esta vida una ventura ni una habilidad más renombrable que la de poder expulsar sus flatulencias como si fueran suspiros románticos».

CELEBRIDAD. Al criterio de Pessoa, «una plebeyez».

CELOS. 1) «Rabiosos venenos», según Tirso de Molina. 2) Cervantes: «La infernal enfermedad celosa es tan delicada y de tal manera que en los átomos del sol se pega, y de los que tocan a la cosa amada se fatiga el amante y se desespera».

CERNUDA, LUIS. Planchaba mucho sus camisas, con el esmero de quien planchase un espectro.

CERVANTES, MIGUEL DE. El creador de un fantoche cómico al que el paso inexorable de los siglos y, sobre todo, el fluir inopinado de las exégesis han transformado en un héroe desconcertantemente trágico.

CHARLATÁN. Le gustaba tanto hablar que sólo se callaba cuando le entraba un miedo paralizante ante la posibilidad de tener que dejar de hablar en algún momento.

CHESTERTON, G.K. Versión obesa y cervecera de un ángel aficionado a jugar a las paradojas con la gran paradoja que suelen ser los bucles de la realidad.

CICLOS DE SUEÑO. Todo en este mundo, absolutamente todo, parece estar sujeto a la controversia. Incluso el horario de sueño, y ya es decir. No dudamos en otorgar la categoría de perezosa a la persona que se levanta en torno al mediodía, pongamos por caso, así se haya acostado a las seis de la mañana, y, sin embargo, consideramos diligente a la persona que se levanta a las siete de la mañana, así se haya ido a la cama a las diez de la noche.

Da la impresión, no sé, de que identificamos la tiniebla con la disipación, con el vicio, con las malas costumbres, con el crapuleo y con el hampa. Le dices a alguien que sueles acostarte cuando clarea el día y lo menos que sospecha de ti es que eres un vampiro, un adicto a las timbas o el dueño de un cabaret.

A los diurnos les inquietan los noctámbulos, mientras que los noctámbulos suelen considerar seres desdichados a los diurnos, muertos siempre de sueño, arrojados de la cama al amanecer por el pitido agresivo y marciano de un despertador.

Hay quienes encuentran en la madrugada un espacio de sosiego, un paréntesis de la realidad agitada, un tiempo fuera del tiempo. Es la hora de los gatos, de las ratas, de las salamanquesas, de los búhos y de ese tipo de alimañas, y digo yo que de ahí debe de venirles la mala prensa a los trasnochadores, esa fauna lunar que merodea y vigila mientras los demás duermen.

La mañana, en cambio, es el reino natural de los colibríes o, como poco, de los jilgueros, de casi toda la pajarería canora, de los colegiales, de los adultos que acuden al trabajo con el pelo húmedo y con los ojos un poco perdidos aún en las lejanías alucinadas y oscilantes de la soñera. La mañana nos parece una cosa limpia y la noche una cosa turbia. La mañana nos parece el reino de las hadas y la noche la gruta de los monstruos. La mañana nos otorga respetabilidad y la noche nos vuelve sospechosos.

Los madrugadores tienen un raro prestigio de personas honradas y laboriosas, así vayan a

una oficina bancaria a extorsionar a los hipotecados morosos, así vayan a un organismo público a malversar fondos igualmente públicos o así vayan a un negociado municipal a pasarse la mañana dormitando, tomando café con los cofrades de condena y tratando con la punta del zapato a quienes se dejen ver por allí para incordiarles con problemas mezquinos y pequeñoburgueses. Los noctámbulos, por su parte, tienen un igualmente raro prestigio de gente disipada y canallesca, tabernaria y tarambana, así se pasen la noche leyendo a Homero o a un filósofo pesimista y tal vez algo abstruso, así se pasen las horas de oscuridad escribiendo agradables novelas infantiles o redactando áridos informes comerciales, así empleen ese tiempo silencioso en montar maquetas de barcos o en resolver crucigramas, mientras los demás deambulan perdidos por sus sueños amables o por sus pesadillas convulsas, a la espera de que la luz del día les depare una nueva aventura rutinaria, una dosis cíclica de realidad.

Cada cual pactando, en definitiva, con sus fantasmagorías, que es de lo que se trata al fin y al cabo. Buscando un sentido a todo esto. A la hora que sea, porque eso es lo de menos.

CINE. Según se cuenta, Pío Baroja apenas fue tres o cuatro veces al cine a lo largo de su vida. En una entrevista, le decía a Marino Gómez-Santos: «Eso del cine es una engañifa tremenda. Cuando hicieron en cine una de mis novelas, vi que las tempestades en el mar las simulaban en una piscina en los estudios cinematográficos y que la bruma la fabricaban quemando incienso en botes de pimientos». Y añadía esta perplejidad: «¡Yo no sé cómo Azorín va a ver con tanto interés una cosa que está hecha de mixtificaciones! Todo es simulación».

CINES DE VERANO. Antes, hace años, no muchos, cuando los especuladores aún andaban ocupados en desfigurar en el menor tiempo posible la costa mediterránea, había en mi pueblo cinco cines de verano. Permítanme recordarlos por sus nombres: Florida, Avenida, San Fernando, Playa y Royal Cinema.

El primero en caer fue el Cine Playa, que, como su nombre indica, tenía la mala suerte de estar pegado al mar y, por si fuera poco, en pleno centro. Ponían allí, en el Playa, películas de vampiros y de licántropos, lo que convertía aquello en una especie de templo del horror, y allí íbamos los niños a pasar miedo y angustia, excitados por las aventuras sanguinarias de aquellos engendros prodigiosos. Cuando había un par de segundos de silencio (antes del chirrido de los goznes de un ataúd, pongamos por caso), los espectadores oíamos las olas romper en la orilla, y nos daba la impresión de estar a bordo de un buque mágico y terrorífico. También ponían allí las películas mexicanas de Santo, el Enmascarado de Plata, rey de la lucha libre, con su caperuza de escai brillante.

El Avenida no pasaba de ser una especie de corral de muros altos y blancos, con el suelo de albero, y también cayó pronto. El Florida llegó a tener dos salas, y era un cine más ancho que largo, y había en él un kiosco excelente y muy surtido, con cartuchos de cotufas y altramuces. En el San Fernando pasaban películas *serias*, «de mucho hablar», según se decía entonces, y recuerdo sus muros recubiertos de buganvilla y la silueta de la cabeza de los chavales que se encaramaban desde la calle a esos muros floridos para ver las películas gratis, hasta que el acomodador se ponía de malas pulgas, los enfocaba con la linterna, los amenazaba con avisar a los guardias y aquellos espectadores clandestinos desaparecían de golpe y en cascada, igual que muñecos del pimpampún... para reaparecer al rato, claro está, ávidos todos ellos de ficciones, así fuese en estado fragmentario.

Hasta hace poco, estuvo abierto el Royal Cinema, que quizás era el cine de verano más hermoso del mundo, con sus diez mil metros cuadrados, sus muros cubiertos de madreSelva, sus palmeras solemnes, su pantalla titánica... Daba igual qué película pusieran en el Royal, porque pagaba uno simplemente por entrar allí, por pasar allí un rato de la noche mirando las estrellas fugaces, el vuelo de alguna lechuza o el de las gaviotas noctámbulas. Estabas en aquel inmenso solar de los espejismos, con una bebida en la mano y con alguna chuchería, desentendido quizá de la película y de sus quimeras absurdas, con la mente ociosa, y te sorprendías de que el disfrute de unas horas de paraíso pudiera salir tan barato.

Hablo de aquellos cines como quien habla de fantasmas. Una parte de la infancia de muchos de nosotros estaba custodiada en ellos, pues allí aprendimos a convivir con mundos descabellados y con héroes portentosos. Allí quedó también algo de nuestra juventud, con una muchacha al lado que nos miraba como nadie nos había mirado hasta entonces, con sus ojos contagiados del fulgor de la pantalla. Pero para que alguien gane todos tenemos que perder un poco, incluida en ese poco nuestra memoria sentimental de los veranos, menos valiosa desde luego que un piso de tres dormitorios con garaje y trastero.

CISNE. La S modernista que flota por un lago alejandrino, cabizbaja.

CIVILIZACIÓN. Si los humanos tuviésemos por naturaleza los dientes de un color gris cobalto, iríamos al dentista para que nos los ennegreciese hasta conseguir un tono negro radiante.

CLÁSICO. 1) En uno de esos ensayos de tono estudiantil del profesor J.M. Coetzee (con esa peculiaridad suya de ofrecer un dato cuando uno espera una idea, y al contrario) se nos dice: «El clásico se define en sí mismo por la supervivencia. Por tanto, la interrogación al clásico, por hostil que sea, forma parte de la historia del clásico, porque mientras un clásico necesite ser protegido del ataque no podrá probar que es un clásico. Uno podría incluso aventurarse

más lejos por este camino y decir que la función de la crítica viene definida por el clásico: la crítica es la que tiene la obligación de interrogar al clásico». 2) Oigamos –mejor– a Azorín: «¿Qué es un autor clásico? Un autor clásico es un reflejo de nuestra sensibilidad moderna. La paradoja tiene su explicación: un autor clásico no será nada, es decir, no será clásico, si no refleja nuestra sensibilidad. Nos vemos en los clásicos a nosotros mismos. Por eso los clásicos evolucionan: evolucionan según cambia y evoluciona la sensibilidad de las generaciones. Complemento de la anterior definición: un autor clásico es un autor que siempre se está formando. No han escrito las obras clásicas sus autores; las va escribiendo la posteridad».

COCODRILO. Aparte de lo previsible (es decir, un personaje de la novela *Peter Pan*), nombre que se da en Italia a esas necrológicas anticipadas que esperan en las redacciones no sólo su gran momento, sino también su amortización.

CÓDIGO CIVIL. En carta a Balzac, Stendhal confesó que para cogerle el tono a la prosa leía el Código Civil.

COLAS. El género humano está capacitado para soportar una guerra y una posguerra, para sobrellevar una tragedia familiar y un holocausto, para sobrevivir a desastres naturales y artificiales, para resignarse ante la adversidad más atroz, para sufrir con dignidad enfermedades pavorosas, para aguantar humillaciones y para encontrar consuelo en medio del mayor de los espantos.

Lo único para lo que no parece estar hecho el ser humano es para guardar cola. Esperas tu turno ante una ventanilla de papeleos variopintos y notas cómo la persona que está detrás de ti va situándose poco a poco a tu lado, pues se ve que el hecho de estar detrás le desazona. Como no estás dispuesto a ceder territorio, avanzas un paso, de modo que te sitúas junto a la persona que tienes delante. Como esa persona que tienes delante tampoco quiere ceder ni un centímetro de territorio conquistado, avanza medio metro, de manera que se sitúa al lado de la persona que la precede. A esas alturas de avanzadilla, la persona que estaba detrás de ti se ha situado ya al lado de la persona que estaba delante de ti. Además, un recién llegado se ha puesto a hablar con el tercero de la cola, que resulta ser su amigo, circunstancia que le permite compartir ese tercer puesto en régimen de gananciales, digamos.

«¿Quién es el último?», pregunta un advenedizo, pero la respuesta es difícil, porque el último está ya en línea con el antepenúltimo. La cola, en fin, se ha convertido en una estampida sigilosa. Para arreglar el desbarajuste, llega un tipo que se salta la cola entera con una frase mágica: «Sólo voy a hacer una consulta», sin duda porque da por supuesto que los demás estamos esperando para discutir con el encargado de la ventanilla sobre los orígenes

del cante flamenco.

O bien estás en la frutería, soportando con paciencia los titubeos de los clientes, al no haber sitio en este mundo en que la indecisión se manifieste más que en una frutería, y aparece de pronto una ancianita de aspecto entrañable y galdosiano que pregunta: «Niña, ¿a cuánto están los albérchigos?», interrogante que obliga a la frutera a interrumpir durante al menos dos segundos la tarea de pesar las ciruelas verdes que ha optado por comprar la persona afortunada que ocupaba el primer puesto en la lista de espera. «Niña, ¿esas manzanas son como las que me llevé el otro día?», y la niña tarda otros segundos en hacer memoria, lo que la obliga a demorar la selección de los melocotones muy maduros que le ha reclamado la persona que es ya propietaria de las ciruelas verdes. «¿Están ácidos los fresones, niña?», y la niña frutera, que no es tan niña, emplea otros dos segundos en elaborar una réplica. «Pues entonces voy a llevarme un kilito», concluye la anciana. En ese instante, los clientes que esperamos turno nos hemos transformado en homicidas potenciales, y elaboramos mentalmente un plan para hacer desaparecer el cadáver de la anciana sin dejar pistas, coyuntura horripilante que se desvanece de forma temporal ante la aparición de un caballero con prisas que le dice a la frutera: «¿Me pone usted dos kilos de manzanas *granny smith* en un momento?». Y aclara a la concurrencia: «Es que tengo el coche mal aparcado». De ese modo, los homicidas potenciales ascendemos de rango: ya estamos en camino de convertirnos en genocidas potenciales.

Y luego ten el valor de ir a la panadería.

COLECCIONISMO. La esencia del coleccionismo es misteriosa: alguien decide acumular objetos afines, similares pero a la vez muy distintos entre sí. No sirven las piezas idénticas: cada cual está obligada a la singularidad. Lo curioso es que, sea lo que sea lo que alguien decida coleccionar, y por extravagante que resulte el parámetro fijado para su colección, las posibilidades de adquisición de piezas son casi infinitas, lo que da idea de lo maravilloso que es el mundo: un lugar lleno de cachivaches, un inmenso bazar de cacharritos.

Un día cualquiera te levantas y te propones coleccionar, qué sé yo, ranas guitarristas, pongamos por caso, y no porque la decisión de coleccionarlas sea fruto de una epifanía espontánea, de una iluminación caprichosa del entendimiento, sino porque un amigo tuvo la ocurrencia de regalarte una rana guitarrista y tú, de repente, tuviste la ocurrencia de coleccionar ranas guitarristas: si tienes ya una rana guitarrista, ¿por qué no animarse a tener centenares de ranas guitarristas? En el coleccionismo, ese suele ser el detonante: el azar te hace dueño de un objeto estrafalario y decides ser dueño de montones de objetos estrafalarios similares a ese. Al poco de iniciar tu colección, te das cuenta de que, cuantas más piezas tienes, más te faltan, porque te has metido en una tarea inagotable, en una variante

de la condena de Sísifo. De pronto, comprendes que hay miles de modelos de rana guitarrista, y que eso no tiene fin: en el mismo instante en que estás comprando una rana guitarrista de porcelana en Tenerife, hay un artesano de México que está tallando en madera una rana guitarrista con sombrero de mariachi. La cadena de las ranas musicales se amplía a cada segundo, y tu afán coleccionista te obliga a vivir angustiado: has conseguido reunir trescientas cuarenta y seis ranas guitarristas en dos años. Una *big band* de ranas guitarristas. Tu casa es la casa de los batracios melómanos. Pero hay diseminadas por el mundo cientos de miles de ranas guitarristas. Aguardándote. Esperando a que la casualidad las ponga en tu camino. En tu camino lleno de ranas. Y dedicas unos minutos cada día a pensar en las ranas guitarristas, y algo más si tienes que quitarles el polvo. Las ranas guitarristas se han metido, en fin, en tu vida, forman parte de tu ilusión: las ranas. Con su guitarra. De todos los materiales y de todas las hechuras que puedan imaginarse e incluso que no pueden imaginarse: un amigo te ha dicho que en el escaparate de tal tienda ha visto una rana guitarrista que mueve el anca, rasgueando las cuerdas, y que además canta un bolero. Otro te dice que un amigo suyo se trajo de Tailandia una rana guitarrista que orina. Y así. Y tú con el ansia.

Cuando celebras tu cumpleaños, todo el mundo llega con una rana guitarrista envuelta en papel de colores. Todas distintas, aunque todas son ranas, y todas tienen su guitarra, porque, de no ser así, no merecerían integrarse en tu colección, a pesar de que, en un momento de debilidad, decidieras colocar entre las ranas guitarristas aquella rana acordeonista que alguien te trajo de Buenos Aires y aquella rana trompetista de raza negra que alguien te trajo de Nueva Orleans. Pequeñas concesiones, en fin. Ligeras heterodoxias. Y es que la vida es rara, con ranas o sin ellas. (Aunque con ranas un poco más, por descontado.)

COLOFÓN. Por raro que parezca, algo que puede ascender al rango de género cómico. *Ejemplo real:* «acabóse de imprimir el 29 de mayo de 2007, a 49 años de la muerte física de Juan Ramón Jiménez, previa a su ascensión al Parnaso de las artes, y siendo presidente de la diputación de Huelva don José Cejudo Sánchez». (Como suena.)

COMIDA. A estas alturas, la cocina se ha convertido en una rama del arte vanguardista, hasta el punto de que los platos tradicionales no merecen otra consideración que la de tanteos jurásicos para llegar a la cumbre estética en que se mueve hoy el sector estelar de la gastronomía.

La condición humana precisa vivir frente a un espejismo constante de progreso, para mantener de ese modo la ilusión de constituir una especie animal ascendente, inconformista con respecto a los logros del pasado y necesitada por tanto de novedades.

La nueva gastronomía ha echado raíces incluso en la poesía lírica: hoy por hoy, leer la carta de determinados restaurantes equivale a leer un poema mitológico de Góngora, un poema de tono imperial de Rubén Darío o incluso una delicuescencia delicuescente de Amado Nervo. En la carta de los restaurantes de avanzadilla, todo se llena de palabras más o menos esdrújulas que uno no entiende del todo, de nombres de plantas exóticas, de metáforas complejas, de sinestesias sorprendentes, de conceptos difíciles como el de «espuma de jamón» o el de «soplo de cilantro», que desplazan la gastronomía al territorio de la alquimia e incluso de la metafísica.

Se mire como se mire, el acto de comer no es elegante. Nutritivo sí, indispensable, gozoso, pero elegante no, por elegante que sea el restaurante en que nos alimentemos, por distinguidos que sean nuestros modales y por bien vestido que vaya el camarero: hay que masticar, hay que deglutir, hay que limpiarse los labios manchados, hay que desplazar con la lengua los restos que se nos quedan adheridos a las encías, hay que reprimir los eructos, hay que segregarse jugos por dentro... Una verdadera asquerosidad, por triste que resulte decirlo. De ahí, tal vez, que la gastronomía moderna recurra a lo etéreo y a lo mínimo para paliar los matices salvajes que confluyen en el acto de comer. Porque esos parecen ser los principios esenciales de la nueva cocina: transformar lo sólido en volátil y reducir la proporción de los alimentos. Los divos actuales de los fogones han llevado a cabo tales principios hasta tal grado de perfección y sutileza que se diría que no cocinan para estómagos humanos, sino para paladares de ángeles y de arcángeles, de tronos y de dominaciones, por no meter a Dios en esto.

La cocina tradicional parece haber quedado para gente que tiene el cielo de la boca hecho de papel de lija. Pero el caso es que los humanos somos más complejos de lo que parece, y se da el caso de que solemos llegar a la cima para volver a la sima, sobre todo en cuestiones de moda, de manera que hay personas que consideran un signo de distinción social —e incluso intelectual— el hecho de desdeñar la vanguardia gastronómica en beneficio de los platos tradicionales, hasta el extremo de burlarse de quienes alardean de finura de paladar. ¡Oh, mundo!

CONFERENCIA. Creo que Ramón Gómez de la Serna habló por boca de casi todos los de su gremio en una página amarga de su *Automoribundia*: «La conferencia obliga a salir un día determinado, y el secreto de salvar la vida de las horcas del destino es no tener que salir un día determinado. Además, la conferencia altera y enajena al conferenciante, le corrompe la sangre, le estropea dos digestiones y le pone al frente del toro del público, que a veces es bueno y a veces malo». (Aparte de eso, la tilda de «broma macabra».)

CONSUELO. Es posible que ni siquiera el peor escritor del mundo carezca de algún lector entusiasta, fuera incluso del ámbito familiar.

CONTINUUM. A finales del siglo iv –poco más o menos– san Agustín escribe: «¿Qué es, pues, el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé. Pero si quiero explicarlo a quien me lo pregunta, no lo sé. No obstante, afirmo seguro que si nada pasara, no habría pasado, y si nada adviniera, no habría tiempo futuro, y si nada existiera, no habría tiempo presente. Por tanto, esos dos tiempos, pasado y futuro, ¿qué modos tienen de ser, puesto que el pasado ya no es y el futuro aún no es? Y el presente, si siempre fuera presente y no pasara a pretérito, ya no sería tiempo sino eternidad. Y si el presente llega a ser tiempo precisamente porque pasa a pretérito, ¿cómo decimos que también existe este, cuya razón de ser es que dejará de ser, de modo que no podamos decir en verdad que el tiempo es sino en cuanto tiende a no ser?».

A principios del siglo xx –poco más o menos–, T.S. Eliot, por su parte, escribe:

*Time present and time past
Are both perhaps present in time future
And time future contained in time past.*

*What might have been and what has been
Point to one end, which is always present.*

CONVENCIONALISMO. Chesterton advierte de que los convencionalismos pueden ser tan enfermizos como las excentricidades.

COPLA. En su *Floresta española y hermoso ramillete de agudezas, motes, sentencias y graciosos dichos de la discreción cortesana* (se ve que los títulos salen más baratos que los telegramas), Francisco Asencio cuenta que «leyó un poeta unas malas coplas que había compuesto, y preguntando uno si Adán había hecho coplas en el estado de la inocencia, respondió otro que sí, pero no como aquellas, porque de una legua se conocía que eran hechas después del pecado original».

CORAZÓN. ¿A quién se le ocurriría atribuir a ese músculo de aspecto asqueroso la condición simbólica de fuente de todas las emociones y sentimientos, cuando sólo es una fuente de sangre, a menudo con exceso de colesterol? (¿Por qué no gozó de ese privilegio el epigastrio, por ejemplo, de modo que pudiéramos leer cosas como «En el epigastrio tenía / la espina de una pasión. / Logré arrancármela un día, / ya no siento el epigastrio»?)

CORBATA. La corbata implica una especie de ritual de ahorcamiento, y no hay persona en este mundo a la que, al hacerse el nudo ante el espejo, no se le pase por el subconsciente la idea del suicidio, decisión que llevaría consigo varias ventajas; entre ellas, la de no tener que anudarse la corbata nunca más. Pero, por fortuna, calculo que pueden contarse con los dedos de ambas manos los casos anuales de suicidio por estrangulamiento con corbata, pues lo normal es que todo el mundo se anude la corbata y salga diligente hacia el trabajo, sin estrangularse ni nada parecido.

Los conceptos de «corbata» y de «trabajo», por cierto, mantienen entre sí una vinculación inexorable, ya que la corbata suele formar parte del uniforme laboral de multitud de profesiones: desde la de director general de cualquier cosa hasta la de bedel de la misma cosa, desde la de presidente de algún gobierno hasta la de testigo ambulante de Jehová. Debido tal vez a esta asociación de factores, el trabajador que se ve obligado a llevar corbata –se supone que para mantener así unos niveles básicos de elegancia y de decencia– lo primero que hace durante el fin de semana es liberarse de la corbata, y no hay cosa que descorazone más a un trabajador que el hecho de tener que asistir a una boda dominguera en la que sea ineludible el uso de corbata, pues los conceptos de «corbata» y de «enlace matrimonial» también suelen ir unidos, a pesar de que, en los tramos finales del convite, todos los invitados tengan ya la corbata en el bolsillo o bien con el nudo a la altura del hiato. (De la corbata del novio tal vez resulte mejor no hablar, ya que en muchas bodas populares suele optarse por trocearla con unas tijeras y subastar sus fragmentos entre los concurrentes, como si se tratase de reliquias de la sábana santa o de la saya de un mártir del siglo i.)

Hasta tal punto llega para muchos la identificación entre el uso de la corbata y la jornada laboral que aproximadamente un 58% de la población europea en activo cifra el éxito en el hecho de poder ganarse la vida sin tener que amarrarse un trozo de tela al cuello a las claras del día, cuando ni siquiera los gallos se han colocado todavía la cresta. Como no hace falta decir, el 42% restante pertenece a operarios que, por la índole de su especialización, no están obligados por las convenciones a usar corbata: fontaneros, mecánicos, panaderos, etcétera. Para ellos, la corbata viene a ser –y aun eso como mucho– un distintivo de fin de semana, de modo que la relacionan con el ocio, ya que está visto y comprobado que no pueden existir símbolos unánimes.

Durante mucho tiempo, la corbata ha sido un comodín recurrente a la hora de hacer un regalo a un varón al que no sabíamos qué regalar. Ignoro si esa costumbre se mantiene, pues lo normal sería que, gracias al sentido común, hubiese ido cayendo en desuso: regalar una corbata a un empleado que tiene que acudir al trabajo con corbata viene a ser como regalarle un pico y una pala a un minero en el día de su onomástica o de su cumpleaños.

Sólo añadir que existen varias formas de anudarse la corbata y millones de modelos

disponibles, sin duda para crear en torno a la corbata un espejismo de libertad.

CORRECCIÓN. 1) Según Macedonio Fernández, lo que nos hace geniales. 2) Se cuenta que el poeta argentino Baldomero Fernández Moreno, de natural muy vanidoso, se preguntaba: «¿Quién soy yo para corregir lo que he escrito?».

COSTUMBRISMO. 1) Conjunto de hechos inverosímiles aunque sensatamente organizados por determinados profesionales que consideran importante el exacto cromatismo de los prados o los detalles precisos de las catedrales románicas, el siempre artificioso coloquialismo de los diálogos o el nombre de las calles de Madrid, preferentemente. 2) Las leyes del ajedrez aplicadas al rutinario ir y venir de personajes que suelen llamarse el tío José o bien Anselmo y que se limitan a ser el tío José o bien Anselmo.

CRÍTICA. 1) Mujer dedicada al ejercicio de la crítica. 2) Manifestación más o menos intelectual que puede invadir –y que suele hacer uso de ese poder– el ámbito de la alucinación. *Ejemplo práctico:* Horacio Jorge Becco escribe sobre Ricardo E. Molinari: «Hay en su poesía un inalcanzable pronunciamiento, un manifiesto encierro del mundo inmediato, de los seres y la naturaleza que lo envuelven, del paisaje abierto –ya en el terruño, con la pampa desolada, tan dueña de su obra o el mar y los ríos, dando su cortina del tiempo–, de las citas memorizadas, casi inexplicables e inexistentes», y así durante un rato.

CRÍTICA SIMPÁTICA. Modalidad de crítica en la que se refleja no tanto la relación que un lector remunerado ha mantenido con un libro como la que mantiene desinteresadamente con su autor.

CRÍTICO. 1) Según Cansinos-Asséns, un echador de cartas. 2) Según Augusto Monterroso, persona que sólo se equivoca cuando se trata de obras importantes. 3) Título honorífico al que accede cualquier ciudadano desde el instante en que la primera copia de la hoja cultural del periódico de la comarca sale por el rodillo de impresión para ser lanzada al mundo, que por ella habrá de enterarse de la sincera inspiración de la que nacen los versos del poeta Sánchez o, en su defecto, del procedimiento analógico convergente –por así decir– del que ha abusado hasta extremos de náusea en su última obra el novelista Peláez. 4) Según el ya citado Monterroso, profesional que puede recurrir a estrategias muy extrañas: «La mayoría de los críticos, cuando se ocupan de un libro mío, comienzan por señalar que soy un escritor bajito, lo cual, una vez aclarado, les permite elogiar mi libro, mi estilo, y hasta mis ideas, sin

peligro de que la gente los tome en serio». **5)** Expendedor semanal de diplomas firmados con tinta simpática. **6)** «Lo más patético del crítico de arte –de música, de poesía, de pintura– no es tanto que se equivoque y no entienda, sino que *entiende* de una cosa que... no comprende», escribió Ramón Gaya. (Amiel nos ofrece una apreciación complementaria: «La facultad de metamorfosis intelectual es la primera facultad del crítico. Sin ella, no está en aptitud de comprender a los otros espíritus y debe por tanto callarse, si es leal. El crítico concienzudo tiene que comenzar por sí mismo: no tenemos derecho a juzgar lo que no comprendemos».) **7)** En una conferencia pronunciada a finales del siglo xix, A.E. Housman se permitió formular el siguiente mesianismo irónico: «No podría decir si la facultad de la crítica literaria es el mejor don que entre sus tesoros tiene el Cielo. Lo más probable es que así sea, puesto que este don es, sin duda, el más parcamente concedido. Oradores y poetas, sabios, santos y héroes, si escasos en comparación con las zarzadoras, son más comunes que las apariciones del cometa Halley. Los críticos literarios, por el contrario, son aún menos comunes. Y cuando una vez en un siglo, o una vez en dos siglos, aparece el crítico literario, ¿podría alguien decirme cuáles serían las ventajas que traería su aparición para el reducido número de personas que se llaman eruditos o conocedores clásicos? Si esta conjunción meramente accidental no se produjo hasta el siglo xviii en la figura de Lessing, de seguro que pasará mucho tiempo antes de que acontezca de nuevo; y si una cercana fecha como sería el siglo xx fuese a presenciar su aparición en otra persona, lo único que podría decir a ustedes es que esa persona no sería ciertamente yo». **8)** En esencia, hay dos tipos de crítico: el que baraja conceptos y el que baraja adjetivos, circunstancia que no puede hacernos olvidar que hay conceptos que valen incluso menos que un adjetivo. **9)** Persona de espíritu edificante que abre un libro y se dice: «A ver qué es lo que no me gusta de esto». **10)** Persona de mediana edad, dedicada por lo común a los amargores de la docencia, que un día de tantos decide encasquetarse una corona de papel dorado y obtener un sobresueldo gracias a la promulgación de los defectos y de las eventuales virtudes de las invenciones ajenas. **11)** Persona que, tras escribir folio y medio sobre un libro o sobre una exposición pictórica, adquiere el derecho de comer croquetas de forma gratuita en los actos literarios y en los *vernissages*. **12)** Persona dotada con el don de la infalibilidad que gana un caudal extra a costa de las falibilidades involuntarias del prójimo. **13)** El profesor Pozuelo cierra de este modo su reseña de hoy: «Esta novela es un auténtico menú de degustación, que, como ocurre en ellos, comienza admirando por su originalidad, fresca y novedad, alimenta mucho por lo variado de sus ingredientes y entusiasmo al principio, pero termina hartando por excesivo. Pasado el tiempo, y con la digestión hecha, se recuerda con gusto. Comimos bien aquel día, terminamos admitiendo». (Y agradece uno, en fin, que este especialista en novedades narrativas nos ahorre la mención de posibles regüeldos, así como de todo el proceso de

evacuación del menú degustativo, que no debió de ser proceso de poca monta.) **14)** Albañil de su propio pedestal, con el apoyo técnico del responsable del suplemento cultural de un periódico cualquiera de cualquier lugar del mundo. **15)** Cuando lord Byron publicó su primer libro de poemas, un crítico de la *Edinburgh Review*, de apellido Brougham, pronosticó, tras descuartizar al debutante, que aquellos eran «los últimos poemas que recibiremos de este joven». **16)** Imaginemos, para terminar ya con esto, la escena siguiente: después de una complicada operación quirúrgica, un enfermero convoca una rueda de prensa, ensaya un gesto híbrido de asco y de condescendencia y dice: «Creo que el doctor X ha seccionado la región intercostal demasiado cerca del bazo, lo que a la larga puede provocar una pleuritis, ya que este cirujano tiene tendencia a utilizar durante la intervención un astringente arterial que acaba ejerciendo una presión maligna sobre el lóbulo occipital, que a su vez distiende la actividad diencefálica en un alarmante 19,82%, según los últimos estudios publicados por el investigador Tannhäuser, de la Universidad de Berlín. Pero, en fin, ¿qué puede uno esperar de un cirujano?».

CROQUETA. El poeta Pedro Salinas sentía debilidad por ellas. En su libro de memorias titulado *Travesías*, su hijo Jaime cuenta que en una ocasión, siendo él niño, hizo volcar accidentalmente una bandeja de croquetas a la sirvienta que las llevaba a la mesa y nos describe la reacción del gran poeta del amor extraconyugal: «Enrojeció, tembloroso, sin conseguir articular palabra, se levantó, dio dos zancadas y furioso me soltó un tortazo». Y añade: «Nada de lo que pude hacer después de ese día, por grave que fuera, le provocó tanta ira».

CUCHILLO. Un cuchillo es un arma que, a la chita callando, ha logrado integrarse en el menaje doméstico como elemento indispensable, pues no hay hogar en este mundo en que no se practique el arte cisorio, habilidad que pone en riesgo la integridad de los dedos de quien se anima a practicar dicho arte sin la debida preparación, pues un poco insensato hay que ser para jugar con cuchillos, y más aún si quien juega con ellos se distrae a la vez con el visionado de uno de esos culebrones más o menos venezolanos que complican las labores de centenares de miles de amas y amos de casa, absortos ante las posibilidades combinatorias que pueden alcanzar las relaciones de pareja en aquellas latitudes.

La simple visión de un cuchillo intimida a cualquier espíritu sensible, lo que no quita que cualquier alma sensible descuartice, llegado el momento, lo que se le ponga por delante: una patata, un conejo o un tallo de apio, pues el arte ancestral de la cocina exige que casi todos los ingredientes sean pasados a cuchillo, hasta el punto de que podría afirmarse que, exceptuando las aceitunas y poco más, comemos fragmentos.

No deja de resultar inquietante el hecho de que en la casa de una familia de clase media pueda haber decenas de cuchillos, lo que facilita el acceso inmediato a un arma homicida en caso de necesidad, pues nunca se sabe qué horrores reserva el destino a una familia, circunstancia que alimenta buena parte de la industria cinematográfica contemporánea, tan atenta a los azares escabrosos que propician los allanadores de morada. No hay casa en el mundo, por humilde que sea, en la que no haya al menos un cuchillo, de lo que puede establecerse una relación insoslayable entre la vida doméstica y las llamadas armas blancas.

Comoquiera que los vaivenes de la moda afectan también a los cuchillos, en la actualidad se llevan mucho los cuchillos de traza oriental, capaces de trinchar un buey con un simple movimiento de muñeca por parte del usuario, según se encarga de recalcarlos la publicidad con que tales cuchillos se ofertan al público occidental. Al venderse en juegos de seis o de doce piezas, podemos afirmar sin exageración que cualquier hogar europeo cuenta con un arsenal cuchillero más surtido que el que podríamos encontrar en el hogar de un guerrero ninja.

Aún quedan por ahí afiladores callejeros de cuchillos, que deambulan por los pueblos con su moto y su pífano, dedicados a transformar cualquier cuchillo de hoja mellada en un utensilio pavoroso capaz de cortar las antenas de una mariposa en pleno vuelo. Para que no se nos acuse de parcialidad, señalaremos también la circunstancia de que en nuestros hogares nunca faltan cuchillos inofensivos, incapaces de cortar nada, por blando que sea lo que pretendamos cortar, y que no merecen catalogarse como armas domésticas, sino como elementos decorativos que ocupan en el cajón de los cubiertos un espacio que sin duda no merecen.

CUENTO. Nuevamente Monterroso: «Pocas cosas hay tan fáciles de echar a perder como un cuento. Diez líneas de exceso y el cuento se empobrece; tantas de menos y el cuento se vuelve una anécdota (...) La verdad es que nadie sabe cómo debe ser un cuento. El escritor que lo sabe es un mal cuentista, y al segundo cuento se le nota que sabe, y entonces todo suena falso y aburrido y fullero. Hay que ser muy sabio para no dejarse tentar por el saber y la seguridad».

CUEVA DE MONTESINOS. 1) Parque de atracciones de localización subterránea, próximo a una de las lagunas del Ruidera, para uso y disfrute de caballeros alucinados. 2) Morada prodigiosa a la que da nombre un anciano de larga barba canísima, tocado con una gorra milanesa negra y envuelto en un capuz de bayeta morada, que fue amigo de Durandarte, «flor y espejo de los caballeros enamorados y valientes de su tiempo», muerto en Roncesvalles, a quien el referido anciano le sacó el corazón de la mitad del pecho para entregárselo a la

señora Belerma, según disposición del difunto. **3)** Sima encantada, decorada con mármoles y alabastros, en la que el mago Merlín mantiene en hechizado cautiverio a más de quinientas entelequias literarias. **4)** Geografía palaciega trasmundana a la que se accede mediante descenso por cuerda.

D

DANDY. En nuestro ámbito nacional, persona que jamás admitiría la sustitución ortográfica de la i griega por la i latina, dado que en esa reminiscencia helénica está en gran parte la clave del asunto.

D'ANNUNZIO, GABRIELE. Un adulto que tenía un camisón con una abertura redonda en la parte genital. Los bordes de tal abertura estaban bordados con hilo de oro. Pues bien, imagínense lo que no se atrevió a escribir un italiano que fue capaz de encargarse a una costurera sin que le temblara la voz.

DANTE. Al parecer de Nietzsche, «una hiena que escribió poesía en las tumbas».

DARÍO, RUBÉN. 1) Tenemos un retrato tal vez inmejorable firmado por González-Ruano: «Fue hombre más bien alto y fornido, con un rostro brutal y tímido entre ídolo azteca, beethoven borroso y jabalí rozado por el ala de un ángel». Y añade: «Toda su vida aparece ante nosotros como una niebla que va por las calles miedosamente y tomando coñac». 2) Juan Ramón Jiménez lo recuerda tomando marisco y whisky y dice que «tenía algo de gran marisco náufrago».

DELIBES, MIGUEL. Mientras él descarga un par de cartuchos sobre una codorniz o sobre una liebre (¿quién podría distinguir desde lejos esas especies de animales incontrolados?), hay tres o cuatro mil viudas que acaban un libro suyo con un suspiro de espiritualidad, igual que si acabaran de conocer a un agradable caballero.

DESEO. Según Schopenhauer, «un hombre puede hacer lo que quiere, pero no puede querer lo que quiere».

DESESPERACIÓN. 1) Sentimiento de gama alta que, cuando es más verdadero que teatral, tiende a escorarse a la resignación. 2) Título de una novela de Nabokov en la que un trastornado reconoce como su doble perfecto a una persona que no se le parece en nada, porque somos así.

DETALLES. 1) Según el recién mencionado Nabokov, algo que hay que acariciar. 2) Según

el nabokoviano Carlos Marzal, «hay quien considera que los detalles mínimos representan la única parte de una historia sobre la que no resulta necesario demorarse. Sin embargo, el hincapié en los mínimos detalles supone la única manera de que las historias cobren realidad y no sean una burbuja más en el grumo indistinguible de los años».

DIAMANTE. La ciencia suele ser un reducto de magia. La luna prodigiosa y lírica que nos describió el hiperbólico Cyrano de Bergerac no es más lírica ni más prodigiosa que esa luna que vemos cada noche a través de la ventana, esa luna mutante y vagabunda que juega a la geometría consigo misma: de repente mengua, de improviso crece... Hay noches en que parece una cimitarra fantasmagórica, noches en que simula ser una hoz de marfil, noches en que toma la apariencia de ojo ciego de cíclope. Y así va: disfrazándose. La dama indefinida.

Vladimir Nabokov sospechaba que en la obra de arte se produce una especie de fusión entre la precisión de la poesía y la emoción de la ciencia pura.

El caso es que unos científicos han conjeturado que algunos planetas extrasolares pueden estar hechos de diamante, al haberse condensado a partir de gas y de polvo rico en carbono. Esos planetas podrían tener la corteza de carbón casi puro, su capa más exterior sería de grafito, pero, más abajo, resulta probable que la presión haya transformado ese grafito en la forma más prestigiosa del carbono: el diamante.

Se imagina uno esos planetas, no sé, como inmensas joyerías flotantes por el universo, como la inmensa caja fuerte de un Tiffany's ultragaláctico, como el sueño codicioso de un maharajá.

Alfonso X, en su *Lapidario*, da por hecho que el diamante es una piedra que se halla en el río llamado Barabicen, que corre por la tierra conocida como Horacim. Según el rey sabio, nadie puede llegar al lugar en que nace ese río, al haber allí muchas serpientes y otras muchas bestias ponzoñadas, entre ellas unas víboras que matan sólo con mirar. Por venir de ese medio, asevera su majestad que es piedra venenosa: si alguien la mantiene en la boca durante un rato, se le caerán los dientes; si la muelen y hacen mortero de ella con estaño, se convierte en tósigo mortal, de modo que le verá la cara a la muerte quien tenga la desventura de ingerirlo. Por lo demás, nos dice aquel rey de Castilla que el diamante, al ser de naturaleza fría y seca, convierte a quien lo lleva en persona susceptible de enojarse enseguida, inclinada a reñir «y hacer toda otra cosa que sea de atrevimiento y esfuerzo».

Las pintorescas convenciones mercantiles han convertido el diamante en un símbolo del amor duradero. Regalar un diamante es como regalar el corazón. Un corazón transparente, un corazón muy caro, un corazón de carbono hecho cristal. El diamante, piedra seca y fría, según señala el rey gemólogo, se ha convertido en metáfora del corazón caudaloso y candente, del voluble corazón, del músculo sanguíneo y tornadizo. Una piedra preciosa, arrogante y

perfecta sobre el fondo aterciopelado del estuche, se transforma en embajadora de un corazón, y el corazón que recibe ese corazón metafórico y cristalizado se conmueve. Es el poder esotérico del carbono. Es la magia del prisma. Es la fuerza ancestral y caprichosa de los símbolos.

Por ahí, fuera de nuestro sistema solar, puede haber planetas de entraña diamantina, errantes por el silencio corpóreo de las regiones etéreas. Y todo parece, en fin, el sueño delirante de un joyero.

DIARIO PREPÓSTUMO. En uno de sus relatos, Julio Ramón Ribeyro imagina a una persona que escribe un diario anticipado. Tras su muerte, va cumpliendo –cabe suponer que gracias a los milagros imprevisibles de la parapsicología– las acciones fijadas en ese diario.

DICCIONARIO. Hay diccionarios de todo. O –seamos prudentes– de casi todo. (Por haber, hay diccionarios de diccionarios.) Diccionarios de mitología, de escuelas de pensamiento, etimológicos, de dudas, de términos literarios, fraseológicos, de esoterismo, de sueños, de personajes literarios, de celebridades históricas, de cocina, de filosofía, de sinónimos y antónimos, de ciencias ocultas... Se trata de un mercado muy surtido, y está muy bien que sea así, pues no hay grado de sabiduría que logre superar nuestro grado de ignorancia.

Decía Platón, en un día de optimismo genuinamente platónico, y en frase luego muy célebre, que aprender es recordar, pero es posible que la condición indispensable para aprender sea más bien la de ignorar, aunque se da la paradoja de que, cuanto más aprendemos, más nos queda por aprender, al ser el de la consecución de la sabiduría una especie de trabajo de Sísifo. De ahí la confesión célebre de Sócrates, aquel suicida a la fuerza: «Sólo sé que no sé nada», frase que suelen emplear con orgullo las personas ignorantes que buscan apoyaturas prestigiosas para hacer ostentación de su ignorancia.

Un diccionario de la lengua es un tesoro, hasta el punto de que como tal tesoro eran presentados algunos diccionarios antiguos por sus autores, conscientes de que hacían un regalo sin par al mundo.

Hay personas que, a la pregunta tonta de qué libro se llevarían a una isla desierta, responden que el diccionario de la Real Academia Española. Como experimento no está mal, pero mucho me temo que tales personas acabarían medio locas o locas del todo, ya que la lectura sistemática de un diccionario no sólo nos advierte de nuestro porcentaje apabullante de desconocimiento de nuestra lengua, sino que además nos ofrece un catálogo exhaustivo de las cosas de la realidad, ya sean visibles o invisibles, ya abstractas o concretas, ya palpables o imaginarias, y lo que menos necesita un ser abandonado en una isla desierta es recordar todos los prodigios conceptuales, industriales o metafísicos que el género humano ha añadido

al universo.

Se cuenta de un alemán al que se le metió entre ceja y ceja aprender el idioma español con la ayuda exclusiva del diccionario de la Academia, sin gramática ni maestros, y presumía el hombre de aprender cada día tres palabras, lo que al año suponía un millar largo de ellas y al decenio unas once mil. Al quinto año de ocupación tan pintoresca y afanosa, se le acercó un desconocido en un bar de Zamora para pedirle fuego y el alemán se lo dio con afabilidad, pues ni siquiera el más tacaño de los seres niega a nadie un poco de fuego. A partir de ahí, entablaron conversación, y explicó el alemán al zamorano su método de aprendizaje de nuestro idioma, de lo que se admiró grandemente el nativo, pues, a ojo de cubero, dio por sentado que el foráneo manejaba más léxico que él. «En efecto», dijo el alemán. «Tengo ya casi todo el diccionario aquí: en el culo», y se señaló la frente, error que dejó aturdido al principio al zamorano y divertido luego.

DICKENS, CHARLES. Aunque alguna vez fue joven, algo así como el abuelete de Europa, con chimenea incorporada.

DIÉRESIS. Siameses separados por dos bombas atómicas lanzadas desde el interespacio fonético directamente sobre sus cabezas, atónitas y tónicas.

DIETARIO. 1) Lo que hicimos ayer a las ocho de la tarde. 2) Lo que no hicimos ayer a las ocho de la tarde. 3) Lo que nos hubiera gustado hacer ayer a las ocho en punto de la tarde. 4) Lo que nunca haremos a lo largo de toda nuestra vida a las ocho de la tarde, sembrando así de cadáveres de ángeles recién nacidos la eternidad crepuscular de las ocho de la tarde de una tarde cualquiera e infinita.

DIOS. 1) Director artístico del circo de las pulgas. 2) Ernest Renan lo vio como una gran ostra vegetativa.

DISCURSO. 1) Si alguien está convencido de que el prójimo tiene capacidad para escucharle un discurso de más de diez o quince minutos de duración, es que no conoce a la humanidad. 2) Cuando, después de un rato de perorata, la persona que da el discurso dice: «Y ya para terminar...», siempre tiene uno el temor de que diga: «Y ya para terminar, empezaré de nuevo».

DISIMULO. Si hay que ejercerlo, que sea con el mayor disimulo posible.

DIVAGACIÓN. De tarde en tarde, cuando se queda ocioso el pensamiento, se pone uno a divagar sobre asuntos que apenas merecerían una divagación si las divagaciones no

estuviesen precisamente para atender aquellos asuntos que jamás son urgentes ni importantes, sino imprecisos ideogramas que se estampan durante un segundo en nuestra mente al modo de un relámpago que no antecede a trueno alguno, pues no puede tronar la mente ociosa.

Se pregunta uno por ejemplo: «¿Cómo estará el tiempo en Venecia?», que es la pregunta más inútil que alguien puede hacerse si no piensa ir allí de inmediato. Pero de esa vana inquietud meteorológica pasa uno a acordarse, mediante un movimiento de alfil, de Henry James, que veía Venecia como una inmensa vivienda comunal en la que los zapatos no se gastan nunca y a la vez como un teatro en el que los actores taconeasen sobre los puentes y caminasen a paso ligero, en desordenadas procesiones, a lo largo de los *fondamenti*. Y entonces piensa uno: «Existen ciudades caleidoscópicas y ciudades estáticas», para al momento preguntarse: «¿Caleidoscópicas, estáticas?». Y ahí comienza, desgraciadamente, la fase reflexiva de la divagación: «Una ciudad caleidoscópica es aquella que parece tener una esencia cambiante, una imprecisión de espejismo, de estructura en movimiento, de espacio sometido a un continuo tornasol. Venecia o Fez, pongamos por caso, serían ciudades caleidoscópicas, al contrario que Nueva York, París o Londres, que serían ciudades estáticas; es decir, ciudades que provocan en el visitante reincidente una sensación de permanencia, de tramoya inalterable», concluye uno, para al instante pensar esto otro: «Menuda tontería», de modo que hace uno sus alforjas, dispuesto a cambiar de escenario divagatorio, y se para a pensar que existen en el mercado zapatillas que representan la cara de una foca o de un oso, peines con forma de cisne o de perro, jaboneras con silueta de delfín o de pingüino, mecheros fosforescentes y sofás con contorno de croissant, como si todas las cosas del mundo estuviesen obligadas a transformarse en algo anómalo: las zapatillas en focas sonrientes y las focas en abrigo, los peines en cisnes y los cisnes en floreros de cerámica policroma, los secadores de pelo en utensilios de apariencia galáctica y las galaxias en objeto de investigación científica. Se dice uno entonces: «La condición humana necesita convertir la realidad en metáfora, porque la metáfora es muy pedagógica: nos ayuda a comprender las relaciones inarmónicas y absurdas que mantienen entre sí las cosas que componen nuestro mundo», y da por buena esa reflexión endeble e imprecisa, pues el divagador no está obligado a ser un filósofo consistente, ni mucho menos un sociólogo, sino alguien que, por decirlo con palabras del peruano Ribeyro, está inseguro de sí, y piensa disparates, triste en el fondo, como un camello extraviado en el continente polar.

DOBLE VIDA. Madame Zilensky, personaje de un relato de Carson McCullers, dedicaba todo su tiempo a enseñar y componer música. Como no le quedaba hueco en el día para más, mentía sobre los detalles más nimios de su vida cotidiana: se pasaba la tarde componiendo y decía a la gente que la había pasado jugando a las cartas. (Se trata, de acuerdo, de una doble

vida mucho menos aparatosa que la del doctor Jekyll, pongamos por caso, pero tan melancólica que ni siquiera parece doble, sino más bien la mitad de la mitad de dos vidas muy insignificantes, y de ahí tal vez la fortaleza de su pequeño horror.)

DOLOR. 1) Cuando no es físico, un simple malentendido entre el pensamiento, el instinto y la conciencia. 2) Un verso de Carlos Pardo: «Para el dolor es siempre el primer día».

DOSTOIESVKI, FIÓDOR. Según Thomas Mann, «resulta imposible hablar del genio de Dostoievski sin que se nos imponga la palabra *criminal*». (Luego lo explica, o lo intenta al menos.)

DRÁCULA. 1) La configuración moderna de este antiguo mito del folclore rumano se la debemos a un novelista irlandés: Bram Stoker, de quien se dice que concibió su obra aterradora en medio de las alucinaciones que le provocó una indigestión de cangrejo –así estaría el cangrejo. Enfermo luego de sífilis, repitió alucinaciones: moribundo en una mísera pensión londinense, se pasó las últimas horas de vida señalando un rincón de su cuarto y repitiendo la palabra «*strigoi*», que en rumano significa vampiro. (Mala suerte, Bram.) 2) Los vampiros están asociados de forma inexorable a la infancia: eran uno de los muchos factores idóneos para meternos el pánico en el centro mismo del ser, por decirlo de algún modo, ya que estaría por ver si ese centro existe o si al final son todo periferias. Íbamos al cine y allí aparecía el conde con la cara –según cada generación de espectadores– de Bela Lugosi, de Christopher Lee o de Max Schreck, que era el que tenía peor pinta de todos, y el corazón se nos aceleraba al oír el crujido de los goznes de la tapa de un ataúd, y una fina mano de uñas frías anunciaba el despertar sediento de su alteza irreal el príncipe de las tinieblas. (Y aquellos carruajes sin cochero tirados por caballos negros con penacho negro, a galope tendido por los desfiladeros neblinosos de una Transilvania de cartón piedra: los milagros lunares del terror. Y las doncellas vampirizadas, echadas a perder para la vida...) Mala gente, en fin, los vampiros.

La vampirología resultaba una ciencia muy simple, y sus secretos estaban al alcance de cualquiera: a partir de los cinco o seis años, el 90% de los niños de mi generación sabía que los vampiros quedaban fulminados si se exponían a la luz solar, que había que clavarles una estaca en el corazón para mandarlos a ese otro mundo que está más allá del otro mundo, que no se reflejaban en los espejos, que se ponían como locos ante la visión de la cruz y que no soportaban el olor del ajo, que era la peculiaridad más insólita e inexplicable de todas, ya que esa repugnancia introducía en el monstruo un rasgo de remilgo que no casaba del todo con su condición de príncipe del Mal. Sea como sea, el caso es que si el 90% de los niños de mi generación resultaba atacado por el conde Drácula o por uno de sus muchos subalternos

en el organigrama piramidal de los cadáveres vivientes, el vampiro en cuestión tenía muchas papeletas para salir perdiendo, pues conocíamos a la perfección sus puntos débiles.

Hay un ingrediente conmovedor en la figura repulsiva del vampiro: el mendigo de vida. El necesitado de sangre. El sediento de realidad. Noctámbulo a la fuerza, pálido de anemia macabra, el vampiro sale cada medianoche de su ataúd allá en lo más recóndito de nuestra niñez: la cripta en que conservamos nuestros terrores incurables. No muere nunca en nosotros el chupasangre, el de los ojos enrojecidos por el crimen tenebroso que le prorroga el don de la vida, el señor de la capa de vueltas moradas, errante entre la niebla, sombra ojival de los camposantos, a la búsqueda de campesinos desprevenidos y de muchachas en la edad de la gloria terrena, muerto en pie, siempre con su funeral a cuestas, por los campos desasosegantes de los Cárpatos, en los que aúlla el lobo escurridizo y silba el viento su melodía tétrica, entre otros golpes de efecto.

DRAGÓN. 1) Según Chesterton, la más cosmopolita de las imposibilidades. **2)** En un relato de René Marqués se lee: «Una vez que se acepta la existencia del dragón, lo maravilloso se acepta sin extrañeza, sin que sean necesarias interrogaciones, o respuestas a esas interrogaciones».

DUBREUIL, GEORGINA. Mujer casada con un adúltero, circunstancia que tal vez la animó a mantener una relación adúltera con André Breton. Según parece, le leía a su amante las cartas que le enviaba a su marido su amante (y disculpen, por favor, el lío, pero es que era tal lío), lo que no le impidió que, en un ataque de celos, redujese a cenizas todas las posesiones de Breton, incluidos cuadros de Derain y de Modigliani. Le dejó, eso sí, una nota, por si faltaba algo: «Todo se remonta a la más alta Antigüedad: los grafitos que encantan a los niños son siempre corazones y triángulos rodeados de fuego». (El interior, en fin, de las cabezas humanas.) (Esta anécdota la leo, por cierto, en la biografía de Gala Dalí debida a Dominique Bona, pero no la encuentro en la minuciosa biografía de Breton que debemos a Mark Polizzotti.)

DUELO. Ese tramo de tiempo en que el difunto aún no se ha muerto del todo.

DUELO DE HONOR. El crítico y poeta británico Lascelles Abercrombie (1881-1938), de escuela lírica georgiana, tuvo la ocurrencia de restablecer la figura de Wordsworth como modelo poético. La propuesta tuvo una respuesta un tanto inesperada: «Estimado señor Abercrombie: la estupidez, llevada más allá de cierto límite, se convierte en una amenaza pública. Le reto aquí a un duelo que se celebraría en el momento que a usted le venga mejor. Le saluda atentamente, Ezra Pound». Se daba el caso de que Pound era experto en esgrima,

pero también se daba el caso de que el retado podía elegir arma. Tras el sobresalto inicial, Abercrombie propuso a Pound que se bombardeasen con los ejemplares no vendidos de los libros de ambos, y ahí quedó, por fortuna, la cosa.

E

EDAD. Francis Scott Fitzgerald escribió en una carta: «Después de los cincuenta, uno se convierte en otra persona». Si dejamos a un lado el hecho de que él no pudo comprobarlo, ya que murió a los cuarenta y seis, no está en nuestra mano saber si se trataba de una conjetura optimista o pesimista, y tal vez mejor así.

EDICIÓN DE AUTOR. El poeta argentino Nicolás Olivari (1900-1966) se costeó la edición de un libro y se inventó unos editores, a saber: Llosibol y Midedogapa.

ÉGLOGA. Jardín silábico por el que pululan palurdos líricos y enamorados que responden por nombres –Salicio, Nemoroso– de abonos químicos.

EGO. El yo, pero en petulante.

ELEGÍA. 1) Esquela de tarifa máxima. 2) Las palabras que le llegan al difunto gracias a la inercia residual de su sistema auditivo, escamado ante esas sílabas tan contadas, tan sospechosamente eufónicas... 3) Lamento de intensidad generalmente prudente provocado por el recuerdo de esas pompas de jabón que explotaron –*plof*– en el pasado.

ELIOT, T.S. 1) Un mago con talante de matemático (o al revés) aficionado a recurrir a los malabarismos estilísticos para marear su angustia, que no era mágica ni matemática. 2) Djuna Barnes, en alusión al puritanismo sexual y religioso del que fue su editor, señaló que «guardaba a su Auden en la nevera».

ELIPSIS. 1) Canal de Panamá que toma una situación para acortar su periplo. 2) Tras su apariencia de nombre de discoteca, se oculta lo que se oculta.

ÉLUARD, PAUL. Un pobre hombre que, tras heredar, llegó a ser incluso rico, aunque la holgura económica le duró poco. Compartió a su mujer Gala con Max Ernst, entre otros, antes de que se le fuera con un joven Dalí que estaba incluso más majareta que el Dalí anciano, tal vez por aquello del brío propio de la edad lozana.

ENCICLOPEDIA. En un cuento de Isaac Bashevis Singer se habla de una enciclopedia

preparada por un famoso escritor en hebreo de la que aparecieron varios volúmenes, aunque los restantes iban demorándose tanto que la gente hacía chistes en torno a ella. Entre esos chistes se contaba el de suponer que el último volumen aparecería después de la llegada del Mesías y de la resurrección de los muertos, de manera que los nombres de los personajes mentados en la enciclopedia tendrían que llevar tres fechas: la de su nacimiento, la de su muerte y la de su resurrección.

ENDECASÍLABO. 1) Cálculo silábico con calco. 2) Patrón métrico casual de las conversaciones que tienen lugar en restaurantes y similares:

*(Antonio Sánchez Soto le ha pedido
sopa de picadillo al camarero.)*

–Ni fría ni caliente, más bien tibia.

Hace mucho calor para ser junio...

–¿Prefiere usted un tinto o un rosado?

–De momento prefiero una cerveza.

Tráigame también agua y pan dietético.

–¿De segundo, señor?

–Quizá pescado.

¿Tiene mero a la plancha?

–No.

–Pues carne.

Un entrecot muy hecho, con verduras.

Y no le ponga sal al entrecot,

que tengo la tensión como un cohete.

(Etcétera.)

ENEASÍLABO. Endecasílabo con complejo de inferioridad.

ENEMIGO MORTAL. A su peculiar manera, todos lo son.

ÉNFASIS. Acentuación de los sentimientos átonos.

ENFERMEDAD. 1) La enfermedad es siempre molesta, y no tiene inconveniente en ser terrible, aunque siempre resulta curiosa, ya que presenta algunos puntos en común con la parapsicología: algo así como la esfumación global del mundo, pues el mundo se disipa para el enfermo, flotante de repente por un limbo doloroso que a veces ni siquiera duele y que está

fuera de la geografía real, al ser el suyo un territorio abstracto de fiebre y narcolepsia, de fármacos que huelen a lágrima podrida, de sangre anónima que mana de un grial de plástico y recorre un tubo, etcétera. La enfermedad resulta incompatible, en suma, con la realidad, y el caso es que fuera de la realidad pintamos muy poco, de ahí que lo primero que pide el enfermo sea la baja laboral y un vaso de agua. **2)** Algo así como si en una comedia de alegres enredos apareciera una figura encapuchada y dijera en un aparte a los espectadores: «Todo esto es pura farsa. Los amores que atormentan a estos muñecos son falsos, como falsos son los sentimientos de estos fantoches declamatorios. Es falso su dolor, y fingidas sus indignaciones, y pantomimas sus duelos a espada, y de pega la sangre de sus heridas. En el preciso instante en que a mí, la Dama Muerte, tan cantada en tono pesaroso y temeroso por los poetas de todos los tiempos fugados y venideros, se me antoje salir a escena disfrazada de enfermedad para declamar mi monólogo, todo resultará intrascendente, y la vida una mala fantasía. Las jerarquías morales agacharán la cabeza ante mí, y todos estos muñecos presuntuosos serán como el ciervo que huye en vano de los perros, porque el cabecilla de la jauría le ha clavado ya los colmillos, y eso es sólo el principio del carrusel del espanto, su saludo de bienvenida». **3)** Con la llegada de los fríos, no es raro que enfermemos, ya que casi nadie se libra de padecer al menos un catarro, que es una enfermedad liviana, aunque con síntomas propios de enfermedad letal, pues a morir se pone el acatarrado. Los virus hacen su agosto anacrónico en invierno, y todavía no ha nacido un científico lo suficientemente espabilado como para inventar un antídoto efectivo contra el resfriado común, que es una de las enfermedades más ridículas de cuantas pueden cebarse en nuestro organismo: mal casa el concepto de dignidad humana con el concepto de estornudo. Estornudas y ni tú mismo puedes tomarte en serio, al ser el estornudo de naturaleza cómica incluso para quien lo padece. Hasta resulta raro que no se incorporase en su día a la comedia del arte la figura del estornudador, pues se hubiese metido al público en el bolsillo. («La eternidad es el sueño sin despertar de los que sueñan», por ejemplo, dices con voz engolada, y dejas a tus oyentes meditabundos, hasta que de repente estornudas, y la pringas del todo.) El enfermo nunca tiene ganas de reírse, por esa cosa que dije de que la enfermedad disipa el mundo, con la agravante de que incluso los medicamentos concebidos para aliviar la sintomatología de la gripe promueven el abotargamiento y la soñera, con lo cual crees estar más grave de lo que estás, pues es también condición de todo enfermo la hipocondría.

...Y el día menos pensado, en fin, nos morimos.

ENTREVISTA. 1) En su modalidad oral, procedimiento periodístico por el cual una persona responde con titubeos divagatorios a unas preguntas divagatoriamente titubeantes. **2)** En su modalidad de transcripción escrita, procedimiento periodístico por el cual una persona de un

gremio cualquiera cede a otra persona de un gremio concreto el derecho a poder abrir comillas en su nombre, con el resultado frecuente de que el relativista resulte categórico, de que el escéptico luzca como dogmático, de que el irónico parezca chulesco o de que el prudente se presente ante el mundo como un insensato que se expresa a través de anacolutos.

ENVEJECIMIENTO. Cuando era muy joven, T.S. Eliot escribió: «Envejezco, envejezco», y el tiempo no tardó en darle la razón mediante el procedimiento de convertir en verdad de vida una mentira poética.

ÉPICA. Según Alberto Lista, «el laurel literario más importante para la gloria de una nación es el de la musa épica, porque en un cuadro extenso y dilatado puede el poeta hacer insigne muestra de sus conocimientos de toda especie, y describir un siglo, una época entera de la historia de su nación». (Chimpún.)

EPIGRAMA. Por lo común, morisqueta moral o vengativa. *Ejemplo:*

Con papel reciclado del periódico
en que el crítico Amén me puso a caldo
se imprime hoy
la 9ª edición de mi novela.

EPÍLOGO. 1) Prólogo desterrado. 2) Lo que faltaba.

EPÍSTOLA. Vehículo de recomendación moral dirigida a un tipo que casi siempre se llama Fabio –una especie de abonado a una agencia de contactos que abre el buzón cada mañana con la esperanza de ver ampliado el círculo de sus corresponsales de todo el mundo; él, Fabio, tan aficionado a recibir cartas...

EPITAFIO. 1) El telegrama de un muerto. 2) Posibilidad que ofrece la poesía de hacer hablar eternamente a los difuntos cuando ya los difuntos no pueden hablar ni probablemente tienen ganas de hacerlo. *Ejemplo:*

EPITAFIO DE UN SOLDADO

Por amor a la patria,
y urgido por mi honor,
un día me alisté,
y en la guerra me mataron.
De manera que a tomar por culo

mi amor a la patria,
mi honor
y sobre todo yo mismo,
el alegre corneta Benjumeda.

EPITALAMIO. Elegía anticipada por el himen.

EPÍTOME. En resumen, lo que su nombre indica.

EPOPEYA. 1) Ejercicio de halterofilia poética. 2) Cuatro o cinco mil versos de este tipo:

Argón, hijo de Nesis, gran guerrero,
partió en incierta nave con sus hombres
en busca de la isla venturosa
que se hallaba en el norte del mar Caspio,
donde, en tiempos, Bwefal el Pelirrojo,
nieta de la hechicera Rofalgima,
sembró la rosa roja de la sangre
antes de conquistar la adusta tierra
del temeroso pueblo macedonio...

3) La madre de Ezra Pound animaba a su hijo a escribir la epopeya del Oeste americano, tal vez porque su orgullo materno no se medía por centímetros, como suele ser normal, sino por kilómetros: tantos como el Oeste mismo.

ERNST, MAX. Mejores sus tijeras que sus pinceles.

ERNST, PHILIP. Padre del anterior. Dedicaba los domingos a pintar. Contaba su hijo que, una mañana en que salió con él al campo, su padre plantó, como solía, el caballete y se puso a pintar un tramo de paisaje con arreglo a su afán de realismo notarial y minucioso. Al terminarlo, se dio cuenta de que se le había pasado por alto un árbol. Le dio un ataque de ira, fue a su casa por un hacha y taló el árbol en cuestión. (Es posible, en fin, que nunca haya sido más verdad aquel dicho ligeramente absurdo de Oscar Wilde según el cual la naturaleza imita al arte.)

ERRATA. Figura retórica casual que permitía a los antiguos tipógrafos incidir en la incompreensión –intrínseca o extrínseca– de cualquier obra impresa.

ERRORES VIGOROSOS. W.B. Yeats, a propósito de Ezra Pound: «Puede que sus experimentos sean errores, no estoy seguro, pero antes concedería el laurel a los errores vigorosos que a las ortodoxias carentes de inspiración».

ERUDICIÓN. Forma de conocimiento que se adquiere gracias a la sabiduría ajena.

ESCAPARATE. Un escaparate viene a ser la puesta en escena de una tentación, un diorama de los deseos supletorios, y su fracaso radica en no despertar el ansia de la posesión inmediata. Los escaparates están para que nos detengamos ante ellos, siquiera sea para curiosear en aquello que no necesitamos o no podemos permitirnos, y resulta desconsoladora la imagen de los transeúntes que pasan ante un escaparate sin detenerse a observar el género, aunque sea sin intención de hacer gasto, pues no puede ir uno por el mundo comprando cuanto le ofrezcan, así regalen una camisa y una corbata por la compra de un traje, así ofrezcan un 10% de descuento en un reloj de oro.

Es curioso que casi todos los negocios tengan escaparate: desde la joyería a la ferretería, porque tan artículo de primera necesidad puede ser una manivela como una gargantilla de platino y esmeraldas, según ande la jerarquía de cada cual en cuestiones de anhelos primarios y, claro está, según ande de posibles. Los escaparates de las ferreterías, por cierto, parecen instalaciones de vanguardia, con su abigarramiento más o menos azaroso de pernos, latiguillos, embudos, picaportes, lijadoras, alicates, navajas albaceteñas y rifles de aire comprimido, pues muy variada es la mercancía que se oferta en ese tipo de establecimientos. En cambio, los escaparates de las joyerías tienden al minimalismo, quizá porque la acumulación de joyas dispersa los antojos, y es posible que no haya coyuntura peor para el negocio que un cliente que dude entre una pulsera de Bulgari y unos aretes de Cartier, pues al final lo más probable es que no se lleve ninguno de los dos, por esa especie de razonamiento irrazonable que rige los caprichos. (Hay una imagen en una novela de Yukio Mishima que, aunque previsible y obvia como tal imagen, me gusta mucho: la visión nocturna de «los escaparates vacíos de las joyerías, donde se alinean las bandejas de terciopelo sin las piedras preciosas».) Hasta las carnicerías tienen escaparate, y aquello viene a ser la exposición pública de una escabechina en toda regla: la cabeza del cerdo por un lado y las manitas por otro, la lengua de una ternera, el lechón abierto en canal, con aspecto de angelillo adormilado del paraíso porcino...

En nuestros días, el consumo, según dicen, cae en picado, pero ahí siguen los escaparates, heroicos y resistentes, a la espera de que algún viandante se detenga ante ellos y decida comprarse un camión o una cristalería, un martillo o unos botines, un reloj de pulsera o un reloj de cuco, que es una de las cosas más raras que pueden comprarse, pues mucha

presencia de ánimo hay que tener para convivir con un pájaro mecánico.

Hay escaparates esplendorosos y los hay muy tristes. Tan tristes que, más que ganas de comprar algo, te entran ganas de dar una limosna al propietario de la tienda. Y así vamos por las calles, en fin, entre tentaciones, pasando distraídamente ante objetos huérfanos que nos suplican tras un cristal que nos los llevemos a casa para encontrar su sentido en el mundo, porque en el fondo se parecen mucho a nosotros.

ESCRITOR. Un personaje de Pío Baroja arriesga el siguiente veredicto: «Para ser escritor, lo principal es serlo».

ESCRITOR DE PRESTIGIO. Dícese de aquel al que la gente respeta tanto que ni siquiera se atreve a leer sus libros.

ESCRITURA. Según Roland Barthes, una realidad formal existente entre la lengua y el estilo. (¿?)

ESCRITURA AUTOMÁTICA. La que, aun siendo manual, aspira a ser maquinal.

ESCRITURA SEMIAUTOMÁTICA FLAMENCA. Lo cantaba uno al que apodaban El Chiclanita y le gusta repetirlo a Joaquín Sabina:

Baluarte invencible,
Isla del León,
donde se rindió el coloso
Napoleón Bonaparte
y allí perdió su victoria
y en Waterloo.

ESCUELA LITERARIA. Como, según el apotegma atribuido a Rafael el Gallo, en el mundo hay gente para todo, existe gente que ha tenido la ocurrencia de montar unas escuelas en las que se imparte la enseñanza de la escritura creativa en sus diversas ramas. Como en el mundo hay gente para todo, existe asimismo gente que paga a los promotores de esas escuelas para tener derecho a convertirse en inciertas cobayas de las musas.

Arthur Cravan, en 1914, se preguntaba con asombro cómo a ningún estafador se le había ocurrido abrir una escuela de escritores. Pues bien, su asombro ha acabado por transformarse en una profecía de sobra cumplida, ya que los talleres de formación profesional para letraheridos se extienden por nuestro país como dicen que se extienden los hongos por la piel y por los campos.

En esto de las escuelas para literatos vocacionales ocurrirá como en todo: que las habrá mejores y peores, lo cual no quita que todas ellas sean, según me temo, inútiles. Y no es que quiera yo insinuar que la escritura artística sea un arte rebelde a las directrices pedagógicas. No se trata de eso. Lo que ocurre es que si alguien quiere ser escritor y necesita que alguien le diga cómo se escribe, lo único que ocurre es que es más que probable que no sirva para ser escritor.

Cuando un periodista no sabe qué preguntarle al literato al que le han mandado entrevistar, recurre casi sin excepción a una pregunta que mezcla misterios ontológicos con enigmas metafísicos: «El escritor, ¿nace o se hace?». La posibilidad de que alguien sea literato de nacimiento no deja de resultar ingrata no ya sólo a nuestra idea de la natalidad, sino también a nuestro concepto de destino; pero es que, además, el hecho de ser escritor por los azares de la coctelería genética nos dejaría en una situación muy comprometida ante los integrantes de otros muchos gremios: ¿nacen electricistas los electricistas?, ¿nacen filósofos los filósofos?, ¿nacen estrellas del porno duro ciertas muchachas?

De lo que no cabe duda es de que el escritor se hace, aunque sea para hacer el ridículo. Se hace Marcel Proust o se hace Luis Chamizo. Se hace Stendhal o Noah Gordon. Se hace Cernuda o se hace Valbuena Mensaque, registrador de la propiedad y sentido sonetista alpujarreño. Pues bien, gracias a esa capacidad que tienen los humanos para hacerse escritores de diversa magnitud, los promotores de las escuelas de letras lanzan al mundo sus programas educativos semanales, trimestrales o semestrales, según el grado de genialidad literaria que cada alumno quiera alcanzar... o según su presupuesto, como es lógico, porque me temo que el presupuesto no constituye un factor secundario en estas escuelas de escritores, sino tal vez todo lo contrario.

ESPACIO MÍTICO. Está claro que a todo aquel que se dedica al arte novelístico le trae más cuenta el inventarse un topónimo que el tomarlo del atlas, recurso este último poco apreciado por lo que implica de falta de vuelo imaginativo. Si un novelista sitúa la acción de su obra en Huelva, en Grenoble o en Chengdu, lo más que puede esperar –y aun eso con bastante suerte– es que algún ayuntamiento o asociación de vecinos le dedique una calle periférica o una lápida de mármol en la que se perpetúe algún fragmento de su obra. En cambio, si inventa ciudades que se llamen Rampatamana, Guacomelópolis, Bantenoremis o Magunmaguncia, se quedará sin calle y sin lápida de mármol, pero los críticos le asignarán la condición de «creador de un espacio mítico», lo que viene a ser algo así como la intemerata de la intemerata misma, y de manera instantánea quedará emparentado con gente como Faulkner, Onetti, García Márquez o Benet, entre otros colonizadores ilustres de territorios impalpables.

Para la creación de un espacio mítico, basta con describir el entorno urbano o agrícola de Zamora, pongamos por caso, e idear un topónimo que tenga el eco prestigioso de los lugares que frecuentaban los esforzados caballeros de los libros de caballerías. (En este caso, Zamoreira o Zamocondópolis sería más que suficiente.) Una vez que un novelista sea considerado como el creador de un espacio mítico, resultará conveniente que sitúe todas sus obras en ese espacio fingido, sin dejarse tentar por la posibilidad de otros topónimos míticos igualmente originales e imponentes, dado que la insistencia dará pie a que, con los años, se hable de la saga de Bembeloreilo, de Acaterama o del topónimo imaginario, en fin, con que el novelista en cuestión se haya encaprichado.

ESPEJO. Cuando vas a comprar un espejo, el comerciante no te avisa de que se trata de un objeto defectuoso. (A fin de cuentas, su tarea consiste en vender, no en atribular a la clientela con detalles desagradables.) En principio, no te advierte de que es un artefacto que sólo tiene capacidad para reflejar imágenes invertidas. Después de siglos y siglos fabricando espejos, la humanidad, tan habilidosa para otras cuestiones, no ha logrado corregir ese defecto, y no se percibe entre los investigadores industriales una voluntad firme de corregirlo en un futuro inmediato.

Por otra parte, los espejos son objetos perecederos y sumamente deteriorables: envejecen con nosotros. Cada arruga que nos sale le sale también a nuestro espejo, y no tenemos derecho a reclamación. A partir de cierta edad, si decidimos comprar un espejo, siempre somos víctimas de un timo: nos venden un espejo que viene ya con las arrugas incorporadas.

Existen espejos cóncavos y convexos, en los que más vale no verse reflejado, a menos que uno tenga vocación de convertirse en personaje de pesadilla ante sí mismo. Por si fuese poco, quiere la leyenda que los espejos se niegan a reflejar a los vampiros, y eso tal vez que salen ganando esos seres noctámbulos y sedientos que suelen tener su cuna –y su ataúd– en Transilvania.

ESPINELA. La aguda espina octosilábica que se clava en el oído en apenas diez segundos gracias a esas rimas consonantes que tan anchas le vienen: algo parecido a una mosca con corona real.

ESTILO. 1) Según las regiones. 2) Cicerón distinguía tres tipos: el estilo tenue (o ático), el estilo medio y el estilo elevado, él sabría por qué. 3) Según R.L. Stevenson, «la impronta inconfundible del maestro, y la única cualidad que el aprendiz que no aspira a contarse un día entre los gigantes puede, sin embargo, mejorar a voluntad». 4) En su *Libro del desasosiego*, Fernando Pessoa hace la siguiente anotación: «Analizándome esta tarde, descubro que mi sistema de estilo se asienta en dos principios, y de inmediato, y con la buena manera de los

buenos clásicos, erijo estos dos principios en fundamentos generales de todo estilo: decir lo que se siente exactamente como se siente –claramente, si es claro; oscuramente, si es oscuro; confusamente, si es confuso–; comprender que la gramática es un instrumento, y no una ley».

5) Según Chesterton, uno de los nombres del espíritu. 6) Borges le comentó en una ocasión a Bioy Casares que «las personas de gran facilidad no tienen tiempo de refinar su sentido verbal. Para perfeccionar de veras el estilo, un autor debe haber luchado alguna vez con una innata dificultad de expresión». 7) Según Ricardo Piglia, «el estilo no es otra cosa que la convicción absoluta de tener un estilo». 8) Montaigne confesó: «Cuando escribo, me las arreglo bien sin la compañía y el recuerdo de los libros, por miedo a que interrumpen mi estilo; además de que, a decir verdad, los buenos autores me desalientan demasiado y quiebran mi valor». Y se compara luego con un pintor que, tras haber pintado muy mal unos gallos, prohibía a sus discípulos que gallo alguno entrase en su taller. 9) Chateaubriand diagnosticó que «la obra mejor escrita, adornada de retratos que se ajustan a sus modelos, llena de mil otras perfecciones, está muerta al nacer si carece de estilo. El estilo, y lo hay de mil tipos, no se aprende; es el don del cielo, es el talento». Y añadió: «Cuando el mérito de un autor consiste de manera especial en la dicción, un extranjero no llegará nunca a comprender del todo ese mérito. Cuanto más íntimo, individual, nacional es el talento, más escapan sus misterios al espíritu que no es *compatriota*, por así decirlo, de ese talento. Admiramos bajo palabra a griegos y romanos; nuestra admiración proviene de la tradición, y los griegos y los romanos no están ahí para burlarse de nuestros juicios bárbaros. ¿Quién de nosotros puede hacerse una idea de la armonía de la prosa de Demóstenes y de Cicerón, de la cadencia de los versos de Alceo y de Horacio, tal como eran captadas por un oído griego o latino? Se afirma que las bellezas verdaderas son propias de todos los tiempos, de todos los países; sí, la belleza del sentimiento y del pensamiento, pero no así la belleza del estilo. El estilo no es, como lo es el pensamiento, cosmopolita: tiene una tierra natal, un cielo, un sol que le son propicios». 10) Para concluir, concluyamos –así sea a modo de conclusión provisional–, que la voluntad de estilo tal vez no sea más que uno de los muchos elementos que configuran un estilo, y es posible que ni siquiera de los esenciales.

ESTILO HALLADO. Al entender de Nietzsche, una ofensa para quien posee un estilo rebuscado.

ESTILO MANDARÍN. Al criterio de Cyril Connolly, «el estilo de los escritores que tienden a hacer que su lenguaje transmita más de lo que quieren decir o más de lo que sienten es el estilo de la mayoría de los artistas y de todos los farsantes, y al que siempre amenaza una oposición puritana». Según Connolly, representantes célebres de este estilo mandarín

serían Donne, Browne, Addison, Johnson, Gibbon, De Quincey, Candor, Carlyle y Ruskin.

ESTILO REPUDIADO. Samuel Butler no dudó en jactarse de lo que se transcribe a continuación: «Me gustaría dejar constancia de que jamás me he esforzado lo más mínimo por mi estilo, nunca he pensado en él y no sé ni quiero saber si es un estilo o no, o si no es, como creo y espero, pura y simple franqueza. No concibo cómo un hombre puede dedicarse a pensar en su estilo sin una pérdida para sí mismo y para sus lectores».

ESTRAMBOTE. 1) Apéndice estrambótico de los sonetos conceptualmente mal calculados. 2) Cama supletoria que instalan ciertos sonetos para acomodar a sus gemelos imprevistos. 3) Propina potencial de los sonetos. 4) Versos que se resisten a flotar eternamente en el limbo de lo infecundo y fantasmal como fetos sumergidos en formol y que se agarran desesperadamente a la cola del soneto.

ESTRÉS. En las relaciones de pareja, dos más uno, aunque, según nuestra teología, tres personas pueden ser una, sin por ello dejar de ser tres, y de ahí, supongo, la incompatibilidad básica que se produce entre la teología católica y el adulterio –aunque, visto lo visto, no sabe uno si se trata de una incompatibilidad de orden moral o de orden geométrico, y mejor quizá no saberlo.

EUFONÍA. Nervio acústico que evita que las sílabas se tambaleen y se estremezcan, inarmónicas, sobre el frágil andamio tembloroso de la música inmortal del verso.

EXAGERACIÓN. Salvador Dalí anotó en su diario: «He tenido un pensamiento daliniano: lo único de lo que el mundo jamás se cansará es de la exageración». Y dio la clave de sí mismo.

EXCENTRICIDAD. Leonard Cohen pone en boca de un personaje de una de sus novelas: «No hay nada tan deprimente como la excentricidad de un contemporáneo».

EXCUSA. El hecho de excusarse por una fatalidad resulta tan raro que mucho me temo que la mayoría de las veces deberíamos excusarnos por presentar excusas. Nos vemos obligados a aplazar una cita y nos enredamos en explicaciones complicadas, a menudo incomprensibles para su destinatario, que lo que menos suele necesitar en este mundo son explicaciones, al andar todos un poco saturados de epopeyas ajenas: «Es que, justo a esa hora, tengo que llevar a mi tía Remedios al cardiólogo y...». ¿Y qué? Allá tú con tu tía Remedios, camarada, y allá tu tía Remedios con su corazón, que es el más privado de todos los músculos. La excusa no sólo es siempre divagatoria, y a menudo falsa, sino que implica además una

especie de arrogancia rebelde con respecto al azar: si conciertas una cita con alguien, lo normal es que algo acabe impidiéndola, porque el azar es una máquina incesante de contratiempos. Lo milagroso es que podamos acudir puntualmente a una cita fijada con una quincena de antelación, pongamos por caso, pues en quince días pueden ocurrir muchas cosas, demasiadas tal vez: desde un dislocamiento de tobillo hasta una invasión extraterrestre. En la fijación de una cita hay, en fin, una dosis imprudente de optimismo, en buena medida porque cualquier actitud optimista con respecto al futuro promueve una imprudencia: «Nos vemos el viernes para comer», dices un lunes, sin tener en cuenta la cantidad de imprevistos que pueden surgir entre un lunes y un viernes, al ser el fluir del tiempo la chistera de un mago indesmayablemente burlón y ocasionalmente diabólico.

La excusa es una forma de cortesía, pero hay quien comete la descortesía de exigirnos la exégesis de la excusa: «¿Por qué no puedes ir?». Y ahí empieza la vacilación, pues todo el que se excusa de forma detallada titubea, tal vez porque las excusas están hechas de una materia lógica muy frágil: ¿quién puede comprender que anules una cita porque tienes que llevar el perro a la peluquería de perros, en la que tardan más en darte número que en la sanidad pública y humana?, ¿quién va a tomarse en serio la excusa de que tienes un ataque de ciática justo el día en que se casa un pariente tuyo en un cortijo andaluz decorado al estilo vienés que queda a más de doscientos kilómetros de tu casa?, ¿quién va a creerse que te ha salido un flemón justo una hora antes de la gala de fin de curso de tus sobrinos? Todo el que se excusa, en definitiva, miente, por más que diga la verdad. No existen las excusas convincentes: todas son sospechosas. De modo que si no puedes acudir a una comida de negocios o a una cena romántica porque te has muerto, que tus familiares lleven el ataúd al restaurante.

EXEGETA. El que llega después y aparenta saber más que quien llegó el primero.

ÉXITO. 1) Especie particular de decepción, según Ambrose Bierce. 2) A Fernando Pessoa debemos la siguiente obviedad enrevesada: «El éxito está en tener éxito y no en tener condiciones para el éxito». 3) André Gide se jactaba de haber tomado un máximo de precauciones para impedir que sus libros debieran su éxito a cualquier cosa que no fuese su valor intrínseco. 4) Según Trollope: «El éxito es un veneno que sólo debe tomarse tarde en la vida, y aun entonces sólo en pequeñas dosis». 5) Somerset Maugham se muestra optimista con respecto a este accidente del azar: «La idea común de que el éxito vicia a la gente, la vuelve vana, egotista y pagada de sí misma es errónea. Por el contrario, en general la vuelve humilde, tolerante y amable. El fracaso la vuelve amargada y cruel». 6) Cyril Connolly distinguía tres tipos de éxito: el social, el profesional y el popular. Los tres le parecían

perjudiciales para el escritor, lo que no le impedía reconocer que a veces el disfrute del éxito social puede resultar ventajoso, como lo fue para Proust o para Henry James, por ejemplo, a quienes vino muy bien el trato con duquesas y similares. 7) Según José Mateos, «una celebración general de los defectos que están de moda». 8) Cuando los autores prestigiados entre los periodistas publican un nuevo libro, ocurre lo mismo que con los hallazgos arqueológicos: que el más reciente es infinitamente más importante que el anterior, aun siendo el anterior infinitamente importante. 9) Flaubert atribuía el éxito de *Madame Bovary* a lo que tenía de vodevil, de ahí que llegase a la conclusión de que el éxito es siempre lateral.

EXPERIMENTO. «Hablar de experimentos literarios es hablar de ejercicios que han fracasado de una manera más o menos brillante, como las *Soledades* de Góngora o la obra de Joyce», escribió Borges.

F

FÁBULA MORAL. 1) Subgénero literario que permite hablar a los animales como si fuesen Sócrates y el cardenal Savonarola al mismo tiempo. *Ejemplo práctico:*

Un loro yonqui y albino
dijo al gruñón alacrán:
«Pincharse, invento divino,
regio placer de sultán».
Ante esta vil reflexión
de raro embrollo estético,
el bobo alacrán, mimético,
fue y se clavó su aguijón,
y se murió al poco rato,
convertido en garabato
por un espasmo patético.

*Es como el necio alacrán
el poetilla fracasado
al transformarse en rufián
por influjo de un chiflado.*

2) Oigamos al Doctor Thebussem (1828-1918), natural de Medina Sidonia: «Si el género humano fuese tela susceptible de tundición, debería encontrarse a esta fecha sin pelo de tonto ni de pícaro, gracias a las cardas que desde Bidpai hasta Fedro, y desde La Fontaine hasta Samaniego, le han dado tanto los antiguos como los modernos fabulistas». (Pero se ve que no.) A Thebussem debemos la siguiente fábula paródica:

Allá cerca del Bósforo
un hombre encendió un fósforo
y, después que al cigarro lo aplicó,
vi que no lo apagó,

sino que luego, luego,
a un amigo le dijo: *–Toma fuego.*
Aplaudo la costumbre
de entregar en el fósforo la lumbre,
que el darla con el puro
no me parece bien, te lo aseguro.

FAJA. Complemento paratextual desechable que indica que el libro al que envuelve es una de las mejores novelas del año o, sencillamente, una obra maestra.

FALACIA PATÉTICA. (*Pathetic fallacy*) Concepto que acuñó John Ruskin para denostar el exceso de sentimentalismo –de «falsedad emocional»– de la poesía británica de finales del xviii. Por esas cosas que pasan, el concepto tuvo una derivación y hoy se entiende por tal la atribución de sentimientos humanos a elementos animados o inanimados de la Madre Naturaleza.

FALSA OBRA MAESTRA. Cualidad que André Gide aplicó al *Ulises* de Joyce, hasta el punto de oponerse a la publicación de una edición francesa de la novela en Editions de la Pléiade.

FAMA. 1) Algo de lo que sólo suele tener la culpa la gente. 2) Al año de publicarse, de *Historia de la eternidad*, de Borges, se habían vendido unos cuarenta ejemplares. 3) Hasta no hace mucho, existían al menos dos requisitos básicos para alcanzar la fama: ser en principio un don nadie y llevar a cabo algo excepcional que redimiese de esa condición de don nadie, al menos en aquellos casos en que se valorara el hecho de ser un don nadie como una desgracia y no como una impagable comodidad sociológica. Bien mirado, no hacía falta mucho para alcanzar la fama: descubrir la penicilina, escribir un libro inmortal o algunas sinfonías imperecederas, pisar la luna, construir un imperio o arrasar un imperio... Hoy –supongo que por fortuna– la fama se ha democratizado y el único requisito que parece exigir la consecución del estatus de famoso consiste en seguir siendo un don nadie después de haber alcanzado la fama.

FANTASÍA. 1) Por lo común, subgénero de la realidad. 2) Facultad intelectual que armoniza y corrige los desmanes de la realidad. 3) En su esbozo de enciclopedia, Novalis anotó lo siguiente: «Si tuviésemos una *teoría de la fantasía* como tenemos una lógica, el arte de inventar estaría inventado». 3) En su *Nueva enciclopedia*, Alberto Savinio, por su parte, anotó esto otro: «*Fantasía* es una palabra que designa lo que “no existe”. La idea “fantasía”

fue inventada para encerrar mejor al hombre en su cárcel miserable, haciéndole creer que, más allá de la reja que le fuerza a vivir como un ratón en una jaula, se llega a lo falso, a lo inexistente, a lo “fantástico”, donde *se perderá*. También la fantasía es una invención de lo “humano” en el hombre». 4) Coleridge la consideró una modalidad de memoria emancipada del orden del tiempo y del espacio.

FANTASMA. A su regreso de Europa en 1927, Zelda y Francis Scott Fitzgerald alquilaron una mansión en Ellerslie, en el estado de Delaware. Daban allí fiestas, porque la pareja aún estaba para fiestas, dentro de lo que cabe. Cuenta Edmund Wilson que el anfitrión, mientras mostraba orgullosamente la casa a sus invitados, se paraba de repente en un pasillo y preguntaba: «¿No habéis oído algo extraño?». Y, en efecto, se oían gemidos y cadenas arrastradas. Scott Fitzgerald atribuía aquellos ruidos al fantasma de la mansión, aunque en realidad el único responsable de ellos era el mayordomo, a quien el señor de la casa tenía encargada aquella tarea de afantasmamiento. Una noche –siempre según Wilson–, el escritor se despertó de madrugada y consideró que no le había sacado el partido suficiente al fantasma doméstico, así que se echó una sábana por la cabeza y entró en la habitación de uno de los invitados para darle un susto si no de muerte, sí al menos de embolia cerebral. Al poco de ponerse a ulular junto a su invitado dormido, el tal invitado se despertó sobresaltado y le dio un puñetazo al fantasma (un tipo de agresión del que, todo sea dicho, rara vez son víctimas los fantasmas). Comoquiera que el autor de *El gran Gatsby* estaba fumando debajo de su sábana fantasmal, la sábana acabó incendiándose.

Y aquí acaba la historia –que no puede ser más tonta– del fantasma de la mansión de Ellerslie.

FAULKNER, WILLIAM. Si hubiera nacido en el norte, ¿qué?

FE. Según Chesterton, «aquello que es capaz de sobrevivir a un estado de ánimo».

FELICIDAD. 1) El señor Micawber se permitió dar el siguiente consejo al joven David Copperfield: «Si sus ingresos anuales son de veinte libras, gaste diecinueve libras, diecinueve chelines y seis peniques: será un hombre feliz. No gaste veinte libras y seis peniques: será muy desdichado». 2) Sigmund Freud llega a una conclusión melancólica: la felicidad no es sino la remisión del sufrimiento habitual. 3) Robert Walser propuso concebir la felicidad bajo una forma que no fuese el buen humor. Parece ser que no tuvo mucho éxito. 4) Charles-Louis Philippe, autor de *Bubu de Montparnasse* –aquella novela que tanto gustó al joven Eliot– se permitía suponer que «de haber alcanzado la felicidad, hubiera sido bastante desgraciado».

FERRETERÍA. Entrás en una ferretería y te das cuenta de que huele a cosas que en principio parecían inodoras: el acero, el cobre, una manivela de puerta, un bote cerrado de pintura... Olores imperceptibles y vagamente sinestésicos que, en conjunción, crean un olor unánime: el olor inconfundible de las ferreterías.

Las ferreterías son la jungla ordenada de la utilidad, pues poco sitio tienen en ellas los objetos ornamentales y ningún sitio los suntuarios, por más que vendan algún que otro género lujoso y brillante, como bocallaves con relieves barrocos o burletes dorados, o espejos con un marco igualmente dorado y barroco, que no por su acabado se salen del ámbito de lo útil, ya que nadie –excepción hecha tal vez de Luis XIV– necesita un espejo de marco barroco y dorado, de acuerdo, pero todo el mundo necesita un espejo a lo largo del día.

Para el cliente, las ferreterías resultan un reino caótico, un laberinto de escofinas, tornillos, flexómetros y cáncamos, pero para el ferretero es un reino que domina a golpe de vista, pues cada cosa está donde tiene que estar: cualquier alteración fortuita supondría un cataclismo, una mudanza trágica para la taxonomía prodigiosa por la que se rige el negocio. «Necesito una varilla roscada din 975 a2 16», le dices al ferretero, como quien pronuncia un conjuro, y él, en vez de poner gesto de estupor, que es lo que haría cualquiera ante un requerimiento de ese tipo, asiente, coge una escalera, asciende a los cajones intermedios de la estantería y saca una caja repleta de varillas roscadas din 975 a2 16.

Todas las jergas gremiales –salvo la médica tal vez– resultan hermosas. Esperas turno en una ferretería y, mientras tanto, oyes en boca de los clientes palabras que te hipnotizan con su eufonía, que viene a ser el factor lírico de las herramientas: ingletadora, tirafondo, alicate, desbarbadora, calibre... A veces, incluso, un toque cosmopolita por parte de un obrero que ha tenido que interrumpir la faena por una necesidad urgente: «Quiero una llave Stilson». Y el ferretero pone sobre el mostrador la llave Stilson, y miras con curiosidad la llave Stilson, y ya sabes para siempre en qué consiste una llave Stilson.

Lo que casi nunca sabe un ferretero es el precio de la mercancía, por ser tan variada, y tan inabarcable para una capacidad mnemotécnica corriente: bastante tiene con mantener a flote en la memoria tornillos y tuercas de distintas dimensiones, bisagras de todo tipo, punzones de grosor diverso, ya que la iconografía de la memoria de un ferretero debe de ser una especie de poema futurista italiano, o tal vez un poema de corte gongorino con arcángeles de latón y alas de chapa.

Una vez que te ha servido, el ferretero abre una carpeta voluminosa como un códice medieval, se cala unas gafas de intelectual más o menos pesimista y busca en ella el precio de lo que te llevas, y lo que te llevas puede ser algo tan extraño como una fresa para pernio, algo tan inquietante como una pistola de aire caliente, algo tan contundente como una remachadora, algo tan imponente como una amoladora, algo tan sobrecogedor como un

sacabocados.

Por lo demás, sólo sugerir que el patrono de los ferreteros debería ser el Hombre de Hojalata, aquel personaje de novela que anhelaba tener un corazón.

FICCION. 1) «La ficción es un reflejo distorsionado de nuestras vidas. En las novelas, la gente es mucho más consciente de sí misma y de los otros que en la vida real». (John Updike, creador de *Conejo*.) **2)** En términos generales, la fiesta de disfraces de la realidad.

FICHAS. Rectángulos de cartulina (generalmente blanca, de 7 × 12 centímetros) que emplean algunos novelistas para formar melancólicas e inútiles barajas de naipes caligráficos llenos de frases sintéticas que aspiran desesperadamente a convertirse algún día en comodines que les ayuden a subir la escalera de color del moderno arte de novelar.

FIGURAS RETÓRICAS. A pesar de su nombre de cabaretera (Ana Diplosis, Epi Fora, Meta Bole), de viuda fatal (Ana Strofe, Hipoti Posis), de delito (expolito, litote, oxímoron) o de enfermedad venérea (silepsis, catacresis), las figuras retóricas llevan una vida apacible y respetable en el limbo industrial de los laboratorios poéticos contemporáneos.

FILOMENA. Pájaro que trina en los poemas del siglo xvi y que aparece en el verso más inesperado como el cuco de un reloj de cuco.

FILOSOFÍA. Al entender de Bertrand Russell, «algo que está entre la teología y la ciencia».

FILÓSOFO. El desahogado Thomas de Quincey escribió: «Cuando un hombre se llama a sí mismo filósofo y no se ha atentado nunca contra su vida, podemos estar seguros de que no vale nada; por ejemplo, creo que una objeción insalvable a la filosofía de Locke (si acaso hiciera falta) es que, aunque el autor paseó su garganta por el mundo durante setenta y dos años, nadie condescendió a cortársela».

FIRBANK, RONALD. Wyndham Lewis lo describe como una gacela parlante aquejada de algún tipo de desorden nervioso.

FIRMA. Quizás el símbolo más raro de todos los que manejamos en nuestra vida cotidiana sea el de la firma: firmas cualquier cosa y, a causa de un simple garabato, pueden quedar comprometidos tu presente y una proporción variable de tu futuro, y en ocasiones no alcanzas a calcular hasta qué extremos.

Toda firma implica una temeridad, pues da legitimidad y permanencia a una voluntad momentánea que podría modificarse al cabo de unas horas, pero que la firma en cuestión

vuelve casi siempre inmodificable. Somos indecisos, mudables, propensos al arrebató y condenados al arrepentimiento, pero la firma nos aboca a veces a la inmutabilidad de nuestras decisiones, al haber otorgado a una mera rúbrica un valor sagrado como símbolo, hasta el punto de que una marca caligráfica tiene más fuerza legal que las rectificaciones de una conciencia.

Firmas una hipoteca, pongamos por caso, y eres dueño de una casa de la que no eres dueño, y esa firma te compromete no sólo a pagar la vivienda, sino también a pagar intereses al banco que te ha prestado el dinero que no tienes para pagar la casa de la que en realidad no eres dueño: la posees a efectos prácticos, pero a efectos legales eres un propietario provisional y condicional. Firmas un papel y, nada más rematar el último trazo de la rúbrica, ya estás casado, y esa simple firma te hace perder la condición de aparejado de hecho, de soltero indolente o de amancebado pecaminoso y te hace ingresar en una nueva situación personal, social y jurídica de la que sólo podrás salir, si las cosas se tuercen, con otra firma: la que se estampa –generalmente con tinta de sangre– en los papeles del divorcio. El círculo perfecto.

Por si faltase algo, las firmas pueden falsificarse, como casi todo en este mundo, y esa vulnerabilidad le otorga una cualidad aterradora y mágica: la suplantación de una personalidad mediante un simple garabato. Una personalidad que los peritos psicografológicos, según dicen, pueden adivinar según los trazos caligráficos sean góticos o barroquizantes, redondeados o puntiagudos, apretados o expansivos.

FLAUBERT, GUSTAVE. Si cometemos la imprudencia de leer las cartas que le escribió a Turguénev, podemos concluir de modo categórico: «Madame Bovary era, en efecto, él», pues se manifestaba ante su colega ruso igual que una colegiala ansiosa, y en eso superaba a la propia Emma, que –con sus más y sus menos– siempre se comportó como una señora recatada.

FLORES. 1) Oscar Wilde escribió que la muerte es un buen precio por una rosa roja, que es frase propia de un esteta y que contiene una especie de abstracción lírica tal vez un tanto atolondrada. 2) Shakespeare puso en boca de Oberón, el rey de las hadas y los elfos, la fantasía de que la flor llamada «*love-in-idleness*» (nuestra trinitaria o pensamiento silvestre) fue traspasada por un dardo extraviado de Cupido, lo que tornó su blancura prístina en una coloración purpúrea. Si hemos de creer a Oberón, cuando el jugo de tal flor se aplica sobre los párpados de un durmiente, queda este hechizado y se enamora del primer ser vivo que se le pone a la vista, así se trate de un asno, que es lo que fue a sucederle nada menos que a la reina Titania, como ustedes saben. 3) Ovidio avisaba de que la hora por venir habría de ser

menos dichosa que todas las horas precedentes: las ramas blanqueadas por la escarcha él las había visto antes cubiertas de violetas, de modo que no dudó en dar a las doncellas un consejo horaciano envuelto en el celofán de la metáfora: «Coged la flor, porque si no la cogéis, caerá por sí sola marchita», consejo en el que insistió el poeta Ausonio, como también saben ustedes. 4) En nuestro cancionero oímos esta voz: «Que todo se pasa en flores, / mis amores, / que todo se pasa en flores». 5) A mediados del siglo xii, Jaufré Rudel, príncipe de Blaya, se enamoró de la condesa de Trípoli sin haberla visto jamás, aunque fascinado por los comentarios que hacían de ella los peregrinos regresados de Antioquía. Por verla, se hizo cruzado, con tan mala ventura que, durante la navegación, cayó muy enfermo y llegó moribundo a Trípoli. Enterada la condesa de las dos enfermedades del desconocido, fue a visitarlo y el príncipe expiró entre sus brazos. Ese mismo día, la condesa se hizo monja. En los versos que escribió como bálsamo de sus ensueños platónicos, Jaufré Rudel aseguraba que los largos días primaverales, con sus cantos de pájaros y sus espinos en flor, eran para él idénticos a los del invierno helado, pues tenía lejos a su amada. 6) Vicente Huidobro, el diligente poeta chileno, propuso «tocar un heliotropo como una música», al tiempo que concibió la pintoresca idea de que «Dios arranca los ojos a las flores pues su manía es la ceguera». 7) En 1924, el aviador, diseñador aerodinámico y escritor Fedele Azari publicó el manifiesto *La flora futurista y equivalentes plásticos de olores artificiales*, en el que sentenciaba que «las flores en general desentonan en nuestra modernidad mecánica y sintetizada», como consecuencia de lo cual el pintor Oswaldo Bot concibió un «Jardín futurista» entre cuyas especies se contaban la flor rascacielos, la flor dinamo, la flor legislativa, la flor péndulo manubrio y la flor tricúspide angular.

FOLLAR. Cesare Pavese arriesgó el pronóstico de que «si el follar no fuese la cosa más importante de la vida, el Génesis no empezaría por ahí». La frase transmite contundencia, tanto sexual como bíblica. El único problema es que el Génesis no empieza por ahí.

FRACASADO. Lo advirtió D.H. Lawrence: «Los fracasados suelen ser los hombres más engreídos».

FRACASO. Sensación inherente al oficio de escribir que no está reñida con el disfrute del éxito ni con la práctica del optimismo.

FRENTE. Las mayoría de personas que no tienen dos dedos de frente suelen estar convencidas de tener detrás de su frente la respuesta al enigma global del universo, y es posible que lleven razón.

FREYTAG-LORINGHOVEN, ELSA VON. Según un comentario atribuido a Jane Heap, editora de *The Little Review*, una persona cuya vida estuvo «libre de cordura». En Nueva York, en los años 20, fue modelo de pintores, escribió poemas y realizó objetos más o menos artísticos. Vestía como una especie de muñeca vanguardista, sin temor a resultar más estrafalaria de lo necesario, y representó, en fin, el cupo más chiflado y aristocrático del dadaísmo, aunque su título de baronesa le llegó por su tercer matrimonio. Se le atribuye la autoría de la ocurrencia del urinario de Duchamp, quien por cierto entretuvo el proyecto de filmar, en colaboración con Man Ray, una película en tres dimensiones cuya única acción hubiese consistido en la baronesa atareada en afeitarse el pubis. Como tantos otros del perezoso Duchamp, el proyecto no llegó a consumarse. Posiblemente sin afeitar, la baronesa saltó de Nueva York a Berlín, donde sobrevivió durante varios años vendiendo periódicos por las calles. Con la ayuda de Djuna Barnes, se mudó más tarde a París. Allí, en su apartamento, una noche de diciembre de 1927, encontró la muerte por inhalación de gas, no se sabe si intencionadamente o por puro despiste.

G

GAFE. El actor italiano Alberto Sordi padeció durante años esta condición de mandadero del infortunio, hasta el punto de que las distribuidoras de las películas en que participaba exigían por contrato que el nombre del actor no figurase en los carteles, por lo que pudiera o no pudiera pasar.

GALANTERÍA. En una carta dirigida a madame Rattazzi, Victor Hugo escribe: «Los poetas no hacen sino ilíadas; sólo Dios hace mujeres como vos».

GALIMATÍAS. 1) Enfermedad sintáctica provocada por la estampida de los conceptos. 2) Pato mareado en el laberinto de la sintaxis que se mete imprudentemente en la boca una naranja.

GALLINA. Uno de los destinos más universalmente inciertos es el de las gallinas. Por sus características de especie, una gallina no sólo puede servir como base de un caldo de gallina, sino también como elemento esencial de un rito satánico, ya que un rito satánico sin gallina es como un caldo de gallina sin gallina: una aguachirle.

Cuando varios beatos de Satán deciden congregarse, lo primero que tienen que hacer es comprar una buena gallina. Una vez comprada la gallina, los sataneros quedan citados por la noche en un cementerio o en una iglesia abandonada y allí se ponen a entonar abracadabras y a practicar morisquetas de misticismo sombrío. (La luz de las velas les pone careta de espectros. La cruz invertida y en llamas dibuja serpentinas de fuego en el aire. Una de las llamaradas adopta la forma de un rostro atormentado. Otra parece una gorgona.) La gallina mira con ojos espantados el espectáculo, pues de siempre han sido las gallinas animales observadores y temerosos de la acción: su instinto ancestral les dice que, en cuanto se forma una zapatiesta o un jolgorio, las primeras en caer son las gallinas, que siempre acaban como poco en pepitoria.

El Hermano Mayor de los devotos de Satán empuña un cuchillo. La gallina comienza a temerse lo peor y mueve los ojos con esa desesperación ocular giratoria que las gallinas padecen cuando se las ven venir. Suenan en el silencio hueco de la noche las invocaciones sacrílegas. El círculo esotérico de las velas parece un cadáver de luna. La gallina mira en derredor. Cuando alguien vierte sobre una losa sepulcral un líquido verdoso y humeante, la

memoria genética de la gallina le hace intuir que se halla nada menos que en una cocina y que ya está lista la salsa inmolatoria.

Brilla la hoja fría del cuchillo en el aire. La gallina siente una quemazón repentina en el cuello y ve correr ante ella una gallina sin cabeza. La gallina admira por un instante la agilidad de esa gallina decapitada, la blancura de su plumaje, el garbo de su aleteo compulsivo. Siente el orgullo de raza. Pero sus ojos giratorios miran casualmente hacia abajo y la gallina no ve su propio cuerpo por ninguna parte, hasta que comprueba con estupefacción que su cuerpo no es otro que el de la garbosa gallina que corretea sin cabeza entre las tumbas.

Los sataneros gritan –según es natural– consignas luciferinas. La llama de las velas parpadea. La gallina ve que su cuerpo se desploma a lo lejos como un muñeco al que se le ha acabado la cuerda. A ella misma le están entrando ya fatigas de ultratumba. Se siente extraña ante la evidencia de su nueva condición de cabeza exenta, porque una gallina constituye una unidad de destino en lo animal y no una entidad fragmentaria.

Los fieles de Satán recogen sus avíos de faena y disuelven la asamblea. Sobre la losa sepulcral quedan el líquido verdoso y la cabeza de la gallina, cuya inercia neuronal le permite meditar durante unos segundos sobre los laberintos de la condición humana, esa complicada avería de la naturaleza.

GARCÍA LORCA, FEDERICO. Algo así como reventar una aceituna negra y comprobar que tiene un corazón muy rojo.

GATO. El tamaño importa. Si los gatos tuviesen el tamaño de una jirafa, serían animales domésticos en el mismo porcentaje en que lo son las jirafas. Si los gatos tuviesen el tamaño de un tigre, a ver quién se atrevía a darles un cate cuando se afilasen las uñas en el sofá, y a ver qué quedaba del sofá. La discreción de sus proporciones ha liberado al gato, en fin, de las incertidumbres y molestias de la vida salvaje, hasta el extremo de transformarlo en un animal más casero y hedonista que los propios humanos, a los que parasitan con cierto chuleo característicamente felino, sobre todo en lo que se refiere a la dieta, a los requisitos higiénicos y a la cesta de dormir, que han de ser de calidad contrastada para no merecer su desprecio. Sírvete a un gato una lata de comida de oferta y tendrás asegurado un drama familiar importante, pues no hay gourmet en este mundo que entienda más de conservas que un gato, a pesar de tener una lengua con textura de papel de lija.

A cambio de una vida confortable, el gato macho está dispuesto incluso a dejarse emascular, circunstancia que, aunque al principio no le cae bien, acaba reportándole el beneficio de no tener que andar por ahí de noche, en las rachas de celo, maullando como un

alma en pena, hecho un donjuán de pelos tiesos, indigno y suplicante, haciendo alarde de lascivia, a la espera de que alguna gata se apiade de él y lo conduzca a un callejón oscuro. Ese tiempo que no tiene que perder en galanteos ni en cumplir los protocolos del instinto de procreación el gato lo invierte en su actividad más característica: dormir, pues todo gato sabe de sobra –y antes incluso que Calderón de la Barca– que la vida es sueño, concepto propio de la subfilosofía barroca que ellos llevan a la práctica de la manera más expeditiva posible: durmiendo a cualquier hora y en cualquier superficie mullida, así suenan a la vez todos los despertadores de la casa, ya que el gato ha desarrollado una memoria genética que le advierte de que el despertador es un asunto que no va con él, y hay que reconocer que esa displicencia ante los rigores temporales aviva la envidia de muchos humanos, género animal que suele caracterizarse por arrastrar una falta endémica de sueño a causa de sus obligaciones laborales, que han de iniciarse al alba misma, como quien dice. Resulta raro ver a un gato despierto, y si lo vemos es que va camino de la cama.

Hay muchas razas de gato, aunque todas tienen en común unos ojos despavoridos, quizá porque no acaban de fiarse del todo de sus tenedores, que lo mismo les dan un manotazo mientras duermen encima de la pila de la ropa recién planchada, soñando con quién sabe qué, y a veces padeciendo pesadillas cuya trama constituye un misterio para el resto de la unidad familiar: ¿cuáles serán los terrores oníricos de los gatos? ¿Grandes peces que los devoran? ¿Una habitación fría? ¿Manicuros que les mutilan las uñas? Un filón que se pierde, en definitiva, el psicoanálisis.

Como dato curioso, habría que señalar que a los gatos les gustan mucho el jamón york y las gambas, factores nutricionales que sería curioso comprobar cómo conseguirían si, por cualquier azar adverso, perdiesen su rango centenario de mascota.

GAUTIER, THÉOPHILE. Decía necesitar mucho bullicio a su alrededor para poder escribir. Uno de sus sitios habituales de trabajo era una imprenta, cuyo olor a tinta le suponía el mayor estímulo creativo. Al parecer, sus textos iban componiéndolos los tipógrafos a medida que el autor iba terminando cuartillas en su imprenta inspiradora, con lo cual se evitaba el proceso angustioso del pulimentado tanto de su prosa como de su verso. Aunque fue padre de al menos siete hijos, solía confesar a sus amistades que el hecho de tener relaciones sexuales una vez al año le parecía un esfuerzo más que suficiente.

GAZAPO. 1) Conejo joven. (Y, se mire como se mire, no deja de resultar el conejo uno de los animales más exóticos de cuantos nos rodean: un híbrido de hámster, de ardilla y de canguro. Y hay ocasiones en nuestra vida –ocasiones raras, eso sí– en que no tenemos inconveniente en comernos un conejo, generalmente con acompañamiento de arroz.) **2)** Como

segunda acepción de su segunda acepción, en sentido figurado o familiar, la Academia propone: «Yerro que por inadvertencia deja escapar el que escribe o el que habla». Si dejamos a un lado los múltiples gazapos que cualquier persona cultivada puede llegar a acumular en un solo día de amena conversación y nos centramos en los gazapos de escritura, resulta inevitable el recuerdo del célebre gazapo cervantino que afecta al rucio de Sancho Panza: un burro que desaparece y reaparece de forma inopinada, como si se tratase de la paloma de un ilusionista, a pesar de tener un tamaño inadecuado para esos birlibirloques. En *Ana Karenina*, Tolstói, por su parte, no se hace un lío con un asno, sino con una vaca, que tampoco está mal: en el capítulo 26 de la primera parte de esa novela, el personaje llamado Levin vuelve a su finca tras pasar unos días en Moscú; su cochero tuerto le pone al tanto de las novedades ocurridas durante su ausencia; entre ellas, el parto de la vaca llamada Paonne. Apenas dos páginas después, el que llega a dar el parte de novedades a Levin es su administrador; entre esas novedades se cuenta la del parto de la vaca, lo que ya para Levin no supone ninguna novedad; y aquí viene el gazapo, con sus ágiles patas de conejo joven, para enredar entre las patas de la vaca: «Levin reprendió severamente al hombre, pero su malhumor cedió al ser informado de un feliz acontecimiento: Paonne, la mejor de las vacas, comprada en la feria, había parido», y entonces Levin, de repente entusiasmado, pide con urgencia su pelliza y una linterna para acudir en plena noche a ver la vaca y la ternera. Descartada la posibilidad de que la vaca Paonne pariera dos veces en el intervalo de dos páginas –habilidad que ni siquiera corresponde a los prolíficos conejos–, no nos queda más remedio que dudar de la facultad mnemotécnica de Levin o de Tolstói, a elegir. **3)** En *Grandes esperanzas*, Dickens describe la siguiente escena: el joven narrador de la historia sube una escalera, al tiempo que la baja un individuo que es descrito de este modo: «Era un hombre corpulento, muy moreno, con una cabeza muy grande y unas manos que correspondían al tamaño de la cabeza. Me cogió la barbilla con su manaza y me hizo levantar la cabeza para mirarme a la luz de una vela. Tenía prematuramente calva la coronilla, las cejas negras, espesas y rizadas, y los ojos hundidos y desagradablemente penetrantes y recelosos». Dado que la novela está contada en primera persona, la apreciación de la calvicie prematura de la coronilla de ese individuo no puede deberse sino a un error de perspectiva no atribuible al pobre Pip, claro está, que demasiado tenía con lo suyo, sino al gran Dickens, que en ese momento no miraba a través de los ojos del pobre Pip.

GENIALIDAD. 1) Anomalía neurológica según la cual una persona puede dar un triple salto mortal con el mismo esfuerzo con que la mayoría de sus congéneres sube un escalón. **2)** En *Cosmópolis*, una novela un poco más artificiosa de lo necesario y tal vez un poco más absurda de lo preciso, Don DeLillo pone en boca de un personaje que «la genialidad altera

las condiciones objetivas de su hábitat propio», aunque quedamos todos a la espera de un exegeta cualificado que nos explique ese apotegma.

GENIO. 1) Una apreciación de Marcel Proust: «El genio consiste en la potencia de reflexión, no en la calidad intrínseca del espectáculo reflejado». 2) Cuando se trata de un genio incomprendido, suele tratarse en realidad de un genio incomprensible. 3) El pintor Turner opinaba que el secreto del genio reside en la laboriosidad, aunque lo normal es que la laboriosidad acabe laboriosamente en sí misma. 4) Según Antonio Marichalar, «todo genio propende a vagar siempre tercamente embozado en sí mismo, como Saturno en su anillo».

GENITIVO. Gautier pregonaba el tormento inconsolable que padecía su colega Flaubert por haber tenido que utilizar en una frase de *Madame Bovary* dos genitivos seguidos: «*une couronne de fleurs d'oranger*», al no haber podido encontrar otra solución estilística.

GERUNDIO. 1) En la familia de los tiempos verbales, el pariente cateto, vociferante y gordo. 2) Alberto Valero Martín se arriesgó a empezar un poema de este modo:

La tarde está agonizando,
el crepúsculo cayendo
y la luz amortiguando
y el día languideciendo,
declinando...

(Esos cinco gerundios, ay, que provocan el mismo efecto que una estampida de elefantes sobre una tarima de madera, retumbando...)

GIDE, ANDRÉ. 1) Jean Genet opinaba de él que era «de una inmoralidad dudosa». 2) Cuando lo conoció, Oscar Wilde le dijo: «No me gustan tus labios. Son demasiado serios. Parecen los labios de alguien que jamás ha contado una mentira». Por lo demás, Gide inventó a Lafcadio Wluiki, de quien el joven Luis Cernuda acabó enamorado: su amante quimérico, su adonis macarra de papel. O quizá –quién sabe– su ideal de vida.

GIGANTE. Entre los muchos y variopintos personajes de la novela *La tienda de antigüedades*, de Dickens, se cuenta el dueño de un barracón de feria en el que se exhibe un gigante que, por fuerza de la edad, está achacoso. «¿Qué hacen ustedes con los gigantes que ya no sirven?», le pregunta alguien, y el feriante le contesta que los dedican a atender las caravanas. El otro le dice que la manutención de un gigante debe de salir muy cara para tan

poco servicio, a lo que el feriante replica: «Sí, pero es mejor tenerlos a la sopa boba que abandonarlos por ahí y que tengan que mendigar su sustento. Si el público se acostumbrara a ver gigantes por las calles, no pagaría por verlos».

GLASSCO, JOHN. Aventurero y alegre fantasmón canadiense que se fue a París en 1928 para escribir libros inmortales y para follarse a todo cuanto se dejara. Para esto último contaba con la ventaja de que las mujeres muy feas le parecían muy hermosas y con la ventaja complementaria de que también le gustaban los hombres. Las obras inmortales no llegaron a salir de su mano, pero sí unas pintorescas *Memorias de Montparnasse*, un poco en la estela memorialística de Casanova, de Pepys, de Frank Harris y de Henry Miller, aunque con un tono ligero de prensa rosa. Murió convencido de que la juventud es la única etapa de la vida que merece la pena.

GLORIA. 1) Variante póstuma del éxito, al menos en los casos en que el éxito resulta compatible con la gloria. 2) Según Rudyard Kipling, algo que no sirve de compensación ni para un dolor de estómago. 3) Según Milan Kundera, «un desequilibrio». 4) A veces, algo que consiste en que todo el mundo sepa que vales muy poco y, sin embargo, no tenga apuro en sostener en público todo lo contrario. 5) Una apreciación, creo que muy sensata, de Jules Renard con respecto a los escritores: disfrutar de la gloria justa como para que en tu pueblo no te consideren un idiota.

GOMA DE BORRAR. Empieza a ser un utensilio anacrónico, pero podemos permitirnos el riesgo de suponer que será un utensilio imperecedero como tal utensilio, que es cualidad inherente a todos los útiles sencillos: la cuchara, la escoba, el vaso, la regla de medir... Sea como sea –porque a ver quién conoce el futuro de las cosas–, será difícil que los colegas puedan prescindir de ella, ya que la goma de borrar es uno de sus aliados fundamentales: no sólo borra el error, sino también la huella evidente del error, como si allí no hubiese pasado nada, como si un niño no hubiese escrito «hemisferio» sin hache, como si una niña no hubiese cometido un fallo en la secuencia del ejercicio matemático.

Si las gomas de borrar tuviesen memoria, sería una memoria atormentada. Una memoria repleta de arrepentimientos, de dudas, de olvidos obligados. Sólo recurrimos a la goma de borrar cuando metemos la pata, de modo y manera que le creamos una especie de conciencia penitencial, de instrumento para la redención de nuestros pecados ortográficos o de las imperfecciones de un dibujo.

No sé ahora, pero, en mis tiempos, nadie cometía la insensatez de ir al colegio sin una goma de borrar en la maleta, porque el caso es que sin ella andábamos perdidos e indefensos, impotentes ante nuestras pifias a la hora de componer una redacción sobre

cualquier asunto concreto o abstracto. Sin goma de borrar no eras nadie.

Había gomas de borrar muy aromáticas, y no faltaban niños que las suponían comestibles y las masticaban o las chupaban como si fuesen caramelos. Gomas olorosas y de colores más bien tristes: verde de hoja muerta, blanco de nada, amarillo de canario enfermo, rosa de chicle pisoteado... No tenían colores alegres, ya digo, pero eran olorosas, y aquella cualidad las redimía: era abrir la maleta y salir de ella ese perfume dulzón e inconfundible que iba evaporándose a medida que avanzaba el curso, hasta que te comprabas una goma nueva y recuperabas su olor amigo, ese olor que se expandía a los libros y a los cuadernos igual que se contagia el olor del membrillo a la ropa guardada.

Escribíamos nuestro nombre en ella, como si fuese objeto de valor, o tal vez porque lo era de verdad, pues el hecho de que te quitasen la goma de borrar no era un contratiempo fútil, por esa indefensión a la que antes me referí. El desgaste de una goma daba idea aproximada del porcentaje de errores que cometía su propietario, y casi no hacía falta realizar un test de inteligencia: bastaba con ver la goma de cada niño.

A veces, en el esfuerzo de borrar, sobre todo si la mina del lápiz era muy dura, la goma se rompía, y aquello resultaba catastrófico, ya que tenías que manejar los molestos fragmentos de un todo que en teoría debía ser infragmentable. (...Muy atrás en el tiempo, una mano de niño borra una palabra equivocada. La goma suelta raspa verdes, amarillas, blancas, de tonos tristes, y la mano las barre del papel. Y el niño sopla. Y todo el pasado huele de repente a lo que huelen las gomas de borrar.)

GÓNGORA, LUIS DE. Según Lezama Lima, «el pregonero de la gloria», sea tal cosa lo que sea.

GONGORISMO. 1) Poesía dialectal. 2) Dos hombres salen juntos a la calle. Uno, el normal, dice: «¡Qué ventolera!»; el otro, amigo de la verba escarolada, comenta: «Ya Eolo sus mejillas de fuelle va llenando mientras el lilio trema cual áspid vertical bajo el acebo, arbusto de la familia de las aquifoliáceas»; pues bien, ¿a cuál de ellos preferiría usted como cuñado, por ejemplo? 3) Cualidad que no debe aplicarse a Góngora.

GONZÁLEZ-RUANO, CÉSAR. Estaba siempre fumando y, en vez de cigarrillos, parecía que fumaba agujas de tricotar.

GRIFO. Tiene el grifo una humilde condición de utensilio mágico: con sólo un giro, se convierte en manantial de agua, en fuente repentina. Un grifo cerrado resulta inquietante: algo así como un conducto dormido tras el cual bulle un caudal infinito de agua cautiva, deseosa de manar. Un grifo abierto, por su parte, sería cosa digna de contemplarse con admiración si

no nos hubiésemos acostumbrado a verlo como un fenómeno rutinario de la vida doméstica, negándole así su condición de milagro, pues como tal puede considerarse el hecho de que el agua venga de embalses remotos, recorriendo kilómetros de tuberías, para dar de lleno en un plato manchado, para llenar el vaso del sediento o para brotar de la alcachofa de la ducha. Una vez cumplida su misión, el agua se escurre por los desagües, pues el agua va siempre de paso, e inicia una ruta que la lleva a quién sabe dónde, pues el destino de las aguas de desecho depende menos de sus propios impulsos que de las características de las infraestructuras municipales en materia de depuración.

Existen en el mercado grifos de muchos modelos, aunque todos sirven al final para lo mismo, y se cuenta que hay magnates que en sus mansiones los tienen de oro, circunstancia que eleva el grifo a la condición de objeto suntuario, aunque creo que estarán de acuerdo conmigo en que de un grifo de oro no debería brotar el agua populachera que gestiona la empresa municipal de aguas, sino más bien un agua de Vichy o de Perrier, por no decir que lo lógico sería que de un grifo de oro brotase agua bendita, o al menos champán.

Cuando abrimos el grifo por la mañana –con ese cómico sonambulismo residual del recién levantado– y comprobamos que no sale agua debido a un corte en el suministro o a cualquier otra contingencia pavorosa, nos invade un terror espontáneo y agudo, pues de sobra sabemos que el agua tiene mucho de maquillaje: ¿quién va a acudir al trabajo sin afeitarse, con los ojos legañosos, con los pelos tiesos y grasientos, con los sobacos un poco cantantes, con los dientes sin cepillar después de un café y quizá también de un cigarrillo, sin la purificación global, en fin, de una ducha, que tanto espabila y alegra –dentro de lo que cabe– al madrugador? La falta de agua, en definitiva, nos degrada, y de ahí que la imagen de un grifo seco nos espante en lo más hondo de nuestra conciencia ontológica y de nuestro amor propio: sin agua, somos algo así como espantapájaros.

Existen grifos de cerveza, muy apreciados por buena parte de la ciudadanía, y no comprende uno cómo no existe aún una empresa que –al igual que otras que surten a la población de gas, de agua o de televisión por cable– se dedique al suministro de cerveza por un sistema de tuberías centralizadas o –si tal cosa fuese técnicamente posible– por fibra óptica.

En el ámbito de la mitología, por su parte, el grifo era un animal fabuloso que tenía cabeza de águila y cuerpo de león y que vivía en los montes, se supone que dedicado a la tarea de custodiar el oro que se hallaba en los montes del norte de la India.

GRILLO. Insecto ortóptero de unos tres centímetros de largo que fue cantado en versos desconcertantes –por no decir tal vez otra cosa– por el bonaerense Conrado Nalé Roxlo:

Música porque sí, música vana
como la vana música del grillo;
mi corazón eglógico y sencillo
se ha despertado grillo esta mañana.

¿Es este cielo azul de porcelana?
¿Es una copa de oro el espinillo?
¿O es que en mi nueva condición de grillo
veo todo a lo grillo esta mañana?

¡Qué bien suena la flauta de la rana...!
Pero no es son de flauta: en un platillo
de vibrante cristal de a dos desgrana

gotas de agua sonora. ¡Qué sencillo
es a quien tiene corazón de grillo
interpretar la vida esta mañana!

GUEPARDO. El dandy whistleriano de la sabana.

GUERRA. Roque Fernández, que, en su condición de personaje de una novela de José López Rubio, disfrutó de seis milagrosas reencarnaciones, aparece de pronto, en la primera de ellas, tras su primera muerte, en la terraza de un café parisino y el narrador aprecia que «se notaba el rastro de la gran guerra en los ojos de cristal de muchos hombres».

GUILLÉN, JORGE. Un vallisoletano que vivió sus últimos años en Málaga empeñado en encarcelar a la poesía entre los barrotes de los signos de admiración, para asombro de los malagueños.

H

HAIKU. El triple salto mortal de una ranita japonesa sobre el estanque inmóvil de un pequeño pensamiento.

HECHOS DIFERENCIALES. Si hemos de hacer caso al señor Swift, el país de Liliput vivía bajo dos amenazas intestinas. Una de ellas estaba representada por los partidarios de los zapatos de tacón alto, que contravenían la orden imperial de usar tacones bajos. Los usuarios de tacones bajos se negaban a beber, a comer y a hablar con los usuarios de tacones altos, y viceversa, sembrando así semillas cainitas en aquella sociedad de miniaturas. El otro motivo de discordia venía dado por el edicto imperial que obligaba a los liliputienses a cascar los huevos por su extremo más estrecho. (Esta disposición propició seis rebeliones, le costó la vida a un emperador y la corona a otro.)

La gente suele ser bastante irrazonable, ya que no hay cosa más sensata que acatar el decreto de calzar zapatos de tacón bajo o que cascar un huevo con arreglo a la normativa imperial. Además, la ligera extravagancia que pueden contener esas costumbres autóctonas no hace sino establecer diferencias folclóricas con los pueblos vecinos, que es de lo que se trata, pues no existe nada más estupendo que la búsqueda de hechos diferenciales, se basen estos en la altura de los tacones de los zapatos o en la manera de cascar los huevos.

Lo mejor que podría ocurrirle a un pueblo diferencial, de todas formas, es que sus hechos diferenciales fuesen menos normativos que fisiológicos. Que los ciudadanos tuvieran, no sé, una cola de ardilla, por ejemplo. Los pueblos vecinos palidecerían de envidia ante un hecho diferencial tan indiscutible, y el país entero se evitaría muchas discusiones políticas sobre los derechos históricos de las comunidades asimismo históricas. El único riesgo tal vez sería que entre los propios ciudadanos con cola de ardilla surgiesen facciones y sectas: los partidarios de peinarse la cola y los partidarios de llevarla enredada, los defensores de teñirse la cola de verde y los defensores de mantenerla con su coloración natural, los aficionados a llevar la cola por fuera del pantalón o de la falda y los aficionados a llevarla por dentro, los amigos de celebrar el Día Mundial de la Cola de Ardilla y los enemigos de las celebraciones institucionales. Etcétera.

Pero, al margen de ese riesgo, la explotación turística de los hechos diferenciales alentaría excursiones masivas de curiosos, lo que serviría de fuelle para la industria turística. La

cultura diferencial se expandiría prestigiosamente de ese modo por el orbe y daría vuelo a leyendas hermosas, que es de lo que se trata: «No vas a creértelo, pero en aquel lugar la gente tiene una cola como la de las ardillas y casca los huevos por la parte más estrecha...».

HEPTASÍLABO. Alejandrino demediado con arreglo a la norma salomónica.

HIPÁLAGE. Figura retórica de uso infrecuente. Hay poetas que la utilizan, pero suelen ser los más desdichados y mediatibundos, pues la hipálage es una flor urticante cuyo olor remueve el fondo freudiano y melancólico de los seres de la Creación.

HIPÉRBATON. Ejercicio de contorsionismo propio de palabras sintácticamente muy portátiles.

HIPÉRBOLE. 1) Procedimiento retórico consistente en mirar con microscopio la diversa insignificancia de las cosas del mundo. 2) Desmesura convincente, aunque destinada a tomarle el pelo a la realidad. *Ejemplo práctico:* al describir la afición a la bebida de dos de sus personajes, Dickens arriesga la siguiente exageración: «Con lo que ambos bebían desde que se iniciaba el periodo de sesiones de los tribunales hasta que se cerraba se habría podido poner a flote un barco de la armada real». 3) En su prólogo a los *Estudios literarios* de lord Macaulay, Menéndez Pidal escribe: «Si alguien me preguntara cuál es (en mi sentir) el libro más ameno, variado, útil y deleitoso de este siglo, no dudaría en responder que la colección de los *Ensayos* de Macaulay». 4) Una frase de Mary McCarthy a propósito de Lilian Hellman: «Cada palabra que escribe es una mentira, incluida y *el*».

HISTORIA. Oigamos la siguiente apreciación de E.M. Forster, que consiguió especializarse en marear obviedades teóricas: «Una narración de sucesos ordenados en su orden temporal. La comida va después del desayuno, el martes después del lunes, la descomposición después de la muerte, y así sucesivamente. En cuanto tal, la historia sólo puede tener un mérito: conseguir que el público quiera saber qué ocurre después. A la inversa, sólo puede tener un defecto: conseguir que el público no quiera saber lo que ocurre después. Estas son las dos únicas críticas que pueden hacerse a una historia como Dios manda. Es el organismo literario más primitivo y más elemental. Sin embargo, es el máximo común divisor de todos esos organismos sumamente complejos que conocemos como novelas».

HOMOSEXUALIDAD. El Ismael que nos relata la novela *Moby Dick*, ante la perspectiva de tener que compartir cama en una hospedería con el semisalvaje llamado Queequeg, asegura: «A ningún hombre le gusta acostarse con otro». (Aunque, unas páginas más adelante, una vez estrechada la amistad entre ambos, Ismael le dice: «Queequeg, acuéstate un momento

a mi lado y escúchame».)

HONORARIOS. En 1960, la revista *Playboy* pagó tres mil seiscientos dólares de la época por la publicación de seis poemas y una parábola de Carl Sandburg. Cuando el poeta se enteró del monto de aquella operación, llevada a cabo por su agente, se permitió hacer este comentario: «Resulta divertido ser leído por el grupo de lectores más sibaritas de toda América, todos ellos decididamente contrarios a la inseminación artificial».

HUERFANASTRO. Huérfano de padrastro.

HUEVO. Hay muy pocas razones para que alguno de nosotros desee haber nacido gallina, pero creo que el motivo principal para no desear ser gallina tiene que ver con la circunstancia pintoresca y atroz de que la gallina esté obligada por las leyes de la naturaleza a poner un huevo casi a diario. A nadie le gusta poner huevos, al menos que yo sepa. Ni siquiera a los loquitos que creen ser gallo o gallina, que los hay.

Se mire como se mire, hay un factor milagroso en el hecho de poner un huevo, pero lo más milagroso de todo es que el huevo no se rompa mientras la gallina aprieta para poner o deponer el huevo. Vas a la tienda, compras una docena de huevos, te los meten en una bolsa y, cuando llegas a casa, se han roto cuatro o cinco. Sin embargo, la gallina pone el huevo intacto y entero, cabe suponer que por ese grado de malabarismo virtuosista que ha alcanzado con los músculos del ano.

La imaginación humana ha llegado a soñar con una gallina que pone huevos de oro, pues está visto y comprobado que nuestra capacidad quimérica no tiene fondo ni límite, hasta el punto de mezclar factores de difícil armonización: la gallina en sí, el culo de la gallina, el huevo y el rey de los metales.

Si nos fijamos, las gallinas tienen ojos aterrados, y es posible que no les falten motivos, pues muy mala suele ser su vida desde el origen: vivir retorcidas dentro de un huevo durante tres semanas y, con apenas conocimiento de los misterios del mundo, verse obligadas a romper el cascarón y lanzarse a la realidad con el único abrigo de una pelusa amarilla y de una madre que no para de poner huevos.

A pesar de que el hecho de poner huevos es una actividad molesta y a su manera aterradora, podemos asegurar, no obstante, que la decadencia de la gallina como tal gallina comienza cuando deja de poner huevos. En cuanto el propietario de la gallina en cuestión se apercibe de tal circunstancia, la gallina tiene los días contados, y lo más frecuente es que acabe convirtiéndose en el ingrediente de un proceso casi alquímico: un pucherito de gallina.

En cuanto al huevo como categoría exenta, sólo puede merecer nuestro aplauso, pues son muchas las formas en que admite ser preparado para su consumo: desde el esplendor del

huevo frito hasta la suprema golosina que constituye el llamado tocino de cielo. También se utilizaba antaño como elemento arrojadizo en funciones teatrales, pero esa es ya otra historia.

I

IMAGINACIÓN. 1) Según Nabokov, músculo del alma. 2) «Los hombres han aprendido a desconfiar de su imaginación. Por eso les extraña descubrir que un mundo concebido por la imaginación, fuera del campo de la experiencia, pueda existir en realidad» (Eric Ambler). 3) Pessoa, a través de Bernardo Soares, nos advierte de que «a fuerza de vivir imaginando, se gasta el poder de imaginar, sobre todo el poder de imaginar lo real». 4) A veces, una simple premonición de la realidad.

IMITADORES. Según Clarín, «imágenes del maestro reflejadas en espejos convexos».

IMPERATIVO. Ya que tiene la desgracia de ser imperativo, que lo sea al menos del tipo categórico.

INDIFERENCIA. Al criterio de Fernando Savater, «uno de los más exigentes ejercicios de la voluntad».

INFANCIA. Época de la vida en que te salen unos dientes, pierdes esos dientes y vuelven a salirte unos dientes que más te vale no perder. A pesar de tratarse de un periodo marcado por ese misterio, algunos escritores deciden atribuirle otros misterios y escriben novelas por lo general algodinosas protagonizadas por niños en sus diferentes fases dentales.

INFELICIDAD. «Hay cierta felicidad en la infelicidad si se trata de la infelicidad adecuada», ha escrito en nuestros días Jonathan Franzen.

INFIERNO. Cyril Connolly se lo figuraba como un lugar en que te hacen escuchar todo cuanto has dicho a lo largo de tu vida.

INGENIO. 1) Pájaro en mano. 2) Al parecer de Juan Ramón Jiménez, «el enemigo eterno del espíritu». 3) Casi todas las frases ingeniosas contienen un grado oscilante de falsedad, puesto que el ingenio suele implicar una ligera alteración del sentido en beneficio de la formulación misma, y en esa ligera alteración puede refugiarse incluso nada menos que la mentira más flagrante de todas las posibles.

INNOVACIÓN ESTÉTICA. Condena del genio y refugio temporal del bobo.

INSECTO. Gracias a un muchacho delgaducho de Praga, hoy la gente los respeta: antes de aplastarlos con la suela de sus zapatos ortopédicos o ergonómicos, les dicen: «Lo siento mucho, señor Samsa. Nos hacemos cargo de la gravedad de su tragicomedia, pero en esta casa ya somos demasiados». (Y, a continuación, *crac.*)

INSOMNIO. 1) Por lo común, sugestión por la cual una persona que está dormida sueña que está despierta y que no puede dormir. **2)** Cuando llega la hora de dormir y resulta que no podemos dormir, nos ponemos a pensar de forma exclusiva en el sueño, hasta el punto de obsesionarnos con él y de tenerlo por el más urgente y necesario de los deseos del mundo, como si en el mundo no hubiera actividad más apremiante que esa expedición reparadora –al menos en teoría– por las regiones imprevisibles del subconsciente, que viene a ser el componente fantasmal de la fisiología.

Como todo el mundo sabe por experiencia, no hay táctica peor para invocar el sueño que el hecho mismo de invocarlo, al ser milagro que llega cuando quiere, y resulta que nos enerva el rogarlo, el urgirlo a llegar, el violentarle la visita. Estás en el cine, pongamos por caso, y puede ser que te quedes dormido justo en el instante en que el Hombre Lobo va a cargarse a unos labriegos, o justo en el momento en que el espía lituano va a ser descubierto por un agente de la Interpol. En cambio, estás en un ambiente relajado, casi de cuento oriental, entre gasas y nubes de incienso incluso, con una melodía de fondo que sugiere ondulaciones de hurí y concupiscencias saciadas, y no hay quien te haga pegar ojo, así seas el sultán de Makalema, como quien dice. **3)** Que la ciencia médica me perdone si hago público un disparate, pero creo que el insomnio no tiene correspondencia semántica con el concepto de vigilia. Son cosas muy diferentes. El insomne no es en rigor un ser despierto, sino un ser que desea estar dormido. Tampoco tiene nada que ver el insomnio con la duermevela, que es uno de los estados de conciencia más exóticos y pintorescos de cuantos podemos experimentar, y no me cabe la menor duda de que los espectros, en el caso de que existan, viven –y es un modo de hablar– en esa especie de alucinación a medias, de realidad desenfocada, de pensamiento oscilante entre la razón y el delirio. De ahí, tal vez, el comportamiento inestable y errático de tales enteleguias. **4)** El insomne experimentado sabe que no puede hacer caso alguno a las ideaciones sombrías que se le pasan por el pensamiento durante esas horas interminables en que ansía dormir, ya que se trata de ráfagas psicológicas que no guardan relación alguna con los parámetros de la realidad, sino con los de la falta de realidad, pues muy a las malas suele andar el insomne consigo mismo cuando lo que toca es dormir y está él, en cambio, más espabilado que un búho. El insomne es, en fin, una mala

persona, no tanto por condición intrínseca del carácter como por el peso de las circunstancias externas, pues en verdad habría que ser un ángel del cielo para poder vivir sin el alivio de perderse por esos lugares de ficción en que nos matan, en que matamos, en que hablamos con los muertos y de los que regresamos con ganas de tomarnos un café.

INSPIRACIÓN. 1) ¿Un determinado estado de ánimo en conjunción con una ocurrencia? 2) ¿Un estado de ánimo, ni mejor ni peor que otro? 3) ¿Sinónimo solemne de «ocurrencia»? 4) ¿Materia iluminadora que, no se sabe bien por qué, se supone que *desciende*? 5) Si damos por hecho que se trata de tal fenómeno o materia descendente, el escritor suele buscarla en un punto determinado de la pared de su cuarto de trabajo, pero nunca en el techo, sino unos treinta centímetros por debajo de él, y es allí donde fija su mirada, generalmente con gran intensidad en la observación de aquello que desciende a una velocidad variable.

INTELIGENCIA. 1) Al modo de ver de Juan Ramón Jiménez, cualidad abstracta capaz de ofrecer a la gente de Huelva el nombre exacto de las cosas: infinito, espacio, perejil... 2) Al modo de ver del mexicano José Gorostiza, un páramo de espejos.

INTERPRETACIÓN. Según el príncipe de Lampedusa, «la peor de las interpretaciones posibles de un acontecimiento es siempre la verdadera».

INTERTEXTUALIDAD. Fenómeno creativo similar al hecho de acostarte durante la vorágine de tu despedida de soltero con Kristeva, la ilustre abuela de tu novia, para demostrar a tus amigos universitarios que controlas intelectualmente a toda tu familia política.

INVENTOS. 1) Por decirlo de un modo tonto: los inventos son un gran invento, al menos en la mayoría de los casos, ya que hay cosas que mejor hubieran hecho con quedarse flotando por el limbo de la inexistencia.

La capacidad de invención del ser humano es ilimitada –al menos en la medida máxima en que algo puede ser ilimitado, claro está–, de modo que no sólo inventa artefactos necesarios, sino también inutilidades, lo que no deja de constituir un alarde impresionante de inventiva.

Los inventos pueden ser concretos (la silla, el carburador, la loción bronceadora) o abstractos (el alma, la patria, la conciencia). Lo curioso es que, según todos los indicios, nuestra utilización de los inventos abstractos viene a resultar tan decidida y tan firme como nuestro uso de los inventos concretos, si no más, ya que hay gente que está dispuesta a dar la vida por un dios o por un país, aunque por fortuna no hay mucha gente que esté dispuesta a dar la vida por una aspiradora de tres velocidades o por una maquinilla depilatoria.

Los inventos pueden ser simples o complejos. La condición de simple no resta genialidad al invento en sí, pues simple es el tenedor y simple es la servilleta, pongamos por caso, pero su simpleza es pareja a su efectividad, y no será fácil que puedan ser sustituidos por otros inventos que cumplan la misma función con la misma eficacia y con idéntica sencillez de manejo. (Imaginemos, no sé, un tenedor de funcionamiento digital que sale de una compuerta de cristal líquido instalada en la tapa de la mesa de comedor en cuanto un sensor de rayos láser le indica que nos disponemos a comer un entrecot en su punto, y que el tenedor, en alianza indisoluble con un cuchillo automático, nos lleva a la boca, sin desviar su trayectoria exacta, cada trozo de carne.) Hay objetos, en fin, que no sólo no pueden ser sustituidos, sino que además no merece la pena sustituirlos, porque la sustitución implicaría una complicación, y lo que menos necesita uno son complicaciones.

La historia de los inventos concebidos por la humanidad vendría a ser, en esencia, la historia misma de la humanidad. Hemos inventado la paz y la guerra, la policía y el crimen, el veneno químico y su antídoto, el dolor por la muerte y el optimismo ante la vida eterna, el amor y los celos, los ángeles y los vampiros, el coche automático y la moto a escape libre, el lsd y el agua bendita, el secador de pelo y el crecepelo, la toalla y la cafetera exprés, los impuestos y el ahorro, el nacionalismo y el cosmopolitismo, el gps y el adsl, el wonderbra y los implantes de silicona, la moral y la intriga, la rueda y la cuadratura del círculo, el rayador de alimentos y la trituradora de papel, el sombrero y la corona, las cárceles y los hoteles, el tinte de pelo y el quitamanchas, la pizza y la mística, la alquimia y el balneario termal, el jabón y el blandiblú, y así hasta que ustedes quieran. Y, a veces, si hace falta, nos inventamos incluso a nosotros mismos, que ya es decir. **2)** *(Insistencia, un tiempo después, para seguir inventando...)* Nos pasamos la vida inventando excusas para inventar cosas. Y en eso, como en todo, hay jerarquías. Hay quien inventa el submarino, pongamos por caso, y quien inventa el cepillo de dientes eléctrico, hay quien inventa un suavizante para el tejido y quien inventa el telescopio. Pero, en general, casi nadie se va de este mundo sin inventar algo, así sea una receta insólita de tortilla.

Algunos inventos resultan muy prácticos, como por ejemplo el frigorífico, esa especie de ataúd del Yeti que ronronea por las noches, como si tuviera al Yeti dentro, aunque otros resultan preocupantes, como por ejemplo la bomba de hidrógeno, que viene a ser el antídoto contra todos los demás inventos de la humanidad, incluido el concepto mismo de humanidad. Pero no voy a hablarles de inventos materiales, sino de algunos inventos abstractos, no menos sorprendentes y prodigiosos que los que encontramos en las tiendas de electrodomésticos o en los archivos históricos del registro de marcas y patentes.

Hemos inventado, qué sé yo, el alma y, de paso, hemos inventado la inmortalidad del alma, al margen de haber inventado previamente la noción de inmortalidad, que es uno de los

inventos más aterradores, porque nos obliga a imaginar algo que excede nuestra imaginación: un tiempo infinito para una conciencia inestable y fugitiva. Hemos inventado la verdad, que nunca sabemos del todo en qué consiste, y hemos inventado la mentira, que interpretamos como una ofensa a la verdad, cuando lo cierto, y lo melancólico, es que hay verdades que hasta mentira parece que sean verdad y que hay mentiras que hasta mentira parece que no sean verdades. Hemos inventado la música para dignificar nuestra condición de seres ruidosos y hemos inventado la literatura para que alguien nos hable de nosotros mismos cuando nos habla de gente que no tiene nada que ver con nosotros, porque se trata, en esencia, de un mercado de quimeras: alguien te cuenta una historia y te presta un disfraz para tu destino. Hemos inventado la astrología para consolarnos de nuestra incapacidad para inventar los astros, que para muchos son invento de Dios, ese otro invento portentoso: unos seres insignificantes imaginan a un ser insomne y omnipresente, omnipotente y omnividente, incorpóreo, infinito y perpetuo. Hemos visto en la luna cambiante el rostro frío de una hechicera. Hemos inventado dioses, semidioses, náyades, dragones y héroes ficticios que decapitan dragones. Hemos imaginado geografías míticas: Eldorado y la Atlántida, la isla de las sirenas fatales y el Paraíso Terrenal. Hemos echado a trotar por un bosque de niebla al unicornio. Hemos inventado los relojes y hemos inventado la prisa. Hemos inventado la ortografía y las faltas de ortografía, el concepto de azar y los juegos de azar, el whisky y la aspirina. Hemos alimentado el sueño de volar y el miedo a volar en los aviones.

Este es nuestro circo etéreo, nuestra rutina mágica. Y la vida se nos va mientras inventamos la vida, porque ese invento, en fin, es el que cuenta.

INVOCACIÓN. John Fante pone en boca de su personaje Arturo Bandini las siguientes palabras: «¿Qué te he hecho, Señor? ¿Por qué me castigas? Lo único que pido es una oportunidad para escribir, para tener un par de amigos y que cese esta lucha. Dame paz, Señor. Haz de mí algo que valga la pena. Que la máquina de escribir cante. Encuentra la canción dentro de mí. Sé bueno conmigo, porque estoy solo».

IRREMEDIABLE. Espacio hermético para el que no existe llave.

IRRESPONSABILIDAD. Algo así como la lógica del corazón.

J

JARRY, ALFRED. Le gustaba andar por ahí con una pistola al cinto. Según se cuenta, en una ocasión un transeúnte le pidió fuego, Jarry disparó su arma y le dijo «*Voilà*».

JIMÉNEZ, JUAN RAMÓN. 1) El jefe del negociado del crepúsculo, como quien dice. 2) Un onubense con barba de moro y con mentalidad de contable de trascendentalismos que iba registrando en su libreta los movimientos bursátiles de los astros, de las estrellas, de Dios y de las demás cosas flotantes que vagan por el universo. 3) El mesurado Jorge Guillén, en una carta dirigida a Pedro Salinas, se permite la siguiente exclamación, propia de una manola despechada: «¡En mala hora conocí a ese hombre!». (En otra carta al mismo, diagnostica lo siguiente: «El hombre en desacuerdo consigo mismo. ¡Trágica situación: un Narciso que no se ama!».) 4) Diálogo oído hoy por azar en el mercado entre un frutero y un pescadero:

—¿Te gusta J.R.J.?

—No. Ni él ni su Obra.

—¿Cómo es posible eso?

—Por la misma razón por la que hay gente a la que no le gustan las gambas blancas de Huelva.

—¿Cómo va a haber gente a la que no le gusten las gambas blancas de Huelva?

—No lo sé, pero, lo más raro de todo es que la gente de Huelva esté convencida de que las gambas de Huelva son blancas.

JOYCE, JAMES. Anthony Burgess opinaba que el *Ulises* «es un libro de texto de técnica literaria».

JOYCE, STANISLAUS. Cuando leyó los primeros fragmentos de *Finnegans Wake*, llegó a la conclusión de que su hermano pretendía tomar el pelo a los lectores, aunque también barajaba la alternativa no menos sensata de que a su hermano se le hubiese reblandecido lo que tenía debajo del pelo.

JUEGOS FLORALES. Espectáculo de poesía étnica española, hoy en decadencia palmaria, que suele culminar con la coronación provisional de una lugareña adolescente, destinataria atónita de un encendido madrigal escrito para la ocasión por el poeta premiado con flor

natural, diploma y ciento cincuenta euros menos IRPF.

JUGUETES. Hay en Ronda una juguetería que tiene un nombre sorprendente y hermoso: El Pensamiento. Nombre que suena a Ilustración dieciochesca, a afán racionalista. Tal vez a cosa de francmasones. El Pensamiento, en fin.

«Voy a comprar un juguete al Pensamiento», dice la gente, y ese propósito consumista adquiere de pronto una dimensión filosófica y también desde luego un poco surrealista... O quizá no tanto, ya que, a fin de cuentas, nuestro pensamiento necesita muchos juguetes para distraerse: el concepto anhelante de la existencia de una divinidad, por ejemplo, o el concepto extraño de la inmortalidad del alma, el contradictorio del amor o el inexorable de la muerte, y así hasta casi el infinito, pues cualquier pensamiento es un bazar muy surtido de abstracciones.

Entras en El Pensamiento, la juguetería rondeña, y hay flores que cantan, soldados que desfilan, muñecas de parpadeo melancólico, balones y aeroplanos. La cueva de Alí Babá para los niños, el pensamiento deseoso y codicioso de la infancia.

Los niños entran en la juguetería El Pensamiento con ojos asombrados, con el ánimo confuso por la variedad de la oferta. El sueño principal de cualquier niño consiste en vivir dentro de una tienda de juguetes: que sus padres lo olviden allí, que lo dejen disfrutar sin horario ni vigilancia de esos ingenios que se mueven, que botan, que parlotean. Hasta que llegue el Tiempo y le pase una mano fría por la frente para darle a entender que el tiempo de la magia ya pasó, que ya toca otra cosa, que los juegos son otros. Que su juguete es ahora el pensamiento.

JUVENTUD. El jerarca nazi Albert Speer, arquitecto favorito de Hitler, era de la opinión de que ningún jefe debería tener más de cincuenta años. Lo razonaba de este modo: «Alguien que haya superado la mitad de la cincuentena y haya tenido éxito en su campo de actividad es incapaz de abandonar las recetas de probada eficacia. Todo se vuelve rutina y presunción».

K

KAFKA, FRANK. 1) Era tan delgado que sólo le cabían en el cuerpo los laberintos. 2) Su prestigio universal no deja de ser un tanto desconcertante, ya que su dimensión real sería la de un autor anómalo, la de un raro pintoresco. Lo suyo no es tanto genialidad como peculiaridad, basada en un procedimiento muy simple: el desplazamiento de la realidad a un espacio intermedio entre la irrealidad y la hiperrealidad. (Digo yo, no sé.)

KAFKIANO. Dícese de la experiencia que se obtiene del hecho de contratar a un chiflado como guía turístico de la caverna platónica.

KEATS, JOHN. James Joyce opinaba de él que era un buen muchacho y un poeta excelente, pero le afeaba su tendencia a la soberbia y su afición al «estofado estético irlandés».

KIF. 1) Valle-Inclán, que no necesitaba mucho para andar puesto, al llevar el cuelgue por natura, lo cantó en versos de colocón:

Alumbran mi copta conciencia hipostática
Las míticas luces de un indo avatar,
Que muda mi vieja sonrisa socrática
En la risa joven del Numen Solar.
Divino penacho de la frente triste,
En mi pipa el humo da su grito azul,
Mi sangre gozosa claridad asiste
Si quemo la Verde Yerba de Estambul.

2) Francisco Villaespesa –lo más parecido a Baudelaire que ha dado hasta el momento la tierra almeriense– le dedicó varios sonetos, como este que arranca con una postura inmejorable:

Sobre un seno de odalisca,
inmóvil como un fakir,
lento absorbo mi morisca

y larga pipa de kif.

¿Qué se me da del pasado?

¿Qué importa el porvenir?

¡Todo es vapor azulado,

humareda de zafir!

¡Bien haya el veneno moro

que abre en la tragedia muda

de tanta fatalidad

un paréntesis de oro,

donde ante mí se desnuda

la virgen Felicidad!

L

LACONISMO. 1) En su novela *Jacques el fatalista*, Diderot escribe: «Si os disgusta un poco lo que acabo de deciros, agradecedme en cambio cuanto dejo por decir». 2) Ejercicio de prudencia para quien habla y beneficio de ignorancia para quien escucha. 3) Solía decirlo el poeta Alberto García Ulecia: «Cuanto menos se hable en esta vida, mejor».

LACRIMATORIO. 1) Según nos enseñaron en el bachillerato, en las clases de latín, los vasos lacrimatorios los utilizaban los romanos para guardar las lágrimas que derramaban por sus difuntos. Se da por hecho que luego los colocaban en las sepulturas de tales difuntos como testimonio palpable del pesar de sus allegados, cabe suponer que para consolar al muerto con la evidencia de ese dolor, en el caso optimista de que pueda recibir consuelo un muerto, cosa que estaría por ver, pues, de ser así, nos adentraríamos en ese ámbito en que se embrollan la religión y las historias de fantasmas. 2) Hay quienes quieren ver una prueba de la existencia de lacrimatorios en el Salmo 56 de la Biblia, en el versículo en que David se dirige a Dios con estas palabras: «Anota en tu libro mi vida errante, recoge mis lágrimas en tu odre», plegaria que plantea un problema –muy frecuente en los textos sagrados– de interpretación... Una de las versiones inglesas de la Biblia no traduce «odre», sino «botella», y de ahí parece arrancar la hipótesis de la existencia de lacrimatorios en torno al año 1000 antes de Cristo. Sea como sea, la cosa tiene poco sentido, ya que no resulta demasiado coherente con la función de los lacrimatorios –ni por supuesto con la función de Dios– el hecho de que la suprema deidad en persona recoja las lágrimas de David. (Por otra parte, ¿para qué podía querer Dios las lágrimas de David? Y aún más: ¿por qué lloraba tanto David?) 3) Hay quienes ponen en duda, al parecer con fundamento, que todo cuanto hoy consideramos vasos lacrimatorios fuesen en realidad tales vasos lacrimatorios y no recipientes para guardar perfumes o esencias medicinales, opciones de uso que resultan no sólo más creíbles sino también más sensatas, dentro del grado de sensatez que admiten los rituales fúnebres, aunque tal vez habría que preguntar a los arqueólogos qué motivo tenían los romanos para proveer de medicinas a un difunto, ya que lo de los perfumes puede medio entenderse. Sea como sea, si empezamos a echar por tierra cuanto aprendimos en el bachillerato, me temo que estamos perdidos, de modo que casi mejor dejar las cosas como están. Como estaban.

Dudas al margen, lo que parece claro –al menos en el barrio en que vivo– es que entre los romanos de la era cristiana resultaba frecuente el uso de lacrimatorios y que los deudos contrataban a plañideras para que fuese mayor el volumen de lágrimas con que se honraba al difunto, pues de ese volumen dependía el prestigio del dolor que había ocasionado por su pérdida, así como el índice del desconsuelo que había dejado tras de sí.

A fin de cuentas, tenemos que hacernos a la idea de que el género humano es bastante peculiar, y es posible que no haya renunciado a inventar a lo largo de su historia todo cuanto puede inventarse en el ámbito de la superstición. Por algo somos animales con predisposición congénita a dotar de una dimensión abstracta y simbólica a nuestros sentimientos, entre los que ocupa un lugar de relevancia el miedo a la muerte y el pánico a la nada, hasta el punto de llegar a concebir la más aterradora de las pesadillas: el mito de la resurrección de los muertos. Concebir esa pesadilla y acatarla, desde la fe, como un dogma. Un dogma que, aparte de aterrador, resulta bastante complicado: disfrutar de la eternidad y disfrutar, además, de la reencarnación física en uno mismo, en el que uno fue antes de pudrirse. (Y posiblemente sin opciones de poder elegir la edad en que nos reencarnaríamos, dada la inflexibilidad que suele regir los designios divinos, no siempre sujetos a los patrones de la lógica humana, tan proclive por lo demás al absurdo.) **4)** Los lacrimatorios son unos utensilios que presentan un factor dramático y un factor ridículo. Rellenar un recipiente con las lágrimas vertidas por el deceso de un allegado sugiere un gesto de ternura, de lirismo profundo. De acuerdo. Ahora bien, como todo gesto solemne, tiene un doblez cómico, pues cómica resulta la estampa de alguien que acaba de perder a un ser querido y se distrae en llevarse a los ojos dos pequeños recipientes para recoger en ellos sus lágrimas. Muy sereno tiene que ser el dolor, en fin, para afinar la puntería, pues las situaciones de desgarramiento emocional no suelen ser las idóneas para ejercer ese tipo de prestidigitaciones. **5)** En la Inglaterra del periodo victoriano, la costumbre del uso de lacrimatorios resurgió entre algunos círculos especialmente sensibles a los rituales macabros. Según parece, guardaban las lágrimas en un recipiente que disponía de un tipo de tapón que permitía la evaporación del líquido, y la evaporación total indicaba el término del periodo de luto. Una manera práctica, en definitiva, de calcular la duración del duelo, al margen de su medición por ciclos psicológicos. **6)** En la Guerra de Secesión de Norteamérica, algunos soldados dejaban a sus esposas o novias un lacrimatorio para que vertieran en él las lágrimas que derramasen durante su alejamiento, y partían con la esperanza de encontrar colmado el lacrimatorio a su regreso del frente, pues el hecho de que estuviese lleno sería prueba de la magnitud del mal de ausencia de su amada, que no obstante podía hacer trampas con el agua del pozo o del arroyuelo más cercano. El problema era, claro está, que muchos no tuvieron ocasión de comprobar el nivel de líquido del recipiente. **7)** Vista la cosa de otra manera, cualquier

persona podría hacer una colección de lacrimatorios. Lacrimatorios que contuviesen sus propias lágrimas y que trazasen de ese modo una especie de historia privada de sus emociones más intensas. Lágrimas testimoniales de un dolor, de un desengaño o de una frustración. Pero lágrimas, también, que fuesen recordatorio de emociones estéticas: si alguien lloró escuchando a –qué sé yo– Vivaldi, que tuviese su lacrimatorio Vivaldi, en el que tal vez podría resonar –pues cosas más raras se han visto– la música inmortal de aquel cura veneciano, de igual manera que en las caracolas resuena el eco fantasmagórico del mar. Si a alguien se le escapó una lágrima de síndrome stendhaliano ante la visión de un atardecer en Venecia –por seguir en la tierra nativa de Vivaldi–, que tuviese su lacrimatorio Venecia, a pesar de que suene a modelo elegante de sanitarios de loza. Si alguien lloró leyendo una novela conmovedora y truculenta de Dickens, que tuviese su lacrimatorio Dickens. Y que luego enterrasen a uno con todos esos frasquitos, porque parte de su corazón estaría contenido en ellos. 8) En 1860, don Antonio Delgado, individuo de número y encargado del Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia, donó varios objetos a la institución a la que orgullosamente pertenecía: una Venus púdica, un sello de cobre con inscripción latina, un trocito de madera de alerce de la techumbre árabe de la catedral de Córdoba y un lacrimatorio que, según consta en el documento de donación, fue «encontrado en las obras del ferrocarril junto a la Puerta de Tierra de Cádiz, en el año de 1855, y que adquirió del mismo trabajador que lo descubrió». Porque nuestra historia es, en esencia, la historia de una continua construcción y de una continua destrucción, una lucha indeseable entre la memoria y el olvido, una sucesión de espectros afanosos que vamos dejando nuestra huella casi imperceptible en un mundo cambiante. Cada cual con sus lágrimas de motivación única pero, al cabo, intercambiables. 9) ...Y de pronto, en la visita a un museo, nos encontramos ante esos objetos pequeños, ante unos lacrimatorios –si no andaban confundidos nuestros profesores del bachillerato– en los que personas de épocas remotas guardaron sus lágrimas. Y ya no quedan lágrimas en ellos, claro está, sino el recuerdo evaporado de un dolor verdadero o de un pesar fingido en el caso de las esforzadas plañideras, como mero ritual remunerado. Y nosotros, los que seguimos por aquí, los que aún tenemos el privilegio de poder llorar por la existencia y por la inexistencia, tanto las propias como las ajenas, observamos estos lacrimatorios y pensamos: «Qué iguales son en el fondo todas las vidas». Mientras la vida sigue.

LÁGRIMA. 1) En una lágrima pueden haber muchas cosas: la esencia múltiple del sufrimiento, la totalidad de nuestras alegrías sobresaltadas, las madrugadas de insomnio, las quimeras incumplidas, las quimeras cumplidas y liquidadas ya por desengaño, pues suele ser nuestro ánimo novelero, partidario de lo novedoso, por esa cosa que tenemos de agarrarnos a

la cola de cualquier cometa que pase por allí, por donde sea. En una lágrima puede caber, en fin, nuestra historia, minuto a minuto: mientras resbala por la mejilla, una lágrima está escribiendo un memorial de agravios y un anónimo vengativo, un melodrama con centenares de personajes y una súplica. Y así. **2)** Hay lágrimas falsas, lágrimas fáciles, lágrimas de impostura, puramente estratégicas: el que llora en falso sabe que puede jugar con el respeto ajeno por las lágrimas verdaderas, por las lágrimas que traen toda la toxicidad del sufrimiento, de la rabia, del no poder. No hay nada más falso que una lágrima falsa. No hay nada más conmovedor que una lágrima silenciosa. No hay llanto más hondo que el solitario. **3)** En el *Diccionario de Autoridades* leemos: «San Basilio dice que las lágrimas son un vapor de las entrañas afligidas, que sube al cerebro, y de allí, como por alquitara, se destila por los ojos». **4)** Se da el curioso nombre de lágrimas de cocodrilo a las que son síntoma de un dolor mímico y vano, al mismo tiempo que reciben el nombre de lágrimas de sangre aquellas que brotan de una honda aflicción. A la gota de vidrio fundido que, en contacto con el agua fría, se temple como el acero se la conoce por el nombre de lágrima de Batavia o bien de Holanda, a elegir. Existe una planta de la familia de las gramíneas, originaria de la India, que tiene como nombre vulgar el de lágrima de David o de Job, aunque no estaría de más calibrar cuál de esos dos personajes bíblicos lloró con mayor abundancia y sentimiento, pues sería sin duda el merecedor en exclusiva de la denominación. Por existir, existe una planta del mismo género que el ajo y la cebolla, con flores de umbela, colgantes, blancas y acampanadas, que recibe el nombre de lágrimas de la Virgen, que en su momento lloró por el martirio de su hijo y que con posterioridad, en sus diversas apariciones, acostumbra llorar por la deriva libertina de nuestro mundo, según testimonio recurrente de los testigos de tales apariciones. Dentro del ámbito de las referencias religiosas, también se habla –o más bien se hablaba– de lágrimas de Moisés o de san Esteban, que en ambos casos serían las piedras o guijarros con que se apedreaba piadosamente a los pecadores, y de lágrimas de san Lorenzo para designar las perseidas. Como expresión coloquial para describir un llanto de envergadura se admite la expresión «a lágrima viva», aunque curiosamente no se contempla el modismo «a lágrima muerta», que podría reservarse para las llantinas propias de los velatorios. **5)** El sabor salado de las lágrimas podría hacernos pensar en un origen marítimo del llanto, aunque la prosa es otra: se debe a un pequeño porcentaje de cloruro sódico que hay en su composición. Aparte de eso, una lágrima tiene un pH aproximado de 7,4; es decir, ligeramente alcalino, aunque cabe suponer que a la persona que llora le importa bastante poco tanto lo del cloruro sódico como lo del pH, que son factores secundarios, se mire como se mire –y aun en detrimento del prestigio revelador de la ciencia–, en mitad de una llantina, porque demasiada tarea tiene el llorar como para andar uno pensando a la vez en otras cosas.

LAMPEDUSA, GIUSEPPE TOMASI DI. Como a casi todo el mundo –excepción hecha de los resucitados y de algunos enterrados en vida–, la muerte lo libró de leer su necrológica, en la que no podía mencionarse, a causa de sus malentendidos con el mundo editorial y con el mundo en general, su primera y única novela.

LAUREL. (*Laurus nobilis*, laurel o lauro.) Arbusto siempreverde o árbol de hasta quince metros de altura, perteneciente a la familia de las lauráceas, en el que, según el dicho, se duermen algunos, mientras el mundo gira, a su ritmo, sin ellos.

LECTURA. El encuentro de un lector cualquiera con un libro cualquiera resulta imprevisible: lo mismo le aburre que le cambia la vida. Entre un extremo y otro, caben todos los matices posibles, claro está: la indiferencia, la incomprensión, la repugnancia incluso, el disentimiento, el acuerdo o el espanto. En esa conjugación, el lector aporta la historia de su vida: sus ilusiones morales, sus dudas, sus temores, las reverberaciones insospechadas de su conciencia; el libro, por su parte, actúa como reactivo de todo eso, y el resultado del experimento quién lo sabe, ¿verdad? De ahí que el argentino Ricardo Piglia haya podido suponer que la lectura es el arte de construir una memoria personal a partir de experiencias y recuerdos ajenos.

Abre uno una novela y empiezan a ocurrir cosas: un muchacho amanece transformado en insecto, pongamos por caso, y ya es mala suerte, nos decimos, y sufrimos con él la fantasía de su metamorfosis; o un hombre memorioso e hipocondríaco muerde una magdalena y nota en el paladar toda la esencia del tiempo perdido, la niebla itinerante del pasado, y nos cuenta todo eso a lo largo de miles de páginas repletas de duquesas y de digresiones; o bien alguien se enrolla como ballenero y acaba enfrentándose a un monstruo blanco. Abre uno una novela, en fin, y ya está dentro de la barraca de las grandes figuraciones. Y acecha el miedo allí, y el asombro, y las grandes epopeyas, y las pequeñas cosas, y está uno en otro sitio, deambulando por quién sabe dónde, hablando con desconocidos, y padece lo que ellos padecen, y goza lo que ellos gozan, y se desazona con las volutas de la intriga, y oye incluso el mar a través de las páginas que hablan del mar, y todo el ruido del mundo en la descripción de un mercado.

Abres un libro y estás en el libro. Alguien te habla del alma inmortal para que cuides de ella y alguien procura hacerte reír para aligerarte el peso de las sombras del alma, sea inmortal o no, que eso viene a ser lo de menos mientras anda uno por aquí. Alguien te transporta a un castillo transilvano para mostrarte al vampiro Drácula, sediento de vida y sangre, y alguien te transporta al castillo de If para mostrarte al más triste de los cautivos. Alguien, con una voz que viene desde muy lejos, te narra las tribulaciones de los argonautas y alguien, con una voz de hoy, te cuenta una historia de hoy, y ambas voces te resultan nuevas,

porque el tiempo de la ficción es una especie de milagro estático: lo que se contó una vez no deja jamás de suceder.

Cuando entramos en una gran biblioteca, nos sobrecoge esa inmensidad de papel que soporta una inmensidad de conceptos, esa inmensidad de conceptos soportada por inmensidades de palabras, esas inmensidades de palabras que están hechas de combinaciones casi infinitas de letras, que por sí solas son nada. Y nos decimos: «Un mundo inabarcable», y es cierto, y sentimos la desazón propia del codicioso, pues quisiéramos acceder a la totalidad del secreto. Pero enseguida esa condición de mundo inabarcable se nos revela no sólo como ineludible, sino también como fascinadora: la literatura está obligada a imitar fragmentariamente la inmensidad del mundo para simular el reflejo total del mundo. Y ya todo se explica. (O casi.)

LIBRERÍAS DE VIEJO. Comercios a los que alguna gente acude no para comprar aquello que busca, sino aquello que a veces encuentra.

LIBRIDINOSO. Según leo en Benítez Ariza, lector libidinoso de libros de contenido libidinoso.

LIBRO. Objeto casi siempre inacabado: solemos publicar simulaciones.

LINEALIDAD. William M. Thackeray nos brinda el siguiente párrafo, entre bromista y pedagógico, en medio de *La feria de las vanidades*: «Obligados por las circunstancias de la narración, en el presente capítulo, en apariencia tortuoso, hemos seguido refiriéndonos al día siguiente para retroceder luego al anterior, a fin de que no quede nada por contar. Al igual que en el palacio real podríais ver las carrozas de los embajadores y de los altos dignatarios salir a toda prisa por una puerta lateral mientras las damas del capitán Jones están preparadas para levantar el vuelo, al igual que en la antecámara del secretario del Tesoro podríais ver a media docena de solicitantes esperando pacientes a que se les conceda una audiencia por turno, cuando de pronto llega un parlamentario irlandés o un personaje eminente y pasa al despacho antes que todos los que aguardan, así en una narración se ve obligado el escritor a aplicar este arbitrario sentido de la justicia. Aunque hayan de narrarse los más pequeños incidentes, conviene dejarlos a un lado cuando se presenta un gran acontecimiento».

LIPOGRAMA. Artificio de grande retorcimiento conceptual en el que siempre sale malparada alguna letra del alfabeto, en especial las pobres vocales. (Al sevillano Francisco de Navarrete y Ribera, por ejemplo, amigo que fue de Lope de Vega y notario apostólico del

papa de Roma, se le atribuyen novelas escritas sin alguna de las cinco vocales en cada una de ellas. Y se supone que ya pudo morir en paz.)

LITERATURA. 1) Según Adolfo Salazar, la patria natural de los pastores, cabe suponer que con la exclusión xenófoba de los gremios restantes. **2)** Según Ricardo Piglia, «una forma privada de la utopía».

LLAVE. Va uno por la calle, indolente y ocioso, con el pensamiento ocupado en no pensar y, de pronto, ve una llave caída en la acera. ¿Existe cosa más misteriosa que una llave con cerradura desconocida? Una llave que puede abrir, quién sabe, la puerta de la casa de un cura anglicano aficionado a la poesía bucólica o la de un asesino en serie, pongamos por caso. Quién puede saber lo que abre una llave perdida en la acera, una llave desnortada y errante, extraviada por su dueño, caída de un bolsillo, por ese afán insensato que tienen las cosas inanimadas de recorrer mundo.

¿Qué hace uno si se encuentra con una llave caída en la acera? Descartada la opción de entregarla en una oficina de objetos perdidos, porque a ninguna persona que esté en sus cabales se le ocurriría ir a buscar allí una llave perdida, la actuación más recomendable tal vez consista en arrojar la llave encontrada a un husillo, para que se funda con la inmundicia que corre por los intestinos de la ciudad y quede neutralizado de ese modo su enigma. Si alguien comete la imprudencia de conservar una llave encontrada en una acera, se le alterará la imaginación, que viene a ser una facultad descontrolada de la conciencia, y se pasará el día tramando conjeturas en torno a la llave, a lo que esa llave podría abrir: la caja fuerte de un estafador, la puerta trasera de una tienda de pelucas, el candado de una bicicleta, las esposas de un detenido, el arcón que conserva los disfraces de gente que ya ha muerto... Las posibilidades son muchas, pues muchas son las cosas del mundo que se abren con una llave o que se guardan bajo llave.

El hecho de que algo se guarde bajo llave es síntoma de prestigio, a pesar de que también se guarda bajo llave al delincuente. Cualquier documento insignificante se convierte en documento secreto si se le aplica el factor llave, lo mismo que cualquier joya de medio pelo proporciona a su propietario la ilusión de ser dueño de un tesoro si la conserva tras una cerradura, mejor cuanto más compleja y camuflada.

Miles de personas deambulan a diario por nuestras ciudades, y cada una de ellas llevará en el pensamiento lo que tenga a bien llevar, pero casi todas tienen al menos una circunstancia en común: ser portadoras de llaves. Dentro del bolso, dentro del bolsillo, colgando de la presilla del pantalón... Llaves. Llaves para acceder a nuestro territorio exclusivo. Llaves para entrar y poner en marcha nuestro coche. Llaves para abrir la máquina

registradora. Llaves para entrar en nuestra casa o en la de algún pariente impedido. Llaves para abrir... ¿qué? Lo que sea.

Va uno por la calle, en fin, sin mucho rumbo, absorto en naderías, sin ganas de razonar sobre las cosas, y, de pronto, *plaf*, una llave en la acera, y ya se le dispara el mecanismo de la máquina de las conjeturas, y pierde el sosiego, porque se pone a pensar en la llave, en lo que podría abrir esa llave, en lo que esa llave oculta. Y recoge la llave del suelo, claro está. Y, sin comerlo ni beberlo, se convierte en el dueño de una llave que podría abrir cientos de cosas diferentes y que, sin embargo, no abrirá nunca nada. Porque toda llave perdida es una llave muerta. Así que r.i.p.

LOCURA. Por raro que parezca, y por loco que resulte, existe una modalidad prestigiosa de locura de la que disfrutaban a título póstumo algunos artistas, aunque en su momento, según los datos que podemos manejar, la disfrutasen más bien poco.

LÓGICA. 1) Si decimos: «Andrés Peralta Ramírez se acostó el 8 de septiembre de 2007 con un pijama de cuadros y se levantó el día 9 de septiembre de 2007 con un pijama de cuadros», estaremos formulando una obviedad y ofreciendo un dato que no tendría interés ni siquiera para Andrés Peralta Ramírez. Ahora bien, si decimos: «Andrés Peralta Ramírez se acostó el 8 de septiembre de 2007 con un pijama de cuadros y se levantó a la mañana siguiente con un pijama de cuadros, pero con los pantalones enfundados en los brazos y la chaqueta de pijama enfundada en las piernas», la cosa cambia bastante, ya que ahí entra en juego la literatura, la magia, la espiral imprevisible del absurdo o, a un nivel estético un poco más bajo, la capacidad sonambúlica de Andrés Peralta Ramírez de vestirse y desvestirse mientras duerme, habilidad digna de ser mostrada en algún circo prestigioso. (*Conclusión lógica:* La lógica en general, y la lógica de los pijamas en concreto, resulta vulnerable, en fin, a los envites y embates de la falta de lógica.) **2)** Tu sobrina de seis años te pregunta: «¿Cuál es el último número, el número más grande?». La pregunta no puede ser más lógica, y comprendes que lo ilógico es la condición infinita de los números, esa infinitud que hemos otorgado a unas entidades incorpóreas que sólo adquieren realidad cuando se alían con algo tangible: «Tengo 12.456 pelos en mi barba pelirroja», «A lo largo de mi vida he perdido 745 mecheros y 349 paraguas», y así sucesivamente. Por sí solos, los números designan vaguedades. Te acercas a un desconocido que toma café en un bar, absorto en sus divagaciones cotidianas, y le dices al oído: «674.828», y el desconocido enarca las cejas, te mira como solemos mirar a los extraterrestres cuando vienen por aquí y te pregunta: «¿Qué pretende usted, meterme en la cabeza una cifra inútil?». Y le contestas: «De ninguna de las maneras, caballero. Sólo pretendía regalarle un número que alguna vez podría serle útil para

quién sabe qué. Pero si ese número no le gusta, puedo ofrecerle muchos otros. El 98.999.874.211, por ejemplo, que es un número demasiado alto para resultar práctico, lo sé, aunque supongo que estará usted de acuerdo conmigo en que conviene tener números para todo. Nunca se sabe cuándo va a hacernos falta un número, por alto que sea». **3)** Si la lógica fuese lógica, sólo existiría una lógica, pero el caso es que existen múltiples variantes de la lógica, catalogadas con más o menos precisión por los estudiosos de la filosofía: la llamada lógica antigua, la lógica aristotélica, la lógica escolástica, la neoescolástica... Como es lógico, cada cual puede elegir la lógica que mejor se adapte a las características de su temperamento y a su capacidad para ensayar piruetas con la mente en todo lo referido a las cuestiones lógicas. **4)** Volviendo al tema de las peripecias nocturnas del pijama de cuadros de Andrés Peralta Ramírez, termino con un reto a la lógica: «¿Qué pasaría si Peralta se acostase con un pijama de cuadros y se despertase con un camisón estampado con flores tropicales?». (No sería la historia terrorífica de Gregor Samsa, pero sería desde luego una historia.)

LOTERÍA. **1)** En una de sus muchas páginas inolvidables, el olvidadísimo Wenceslao Fernández Flórez arriesgó una teoría: la Lotería Nacional como un timo concebido por el Estado para recaudar fondos públicos gracias a la codicia privada. Según el melancólico humorista gallego, el Estado contrata a una compañía de actores que cada año, en los sorteos estelares, se disgrega por las poblaciones en las que se supone que han caído los premios importantes. Y allí escenifican el arrebato ante la caricia de la fortuna, agitando botellas de cava para duchar al prójimo. Luego vienen las declaraciones de los actores: «Ayer mismo me despidieron del trabajo y hoy me han tocado trescientos mil euros», dice uno. «Tenía una orden de embargo y me ha tocado medio millón», dice otro. Y así sucesivamente: cada premiado con su historia enternecedora, para demostrar que la suerte no se mueve por el puro capricho, sino que también está sujeta a las leyes mágicas de la justicia poética. Para hacer creer a la gente, en fin, que el dinero no es clasista y está a favor de los pobres. Según Fernández Flórez, cuando algún actor de la lotería se va de la lengua, el Estado le da matarile, lo que explica muchos crímenes inexplicables. **2)** Hay en mi pueblo dos empleados de una empresa de fumigación que empezaron a comprar lotería conjuntamente hace ya un par de décadas. Dado que el tiempo vuelve frágiles los afectos, ambos acabaron enemistados y hace años que no se dirigen la palabra, aunque siguen comprando lotería entre los dos, como si ese fuera el único pacto inalterable de la antigua amistad. Si le preguntas a uno de ellos, te responde con otra pregunta: «¿Qué tiene que ver la amistad con el juego?». Pero si le preguntas al otro, la respuesta resulta más compleja: «Sigo jugando con él porque si le toca, quiero que se lleve el disgusto de que también me toque a mí», y te confiesa que, en vísperas

de cada sorteo, acude a la capilla de una virgen con fama de milagrosa y le enciende una vela para que no les toque ni la pedrea. «Para que no le toque a ese tío mierda, aunque tampoco me toque a mí». Y el universo, armonioso, gira.

LUBITSCH, ERNST. Según su discípulo Billy Wilder, alguien que «podía conseguir más con una puerta cerrada que la mayoría de los directores con una bragueta abierta».

LUGONES, LEOPOLDO. ¿Una mezcla de Góngora y Cantinflas?

LUNA. 1) Según Emilio Carrere, una «mística redondela de marfil» y una «hostia de plata mística». (Sea finalmente de marfil o de plata, lo que parece quedar claro es que, para Carrere, se trataba de una cosa mística.) **2)** Según Cocteau, el sol de las estatuas. **3)** En el prólogo que pone a su *Viaje a la luna*, Cyrano de Bergerac nos recuerda algunas apreciaciones sobre el astro mutante: Heráclito sostuvo que era una tierra envuelta en brumas; según el raciocinio de Jenofonte, era habitable; Anaxágoras se arriesgó a suponer que tenía valles, colinas, selvas, casas, mares y ríos... El propio Cyrano la compara con una «bola de azafrán», y cuenta cómo, en un viaje de regreso a París, él y varios amigos amenizaron el viaje con hipótesis entretenidas: «Con los ojos anegados en ese gran astro, ya lo consideraba alguien como una buhardilla del cielo; ya otros aseguraban que era la plancha con que Diana sacaba brillo a la pechera de Apolo, y otros creían que bien podría ser el Sol, que, habiéndose despojado de sus rayos por la tarde, miraba por un agujero lo que pasaba en el mundo cuando él no estaba alumbrándolo». **4)** El poeta argentino Leopoldo Díaz (1862-1947) le dedicó el soneto que se reproduce a continuación:

Dijo a la blanca luna el asfodelo:
«¡Oh, reina del azul solemne y triste!
¿Qué misteriosa palidez te viste,
Ofelia vagabunda por el cielo?
Cándido cisne de color de hielo,
¿en qué profundo Flegetón caíste?
¿A qué brumoso páramo tendiste
las plumas albas, con silente vuelo?».
Calló la flor... y doblégó en la urna
su fúnebre corola taciturna
cual simbólica imagen de lo inerte;
mientras el astro, como esquife indiano
de vela de ámbar, se perdió en lo arcano,

con rumbo a las riberas de la muerte.

5) Jules Laforgue le aplicó la condición de clorótica. 6) En su poema «Sah-nameh», el persa Firdowsi, allá en el siglo x a. de C., la definió como la lámpara encendida de la noche. 7) Un joven Juan Ramón Jiménez la invocó de este modo: «¡Reina loca, magnolia mustia, diosa / triste, doncella muda y pálida...!». 8) Para Chesterton, «la protectora del absurdo». 9) Para Luis Muñoz, «un vaso de leche visto desde arriba». 10) El poeta polaco Adam Zagajewski la ve como una manzana, aunque no precisa la variedad. (Queda descartada la *granny smith*, por ejemplo, al ser de un color demasiado psicodélico para una luna). (Podría tratarse, no obstante, de cualquier variedad de manzana siempre y cuando esté cortada por la mitad.) 11) En su *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), Covarrubias compara las diferentes formas de la luna con un broquel de fuego, con una rebanada de melón y, si es luna nueva, con un arco muy delgado. 12) Cuando hay luna llena, todos padecemos la aprensión de que vamos a transformarnos en licántropo, y nos miramos con inquietud los brazos para ver si nos brota de repente el vello lobuno, y nos palpamos los colmillos para comprobar si nos crecen, y escrutamos con la mente atribulada nuestro corazón imprevisible para indagar si nos pide bosque y sangre, la libertad sombría de los monstruos nocturnos, etcétera. Pero por lo general no ocurre nada, y acabamos durmiéndonos tranquilamente, aunque con un desasosiego de fondo: el desengaño de una sugestión malsana, porque ¿a quién no le entretiene el experimentar de vez en cuando una mutación? 13) El poeta simbolista belga que quiso ser conocido por el nombre de Albert Giraud le otorgó la condición de tísica, aparte de verla, en una de sus formas, como «un sable blanco». 14) Antonio Espina, por su parte, la vio como la «capa blanca del diablo». 15) Leopoldo Lugones, en su «Himno a la luna» –a mi modesto entender, uno de los poemas más disparatados que se han escrito en cualquier lengua y país–, se distrajo en atribuirle estas identidades más o menos metafóricas: «ombligo del firmamento», «lenteja de un péndulo inmenso», «ampolla de alabastro», «ondina de las estelas», «hada de las lentejuelas», «témpano prematuro», «charco de mercurio», «mandarín de cejas afeitadas», «lámpara de alcanfor sobre un catafalco», «Ofelia de los alhelíes», «suspiráculo de las novias», «Verónica de los desterrados», «pan ázimo de los necios», «inexpresable cero en el infinito», «postigo de los eclipses», «candela de las fobias», «Colombina cara de estearina», «ebúrneo mingo», entre otras. (Y tan tranquilo.) 16) Georges Rodenbach la supuso aliada de los cisnes. 17) Quizá la imagen lunar más rara que uno ha leído es esta del poeta cubano Gastón Baquero: «La vaca peregrinante por el cielo con sus ubres hinchidas de una leche que ningún ángel quiere saborear». 18) Mário de Sá-Carneiro arriesgó la imagen de unas lunas de oro que se emborrachan. 19) Mauricio Bacarisse puso un poco de sentido común en todo esto: «La luna es sólo la luna / y no se

parece a nada».

M

MACHADO, ANTONIO. Mucha gente cuenta lo de las solapas de sus chaquetas espolvoreadas de ceniza de tabaco. Hasta su hermano José dio importancia a ese detalle. La ceniza del cigarrillo, bueno, vale. Porque la poesía depende un poco de eso: del vago recuerdo de haber encendido un cigarrillo hace apenas un instante y comprobar que se ha consumido ya, y que es ceniza, y que esa ceniza te ha caído en la solapa, mientras te preguntas qué hace esa ceniza allí, si hace apenas un instante que encendiste el cigarrillo.

MACHADO, MANUEL. La gente nunca ha sabido si con sus poemas perseguía un aplauso respetuoso o un olé. Y él mismo lo dudaba.

MANIFIESTO. En esencia, todos acaban acogidos al siguiente patrón: «Exigimos que, de manera inmediata, los guepardos y las guepardas dejen de comerse a las gacelas thompson».

MANILLA. En una casa hay objetos visibles que resultan invisibles, en el caso de que todos los objetos domésticos no acaben siendo invisibles para sus ocupantes, pues la mirada se acostumbra muy pronto a no ver lo que ve con demasiada frecuencia, y es posible que incluso los inquilinos del infierno dejen de prestar atención a las llamas que los devoran cuando llevan ya media eternidad –más o menos– siendo devorados por tales llamas a causa de sus muchos pecados de pensamiento, de palabra, de obra o de omisión.

Entre los utensilios domésticos que con más rapidez alcanzan la invisibilidad se cuentan sin duda las manillas de las puertas, por muy ostentosas y de traza rococó que tales manillas sean, de lo que se desprende que un gasto excesivo en manillas no deja de implicar un despilfarro, a menos que pretendamos auspiciar la admiración de las visitas.

Ahora bien, a pesar de acabar siendo invisibles, las manillas son uno de los elementos que más veces tocamos a lo largo de una jornada, circunstancia que les concede un papel relevante entre los artefactos caseros.

Por regla general, acertamos a girar la manilla sin necesidad de mirarla, pues nuestra mano conserva una memoria espacial muy precisa con respecto a ellas. Aun así, hay ocasiones en que nuestra mano gira en el vacío, sobre todo cuando estamos recién levantados y aún tenemos el alma un poco perdida por los laberintos de la soñera, ya que una persona recién salida de la cama siempre tiene algo de ente resucitado. Nuestra mano afantasmada intenta

palpar una manilla fantasmal, pero no da con la manilla, y entonces se crea en nuestra conciencia una descoordinación que nos aterra un poco, pues nuestro subconsciente da por hecho que la manilla en cuestión ha desaparecido mediante diligencias mágicas, que es cosa del gusto de muy poca gente, por ese resorte racional que guía nuestras acciones, sobre todo las más insignificantes y maquinales. En vez de la manilla, según iba diciendo, la mano toca la nada, y la mano se estremece. Es en ese preciso instante cuando la manilla invisible se vuelve visible, ya que nuestros ojos la buscan con desesperación y con urgencia para cerciorarse de que la manilla no se ha volatizado. Y allí está la manilla, como es lógico, y nuestra mano corrige su error, y la puerta se abre.

Hemos abierto puertas con miedo, con ilusión, con recato, con timidez, con pánico, con cansancio, con incertidumbre, con expectación, con sigilo, con brusquedad, con la respiración contenida... Hay maneras casi infinitas de abrir una puerta, a pesar de que una puerta sólo puede abrirse de una manera.

En las tiendas especializadas, el muestrario de manillas tiene algo de composición surreal: una aglomeración de utensilios que no abren nada, o que a lo sumo podrían abrir, todas ellas a la vez, la puerta que da al reino inconsecuente de la pesadilla.

MAR. 1) Borges, en una de las clases que impartió en la Universidad de Buenos Aires, expuso al alumnado lo que sigue: «Coleridge viajó a Alemania y se dio cuenta de que no había visto nunca el mar, a pesar de que lo había descrito admirablemente, inolvidablemente, en su poema *«The Ancient Mariner»*. Pero el mar no le impresionó. El mar de su imaginación era más vasto que el mar de la realidad». (Algo más adelante, le atribuye a Coleridge la condición de haber sido «un teólogo de Shakespeare».) **2)** Jules Verne, un escritor que suele resultar aburrido a fuerza de querer ser entretenido, formuló esta hipótesis: «Las masas líquidas transportan las más grandes especies conocidas de mamíferos, y acaso oculten moluscos de talla considerable, crustáceos que dé miedo contemplar, tales como serían langostas de cien metros o cangrejos que pesasen doscientas toneladas. ¿Por qué no?» **3)** Francisco de la Torre escribió el soneto que sigue, que viene a ser el equivalente verbal de las pinturas ingeniosas de Arcimboldo, aunque sin hortalizas:

AL MAR, EN LA METÁFORA DE UN CABALLO

Espumoso caballo en quien procura
ser señal, como estrella, el norte frío;
carreras se le imponen a tu brío
y pasos se le miden a tu altura.

Formidable relincho es tu voz dura;
tienes, con extendido señorío,
una torcida crin en cada río
y en cada fuerte puerto una herradura.

Haces mil caracoles de contino;
paras fiel a la calma que te enfrena
y pisas lo que abate tu camino.

Pícate espuela el aire que te llena;
el hombre te inventó silla de pino
y Dios te señaló freno de arena.

4) Swinburne le otorgó la cualidad de «madre grande y dulce», de «amante y madre de todos los hombres», aunque en este particular habría que recabar tal vez la opinión de los náufragos. 5) Blas de Otero se atrevió a imaginarlo como «un himen inmenso», acorde con las proporciones de la doncella. 6) Para el poeta chileno Vicente Huidobro, el mar es un azar. 7) El también chileno Pablo Neruda confesó lo siguiente: «El hecho es que hasta cuando estoy dormido / de algún modo magnético circulo / en la universidad del oleaje». 8) Agustín de Foxá escribió: «El mar es un silencio de barro y gelatina». Joaquín Romero Murube parece contradecirlo con esta otra apreciación: «El mar es el manicomio de los espejos». 9) A Paulino Masip debemos esta visión desoladora para los bañistas: «El mar que se ve desde una playa es apenas el mar. Jugar con la espuma de sus olas es algo así como jugar con el aliento del dragón de las siete cabezas una vez vencido, aherrrojado y hundido en las entrañas de la tierra». 10) El mar pasa por ser azul, aunque se trata de una simplificación, ya que también puede ser del gris de la plata, verde –muchos verdes–, ambarino o blanco de suciedad fantasmagórica, o incluso todos ellos a la vez, en parte porque su cromatismo depende de los caprichos solares, al ser aficionado el astro Sol a pintar marinas, en especial a la hora del crepúsculo vespertino, de igual modo que la luna se distrae en convertir la superficie marina en algo parecido a esas bolas de espejos que giran en el techo de algunas discotecas. Sobre todo en los días tormentosos, el mar también puede presentar el color sin color de los escenarios de la pesadilla.

MARIPOSA. El chileno Nicanor Parra las vio como «flores en movimiento perpetuo», lo que no es mucho ver.

MARLOWE, CHRISTOPHER. Murió en circunstancias extrañas. Tan extrañas que murió de una extraña puñalada en un ojo.

MATRIMONIO. Anthony Burgess, en su libro de memorias titulado *El pequeño Wilson y el gran Dios*, escribe: «A medida que un matrimonio avanza, el factor físico pierde la excitación que siempre posee con una persona desconocida: se transforma en comodidad, en desahogo y en una señal ocasional de afecto compartido. El matrimonio está sustentado por un pasado común, por una cultura cerrada, por una comunidad de mitos. Un verso compartido puede evocar todo un tramo de experiencia. La conversación de una pareja casada consiste en claves. Cuando yo tocaba el piano en algún *pub* y Lynne consideraba que ya había tocado lo suficiente, se limitaba a decir: «Mary». Aquello bastaba. Los demás, extrañados, no sabían que era una referencia al señor Bennett de *Orgullo y prejuicio*, cuando le indicaba a su hija que ya les había deleitado de sobra (...) La comunicación es de un tipo fundamentalmente malinovskiano, puramente fática. Sin embargo, cada palabra, e incluso cada gruñido, está cargado de un pasado común».

McCULLERS, CARSON. Truman Capote, que era un demonio, dijo de ella: «Es un demonio, pero la respeto».

MÉDICO. De niños, acudíamos al médico con el alma muy encogida, y entrábamos en el piso en el que pasaba consulta, generalmente sombrío y solemnemente burgués, con el mismo ánimo con que entraría uno en el gabinete del doctor Caligari. Parecía que la enfermera hubiese echado en la antesala un ambientador con olor a yodo, a alcohol y a penicilina, y el terror te llegaba a los huesos cuando oías: «Pasen», y allá íbamos todos, los padres y el niño. Derechos a la incertidumbre. Y al rato salías a la calle con el palito de madera con el que el médico te había inspeccionado la garganta, sin saber qué hacer con aquel palito que el médico te regalaba como quien regala un juguete. Un palito parecido al de los polos de la heladería La Marítima. Y con la sensación de tener todavía el palito en la garganta cuando te ibas a la cama y dejabas el palito en la mesilla de noche, a la espera de que desapareciese por sí solo a la mañana siguiente, como los malos recuerdos provisionales.

MEDIOCRIDAD. 1) Salvador Dalí sentenció: «Si eres mediocre, incluso aunque te esfuerces por pintar muy, muy mal, enseguida se notará que eres mediocre». 2) Juan Ramón Jiménez, por su parte, reflexionó: «Lo malo es siempre mejor que lo mediocre, es más amigo de lo bueno. Lo mediocre es el enemigo irreconciliable de lo mejor».

MEDIODÍA. Leconte de Lisle le concedió el título de «rey de los estíos», aunque cabría

suponer que durante el invierno se degrada a reyezuelo.

MEMORIA. Vivía en la ciudad de Tánger un tejedor de alfombras que tenía la facultad de acordarse por la noche de todo cuanto le había sucedido y de todo cuanto había pensado durante el día, pero le resultaba imposible acordarse durante el día de lo que le había ocurrido y de lo que había soñado durante la noche, cuando cerraba su taller y se refugiaba en su casa de soltero, allá en la alta medina.

Consultó con un médico y le diagnosticó que estaba bajo la influencia de un hechizo. Consultó con un hechicero y le aseguró que padecía de amnesia parcial. Comentó el asunto con un vendedor de babuchas, amigo suyo, y le recomendó que se uniese a una trupe belga de artistas de variedades que andaba por allí de gira exhibiendo anomalías y prodigios humanos, pues le aseguró que era la suya una habilidad digna de promover el asombro y el aplauso de las multitudes ociosas, e incluso le sugirió un alias: El Desmemoriado de Su Yo Nocturno.

Hasta que una mañana cayó en la cuenta de que jamás había olvidado nada de sus noches, sino que su memoria nocturna era nada, en buena parte porque la noche la dedicaba a recordar los acontecimientos diurnos, y la memoria no se recuerda a sí misma, y entonces se echó a gemir por la desventura de no tener memoria de sí mismo en la noche, pues, aparte de su afición a hacer memoria, no había nada en su noche solitaria que pudiese interesar a su memoria, que exige grandes acontecimientos o pequeños símbolos para nutrirse.

Del resto de la historia no me acuerdo.

MENAJE. Por raro que parezca, el menaje doméstico acaba siendo un factor de trascendencia sentimental, con tendencia a ascender a la esfera solemne de la simbología. La taza que compraste y que... El jarrón que te regalaron y que... El peluche que... La ensaladera en que por última vez... Las sábanas en que por primera vez... Baratijas, en fin, que acaban alcanzando, ya digo, un rango simbólico y que a veces pueden comprarse incluso a plazos.

MERCADO. El concepto de mercado no sólo es variable, sino también desconcertantemente contradictorio: no es lo mismo tener el propósito de sacar al mercado un nuevo electrodoméstico que vivir pendiente del mercado de valores, no es lo mismo hacer un estudio de mercado que hacer la lista de la compra antes de ir al mercado.

Los mercados de abastos tienen siempre un no sé qué de cosa atroz y primitiva, donde todo está crudo y tal cual, a la espera de ser elaborado y transformado en otra cosa, incluida la fruta, a la que solemos desnudar con un cuchillo. Los mercados nos recuerdan que, por muchos trascendentalismos que alimentemos, somos animales que necesitan alimentarse. Y ahí están los peces que se han ahogado de aire puro, como un rimero de plata caótica, con

esos ojos gelatinosos en que pervive el silencio del fondo de los mares y el asombro de vivir en un espacio infinito, pues nunca termina el mar para los peces. De vez en cuando, sobre el mostrador de acero, ves un monstruo marino y te preguntas cómo puede ser tal cosa comestible, si parece una pesadilla fantástica de bestiario, y llegas a la conclusión de que cayó en la red por fatalidad y lo exhiben para traumatizar a los niños, ya que nadie puede llevarse eso a casa para hacerlo al horno, sobre un lecho de patatas panaderas, porque los comensales gritarían, como gritaría cualquiera si le sirvieran un extraterrestre guisado o un estofado de hipogrifo.

En el mercado se expone la carne descuartizada con un impudor que da un poco de pudor, quizá debido a que nuestro subconsciente asocia la carne cruda con el asesinato y la tortura, pero la cosa se complica un poco cuando vemos colgado de una barra un pollo pelón o un conejo desollado, al ser ya eso casi cosa de vudú. (Y pasemos de puntillas ante las casquerías, si les parece.)

Distrae uno el ensueño de que los fruteros se han pasado la noche sacando brillo, una por una, a todas las piezas, para que las naranjas reluzcan como gemas muy caras, para que las ciruelas fulguren, para que el terciopelillo de los damascos resulte lustroso. En las verdulerías apreciamos los tonos profundos de las acelgas, el nacarado de las cebollas, el cinabrio reventón de los tomates, etcétera, y ese olor a catacumba de los tubérculos.

En medio de tanta naturaleza profanada, los puestos de los panaderos parecen un limbo envuelto en un halo blanco, como si revoloteasen por allí unos ángeles ociosos que jugaran a tirarse puñados de harina. Y el vendedor de especias, en su reducto de olores de alquimia y magia oscura. Y el pastelero, con su malicia de quien sabe que vende pecados mortales. Y el dependiente del ultramarinos, con su bata de cirujano que opera jamones y disecciona embutidos selectos.

Los mercados resultan, en fin, distraídos y en el fondo terribles. Vamos allí con la humildad de quien es esclavo de un cuerpo muy frágil. En ellos, además, se teatraliza la tragicomedia básica del mundo: «¿Cuánto pesa esa merluza?», pregunta alguien, mientras otro mendiga raspas de pescado para hacerse una sopa. Y cae el telón.

METÁFORA. 1) Es al escritor lo que la chistera al ilusionista: el lugar del que salen los conejos drogados y con problemas de identidad, las palomas que desean suicidarse por el horror de tener plumas, el confeti mágico que cae sobre la realidad como una llovizna alborotada... 2) Princesa durmiente del idioma, a la espera del príncipe. 3) Stephen Spender aventura la siguiente suposición: «La imaginación sugiere al poeta la sensación indefinida de una metáfora que representa para él la cualidad de determinada experiencia. Pero encontrar el camino que va más allá de esa sensación vaga hasta la imagen exacta de la metáfora,

perseguirla en soledad hasta los lugares en que se oculta de todo lo que antes se haya expresado con palabras y a continuación moldearla dentro del conjunto de los azares de la lengua, ajustándola a la estructura gramatical, es sumamente difícil. La mayoría de los escritores permiten que sus ideas los lleven de regreso, desde la soledad aterradora, a la compañía consoladora de las frases trilladas e imprecisas». **4)** Procedimiento alquímico por el cual un pez puede convertirse en un bajel de escamas, un pájaro en un ramillete con alas o en una flor de pluma, el aire en una sala etérea o un arroyo en una sierpe de plata. **5)** Borges: «La metáfora es el contacto momentáneo de dos imágenes, no la metódica asimilación de dos cosas». **6)** Lope de Vega: «La metáfora ha de ser según la proporción, como el vestido». **7)** En ocasiones, halago a la clientela.

METONIMIA. Algo que tiene la desgracia de poder ser también una sinécdoque.

MISTERIO. **1)** En una carta de 1904 dirigida a Unamuno, Antonio Machado conjetura: «Nada más disparatado que pensar, como algunos poetas franceses han pensado tal vez, que el misterio sea un elemento estético –Mallarmé lo afirma al censurar a los parnasianos por la claridad en las formas. La belleza no está en el misterio, sino en el deseo de penetrarlo». **2)** Alberto Caeiro da por sentado que «El único misterio es que alguien piense en el misterio». **3)** Como recurso novelístico, algo así como un pasillo repleto de fantasmas ululantes que conduce a una habitación repleta de payasos sonrientes. (Fantasmas sonrientes que suelen corear: «¡Todo era una broma, hombre!».)

MODERNIDAD. **1)** Espejismo provisional reflejado en un espejo que devuelve de manera igualmente provisional una verdad de apariencia sólida. **2)** Según Octavio Paz, aquel brillante sofista mexicano del siglo xx, «una tradición polémica y que desaloja a la tradición imperante, cualquiera que esta sea; pero la desaloja sólo para, un instante después, ceder el sitio a otra tradición que, a su vez, es otra manifestación momentánea de la actualidad. La modernidad nunca es ella misma: siempre es *otra*. Lo moderno no se caracteriza únicamente por su novedad, sino por su heterogeneidad. Tradición heterogénea o de lo heterogéneo. Ni lo moderno es la continuidad del pasado en el presente ni el hoy es el hijo del ayer: son su ruptura, su negación. Lo moderno es autosuficiente; cada vez que aparece, funda su propia tradición». Y aún más: «Lo nuevo no es exactamente lo moderno, salvo si es portador de la doble carga explosiva: ser negación del pasado y ser afirmación de algo *distinto*». (Por vía tangencial, recordemos a Antonio Machado: «En política, como en arte, los novedosos apedrean a los originales».) **3)** Según Andrés Trapiello, algo que parece concebido por los editores de enciclopedias.

MODERNISMO. Tras posarse en el lago con rústica rudeza, dijo el ganso a la manada de cisnes: «Eh, bonitos, que dicen los del 98 que sois todos unos maricas», a pesar de lo cual los cisnes siguieron escribiendo alejandrinos de sílabas líquidas sobre el agua mientras nadaban, ocultando astutamente sus patas de monstruos de las ciénagas.

MODERNISTA. En su *Ciencia del verso* (1907), Mario Méndez Bejarano tilda a los modernistas de «decoradores de la decadencia» que «rompen la ley artística con el esfuerzo histérico de su debilidad».

MODERNO. Algo que corre el riesgo casi inescapable de quedarse en modernito.

MONTERROSO, AUGUSTO. Un genio minimalista y perezoso que daba la impresión de vivir bajo una seta.

MORAL. El desahogado Rimbaud la entendía como «la debilidad del cerebro».

MORALEJA. Dícese de aquella parte de las fábulas en que los animales dejan por fin de hablar, enmudecidos repentinamente ante la severidad lapidaria de las conclusiones morales.

MORLA LYNCH, CARLOS. En el tomo de su diario titulado *En España con Federico* se nos muestra como una especie de madame Verdurin; en *España sufre* se nos muestra en cambio como una especie de Teresa de Calcuta, dicho sea con el respeto debido a todo el mundo.

MOSCA. El porqué de la creación de la mosca es algo que Dios debería haber explicado por boca de alguno de sus profetas, ya que se trata de una ocurrencia que se entiende mal. Es posible que Adán y Eva, antes de lo de la manzana, cometiesen alguna fechoría de la que no se hace eco el libro del Génesis y fuesen castigados con la invención de la mosca, aunque reconozco que esto no pasa de ser una conjetura sin fundamento, en el caso de que alguna conjetura lo tenga, empezando por esta misma conjetura sobre el fundamento de las conjeturas.

La mosca es un insecto volador con un instinto turístico muy desarrollado. Al cabo de una jornada, puede haber visitado un pastel, un plato de patatas fritas, el lomo de una vaca, unas heces de perro, decenas de paredes, una pantalla de televisor y bastantes narices humanas, por las que sienten una debilidad inexplicable, al no haber en ellas nada de interés especial ni siquiera para sus propietarios, que a veces optan incluso por transformarse quirúrgicamente la nariz que les tocó en suerte en la tómbola genética.

Para gloria de la ciencia química, en cualquier droguería podemos encontrar productos

eficaces contra la existencia de la mosca, ya sea con olor a pino o a lavanda, que para la mosca deben de ser los olores propios del Más Allá, lo cual es prueba de la relatividad de las percepciones.

MOSCA DEL VINAGRE. Unos científicos de la Universidad de California han realizado un experimento de consecuencias preocupantes, al menos en la medida en que resulta preocupante todo lo relacionado con las moscas. A falta de otras directrices de investigación, esos científicos ociosos se pusieron una mañana a estudiar el comportamiento de la llamada mosca del vinagre, ese díptero braquícero que se alimenta principalmente de residuos fermentados.

Al parecer, la mosca del vinagre resulta muy útil para la experimentación genética, pues sólo tiene cuatro pares de cromosomas. No estoy muy seguro de si el hecho de tener tan pocos cromosomas es bueno o malo, o bueno o malo según para qué, como tampoco estoy del todo seguro de qué es un cromosoma ni de cómo se cuentan los cromosomas, dado que mi formación científica apenas da para contar con solvencia los ojos que una persona tiene en la cara, siempre y cuando no lleve gafas de sol.

La mosca del vinagre tiene una esperanza de vida de un mes, fugacidad en la que no sé si influye su carencia cromosómica, ya que si sólo tienes cuatro pares de cromosomas, en el momento en que se te estropeen dos ya vas medio listo. A pesar de su corta vida, la mosca del vinagre no es ajena a las tormentas del amor, según paso a explicar.

Si la mosca del vinagre macho consigue aparearse, todo va bien: se limita a hacer las cosas normales que hace una mosca, cualesquiera que sean esas cosas, y siempre que podamos considerar normales las cosas que hace una mosca. Por el contrario, si la mosca del vinagre macho padece el rechazo de la mosca vinagre hembra, se da al alcohol, y más vale no imaginar el comportamiento de una mosca del vinagre macho si el azar la llevara a nacer en México, pongamos por caso.

Las moscas desventuradas en amores se vuelven, en fin, moscas borrachitas, roto el corazón, alicaídas y de volar inseguro, a punto siempre de estrellarse, lo que, bien mirado, las liberaría de su mal, porque creo que estaremos de acuerdo en que el espectáculo de una mosca desdeñada y borracha no resulta en absoluto edificante.

Y ahora viene lo peor: según el estudio en que vengo apoyándome, esa proclividad de la mosca del vinagre al alcohol tiene como responsable a una molécula similar a otra que encontramos en los humanos, pues se ve que, por una razón o por otra, los humanos siempre acabamos implicados en todos los asuntos turbios que se producen en el universo.

Estamos hermanados molecularmente, en fin, con la mosca del vinagre. De modo que la próxima vez que vea usted una mosca, no la despachurre, sino invítela a tomar una copa

juntos. Para olvidar lo que ustedes crean que deben olvidar.

MUERTE. 1) Una apreciación de Flaubert: «Cuando muere una persona, siempre sobreviene una especie de estupor, por lo difícil que resulta aceptar esa irrupción de la nada y prestarle credibilidad». **2)** A veces, las verdades, de tan simples, parecen mentira, lo que no deja de ser una paradójica garantía de verdad para cualquier verdad. Es el caso de esa aseveración tan extendida según la cual todo el mundo sabe que va a morir, aunque nadie se lo cree. Pasa lo mismo con la juventud: el joven sabe que va a envejecer, pero no se lo cree, hasta el punto de menospreciar al viejo, ya que piensa –más o menos en nebulosa– que la vejez no es una degeneración inexorable, sino electiva. De lo cual podría deducirse –sin demasiado rigor, desde luego– que el género humano está capacitado para entrever el futuro, pero no para creer en el futuro. Ni siquiera cuando el futuro, en contra de toda predicción, llega. Y suele llegar, en fin, cuando nosotros estamos ya a punto de irnos. **3)** Es cierto que donde menos se espera salta la liebre... En su biografía –o algo parecido a eso– de Fernando Villalón, el novelista sevillano Manuel Barrios escribe: «Un hecho inmutable, reiterativo, parece confirmado: que la muerte física no supone sino el paso necesario para el acceso a un estado de paulatina purificación, cuando el alma emprende un nuevo camino, conservando –al menos en su primera etapa– las emociones, la memoria y los conceptos que conformaron su carácter en la vida terrena. No nos estamos sirviendo de dogma alguno, sino de experiencias paracientíficas». (Pues asunto dilucidado.) **4)** En un poema de su primer libro, el desventurado poeta cubano Julián del Casal (1863-1893) escribió:

Cuando yo muera, al borde de mi lecho
quiero ver una hermosa reclinada,
que escuche, con sonrisas en los labios,
la confesión postrera de mis faltas.

Pero está visto que con el proceder imprevisible de la muerte no vale la pena hacerse demasiadas ilusiones... Como todo el mundo sabe, Julián del Casal, enfermo de tuberculosis, fue un día a almorzar a casa de un amigo médico, alguien contó un chiste, al poeta se le escapó una carcajada, sufrió un aneurisma hemorrágico y se quedó en el sitio, sin «hermosa reclinada» ni nada que se le pudiera asemejar.

MUJICA LÁINEZ, MANUEL. Su familia materna era oriunda de mi pueblo. Vino aquí una vez, en busca de su parentela, y huyó despavorido, aunque no me pregunten por qué.

MUSA. 1) Especie de hada políglota que visita con regularidad a media docena de personas

a lo largo de cada siglo, por más que sean millones de personas las que padecen la sugestión de recibir su visita a diario. **2)** En sus *Anotaciones a Garcilaso*, Fernando de Herrera nos recuerda que «Musa, según Suidas, es conocimiento, dicha de aquella perpetua inquisición e investigación, que viene a ser causa de toda la erudición y doctrina, que se hace en el hombre, o de la dulzura del canto». **3)** Prosopopeya aplicada a una mera ocurrencia estética más o menos azarosa.

N

NABOKOV, VLADIMIR. «O sea, ¿ese viejo chiflado y altanero que cazaba mariposas por los alrededores de Montreaux resulta ahora que era...?», se preguntó el catedrático emérito que escribía reseñas de un folio en el periódico local cuando oyó por la radio la necrológica.

NACIONALISTA. En términos generales, dícese de aquel patriota de mentalidad retrospectiva al que le importa más lo que pasó en su país en el siglo xiv –pongamos por caso– que lo que pasó en su calle anteayer por la tarde.

NARIZ. Durante un tiempo, circuló la leyenda de que Shakespeare había tenido una aventura amorosa con una negra y que por esa causa se le encogió la nariz.

NARRADOR. Shlomith Rimmon dedicó una porción de su preciado tiempo a clasificar los tipos posibles de narrador, a saber: extradiegético-heterodiegético, extradiegético-homodiegético, intradiegético-heterodiegético y, por fin, intradiegético-homodiegético. Una vez llevada a cabo esta simpática clasificación, se apresuró a comunicar su resultado a la comunidad universitaria universal.

NENÚFAR. Especie de lechuga flotante que aparece, como quien no quiere la cosa, en algunos escritos modernistas.

NEOLOGISMO. 1) En esa pesadilla que viene a ser la novela *1984*, de George Orwell, hay un filólogo que trabaja en la creación de una nueva lengua y en la simplificación y modificación del diccionario tradicional mediante la eliminación de palabras consideradas inútiles, con especial saña hacia los sinónimos y antónimos, que en esa nueva lengua van siendo sustituidos por prefijos y sufijos que indican la negación o el aumento de una cualidad. (Por ejemplo, «*ungood*» sustituiría a «*bad*», en tanto que «*plusgood*» sustituiría a «*great*».) Mediante ese sistema, se eliminaban los sinónimos y los antónimos, pero, como efecto secundario, se multiplicaban los neologismos, que fueron los grandes beneficiarios de todo aquel jaleo. 2) Aunque no puede decirse que se trataría de una medida prudente, cada persona debería estar obligada por ley a inventar una palabra a lo largo de su vida, como aportación al tesoro de la lengua común, que de ese modo sería un poco menos común y un

poco más particular. Mi aportación sería muy simple: el adjetivo «noctumbrado», aplicado al que se mueve entre tinieblas reales o simbólicas. Es posible que resultase un adjetivo muy útil para la poesía, en la que el campo semántico de todo lo penumbroso disfruta de mucho prestigio, a pesar de estar ese campo muy trillado. No sé:

Por bosques noctumbrados,
armadura de plata,
va el caballero...

(Y me permito distraer la fantasía vanidosa de que se trataría de un adjetivo que le hubiese gustado a Lope de Vega: «En la floresta acecha el noctumbrado...», «Herido, aleve, oculto y noctumbrado...», etc.)

NERUDA, PABLO. De niño, mientras jugaba a ser presidente de un gobierno, se tragó un megáfono y se pasó el resto de la vida intentando, con fortuna variable, que su volumen de voz no hiciera añicos el tono de sus poemas.

NERVAL, GÉRARD DE. Se cuenta de él que, al final de su vida, arruinado sin remedio, mantuvo su gusto por los objetos suntuarios, hasta el punto de que se hacía alfileres de corbata con papel dorado.

NIEBLA. 1) Dickens, en *Historia de dos ciudades*, nos ofrece la siguiente descripción de este fenómeno a medias meteorológico y a medias literario, en traducción del señor Bordoy Luque: «Subía de todas las hondonadas una niebla vaporosa que vagaba como desamparada cerro arriba, igual que un espíritu maligno que busca descanso y no lo encuentra. Era una niebla pegajosa, intensamente fría; avanzaba lentamente por el aire en olas menudas que daban la sensación de seguirse y desparramarse, igual que las olas de un mar peligroso. Era lo bastante densa para sustraer todos los objetos a la luz de los faroles del carruaje, menos sus propias andanzas y unas varas de carretera; el vaho que se desprendía de los cuerpos en tensión de los caballos se sumaba a la niebla, como si toda ella hubiese ido formándose a partir de él». 2) Según José Manuel Benítez Ariza, «el velo que el sol utiliza para disfrazarse de luna llena».

NOCHE. 1) Si hemos de hacer caso a César Vallejo, una copa de mal. 2) «Yo creo en las noches», aseguraba Rilke, el poeta de los ángeles y de las princesas, a pesar de que Kalidasa, en su *Rtusamhara* o *Ciclo de las estaciones*, da por hecho que «las noches no son gratas a la gente». 3) Tramo del día propicio a la retórica y la magia, según Borges. 4) Según

Lope de Vega, fabricadora de embelesos, loca, imaginativa y quimerista, habitadora de cerebros huecos, mecánica, filósofa, alquimista y, por si fuera poco, lince sin vista y encubridora vil.

NOMBRE DE POETA. Lo que se dice nombre de poeta, el del argentino José Mármol, que llevaba incorporada la lápida conmemorativa de los inmortales. (Aunque sería desalentador, por supuesto, que sus íntimos se refiriesen a él como Pepe Mármol, pues no sería ya nombre de poeta, sino más bien apodo propio de un pelmazo.)

NOMBRES COMERCIALES. Estaría bien que los negocios tuviesen nombres menos rutinarios y previsibles que los que suelen tener. Que no se llamasen MERCERÍA MARI O CARPINTERÍA SAN JOSÉ, pongamos por caso, porque eso es casi lo mismo que andarse por el limbo nominal de las marcas comerciales. Estaría bien que una tienda de ultramarinos se llamase, qué sé yo, la nostalgia de las indias, por ejemplo, o que una funeraria se llamase la duda razonable. Estaría bien, en fin, que los comerciantes forzaran un poco la imaginación.

Imaginemos rótulos: SEGUROS EL AZAR MALHUMORADO, PANADERÍA LA CENIZA DE LOS ÁNGELES, CARPINTERÍA EL CLAVO ARDIENDO, FERRETERÍA LA CONCIENCIA CONSTRUCTIVA, HOSTAL DE LAS PESADILLAS LLEVADERAS, HERRERÍA NIETOS Y SOBRINOS DE VULCANO, PARADOR NACIONAL DE LOS ESPECTROS SANGRANTES, MÁRMOL EL EMPERADOR MEGALÓMANO, LIBRERÍA LAS HADAS METAFÓRICAS, IMPRENTA LOS DUENDES TIPOGRÁFICOS, y así.

Esto lo han llevado mejor, de siempre, los británicos, que tienen la costumbre de bautizar sus tabernas y hospederías con nombres un poco misteriosos y otro poco absurdos: cosas por el estilo de el cisne estrangulado o el cuervo del príncipe tuerto. ¿A quién no le apetece tomarse un par de pintas en un bar llamado la cabeza del rey, como aquel que visitaba el disoluto y diligente caballero Samuel Pepys? ¿Quién no pernoctaría en el jabalí azul como homenaje a Dickens?

NOSTALGIA. Según mi vecino veraniego Benjamín Prado, una oscura envidia de uno mismo.

NOVEDAD. Algo que el quisquilloso ilustrado Juan Pablo Forner entendía como «un gran negocio».

NOVELA. 1) Depende. 2) Para H.G. Wells, «el único medio que nos permite abordar la inmensa mayoría de los problemas que plantea en tan nutrida multitud nuestro desarrollo

contemporáneo». **3)** Somerset Maugham, cuyo pulcro sentido común superaba a su sudorosa inteligencia crítica, se levantó un día con el ánimo muy pedagógico y escribió lo siguiente: «Me voy a permitir señalar ahora cuáles son en mi opinión las cualidades que ha de reunir una buena novela. Debe tratar un tema de amplio interés; es decir, interesante no sólo para un grupúsculo –tanto si es de críticos, profesores o intelectuales como de cobradores de autobús o camareros–, sino tan ampliamente humano que atraiga a hombres y mujeres en general; por fin, el tema debe ser de interés perdurable: se precipita el novelista que decide escribir acerca de cuestiones cuyo único interés reside en que están de moda. Cuando dejen de estarlo, su novela será tan ilegible como el periódico de la semana pasada. La historia que el autor tiene que contar debe ser coherente y persuasiva; ha de tener un planteamiento, un nudo y un desenlace, y este último debe ser consecuencia natural del planteamiento. Los episodios deben ser verosímiles y no han de servir sólo para desarrollar el tema, sino que deben derivarse de la historia. Los seres inventados por el novelista deben...» (y así durante un buen rato, como quien teje calcetines para un gigante). **4)** Mijaíl Bajtín avisó al universo, por si alguien no se había dado cuenta, de que «la novela, como todo, es un fenómeno pluriestilístico, plurilingual y plurivocal», y cabe suponer que luego se fumó un puro. **5)** En el periódico de hoy se publica una entrevista con un novelista de éxito. El entrevistador le pregunta: «Los pigmeos aparecen de pasada en esta nueva novela suya. ¿Va a escribir un libro sobre ellos?». Y el novelista contesta: «Ahora preparo un libro sobre los dos mil años de relación entre Occidente y los pigmeos». **6)** Stevenson, a lo largo de un día optimista, escribió: «Los libros más decisivos y de influencia más duradera son las novelas. No atan al lector a un dogma que más tarde puede resultar inexacto ni le enseñan lección alguna que se vea obligado a desaprender más tarde». **7)** A Adolfo Bioy Casares, el día 26 de junio de 1957, le dio por afirmar que «la novela es un género para maricones. Cuando uno se pone a describir minuciosamente al héroe se siente maricón». **8)** Según Schopenhauer, «una novela será tanto más elevada y noble cuanto más vida *interior* y menos vida *exterior* represente», y supuso asimismo que «la tarea del novelista no consiste en narrar grandes acontecimientos, sino en hacer interesantes los pequeños». **9)** El impulsivo Lautréamont, que es posible que no entendiese muy bien del todo sus propias opiniones, escribió: «La novela es un género falso porque describe las pasiones por sí mismas: la conclusión moral está ausente. Describir las pasiones no es nada, basta con nacer un poco chacal, un poco buitre, un poco pantera». **10)** En su ensayo sobre Pérez Galdós, Clarín supone que las novelas «deben ser copia de la vida real, pero no fragmentaria, sino de lo orgánico que hay en ella».

NOVELA CORAL. Según me dice por teléfono Juan Bonilla, toda aquella obra de ficción que tiene más personajes que lectores.

NOVELA DECIMONÓNICA. Así por encima, la mitad de las novelas del siglo xx.

NOVELA DE MISTERIO. Chesterton se entretuvo en establecer tres principios fundamentales para ella, a saber: 1º «El objetivo de las novelas de misterio, como el de cualquier otra novela, no es la oscuridad sino la luz. La novela se escribe en función del momento en el que el lector comprende, no sólo en función de los numerosos momentos preliminares en los que no comprende. El malentendido se interpreta sólo como un perfil oscuro que resulta necesario para resaltar la brillantez del instante de inteligibilidad, y la mayoría de las novelas de detectives son malas porque fallan en ese punto. Los escritores tienen la extraña idea de que su trabajo consiste en desconcertar al lector y de que, mientras lo desconcierten, no importa si le decepcionan. Pero no sólo es necesario esconder un secreto, sino también tener un secreto, y tener un secreto que valga la pena esconder». 2º «El alma de la novela detectivesca no es la complejidad, sino la simplicidad. El secreto debe parecer complejo, pero debe ser simple (...) El escritor está ahí para explicar el misterio, pero no debería necesitar explicar la explicación. La explicación debería explicarse sola, debería ser algo que pudiera sisear el villano (por supuesto) en unas cuantas palabras susurradas o gritar la heroína (preferiblemente) antes de desmayarse bajo la impresión del tardío descubrimiento de que dos y dos son cuatro». 3º «En la medida de lo posible, el hecho o el personaje que lo explica todo debería ser un hecho o un personaje familiares. El criminal debería estar en primer plano, no en su papel de criminal, sino en algún otro papel que le dé derecho a estar en primer plano».

NOVELA EN VERSO. Cisne que canta como una gallina. *Ejemplo práctico:*

Salió aquella mañana mister Green
de su despacho aséptico. (psychiatrist,
se leía en la placa.) Miss McMatrist
era la redentora de su *spleen*,
pues estaba liado con ella desde el día
en que él le regaló esa lencería
que venden en los *sex-shops* de Inglaterra
—con ella la mujer se siente perra—
en la fiesta del santo Valentín.
Comoquiera que Green era impotente,
su amante se entregaba en sacrificio
en las camas furtivas de esa gente

que hace del adulterio su suplicio
y su forma de vida filosófica
–platónica a la vez que teosófica,
con algún intervalo sicalíptico
en moteles propicios a lo críptico.
Esa diosa del Mal que abre las piernas
y convierte el amor en dulces ternas
de amante, de marido y de señora,
de amante, de caniche y de marido
–dependiendo del caso pertinente–
atormentaba, en fin, al referido
Mr. Green, un experto en subconsciente.

(Etcétera.)

NOVELA HISTÓRICA. 1) Espacio propicio para la proliferación de chilabas postizas, de barbas postizas, de armaduras postizas, de borceguíes postizos y de todo tipo de productos, en fin, de tienda de disfraces. **2)** Libro de ficción, generalmente grueso, que ilustra al curioso lector sobre el momento en que doña Berenguela, hija mancillada del corregidor don Nuño, asómase al alféizar para acusar públicamente a Viriato de ser el padre del fruto que lleva en sus entrañas, dándose la circunstancia de que ya Viriato ha huido en el barco de Marco Polo a las abruptas costas de Noruega, donde una cuadrilla de vikingos tiene secuestrada a la hija secreta de Trajano, nacida de sus amores de juventud con Tasmira, sobrina del pajarero jefe del sultán Salum, un perverso gícoló del Oriente que profanó mediante meada el Santo Grial y que guardaba en un estuche de coral y lapislázuli el ojo perdido de la princesa de Éboli. (Aproximadamente, claro está.)

NOVELA PSICOLÓGICA. Narración que suele indicar unas muy malas condiciones psicológicas por parte de quien se anima a emprenderla.

NOVELA VANGUARDISTA. Artefacto que viene a representar la demostración científica de que las novelas están acogidas a un género humilde y que, cuando caen en la soberbia de la experimentación, envejecen –a lo sumo a la vuelta de una década– incluso más que las ficciones irrelevantes del siglo xix y que, como ellas, ofrecen una ingenuidad estilística que nos hace leerlas con una sonrisa condescendiente, idéntica a la que dedicaríamos al inventor de la cuchara dadaísta, si se diera el caso.

NOVELISTA. 1) Según Albert Cohen –o, más exactamente, según el excesivo Comeclavos–,

toda aquella persona que escribe malos libros para hacer creer a las jovencitas que el amor es una pajarera del paraíso y a las mujeres que el matrimonio es una cloaca. 2) Profesional que suele tener más presente que el poeta, aunque quizá menos futuro que él.

NOVELISTA NATO. Dícese de todo aquel que escribe en los pañales con el fluido amarillo de su primera orina una frase más o menos de este tipo: «En un lugar de esta mancha...».

NOVENTA Y OCHO. 1) Número que no es capicúa por pura precipitación. 2) Dígito premiado en la lotería metodológica de la asociación de taxonomistas literarios.

NUBE. Es probable que, desde que el mundo es mundo, no haya habido dos nubes de forma idéntica, pues es condición natural de las nubes la versatilidad para asumir configuraciones singulares, lo que dice mucho a favor de su fantasía. (Y recordemos al filósofo Dilthey, que era de la opinión de que la fantasía poética es el fundamento de la creación libre.) Las nubes resultan muy elegantes cuando se deshilachan, y más aún si el atardecer se anima a teñirlas de un tono ambarino o purpúreo. Las nubes de la amanecida suelen ser espectrales, y más parecen manchadas que coloreadas, aunque también hay que tener en cuenta un factor ajeno a las consideraciones estéticas: casi nadie se levanta con demasiadas ganas de observar las nubes. Hay nubes obesas, de estructura fofa, que parecen carruajes de mercancía pesada encallados en el cielo, y no suelen presentar contornos definidos, de modo que son material de valor escaso para la industria imaginativa.

Por no se sabe qué razón, nos alegra el hecho de descubrir en una nube alguna semejanza con las cosas del mundo real o incluso del mundo figurado: el casco de un buque, la silueta de un duende barbudo con gorro frigio, un pegaso, el perfil de un dragón, la silueta de un sombrero... «¡Mira!», decimos, y allá arriba está la nube con forma de lo que sea, pues suelen ser las nubes imprevisibles, por ese afán suyo de ascender a materia mágica y sujeta a mutaciones pintorescas.

Al igual que nosotros, las nubes tienen sus arranques de vanidad y hay veces en que deciden apoderarse por completo del cielo, sin dejar que el azul presuntuoso brille en las alturas como el telón de fondo de un cuento de hadas. Se agrisa entonces el día, y es ese el color de los pensamientos melancólicos. Las nubes, convertidas en una sola nube, ponen una caperuza a la realidad, y bajo esa penumbra blanca tendemos a entristecernos y a pensar en la muerte, ya que nuestro ánimo, al ser muy frágil, se achica a la mínima, condenándonos de ese modo a bregar con lo sombrío.

Las nubes negras anuncian la lluvia, que es transparente. «Si las nubes de lluvia pueden ser negras, ¿por qué el agua de su lluvia no lo es?», nos preguntamos. Y, antes de encontrar una respuesta, ya está lloviendo, y el agua que nos cae encima es pura y diamantina, y las calles

se llenan de paraguas negros como las nubes negras, en un juego de simetría cromática.

Los pintores de cuerda paisajística retratan a las nubes, y siempre las sacan favorecidas, en virtud quizá de la armonía de la composición, pues mal quedaría en un cuadro de asunto campestre una nube con forma, no sé, de olla exprés o de furgoneta, pongamos por caso. Las nubes pintadas son siempre perfectas y están donde tienen que estar.

Conocí a un jubilado que se entretenía con la elaboración de un catálogo de nubes: a mediodía, se asomaba a la ventana de su cocina y se dedicaba durante un rato a inventarlas. «Nube con forma de perro, al norte. Nube con forma de lancha motora, al noroeste». Y así daba faena a su ocio, en buena parte porque la vida consiste en distraernos de la vida.

Las nubes nocturnas, por su parte, sirven de velo a la luna llena, que tiende a ocultarse, avergonzada quizá de su desnudez de dama errante que busca a su Pierrot de madrugada.

NUEVA YORK. Al atardecer, las calles comerciales se vacían y comienzan a animarse esos barrios selváticos en que crujen las cápsulas del *crack*. En noches de luna llena, los edificios proyectan en las sombras la sombra de una sombra: un puzzle de oscuridades del que podría surgir, no sé... ¿Batman?

Salinger escribió que N.Y. es terrible cuando alguien se ríe de noche, porque la carcajada se oye a millas y millas de distancia. Una exageración, desde luego. Pero la verdad es que, en medio de la noche despoblada, las risas parecen el rugido amenazante de un animal neurótico. Las carcajadas nocturnas siempre resultan sospechosas de falsedad, de ser el tic compulsivo de una dentadura postiza, porque únicamente a la luz del sol las risas cobran la pureza de un gesto inocente.

En la alucinada noche de la locura, los psicópatas, riéndose entre dientes, conciben asesinatos mientras leen el Antiguo Testamento.

Las ciudades se recuerdan mal, de modo fragmentario: la caligrafía helada y barroca que se queda en las pistas vacías de patinaje, el diente de oro del vendedor de relojes de imitación: ese negro trajeado, dandy del lumpen, que abre su maletín al paso de los transeúntes como un párpado de guaflex bajo el que brilla el oro ful y delincuente de los Rolex de pega; los mendigos expresionistas que se reúnen en torno a la hoguera encendida en un bidón...

Las ciudades se recuerdan como un mecano.

En un bar de Manhattan, un sótano forrado de maderas oscuras, las mujeres parecen personajes de Dorothy Parker: de todas se adueña el clima alcohólico del local y les da un aspecto de semidiosas reteñidas, supurantes de tinte y melancolía.

En el bajo de un edificio de cristales herméticos que custodian los secretos contables o las

nuevas fórmulas publicitarias hay un jardín cubierto en el que se refugian los mendigos. Es el jardín más artificial que uno pueda imaginarse, entre surreal y galáctico. Los que no tienen hogar, con sus tesoros demenciales a cuestas, van entrando en ese jardín en busca de una noche protegida, igual que si entraran en una nave espacial, pálidos de anemia bajo la palidez de los tubos fluorescentes. Los árboles de ese jardín artificioso tienen un aspecto de sauces prerrafaelistas, enfermizos y desquiciados por un día perpetuo y eléctrico.

No sé, de las ciudades se recuerda poca cosa. Por eso, viajar –esa superstición contemporánea– puede no ser más que un modo de añadir decorados fantasmales a esa minuciosa y desordenada pesadilla que llamamos memoria, cambiante y agitada como un mar.

NUEVO RICO. En sentido más o menos figurado, persona que va al kiosco y se empeña en comprar el periódico de hoy y el de mañana.

NÚMEROS. Hay determinados números que flotan igual que ectoplasmas dentro de la memoria: el de nuestro nif, el de la cuenta bancaria, el de la matrícula del coche, el de la clave de la tarjeta de crédito o bien el que permite la activación de nuestro teléfono móvil. Son números casi familiares, ya que a fin de cuentas ocupan una parte de nuestro pensamiento, y tienen por lo común la función de un ábrete sésamo o de un abracadabra, pues representan unos códigos secretos que nos permiten acceder a territorios restringidos.

Tememos no recordarlos cuando llega el momento de recordarlos, pero aparecen casi siempre en esa especie de pantalla de cristal líquido que es la memoria. Vas a un cajero automático y, cuando la máquina te exige tu clave intransferible, se reaviva en ti esa angustia que sentías justo antes de los exámenes, temeroso de haber olvidado incluso tu propio nombre, hasta que los dígitos ectoplasmáticos se alinean en la zona correspondiente de tu cerebro y el número mágico se enciende de pronto en tu mente, y ya la máquina encantada se convierte para ti en la cueva que descubrió Alí Babá... aunque a veces, sobre todo a fin de mes, la cueva esté vacía.

Nuestros números secretos raras veces nos traicionan, aunque a menudo nos bailen, y nos sentimos orgullosos de poder recordarlos a voluntad, como si fuésemos hechiceros aritméticos capaces de invocar a alguien con sólo marcar un número de teléfono que tenemos anotado en la agenda virtual de la memoria, en la que tantísimas cosas tienen cabida: los terrores inconcretos de nuestra infancia y el número de nuestro calzado, por ejemplo. No hay cosa en el mundo más ociosa que un número que no se corresponda con nada o que no identifique nada, según ha quedado dicho en otro lugar de este selecto prontuario. Podemos plantarnos en medio de una plaza y gritar: «9.564», por ejemplo, pero eso sería como gritar:

«Okipalomonio». O bien podemos comprarnos un spray fosforescente y llenar la ciudad de pintadas numéricas hasta que se nos agote la pintura. Pero serían números inútiles, porque a los números, al igual que a las palabras, les gusta ejercer una función e incluso suplantar a las personas y a las cosas: vas a visitar a alguien y tienes que olvidar durante unos segundos a ese alguien para recordar el número de su portal y el número de su piso; si necesitas dinero, te ves obligado a olvidarte de tu dinero mientras recuerdas el número secreto que te permitirá conseguir tu dinero.

Pero ¿qué ocurre con los números que olvidamos para siempre? ¿Cuál era el número de aquella casa en la que fuimos felices, o aproximadamente felices, o resueltamente desdichados? ¿Qué número de teléfono tenía aquella muchacha que cumplió en nuestra adolescencia la función de un hada melancólica y que acabó casándose con el alegre Manolito Bernal, que a su vez acabó siendo un número en el penal del Puerto de Santa María? ¿Cuál es el número de la calle del cementerio en que están enterradas las personas que intentaron protegernos del mundo antes de dejarnos solos en el mundo?

Sería curioso ver por dentro esas células muertas en las que grabamos un día unos números ya olvidados. Por una cosa o por otra, quizá se encuentre allí, quién sabe, la mitad de nuestra vida.

O

OBRA MAESTRA. Según los hermanos Goncourt, «un libro nunca es una obra maestra, sino que se transforma en tal. El genio es el talento de un hombre muerto».

OBSOLESCENCIA PROGRAMADA. Concepto que nos educa el sentido de la fatalidad, al proporcionarnos la certeza de que nuestros electrodomésticos, por muy flamantes que luzcan, morirán de improviso el día menos pensado. Solemos atribuir a intenciones malignas de los fabricantes el que programen la defunción súbita de nuestros utensilios, aunque ellos se defienden con el argumento de que la obsolescencia, toda vez que obliga al consumo periódico, propicia los avances tecnológicos en sus productos. A uno, la verdad, le daría lo mismo pasarse toda la vida con las mismas bombillas, con la misma batidora o con la misma impresora, pero se ve que eso actúa en contra del progreso, que al parecer exige mártires: la mártir exprimidora, la mártir aspiradora o el calefactor mártir, obligados a dar su vida a cambio de que en el futuro exista una exprimidora más sofisticada que ella, una aspiradora más aspirante que ella o un calefactor más ecológico que sus rudos antepasados.

A nadie le gusta que se le muera de repente el tostador de pan, pongamos por caso, pero sabemos que se inmola por una buena causa, y ahí encontramos consuelo: cuando vayamos a la tienda a comprar otro tostador, tendremos una oferta mejorada de tostadores, tostadores de tecnología punta, capaces –qué sé yo– de tostar una rebanada de pan con sólo exponerla durante unos segundos a un dispositivo láser, ya que las artes industriales van que vuelan hacia lo prodigioso y nunca visto.

Aun aceptando la necesidad de que nuestros electrodomésticos pasen a mejor vida en nombre del avance tecnológico, nos queda una inquietud: la de no vernos venir su expiración, que, como en el poema barroco, suele llegarles callada. Miras tu frigorífico, le calculas la edad y te preguntas: «¿Cuánto le quedará a este pobre?». Sales de viaje con la aprensión de que tu frigorífico muera a solas durante tu ausencia, sin una mano amiga que lo vacíe de botellas y fiambreras, y encontrarte a tu regreso con el panorama apocalíptico de todos los alimentos echados a perder. Por no hablar de ese temblor que te asalta cuando empiezas a oírle un ruidillo como de bronquitis al ordenador, y te dices: «Este está ya medio listo», y temes que te deje una página por la mitad, y que pierdas además los archivos que no has tenido la prevención de guardar en otro dispositivo, pues los ordenadores tienen la elegancia

de morir de golpe y no dar la lata con agonías.

En este mundo, en fin, nada es eterno, salvo quizás el ansia de eternidad. Y ahí vamos todos, humanos y electrodomésticos, distrayendo como podemos, ay, nuestra obsolescencia, sin dejar de repetirnos cada mañana, en la ducha, en latín del bueno, aquella frase de Ovidio: «*Tempus edax rerum*».

OCASO. Según Fernando Pessoa, «un fenómeno intelectual».

OCTOSÍLABO. 1) Soniquete fronterizo entre el verso menor y el verso mayor –aun siendo él inequívocamente menor: no hace falta ni medir su estatura para eso. 2) Verso muy apreciado en la marroquinería poética para la confección de romances moriscos, heroicos y filoflamencos.

ODA. Composición poética escrita con el mismo estado de ánimo que quien sostiene un bote de nitroglicerina con la nariz.

OÍDO. En novela, palabra china. En poesía, cualidad del espíritu que advierte al artífice de la eufonía o cacofonía de un verso; tal advertencia se produce, como es habitual en el género lírico, en forma de nube dorada que baja del techo de la habitación, sumida por lo general en una discreta penumbra, hasta depositarse sobre la cabeza despeinada del vate.

OMBLIGO. Marca de la que carecían Adán y Eva, y así les fue.

OPORTO. Ciudad tobogán: si te dispones a bajar una de sus cuestas, no piensas en caminar sino en deslizarte, y te acuerdas, extravagantemente desde luego, de los trineos, aunque no haya nieve sobre los adoquines, a los que aquí llaman paralelepípedos. Oporto tiene una estructura ondulante, como si sus calles bailasen un vals, por decirlo del modo más cursi posible. Pero se trataría en todo caso de un vals muy melancólico, con aire no ya de fado sino de réquiem, adecuado para señoritas cloróticas escapadas de alguna novela de Castelo Branco. La gente va vestida de colores oscuros y lleva la mirada baja, porque se percibe aquí cierto orgullo aplicado a la tristeza y lo sombrío. Es raro ver a alguien por las calles de Oporto y pensar que pueda tocarle alguna vez la lotería, y todo el mundo da la impresión de llevar un recordatorio fúnebre reciente en el bolsillo de la americana gris marengo.

«Eh, mira: el muñeco de Sandeman». En la Ribera, a la sombra del puente titánico, están los pesqueros, que tienen un aire mixto de góndola y de embarcación de vikingos. El curioso turista también verá allí unos puestos que recuerdan a los de los *bouquinistes* del Sena, aunque son los de Oporto mayores y, en vez de libros, se vende en ellos pescado, pan y verduras.

Los amantes del pastiche (supongo que alguno habrá) tal vez deberían tomarse un café en Majestic y hojear libros en Lello & Irmão, en tanto que los partidarios de la saudade en estado sólido deberían darse un paseo por las callejas del barrio del Sé, olorosas a lejía y a meada de gato o de transeúnte.

Oporto es ciudad idónea para curarse uno el poco optimismo que le va quedando y reencontrarse con su tristeza natural de ciudadano de un siglo, el xx, que se acaba y que tal vez arrastrará consigo este viejo mundo que, a fuerza de viejo, resulta ya un tanto artificial, pues no parece posible tanta tristeza espontánea.

El futuro tiende a ser una universal utopía luminosa, pero qué contradictorio consuelo el hecho de que aún existan ciudades de las que uno se va con el corazón encogido, con ganas de llorar por no sabe muy bien qué.

OPTIMISMO. 1) Un personaje de una novela de Saul Bellow supone, de manera muy optimista, que si vives junto al Vesubio conviene ser optimista. 2) Algo así como el cascabel de la razón.

ORGULLO. Un personaje de Jane Austen sugiere que el orgullo está relacionado con lo que cada cual opina de sí mismo, mientras que la vanidad tendría que ver con lo que uno quisiera que pensarán de él los demás.

ORIGINALIDAD. Según Robert Walser, «las copias pueden ser atractivas, pero lo realmente valioso proviene sólo de la originalidad», lo que dista de ser una apreciación demasiado original.

ORTOGRAFÍA. Las llamadas redes sociales están revolucionando muchas cosas, y las revoluciones pueden tener efectos dispares, según las alienten unos librepensadores franceses, pongamos por caso, o unos talibanes de Afganistán.

Una de las revoluciones más llamativas que están propiciando dichas redes sociales afecta de manera directa a una mártir inocente: la ortografía. (Porque a la sintaxis la damos ya por muerta.) Hay voces autorizadas que suponen que esa revolución tendrá efectos inmediatos y duraderos sobre la ortografía hasta ahora tradicional. Es posible, porque así han funcionado de siempre las lenguas, aunque el problema tal vez radique en que, al tratarse de cientos de miles de ortografías personalizadas, no se consiga un patrón ortográfico con el que sustituir al vigente, a menos que todos nos especialicemos en criptografías aleatorias.

Las matemáticas gozan del prestigio de la exactitud, y nos permitiríamos dudar del concierto psicológico de una persona que sostuviese que dos más dos son dieciocho. La ortografía es tan exacta como las matemáticas, pero el caso es que le dispensamos el mismo

respeto que a un sereno que anduviese de madrugada por la calle tocando su pito de sereno y adornado además con un sombrero mexicano. Las matemáticas sirven para entendernos con los números y la ortografía sirve para entendernos con las palabras, pero se ve que las palabras no siempre sirven para entenderse. Las lenguas evolucionan a fuerza de transformaciones, de errores y de vulgarizaciones, aunque suponer que esta orgía de la anortografía –palabra más bien ortografofóbica– va a cambiar la ortografía resulta tal vez tan aventurado como suponer que los videntes televisivos van a cambiar las directrices de las investigaciones astrofísicas. (Pero x sup.sto ya beremos.)

OSCURIDAD. Puede aplicarse con absoluta desenvoltura metafórica –y un tanto sinestésica– al estilo literario, ya sea como mérito o como delito. (El cura malagueño Martín Vázquez, por ejemplo, en su *Discurso sobre el estilo de don Luis de Góngora*, explicó la necesidad de la oscuridad gongorina como método «para abstenerse del vulgo y merecer la aprobación de pocos, hasta parecer hablar en lengua extranjera».)

OTERO, BLAS DE. Un poeta que no encabalgaba abruptamente los versos, sino que los talaba.

OTOÑO. 1) Juan Ramón Jiménez ensayó el siguiente retrato de la estación melancólica:

Otoño, triste príncipe
de ojos celestes y cabellos áureos,
todo vestido de brocado negro,
con hojas amarillas en las manos...

2) Mientras entra y no entra, el otoño siempre resulta raro: algo así como si los abrigos se pusiesen a andar solos por la casa, sin nadie dentro, reclamando que se les redima de la inutilidad.

OULIPO. Taller de bricolaje retórico.

OXÍMORON. 1) Algo así como si Oxim no soportara a Oron y tuvieran, no obstante, que convivir. 2) Historia de Caín y Abel entre conceptos.

P

PADRASTRO. Dicho así, sugiere la imagen de una persona cruel que castiga y zurra sin tregua ni motivo a su pequeño hijastro, que a su vez sugiere la imagen de un niño desalmado que zurra a los hijos de los demás, o qué sé yo.

PÁJARO. 1) En un poema, a estas alturas, y no sé bien por qué, casi mejor que se quede en pájaro en vez de ascender a oropéndola o a cisne. Pájaro genérico, digamos. Sin especificación de la especie. Cosa con plumas y ya. **2)** El poeta Valente aseveró en verso que «el gato es pájaro». (De momento, al menos que se sepa, nadie se ha atrevido a escribir algo así como «El gato está de un humor de perros».)

PALABRA. 1) Náufrago solitario en la isla de un océano lexicológico que espera la llegada del buque del contexto. **2)** En el prefacio de su *Crónica personal*, escribe Joseph Conrad: «La fuerza de la palabra es algo que se percibe de inmediato. Quien desee persuadir ha de confiarse no al argumento adecuado, sino a la palabra idónea. Siempre ha sido mayor el poder del sonido que el poder del sentido. Y no lo digo con desdén. Es preferible que la humanidad sea impresionable antes que reflexiva». **3)** Hay palabras que parecen ajustarse con precisión a lo que designan. La palabra «plata», por ejemplo, con esa «p» de prestigio y esa «t» que describe su frialdad. Una palabra, por cierto, que ha dado muchas vueltas desde el nombre latino *argentum*, que no suena a metal precioso, sino más bien a metal basto. Ahí está también la palabra «aurora», que me parece perfecta, con ese arranque de aullido de lobo, como colofón a una noche más o menos de Walpurgis, como suelen ser las noches de los inquietos.

En cambio, hay palabras que chirrían con respecto a lo que designan. La palabra «albornoz», pongamos por caso, parece demasiada palabra para tan poca cosa, con una resonancia arábiga digna de mejor causa. Un albornoz sólo merecería llamarse albornoz si tuviese bordados y ornamentos, y habría de ser prenda que se usase a la salida de una bañera de mármol pulido, como poco, o de un estanque propio de un sultán, pues parece existir un ligero desajuste en el hecho de vestirlo a la salida de una cabina de ducha, así disponga tal cabina de mecanismo de hidromasaje.

Otra palabra estupenda es «góndola», pues no logra uno imaginar un nombre mejor para

esas embarcaciones que Covarrubias describe de este modo: «Género de barquilla, de las cuales usan en Venecia para andar por las calles, como en tierra firme se sirven de los coches. No sé su etimología, si no está corrompido el vocablo de contola, de *contus*, en caso que se guiase con varal, que suele servir de remos». Una barquilla para andar por las calles... Esas calles de agua ligeramente corrompida, como supone Covarrubias que lo está el vocablo.

La palabra «lino» tampoco está mal, al sugerir limpieza y frescura. No así la palabra «vena», que parece demasiado sintética para el proceso que lleva a cabo en ella la sangre, que tampoco es una palabra de premio, pues no da idea de su fluir, sino más bien de cosa inmóvil: sangre... No. Ahí nos hemos equivocado, me parece. La palabra latina *sanguis* estaba bien, sin ser nada del otro mundo, y me temo que nos hemos pasado en el grado de evolución etimológica.

Otra palabra acertada es «taberna», aun siendo fea, ya que describe bien el olor a vino derramado, a humo rancio y a sudor de laboriosos. Una palabra perfectísima es «geometría», que en sí misma es una palabra geométrica, de igual modo que resulta aritmética la palabra «aritmética». En cambio, el adjetivo «voluptuoso» constituye un ejemplo de desarreglo: todo el que lo pronuncia parece tener una rana o una albóndiga dentro de la boca. Ahora bien, para palabra ampulosa y desajustada, «bucólica», que tan mal casa con la esencia de lo campestre, como casi todo lo esdrújulo, por poco llano que sea el terreno. (Y ya seguiremos otro día.) («Día», palabra que parece, dicho sea de paso, la calderilla del tiempo.)

PALABRAS. Las precisas... aunque tal vez –al menos de vez en cuando– con un ligero toque de imprecisión.

PALABRAS DIFUNTAS. En virtud de su tradicional prudencia filológica, interpretada por algunos suspicaces como rasgo de carcunda y de afición a la retaguardia, la Real Academia Española de la Lengua aún no da cabida en su diccionario a bastantes palabras que utilizamos cotidianamente, pues temen con razón los académicos que se trate en su mayoría de términos volanderos, muletillas y neologismos de vida breve, pero recoge en cambio palabras que nadie utiliza jamás... aunque digamos mejor casi nadie, en fin, por no apostar de manera arriesgada por la universalidad de la afirmación, ya que son escasas las afirmaciones que afectan al total del universo, incluida tal vez esta afirmación misma.

Imaginemos que alguien nos pregunta, qué sé yo, por un pariente o conocido y que le respondemos algo así como: «Le sentó mal el conducho de cámaras y está en cama y camariento, de modo que distrae las horas haciendo esquicios de esquientas en el fundago campés». Cabe suponer que casi lo mismo le daría a nuestro interrogador una respuesta

formulada en una variante argótica del dialecto que emplean los pescadores en el sureste de Groenlandia, por no señalar a nadie en concreto, pues hay ocasiones en que nuestro propio idioma se nos vuelve incógnito y raro, con aires de trabalenguas cómico o de fórmula de hechicería.

El celebrado estilista barbichivesco que se bautizó a sí mismo como don Ramón María del Valle-Inclán era muy partidario de frases como la siguiente: «El tío Juanes apareja el cuartago bajo el alpende», o bien como esta otra: «¡Y ese solimán se berrea tanicuanto le aprieten las mancuerdas!». Frases ambas, según se ve, que denotan bizarría, tanto en el sentido francés como en el sentido español de la palabra «bizarría»: rareza y valor, a más de un poco de empacho de narcisismo estilístico, como es lógico, lo que sería ya cuestión aparte.

Cualquier diccionario está lleno de palabras medio difuntas o difuntas del todo, desusadas, en vías de extinción si no ya extintas, huéspedes de una especie de morgue lexicológica, rígidas ya, acartonadas, sin el calor de unos labios que las pronuncien con ira o con dulzura, porque el camino de cualquier lengua está sembrado de cadáveres verbales, caídos a plomo a la sima del olvido por pura desesemantización repentina: ¿quién fue la última persona que pronunció en su conversación la palabra «corrozco» o la palabra «luva», por ejemplo?

Qué extrañas son las palabras olvidadas, fósiles del idioma, inutilizadas por el tiempo, tan aficionado a arrasar las huellas de lo humano en este mundo.

Palabras y palabras que nuestros antepasados pronunciaban para expresar sus zozobras y venturas, para designar un apero o para describir una loma, para cantar con pena los ojos desdeñosos de una amante o para ensalzar el pelaje de un carnero, ya que no todo podía ser lirismo ni laúd. Palabras expulsadas de la realidad, flotantes en el limbo de los diccionarios, extravagantes y disecadas, degradadas a pintoresquismo de escritor arcaizante las de mayor fortuna... Palabras y palabras, en fin. Palabras en el tiempo sin el tiempo.

PALABREJA. Ella misma.

PALABRUJA. Dícese de toda aquella palabra que posee la capacidad de embrujar a los incautos que se adentran en el bosque encantado del verbalismo.

PALÍNDROMO. La desdichada frase que cree avanzar y que, en realidad, no es más que una serpiente que está tragándose a sí misma.

PANADERÍA. La memoria crea sus asociaciones caprichosas, sus espirales aleatorias y volubles. Es posible, quién sabe, que, bajo su apariencia de gran acontecimiento psicológico, la memoria sea apenas eso: una frecuencia de asociaciones caprichosas y fortuitas entre el

presente y la nada, esa nada confusa y minuciosa del tiempo que se fue, tan en nebulosa como el por venir.

A causa de ese mecanismo veleidoso de la memoria, cada vez que entro en una panadería hago un viaje rápido a mi infancia, bajo la sensación de haber resucitado a aquel niño que tenía menos altura que el mostrador y que veía al panadero, en escorzo, como a un gigante vestido de blanco. Cada vez que entro en la panadería, tengo siete años y llueve, porque la infancia es un paraíso con tormenta.

La verdad es que en las panaderías parece que, en vez de masa de harina, están cociendo alas de ángel o nimbos de mártires infantiles. Huele aquello, en fin, a humo de sacrificio celestial, a horno de magia potagia. Incluso tiene uno la impresión narcótica de que revolotean por allí querubines enharinados, espectrales y bulliciosos, jugando a tirarse migas, porque las panaderías siempre parecen tener una pátina blanca, un ambiente de limbo evanescente. Llega uno a pensar, ya puesto a los delirios, que los dependientes de las panaderías deberían ser ángeles, con sus alas y demás complementos, para que cada mañana fuésemos testigos de un milagro: el ángel proletario de la aurora detrás de un mostrador, metiendo el pan en bolsas.

El ocurrente Salvador Dalí decía que el pan siempre había sido una de sus fascinaciones iconográficas, hasta el punto de presentarse en una corrida de toros con un enorme pan payés a modo de sombrero. Uno, por suerte, no llega a tanto, pero es cierto que hay algo misterioso en el pan, que lo mismo sirve como símbolo litúrgico que como ingrediente espesante del gazpacho. Resulta exótico, además, el nombre de los panes: fabiola, chusco, boba, mollete, chapata... Y cosmopolita a veces: «Póngame usted dos barras de pan de Viena». (Y suena un vals.)

Hay quienes dicen que no pueden cortar el pan con un cuchillo, al parecerles aquello una especie de asesinato, o como poco una profanación. Como si el pan fuese un ser vivo. Como si una pieza de pan fuese, en efecto, el alma cocida de un querube.

«El pan nuestro de cada día», reza la gente en la penumbra susurrante de sus iglesias. «Con el sudor de tu frente comerás el pan», castiga Dios a Adán en pleno drama primigenio. «Más largo que un día sin pan», decimos cuando vemos pasar a un larguirucho.

Resulta curioso, en fin, que la memoria se refugie en cualquier parte, en el primer hueco que encuentra, lo mismo que la multitud sorprendida por un bombardeo o por un chaparrón. Hasta una panadería le sirve a la memoria para subsistir, para aferrarse al tiempo, para no morir de olvido: llega uno allí, compra una pieza de pan y le tiembla el pasado por dentro, y se siente como el fantasma de sí mismo. Saca unas monedas del bolsillo y de pronto el mostrador le parece muy alto, y llueve, y sus padres le esperan para comer.

PAÑUELO. 1) Cuadrángulo de tela que sirve para dar la bienvenida a un estornudo y que también sirvió hasta hace poco para ritualizar una despedida: al ponerse el tren en marcha, el pañuelo intentaba borrar en el aire el sentimiento conocido como mal de ausencia. 2) En la fiesta taurina, el pañuelo se usa para que el público pueda reclamar un trofeo para el matador. Si son muchos los pañuelos, el presidente, al margen de su criterio personal, está obligado por el reglamento a conceder una oreja del toro al torero, lo que no quiere decir que si los pañuelos son escasos se le conceda una oreja del torero al toro. Por lo demás, el presidente de una corrida de toros se vale de pañuelos de diferentes colores para marcar pautas decisivas de la lidia: para que dé comienzo el festejo, para los cambios de tercio, para la devolución de una res... Ahora bien, si el presidente en cuestión se suena los mocos durante la lidia, no hay que buscar significados ocultos. 3) Los pañuelos tienen un papel fundamental en los trucos de los ilusionistas, esos ingenieros de la irrealidad, ya que los pañuelos –sobre todos los de seda– poseen propiedades sorprendentes, y no es raro que bajo un pañuelo encantado aparezca una paloma muerta de miedo y deslumbrada por los focos o bien que unos pañuelos que estaban anudados, tras un simple soplado del mago, se desanuden, o viceversa. 4) Colocado sobre la cabeza de una mujer, puede ser una simple protección contra el sol o la lluvia –o una manera de ocultar un pelo desarreglado– o bien un símbolo religioso por el que algunas personas estarían dispuestas a morir o, mejor aún, a matar. 5) Los de papel pueden considerarse una fantasmagorización del concepto genérico de pañuelo, y acaban en gurruchos desechables, sin conocer la dignificación del planchado. 6) Los masculinos suelen comercializarse en paquetes de seis unidades, lote que se cuenta entre los regalos recurrentes que los adultos se hacen absurdamente entre sí, a pesar de que hay supersticiosos que lo consideran un obsequio de mal fario. 7) Cuando tienen bordada una inicial, es el signo heráldico de que ya saben a qué nariz sirven en exclusiva.

PARADOJA. 1) Aunque no lo parezca, siempre es lo que parece. 2) Según Pitigrilli, «una elegantísima corbata que, si se aprieta demasiado, se vuelve nudo corredizo».

PARAGUAS. Un paraguas negro es una especie de murciélago disecado. ¿Y los paraguas de colores? En atención a la lógica, un paraguas de colores habría de ser una especie de murciélago de colores disecado, pero la imagen resultaría chocante, ya que cuesta imaginar un murciélago estampado de flores o de geometrías escocesas.

Hay algo tétrico en la imagen de una persona que camina bajo un paraguas negro en un día de lluvia, pues, de pronto, el paraguas parece una prótesis macabra, un utensilio que convierte a su usuario en algo así como un ser mutante, mitad humano, mitad bestia nocturna, con su caperuza empapada. Quien anda por ahí bajo un paraguas de luto es siempre un

sospechoso inconcreto, alguien que puede ocultar secretos atroces, alguien que es posible que tenga mando sobre la vida y la muerte de los otros. Un paraguas negro nos transforma de inmediato, en suma, en un mal tipo, en una presencia que sugiere peligro y clandestinidad. De ahí la responsabilidad que adquiere todo ciudadano al entrar en una tienda y elegir, entre la amplia gama que ofrece la industria paraguera, un paraguas negro como la noche, negro como la boca del lobo, negro como el carbón, negro como la pena, que diría un lorquiano.

Los paraguas estampados, de alegres colores, representan, por su parte, la inutilidad estética. No comprende uno cómo alguien puede perder el tiempo diseñando paraguas hermosos, de cromatismo equilibrado, de finas estampaciones, si luego eso no va a verlo nadie. Si no llueve, llevamos el paraguas cerrado (a menos que seamos Mary Poppins, claro está), de modo y manera que la estética del paraguas estético resulta invisible. Si llueve, ¿quién va a pararse, bajo un aguacero, a admirar las excelencias artísticas de nuestro paraguas, por muy *fashion victim* que sea la persona que anda a paso ligero bajo otro paraguas igualmente artístico? Además, quien anda bajo un paraguas sólo tiene acceso a la visión de una parcela muy limitada del mundo: los charcos. Esos charcos que acabas pisando por mucho esmero que pongas en sortearlos mediante contorsiones y cabriolas, ya que, al cuarto o al quinto charco, te das por vencido, así que te dedicas a pisar todos y cada uno de los charcos que se han formado a lo largo y ancho de tu itinerario, y los pisas con saña, con la justa ira de quien, salvo el pelo y las orejas, está calado hasta los huesos a pesar del paraguas, pues todo paraguas brinda una defensa bastante débil ante el embate de la lluvia, que es un enemigo líquido que desafía las leyes de la física y que posee la facultad de escurrirse incluso por el ojo de una aguja, que ya es decir.

Cuando la lluvia viene acompañada de un temporal de viento, las calles se convierten en un cementerio de paraguas. Paraguas descuajaringados, con las varillas quebradas. Cadáveres retorcidos de paraguas que cayeron en acto de servicio, procurando librar a su dueño y señor de esa agua incómoda que caía del cielo, que es de donde suelen venir la teología y algunas otras catástrofes.

PARANOMASIA. ¿Quién no desearía irse a la cama con ella, la sinuosa sultana que huele a una cosa y sabe a otra?

PAREADO. Material peligroso en manos de casi todo el mundo, incluidas las manos del limeño José María Eguren:

Da vespertino rayo la zarca luna,
ronda efímera verde por la laguna.

Por las aguas doradas dichosa vuelas
celebrando la vida, con tarantelas.

Ya miras las luciolas de los jardines,
y en ribereñas casas los lamparines.

(*Etcétera.*)

PARENTESCO LITERARIO. Entre los reclamos publicitarios de una novela que veo en la mesa de novedades de una librería, estos dos estímulos contradictorios entre sí: al crítico de *The Gazette*, de Montreal, el autor de la novela le recuerda a Alice Munro y a Jonathan Safran Foer, en tanto que al crítico del *Washington City Paper* le recuerda a Zamiatin, a Bulgákov y a Babel, de manera que nos quedamos sin enterarnos de si el autor se parece un poco a sí mismo.

PARÉNTESIS. Ondas concéntricas que se forman al arrojar una piedra al estanque de un pensamiento hasta entonces incompleto.

PARODIA. Modalidad de morisqueta que admite muchas modalidades. El severo crítico Julio Casares, por ejemplo, se permitió parodiar algunos versos dadaístas de Guillermo de Torre –que casi no necesitaban parodia alguna– con gran desenvoltura y saña, aunque, a la vuelta de los años, resulta más divertido el original que la caricatura. De Torre escribió:

Rostros
Muecas
Visajes
Acordes faciales
de la emoción iluminada
Gestos dardeantes...

Y Casares transformó tales versos en la secuencia siguiente:

Sopa
Huevos
Chuletas
Helado de fresa
de la estación o mantecado

PEDESTAL. Según Wyndham Lewis (que cada día intentaba elevar un poco el suyo), algo que resulta tan necesario para el artista como para una estatua.

PELO. 1) Comoquiera que, nos guste o nos enoje, el género humano tiende a las extrapolaciones desmesuradas, recurrimos a expresar la intemerata de lo imposible y de lo trabajoso a través de la imagen de contar los granos de arena de una playa o de un desierto. Tarea fatigosa la de contar granos de arena, sin duda, pero no menos que la de contar los pelos de nuestra cabeza, en el caso bienaventurado de que tengamos pelo en la cabeza, como no haría falta precisar. Dicho esto, y al no existir –al menos por ahora– contadores de pelo, ya sea como profesión de humanos o bien como ingenio industrial con esa función específica, podemos llegar a la conclusión de que toda melena humana es incontable, apotegma que debería consolar a los alopecicos: si uno tiene cuatro pelos mal contados, tiene una melena cuantificable, sí, pero el concepto mismo de melena es intrínsecamente no cuantificable, de modo y manera que, bajo el prisma del sofista, todo el que tenga unos cuantos pelos en la cabeza es dueño de una melena incommensurable, pues nada ni nadie cuenta pelos, por pocos que estos sean, según ha quedado dicho un poco más arriba. (A veces, como ven, un poco de lógica aplicada puede ser más efectiva que el más eficiente de los crecepelos.) **2)** Los humanos mantenemos una relación paradójica con nuestro cabello, al igual que con tantas otras facetas abstractas y concretas de nuestro ser: el que tiene pelo se lo corta, mientras que el calvo se lo implanta, y debemos dar gracias a Dios o a quien sea por el hecho de no haber dotado de pensamiento autónomo al pelo, pues se moriría sin duda de estupor ante nuestras veleidades con respecto a él. **3)** Existen calvos falsos, y suele tratarse de personas medio calvas que deciden camuflar su calvicie parcial con una calvicie total, ya que, según hemos ido viendo, las cuestiones capilares abren muchos laberintos ideológicos y estéticos. Existen también melenudas y melenudos falsos, que amparan su calvicie bajo una peluca ajustable que suelen quitarse para dormir, quizá porque la opresión que dicha peluca ejerce sobre el cerebro puede ser un estimulante para la pesadilla, y tal vez no exista cosa más aterradora que despertarse con una peluca ladeada. **4)** El pelo goza de la facultad de poder ser teñido, circunstancia que ha disparado los índices fantasiosos de buena parte de la población mundial, y podemos afirmar sin sigilo que casi no hay tono en el Pantone que no hayamos visto a estas alturas en una cabeza humana, cuya variedad cromática supera con mucho a la de los muñecos de peluche que coexisten en la actualidad en el mercado. **5)** Por lo demás, y dicho quede de paso, los espejos de las peluquerías nos proporcionan una experiencia parapsicológica: ver reflejados en ellos a una persona mucho más decrepita que nosotros y que, sin embargo, se empeña en ser nosotros.

PENITENCIA AMOROSA. En las novelas de caballerías, terapia ocupacional de los caballeros que, desesperados por desdenes amorosos, se dedicaban al ayuno, a la oración y a impartirse disciplina, todo ello en medio de delirios de derivación violenta. (El Orlando de Ariosto, sin ir más lejos, al tener noticia de los amores de la Bella Angélica con Medoro, perdió la razón y se dedicó a enturbiar las aguas de los arroyos cristalinos, a arrancar árboles de cuajo y a matar pastores, entre otros delitos ecológicos.)

PENSAMIENTO. 1) Dícese de cualquier ocurrencia persistente. 2) Según Saussure, «tomado en sí mismo, el pensamiento es como una nebulosa en la que nada está necesariamente delimitado». 3) Estructura de humo de un edificio de niebla. 4) Por si alguien lo dudaba, Piet Mondrian lo aclaró: «La manera en que pinto y la manera en que pienso son dos cosas distintas».

PENSAR. Según Ricardo Piglia, «construir un espacio entre un acontecimiento y otro».

PERDÓN. Se cuenta que la esposa de Heinrich Heine rogaba a Dios el perdón divino para su marido moribundo y que el agonizante la tranquilizó: «No lo dudes, querida. Me perdonará. Es su oficio».

PEREZOSO. Dícese de aquel que da todo por sentado.

PERFECCIÓN. Todo puede ser un poco mejor de lo que es, a veces mediante el sencillo procedimiento de no ser todo lo bueno que podría ser.

PERIÓDICO. Al criterio de Saul Bellow, algo que se debe leer «con astucia y cautela, a la defensiva».

PERIODISMO. Profesión que tiene al reloj como aliado y como enemigo.

PERIODISTA. «El periodista se parece al calamar en dos cosas fundamentales: en que puede tomar a voluntad el color que más le convenga y en que se defiende con la tinta». (Julio Camba, en un artículo de los años 20 del xx.)

PERRO. En *Oliver Twist*, Charles Dickens consiguió con Bull's-eye —el perro malvado del malvado Bill Sikes— un gran personaje literario, casi tan blanco y tan terrible como Moby Dick.

PERSONAJE. Muñeco con habilidades múltiples: puede convertirse en insecto (caso de Gregor Samsa) o puede disponer de una nariz mutante (caso de Pinocho).

PERSPECTIVISMO. Espionaje psicológico realizado con el mismo ojo a través del ojo de cerraduras diversas.

PESADILLA. 1) Resulta injusto tener malos sueños, de igual modo que resulta injusto que en nuestro idioma esos malos sueños se designen con una palabra que tiene un sufijo diminutivo: «pesadilla». Si alguien dice que ha tenido una pesadilla, no podemos compadecernos de él, y no por falta de piedad, sino por culpa precisamente de ese sufijo, que hace que la pesadilla suene a terror de pacotilla, a una desazón que tiene menos que ver con los fangales psicoanalíticos que con los dibujos animados. Si esas malas aventuras se designasen mediante una palabra un poco más grandilocuente, las pesadillas perderían ese matiz un tanto cómico que les otorga su designación, ya que incluso la palabra «gastroenteritis», pongamos por caso, resulta más solemne que la palabra «pesadilla», a pesar del prestigio freudiano que tiene la pesadilla frente a la carencia de cualquier tipo de prestigio que tiene la gastroenteritis.

Al margen de ese inconveniente, el caso es que todos los sueños deberían ser placenteros, una vez descartada la posibilidad de que no soñásemos, que sería lo idóneo. Incluso el más desdichado de los seres debería ser feliz al soñar, siquiera fuese para compensarle de las angustias propias de su vigilia, por muchas y adversas que fueran. Los sueños deberían localizarse siempre en jardines arcádicos o, como poco, en uno de esos cuadros con cascadas idílicas –iluminados por detrás para fingir que sus aguas fluyen– que hay en algunos restaurantes chinos. Pero, tal como están las cosas por dentro de nuestra mente, lo más normal es que si soñamos con un jardín arcádico, acabemos devorados por un oso y que si soñamos con la cascada china acabemos medio ahogados, o en el mejor de los casos perseguidos por un malhechor experto en artes marciales.

Hay una injusticia flagrante, ya digo, en el hecho de trasvasar nuestros temores, nuestras frustraciones y nuestros desasosiegos –y todo lo turbio, en fin, de nosotros– a esa especie de yo vicario que somos mientras dormimos, a ese fantasma que recorre sin rumbo los ámbitos de irrealidad de su pensamiento y de su sentir. No nos merecemos esos abismos, no nos merecemos esas resurrecciones aleatorias de difuntos, no necesitamos que los vivos mueran en falso, no hemos hecho nada para que a lo largo de un sueño nos apuñalen o nos encierren en un sótano antes de ejecutarnos sin saber por qué y sin un juicio medianamente justo, porque las cosas que pasan allí se rigen por las leyes atolondradas de un azar en estado de sonambulismo. **2)** Covarrubias, en su diccionario, define la pesadilla como «un humor melancólico que aprieta el corazón con algún sueño horrible, como que se carga encima un negro, o caemos en los cuernos de un toro, etc.». **3)** La pesadilla tal vez sea la constatación de que el mundo es, en general, un mal sitio para nosotros, así como la prueba casi

irrefutable de la tendencia humana al melodramatismo sin fundamento. El síntoma evidente, en definitiva, de que somos defectuosos, de que el sufrimiento nos vence incluso cuando cerramos los ojos como una petición de tregua. Aunque luego venga quién sabe qué.

PESSOA, FERNANDO. Una versión hamletiana de un Charlot poliédrico y esoterista enamorado de una Ofelia que no murió por ahogamiento, sino por la suma de sus noventa y un años.

PETRARQUISMO. Especie de pornografía italiana suspirante.

PEZ. Hay quienes aseguran que los peces no tienen memoria. De ser así, enhorabuena: eso que salen ganando, pues poca utilidad dispensa la memoria a quien sólo tiene la tarea de pasarse la vida dando vueltas por una inmensidad de agua o, lo que es peor, por el laberinto circular y sin salida de una pecera. Es probable que si los peces disfrutasen del don de la memoria, se suicidaran mediante el método de meterse por iniciativa propia en la boca de un rape o de un tiburón, por sólo citar a dos especies marinas que tienen cara de muy mala leche. Y es que no todo el mundo sirve para ser pez. Incluso podríamos extremar el juicio: sólo los peces sirven para ser peces. Si por cualquier mutación imprevista usted y yo nos convirtiéramos en peces, duraríamos tres días.

Para ser pez, en fin, hay que nacer pez, aunque estoy más o menos seguro de que cualquier pez estaría dispuesto a cambiar su destino por el de un perro o incluso por el de una salamandrina, pongamos por caso, sobre todo desde que el ser humano inventó las conservas y la congelación, innovaciones que trajeron consigo la escabechina indiscriminada y a destiempo de las especies marinas.

La falta de memoria está considerada un drama o una patología entre los humanos, al mismo tiempo que el exceso de memoria puede acabar convirtiéndose en una especie de tortura moral, puesto que ninguna vida suele ser modélica ni estar exenta de episodios oscuros, y el recuerdo puede ser un bálsamo, de acuerdo, pero también un veneno.

La presunta carencia mnemotécnica de los peces, vista así, sólo presenta ventajas: pierden la memoria que no tienen, pero no se acuerdan de que la han perdido, dado que no la tienen, de modo que se quedan como estaban. A un boquerón le pega un susto un atún, por ejemplo, y al instante se ha olvidado por completo del incidente. Sin rencores.

Decimos que el pez muere por la boca, que es también por donde come. Y creo que estarán de acuerdo conmigo en que, por mucho esfuerzo de imaginación que hagamos, no podemos concebir la sorpresa de un pez cuando, al morder un bocado casual que se cruza en su ruta, se encuentra con un anzuelo clavado en la susodicha boca. Por poca o nula memoria que tengan los peces, no creo que a ningún pez se le olvide eso si logra zafarse de la trampa, y no estaría

de más estudiar hasta qué punto influye ese incidente en el régimen alimenticio de los peces que han sufrido esa experiencia traumática y han sobrevivido a ella, pues la cosa es como para cogerle un miedo vitalicio a la comida: la alimentación relacionada con la muerte, indisolubles.

Por lo demás, señalemos que los peces viven en un mundo de lirismo silencioso, como fantasmas ondulantes, muchos de ellos con cota de malla o armadura de plata, dueños de una inmensidad acuática y fría, en un territorio que debe de parecerles infinito, pues el mar no se acaba nunca para quienes viven en el mar.

PIE. 1) En 1702, Blécourt le confesaba por carta al ministro francés Torcy que había conocido a españoles que preferirían ver muerta a su mujer antes que permitirle mostrar un pie en público. **2)** El llamado Agilulfo Emo Bertrandino de los Guildivernos y de los Otros de Corbentraz y Sura, caballero de Selimpia Citerior y de Fez (aquel guerrero que era sólo una hueca armadura viviente en una ficción más o menos alegórica ideada por Italo Calvino) recorre insomne un campamento de soldados y le inquieta la visión de los pies desnudos que, con los pulgares hacia arriba, asoman por las tiendas de campaña. **3)** La niña Alicia, en el país maravilloso, se come un pastelillo hechizado, comienza a crecer vertiginosamente y entona este lamento: «¡Ay, pobres piececitos míos! ¡Quién os pondrá las medias y los zapatos!». **4)** Al describir los rayos de sol que se filtran por la cortina de su cuarto en Balbec, el narrador proustiano tiene la impresión de que en la alfombra han deshojado unas anémonas, y baña sus pies desnudos en aquellos ilusorios pétalos escarlata. **5)** En *El americano impasible*, de Graham Greene, aparece una anciana china que observa continuamente sus pies diminutos, admirada tal vez de que con dos herramientas tan pequeñas pueda alguien moverse por un país tan grande como lo es el suyo. **6)** En *La Regenta*, Ana Ozores sale descalza en procesión, pisando piedras y lodo, y procura que sus pies no asomen por debajo de la túnica morada, «pero a veces se veían» y «aquellos pies desnudos eran para ella la desnudez de todo el cuerpo y de toda el alma». **7)** En una película de Kenji Mizoguchi, la emperatriz Yang Kwei Fei, camino de la horca, se descalza, y la escena parece remitir a aquellos versos de Baudelaire en que se compara la imagen de una mujer que mece el aire de su falda con la de un navío que se hace a la mar, con ritmo dulce, lento y perezoso; una imagen, por cierto, que parece reverberar en aquel soneto de Herrera y Reissig en que una dama pasea «su magnífica opulencia de doloroso terciopelo obscuro», hasta el punto de que el poeta se presta a poner bajo el raso de su pie verdugo, a modo de alfombra, su esclavo corazón. **8)** El caballero Casanova da por supuesto que las inadecuadas proporciones de los pies de las damas es asunto que no sólo disgusta a los españoles y a los chinos, «sino a todos los hombres de gusto delicado», y nos recuerda que Holofernes se prendó de Judith porque,

aunque era alta, tenía los pies pequeños. **9)** En la llamada *Antología Palatina*, un epigrama anónimo se hace eco de aquel dicho de la *Iliada* según el cual los dioses no otorgan todo a un solo humano: tu cuerpo es perfecto –dice el poeta desconocido–, tus ojos revelan pudor, en tu pecho reluce la gracia, pero tus pies son defectuosos. **10)** En la *Sonata de estío*, el marqués de Bradomín se arrodilla ante la Niña Chole, que le muestra su pie prisionero en chapín de seda. Emma Bovary, por su parte, tenía unas zapatillas de color rosa con plumas de cisne que, al sentarse ella en las rodillas de su amante, quedaban suspendidas de la punta de sus dedos.

PINTURA FEA. Igual que existe una pintura burguesa de bonituras feas, existe una pintura de fealdades feas para uso decorativo de burgueses con afanes de modernidad, tal vez por el vago convencimiento de que lo feo resulta atrevido y poco burgués, por feo que sea.

PLA, JOSEP. Aunque cifró el arquetipo antropológico característico de las provincias catalanas, siempre tuvo el aspecto de un carterista de Chamberí al que acabaran de volcarle en la cabeza una olla de cocido madrileño.

PLASTICIDAD. Capacidad pictórica de la escritura; por ejemplo: «No se echaba de menos a nadie en el bosque. A veces pasaba un obispo sobre su mula blanca leyendo un libro con imágenes». (Oscar Wilde.)

PLEONASMO. Capacidad de orgasmo múltiple que poseen determinadas palabras.

POE, EDGAR A. Un pájaro de cuenta que se hizo célebre gracias a un poema sobre otro pájaro.

POEMA. **1)** Dícese en los medios de comunicación de aquellos rostros que muestran un estado lamentable por causas psicológicas relacionadas con el mundo del deporte: «Tras el gol, la cara del portero era todo un poema». (Por raro que parezca, no suele utilizarse con los términos invertidos: «Aquel poema parecía la cara de un portero tras un gol».) **2)** Según Juan Ramón Jiménez, algo que debe ser como la estrella: ser un mundo y parecer un diamante. **3)** Como ustedes saben, el poeta ruso Vasilisk Gnédov compuso –digámoslo así– un poema en blanco, sin más palabras que las del título. El resultado fue intachable.

POESÍA. **1)** Suma de renglones más cortos de lo normal en que cada palabra tiene que hacer un esfuerzo al menos dos veces superior al acostumbrado, y por la mitad de precio. **2)** Actividad artística poco de fiar como medio de información, según Virginia Woolf. **3)** Según Cernuda, «el poder mágico que consuela de la vida». **4)** Según Juan Ramón Jiménez, «Esta

eyaculación –qué deleite– del espíritu». (T.S. Eliot parece contradecir al poeta de Moguer cuando afirma en *The Sacred Wood*: «La poesía no es un derrame».) **5)** Al criterio de Cesare Pavese, «la poesía debe *decir* algo y es por tanto inútil que viole la lógica y la sintaxis, modos universales del decir. El resto es literatura». **6)** Según el polaco Bruno Schulz, fetichista del pie, «un cortocircuito entre el sentido y los vocablos». **7)** Disciplina de índole esencialmente prosódica que algunas personas practican para dejar memoria de sí mismas al menos antes sí mismas. **8)** Según Jorge Guillén, algo que «no requiere ningún especial lenguaje poético. Ninguna palabra está excluida de antemano; cualquier giro puede configurar la frase. Todo depende, en resumen, del contexto. Sólo importa la situación de cada componente dentro del conjunto, y este valor funcional es el decisivo». **9)** Para Antonio Machado, el «diálogo del hombre con el tiempo». **10)** Según la pensadora malagueña María Zambrano, maestra en eterizaciones líricas, «la poesía es encuentro, don, hallazgo por la gracia, respuesta, aunque se presente como pregunta»; en otro lugar escribe: «La poesía es la conciencia más fiel de las contradicciones humanas, porque es el martirio de la lucidez, del que acepta la realidad tal y como se da en el primer encuentro»; y aún más: «La poesía ha sido, en todo tiempo, vivir según la carne. Ha sido el pecado de la carne hecho palabra, eternizado en la expresión, objetivado», y así sucesivamente, hasta que se hace de noche y nos vamos todos a dormir, un poco mareados por tan elevadas revelaciones. **11)** Desde la orilla opuesta, contamos con este dictamen de W.H. Auden: «La poesía no es magia. La trascendencia de la poesía, como la de cualquier otro arte, se encuentra en su capacidad para decir la verdad, para desencantar y desintoxicar». **12)** Según Gil de Biedma, algo que «no aspira a otra cosa que a lograr la unificación de la sensibilidad». **13)** Al criterio de Novalis, «la verdadera poesía puede tener a lo sumo un sentido *alegórico* en su conjunto y un efecto indirecto, como la música». **14)** Más música: «Para mí la poesía está en un extremo de lo intelectual, casi en los confines de la música; por eso yo comprendo la poesía, la poesía sin conceptos; lo que no comprendo es la poesía sin compás. El concepto me parece que en poesía casi siempre sobra», según Pío Baroja. **15)** Por el contrario, T.S. Eliot apreciaba lo siguiente: «La música de la poesía no existe aparte del significado. De lo contrario, habría poesía de gran belleza musical carente de sentido, y nunca me he encontrado con semejante poesía. En las aparentes excepciones, sólo hay una diferencia de grado: hay poemas cuya música nos conmueve y damos por supuesto el sentido, así como hay poemas en los cuales prestamos atención al sentido y, sin que lo notemos, nos conmueve su música». **16)** Con la música a otra parte: en su *Libro de la erudición poética* (1611), escribe el cordobés Luis Carrillo y Sotomayor: «Engañóse, por cierto, quien entiende los trabajos de la Poesía haber nacido para el vulgo». **17)** Leonardo da Vinci, fiel a su empeño de anteponer el valor de la pintura al de la poesía, llegó a valerse del cinismo práctico para tal fin: «Si dijerais: la

poesía perdura más, yo contestaría que las obras del calderero son más durables aún, y que el tiempo las conserva más que las vuestras y las nuestras; pero, fantaseos aparte, la pintura, ejecutada sobre una superficie de cobre y empleando colores de vidrio, dura indefinidamente». **18)** Oigamos a Baudelaire: «Una multitud de personas se figura que el objeto de la poesía es una enseñanza cualquiera, que debe tan pronto robustecer la conciencia como perfeccionar las costumbres, cuando no demostrar algo útil... La Poesía, por poco que se quiera descender en uno mismo, interrogar al alma, evocar sus recuerdos de entusiasmo, no tiene más objeto que Ella misma; no puede tener otro, y ningún poema será más grande, más noble, más verdaderamente digno del nombre de poema que aquel que haya sido escrito sólo por el placer de escribir un poema», y, subiendo el volumen del megáfono, prosigue: «El principio de la poesía es, estricta y sencillamente, la aspiración humana hacia una Belleza superior, y la manifestación de ese principio está en un entusiasmo, un arrebato del alma; entusiasmo por completo independiente de la pasión, que es la embriaguez del corazón, y de la verdad, que es el pasto de la razón. Porque la pasión es cosa *natural*, incluso demasiado natural, para no introducir un tono hiriente, discordante, en el dominio de la Belleza pura; demasiado familiar y demasiado violenta para no escandalizar a los puros Deseos, a las graciosas Melancolías y a las nobles Desesperaciones que habitan las regiones sobrenaturales de la Poesía». **19)** La nostalgia inconcreta de uno mismo. **20)** A.E. Housman: «Si se me obligara no a definir la poesía, sino a nombrar la clase de cosas a la que pertenece, yo la llamaría una secreción; ya sea una secreción natural, como la trementina en el árbol, ya sea una secreción mórbida, como la perla en la ostra». **21)** En el prólogo que escribió para el libro *La soledad*, de Augusto Ferrán, Gustavo Adolfo Bécquer arriesgó esta simplificación: «Hay una poesía magnífica y sonora; una poesía hija de la meditación y el arte, que se engalana con todas las pompas de la lengua, que se mueve con una cadenciosa majestad, habla a la imaginación, completa sus cuadros y la conduce a su antojo por un sendero desconocido, seduciéndola con su armonía y su hermosura. Hay otra natural, breve, seca, que brota del alma como una chispa eléctrica, que hiere el sentimiento con una palabra y huye, y, desnuda de artificio, desembarazada dentro de una forma libre, despierta, con una que las toca, las mil ideas que duermen en el océano sin fondo de la fantasía. La primera tiene un valor dado: es la poesía de todo el mundo. La segunda carece de medida absoluta, adquiere las proporciones de la imaginación que impresiona: puede llamarse la poesía de los poetas. La primera es una melodía que nace, se desarrolla, acaba y se desvanece. La segunda es un acorde que se arranca de un arpa, y se quedan las cuerdas vibrando con un zumbido armonioso». **22)** Para Roberto Juarroz, «la poesía es el mayor realismo posible, aunque los incautos, los ignorantes y los soberbios la consideren una abstracción, una evasión o una veleidat subsidiaria de la prepotencia política o ideológica». **23)** Alberto Savinio escribió:

«Había un sujeto que buscaba la manera de hacer que las gallinas pusieran huevos cuadrados, a fin de facilitar su empaquetamiento; la palabra poética es algo así como el huevo cuadrado». **24)** Según el florido filósofo Ortega y Gasset, «el álgebra superior de las metáforas». **25)** Novalis le atribuye una función terapéutica: «La poesía cura las heridas que causa el entendimiento».

POETA. 1) En su libro *El conocimiento silencioso*, el presunto mixtificador Carlos Castaneda pone en boca del nagual don Juan la siguiente suposición: «Los poetas, sin saberlo, anhelan el mundo de los brujos. Como no son brujos ni están en el camino del conocimiento, lo único que les queda es el anhelo». (Mala suerte.) **2)** La señorita Mary Ann Evans, más conocida como George Eliot, escribió lo siguiente en su *nouvelle* titulada *El velo alzado*: «Un poeta deja que brote su canción y confía en el oído atento y en el alma que responde, ya que, antes o después, llegará hasta ellos». (Aunque enseguida prosigue con una de esas temibles frases adversativas: «Pero la sensibilidad del poeta sin voz, la sensibilidad poética que no encuentra otro desahogo que las lágrimas silenciosas en la orilla soleada, cuando la luz del mediodía lanza destellos sobre el agua, o un estremecimiento interior ante el sonido de ásperas entonaciones humanas, o bien al reconocer la frialdad de unos ojos humanos, es una pasión muda que trae consigo la fatídica soledad del alma en el trato con sus semejantes».) **3)** Platón puso en boca de Sócrates la siguiente advertencia: «Para ser de verdad poeta no basta con hacer discursos en verso, sino que es preciso inventar ficciones». **4)** Según el machadiano Juan de Mairena: «El poeta es un pescador, no de peces, sino de pescados vivos; entendámonos: de peces que puedan vivir después de pescados». (¿Entendámonos, Juan?) **5)** T.S. Eliot: «Podríamos afirmar que el poeta, como tal poeta, sólo tiene una obligación indirecta frente a su pueblo; la obligación la tiene con su *lengua*: en primer término, la obligación de conservarla y, en segundo término, la de ampliarla y perfeccionarla. Al expresar lo que sienten otros, también cambia el sentimiento, porque lo vuelve más consciente; permite que las personas se apropien de lo que sentían, y por tanto les enseña algo sobre sí mismas». Y añade: «Pero no sólo se trata de que el poeta sea una persona más consciente que las demás: también es individualmente distinto, de la gente y de los otros poetas, y puede dar a sus lectores la posibilidad de compartir sentimientos que no hayan experimentado nunca. Esa es la diferencia entre el escritor meramente excéntrico o loco y el poeta genuino. El primero quizá tenga sentimientos únicos, pero no pueden ser compartidos y resultan por eso inútiles; el otro descubre nuevas variaciones de la sensibilidad de las que los demás pueden apropiarse. Y, al expresarlas, está desarrollando y enriqueciendo la lengua que habla». **6)** En su *Diario*, en la anotación correspondiente al 30 de diciembre de 1922, André Gide narra un encuentro con Paul Valéry y le atribuye el

siguiente parlamento, ciertamente melancólico: «Quieren que yo represente a la poesía francesa. ¡Me toman por un poeta! Pero a mí me la trae floja la poesía. Sólo me interesa por carambola. He escrito versos por casualidad. Daría exactamente lo mismo que no los hubiera escrito. Quiero decir que tendría, a mis ojos, el mismo valor. No tiene para mí ninguna importancia. Lo que me importa querría decirlo. Creo que habría podido decirlo, que podría decirlo todavía, si tuviera tiempo y tranquilidad... pero no me pertenezco. La vida que llevo me suprime». (Y se pregunta uno, con un poco de envidia inconcreta, qué clase de vida llevaba el autor del célebre *Cementerio marino* para no poder sentarse durante un rato a escribir unos versos sobre el atardecer o sobre la gnosis, como quien dice.) 7) Friedrich Schiller, en *Sobre poesía ingenua y poesía sentimental*, proponía lo siguiente: «En la idea misma de poeta está el ser siempre custodio de la naturaleza. Allí donde los poetas ya no pueden serlo del todo y han sentido ya el influjo destructor de las formas arbitrarias y artificiosas, o han tenido al menos que luchar con ellas, aparecerán como testigos y como vengadores de la naturaleza. Así pues, o serán naturaleza o buscarán la naturaleza perdida. De donde resultan dos modos de poesía totalmente distintos, con que se agota y se abarca el dominio entero de la poesía. Todo poeta, si lo es de verdad, pertenecerá –según la condición de la época en que florezca o las circunstancias accidentales que hayan influido en su formación general y en su estado de ánimo transitorio– ya sea a los ingenuos o a los sentimentales». De modo que hay donde elegir, afortunadamente. 8) Según una célebre tontería pomposa de Shelley, «los poetas son los legisladores no reconocidos del mundo», lo que implicaría un optimismo de triple filo: el hecho de que los poetas pretendan legislar, el hecho de quienes legislan estuviesen dispuestos a ceder su tarea a los poetas y, sobre todo, el hecho de que el mundo pueda ser legislado. 9) Según Ramón (en literatura, Ramón sólo hay uno), alguien que se alimenta con galletas de luna. 10) En el periódico de hoy (21-3-10), un señor Molina, rector de la Universidad de Almería, que debe de llevar muy bien las cuentas de las cosas que pasan en el mundo, proclama: «Cada cincuenta años el mundo asiste al nacimiento de un buen poeta». Es posible. Aunque también es posible que los aficionados a decir tonterías nazcan a diario, domingos incluidos. 11) Al parecer de Keats, el poeta es la menos poética de las criaturas creadas por Dios, que ya es decir. 12) «Un poeta verdadero debe reflexionar y pensar», propuso Hegel.

POETA VANGUARDISTA. Con arreglo a una estadística desalentadora, individuo que profesa una superstición entusiasta por la disentería retórica y que al final, por hache o por be, acaba condecorado.

POLÍTICO. Profesional que, al igual que los viajeros de comercio, cobra dietas por

desplazamiento y pernoctación, aun en casos de inmovilidad y de insomnio.

POLVAREDA VERBAL. Según Josep Pla, materia lingüística no necesariamente inoperante que puede levantarse entre personas habladoras.

¿POR QUÉ ESCRIBE USTED?. Si a alguien le preguntan por qué escribe, lo normal es que recurra a una frase más o menos ingeniosa, y casi todas las frases ingeniosas contienen un grado oscilante de falsedad, ya que el ingenio suele implicar una ligera alteración del sentido en beneficio de la formulación misma. *Respuesta posible:* «No sé por qué escribo, ni tampoco tengo demasiado interés en saberlo: me preocupa más el cómo que el porqué. La pregunta me parece ociosa, de modo que cualquier respuesta posible no pasaría de ser una pirueta truculenta en el vacío. Aunque –quién sabe– a lo mejor escribe uno para eso: para obtener respuestas sin el requisito de una pregunta y, sobre todo, para ensayar piruetas truculentas en el vacío, que es un territorio literario bastante fértil». (Aproximadamente.)

POSTERIDAD. Carlos Marzal se pregunta: «¿En qué consiste la posteridad?», y se da la siguiente respuesta: «En pasar a formar parte de un catálogo de profundos desconocidos cuyo nombre nadie ignora».

POUND, EZRA. Alguien tenía que hacerlo, y tuvo la mala suerte de que le tocara a él.

PRECURSOR. Según Italo Calvino, «alguien que hace antes que los otros cosas que después los otros harán mejor que él».

PREFACIO. Al criterio de Anthony Burgess, algo tan secundario como la cola de un lagarto.

PREJUICIO. Según Voltaire, una opinión sin juicio.

PREMIO. 1) Por lo general, excrecencia honorífica y más o menos prepóstuma que recae en simpáticos ancianos que preguntan extrañados a los periodistas que les han invadido la casa y que se beben sin miramiento alguno su limonada favorita: «¿Qué dicen ustedes que me han dado, un premio?» –y una emocionada mano familiar que pasa un pañuelo por una boca babeante, espumosa de puro excedente de inmortalidad reconcentrada. **2)** Leído en la nota biobibliográfica de un poeta: «Con mil trescientos setenta y siete premios literarios en su haber, M.T.B. ha sido catalogado por los medios de comunicación como el poeta y escritor más galardonado en lengua española, lo que le ha traído muchos sinsabores». (Y, a propósito del martirio glorificador de este poeta, no puede uno dejar de preguntarse: ¿cuántos sinsabores exactamente? ¿Mil trescientos setenta y siete?)

PREMIO NOBEL DE LITERATURA. Algo que suele ocurrirle a alguien que se llama Stwizhertjzgotva Wkheltertysjweck o, si hay suerte, Hi Wo.

PRESENTE. Quizá la única forma prudente de futuro, en el caso de que alguna de ellas goce de la virtud de la prudencia.

PRESENTIMIENTO. 1) Con arreglo a su prefijo, anticipación de un sentimiento, lo que no deja de invadir el terreno de la parapsicología: algo que se ve venir, algo que sospechamos que vamos a sentir. Sin indicios ni premisas. A puro instinto. Algo tan raro, en suma, como toparse de frente con el espectro en pena de alguien que aún no ha nacido. 2) Según Radiguet, los verdaderos presentimientos se forman en unas profundidades que nuestro espíritu no suele frecuentar.

PROBLEMA. Uno de los principales problemas que presenta un problema es el de su interpretación, la retórica que desplegamos en torno a él, pues no deja de resultar raro el que un problema pueda ser materia de debate, cuando es posible que un problema necesite menos una controversia que una solución. Incluso se podría sospechar que la esencia de un problema no es el problema en sí, sino el afán de solucionarlo, ya sea en la intimidad errática de nuestro pensamiento o en una acalorada y vociferante tertulia televisiva, que es lo más parecido a un debate íntimo entre las siete cabezas del dragón de las siete cabezas.

Marcel Duchamp escribió una frase enigmática que no sabemos si se deriva del optimismo o del nihilismo: «No hay solución porque no existe ningún problema». De ahí a acabar en un monasterio más o menos tibetano puede haber un paso de tortuga, aunque Duchamp acabó jugando al ajedrez, esa actividad entre intelectual y mecánica que se basa precisamente en los problemas.

Los problemas, en fin, no son problemáticos, pues no existe cosa que disponga de más soluciones potenciales que un problema: tantas como bocas, ya que, según parece, el problema, como decía, no es el problema en sí, sino la diversidad de soluciones contradictorias que somos capaces de desplegar en torno a un problema, y es precisamente esa diversidad la que provoca el mayor problema de cualquier problema.

En rigor, los únicos problemas verdaderos tal vez sean los que se solucionan solos, en tanto que los problemas que pueden someterse a una búsqueda de soluciones quizá no pasen de ser problemas falsos. El problema de la muerte, por ejemplo, es un problema puramente ficticio, pues lo inexorable tiene el inconveniente de ser inexorable, pero tiene la ventaja de ser inexorable, como inexorable es el color amarillento de la ensaladilla rusa o como inexorable es la cara de un gorila: asuntos sin redención, y todo lo irredimible implica, al fin y al cabo, un remedio.

«Tengo un problema», te dice alguien, y de inmediato entiendes que no sólo va a crearte el problema de contarte su problema, sino que también va a pedirte opinión sobre su problema, como si fueses un libro de autoayuda, a la búsqueda conjunta de una solución tan expeditiva como satisfactoria. Y así vamos transmitiéndonos, en fin, los problemas, creando una cadena problemática, mágica y sin solución posible, que nos provoca otro problema: el de tener más soluciones que problemas propiamente dichos.

PROFECÍA. Cuando alguien arriesga algún tipo de profecía, no puedo evitar que se me venga a la mente la imagen de un embrión de gallo que, estando aún dentro del huevo, se empeña en cantar un kikirikí. *Ejemplo práctico:* En 1966, el poeta Gabriel Aresti entrevistó a su amigo Blas de Otero, que no dudó en profetizar lo siguiente: «Los idiomas del futuro son tres: el ruso, el castellano y el euskera». (Por poco, ¿no?)

PRÓLOGO. 1) Un artefacto muy frágil: basta con ponerlo al final del libro para que se convierta en epílogo, que es tal vez lo peor que puede ocurrirle a un prólogo. 2) Mijaíl Lérmontov, en el prólogo de su novela *Un héroe de nuestro tiempo*, ofrece la siguiente apreciación: «El prólogo es, en todo libro, la primera y la última cosa. Sirve para explicar el objetivo de la obra o para justificarlo y responder a las críticas. Pero ni los propósitos morales ni las diatribas periodísticas suelen importar a los lectores». 3) El mago Robert Houdin, en el prólogo de su libro *Los secretos de la prestidigitación y de la magia o cómo se hace uno brujo*, escribe: «Confieso con vergüenza que, en cuanto a prólogos se refiere, creo no haber leído más que los que he escrito para mis libros». 4) Borges, virtuoso mayor del arte menor del prologar, advierte: «El prólogo, en la mayoría de los casos, linda con la oratoria de sobremesa o con los panegíricos fúnebres y abunda en hipérboles irresponsables, que la lectura incrédula acepta como convenciones del género».

PROTOCOLO. Si no existe un protocolo para algo –lo que sea–, lo mejor que puedes hacer es olvidarte de ese algo –sea lo que sea–, a la espera de que alguien establezca un protocolo concreto para ese algo inconcreto. Si no dispones de un protocolo de actuación, en fin, lo más prudente es que no actúes.

El mejor protocolo es, por supuesto, el que exige establecer un protocolo. El protocolo de protocolar, digamos, lo que de paso nos plantea un enigma parecido al del huevo y la gallina, pues no sabemos si fue antes el protocolo como cosa en sí o –una vez comprobados los beneficios de acogerse a un protocolo– la decisión imperiosa de establecer un protocolo para todo aquello que antes se llevaba a cabo con un menosprecio irresponsable por el protocolo.

Una orfandad protocolaria deriva en confusión y –por qué no decirlo– en desconsuelo: si

no dispones de un protocolo, estás más cerca de las tribus salvajes que de nosotros, que hemos llegado a la conclusión –en modo alguno protocolaria– de que el protocolo es una guía infalible para hacer las cosas con arreglo a un protocolo, pues sin protocolo te pierdes lo mejor: el protocolo mismo.

A tanto ha llegado el prestigio del protocolo que hay quien establece categorías de protocolo, lo que no deja de ser un protocolo inmejorable para llegar a la raíz identitaria del protocolo. Ayer mismo, en televisión, un experto en algo hablaba maravillas del protocolo, pero advertía de la existencia de un ente hasta entonces desconocido para los profanos: el «protocolo móvil», que, según la explicación que tuvo la amabilidad de ofrecernos, es aquel que se aplica cuando se comprueban fallos en el protocolo, con lo cual nos llevamos una alegría y un disgusto: la alegría de la movilidad intrínseca del protocolo, lo que lo libera de la rigidez en sus aplicaciones, y el disgusto en cambio de saber por boca de un experto que el protocolo no es infalible, cuando todos estábamos convencidos de que disponer de un protocolo era una garantía de certidumbre. De todas formas, el hecho de que un protocolo pueda fallar no debe llevarnos a una abjuración genérica del protocolo, pues siempre nos quedará ese protocolo móvil que repara sobre la marcha los errores protocolarios del protocolo fijo, de modo y manera que podemos llegar a la conclusión consoladora de que el protocolo tiene la facultad de saltarse con pértiga el protocolo en función de las meteduras de pata internas del protocolo, que se nos revela así como una normativa con capacidad centrífuga para ahuyentar sus defectos y afrontar por tanto, con absoluta solvencia protocolaria, sus aplicaciones centrípetas, o similar, según establezca el protocolo.

PROUST, MARCEL. 1) Según el antifreudiano Nabokov, un mártir de la combustión interna. 2) Según el chistoso Pitigrilli, el responsable de una obra de proporción monumental para describir una simple mancha en los calzoncillos. 3) Según Alexander Woolcott, «leer a Proust es como lavarse con el agua sucia de otro» –y es curioso, por cierto, que Proust se lavase poco, y jamás con jabón.

PSICOLOGISMO. La inmersión de una lombriz en una mente desprevenida.

PÚBLICO. Al entender de Oscar Wilde, un ente asombrosamente tolerante que perdona todo, salvo el genio.

Q

QUEVEDO, FRANCISCO DE. Modalidad de acero inoxidable previa a la invención del acero inoxidable.

QUIJOTISMO. Resulta curioso que algunas personas se adjudiquen la condición de «quijotesca», por considerarla una virtud del carácter y una garantía de idealismo. Ante esa adjudicación desconcertante, caben dos hipótesis: que esas personas quijotescas no han leído el *Quijote* o bien que se trata de unos locos orgullosamente locos, pues no otra cosa es en esencia el personaje cervantino: un majadero vanaglorioso y malhumorado que no sólo ve gigantes en los molinos de la Mancha, sino que se ve a sí mismo como un caballero andante obligado a echarse a los caminos mágicos de la realidad para deshacer entuertos y liberar a las doncellas cautivas e incluso a los maleantes cautivos, que en eso no hacía distingos su brazo justiciero.

Cervantes quiso escribir una novela cómica en la que se ridiculizaran los ideales rancios y las fantasías desmesuradas que pusieron en circulación las novelas de caballerías. El paso del tiempo, no obstante –y gracias en buena medida a las lecturas que del *Quijote* hicieron los enaltecidos románticos–, la ha convertido en una novela de heroísmos cabales y de melancolías intensas, quitándole al loco su locura para transformarlo en un paladín de las causas nobles y en poco menos que un revolucionario social, lo que como transformación no es desde luego poca cosa. Cervantes trató con crueldad a su personaje porque lo consideraba un simple muñeco, un antihéroe tarumba que encarnaba un pensamiento trasnochado y prodigioso, pues sólo entre prodigios se movía su imaginación febril y desatada, lo que no ha sido óbice para que hoy simbolice lo opuesto.

«Soy un quijote», le oímos a este o al de más allá, y se queda uno como en trance de levitación y de asombro, en el caso de que no tenga uno la tentación de salir corriendo, no sea que ese quijote espontáneo, al verse contrariado por quién sabe qué, le incruste a uno el lanzón en la cabeza, como el originario intentó hacer con el sufrido Sancho Panza, con quien nadie se identifica y a quien suele recurrirse como ejemplo insultante cuando nos referimos a una persona zafia y soez, a pesar de la prudencia que aquel rústico demostró cuando le cayó en suerte el gobierno de la ínsula Barataria.

Visto lo visto, está bien que en España tengamos como personaje emblemático a un loco de

atar, porque nos cuadra, aunque no tanto por su locura como por su tendencia natural a la indignación marrullera y disfrazada de heroísmo, al golpe de pecho y a la fanfarronería, a la cólera exhibicionista y a la falta de humor en beneficio de la seriedad del burro, incluido el de Sancho. Está bien, ya digo, que ese loco sea el emblema de nuestra literatura, trasladado a la realidad desde una ficción cómica que el tiempo ha convertido en un libro muy triste, en la historia desoladora de un majareta que un día se echó a los caminos para arreglar el mundo, como hacemos todos en la barra de los bares.

R

RÁBANO. Unidad de medida aplicable a la importancia de algunos asuntos.

RACINE, JEAN. Según Lampedusa, un Shakespeare bien educado.

RADIGUET, RAYMOND. Más que en el cuerpo, tenía el diablo metido en el pensamiento, que es el reducto humano preferido por cualquier diablo. Una fiebre tifoidea se llevó por delante a los dos, a él y a su diablo.

RAMÓN. Un hijo de notario que tuvo que pasarse la vida jugando a la ruleta rusa con el ingenio para que la gente se olvidase de que se apellidaba Gómez.

RAZÓN. Aunque no se sabe muy bien en qué consiste, la razón es algo que casi todo el mundo desea tener, ya que su posesión parece infundir algún tipo de autoridad. Hasta tal grado llega ese deseo que mucha gente exige al prójimo que se la dé, de lo que puede deducirse que la razón consiste en una abstracción portátil, en una cualidad de quita y pon: «Te doy la razón», y ese regalo invisible nos satisface. «Te doy la razón en ese punto», y el regalo nos satisface también, aunque se trate de una donación parcial. «Llevas parte de razón», y nos contentamos con esa migaja. Hasta tal punto es portátil la razón que incluso puede perderse, y tiene fama de no ser encontrada una vez perdida, por mucho que cuentes con asistencia profesional y farmacológica para esa búsqueda, extremo que hace muy conveniente la vigilancia continua de esa posesión del entendimiento. La propiedad de la razón suele promover la vanidad, pues casi no existe persona que, al saberse poseedora de una razón, se resigne a no imponerla, y de ahí que mucha gente razonable acabe resultando insoportable. Con todo, es posible que el poseedor de una razón no alcance a imponerla, a pesar de tratarse para él de una razón indiscutible, ya que suele ser condición natural de la razón la facultad de disgregarse en razones, como consecuencia de lo cual cada cual puede tener la suya, cortada a medida. (No por capricho decía Descartes que la razón es el don repartido más equitativamente, ya que todo el mundo cree tenerla.) Cuando se produce tal fenómeno, las consecuencias suelen resultar no sólo imprevisibles, sino también incalculables: desde una discusión de borrachos hasta el desencadenamiento de una guerra mundial, pues parece confirmarse aquella suposición de George Bernard Shaw: la razón

esclaviza a quienes no son lo suficientemente fuertes para dominarla. Para complicar un poco las cosas, los profesionales de la filosofía y de las artes etéreas en general son aficionados a distinguir distintos tipos de razón. Tenemos así la razón abstracta, la razón analítica, la razón concreta, la razón crítica o la razón dialéctica, pongamos por caso. Esta oferta tan variada puede conducir a situaciones pintorescas y poco deseables, como por ejemplo la consistente en que una persona tenga la razón analítica pero carezca de la razón crítica, de modo que su antagonista, que tiene la razón dialéctica, entre en conflicto dialéctico con él, y ya vengan los líos.

Con la edad, los espíritus escépticos tienden a no exigir que se les dé la razón, y se conforman con que se les siga la corriente, al contrario de lo que ocurre con los espíritus dogmáticos, que tienden a convertir la razón en un martillo pilón. Goethe propuso un juego moral infalible: aquel que quiera tener la razón, que se dedique a hablar solo. (Aunque no podemos olvidar que todo soliloquio corre el riesgo de derivar en delirio.) Samuel Johnson, por su parte, nos advirtió de que es bueno tener por compañera a la fantasía, pero que resulta ineludible tener por guía a la razón. Y es posible que tuviera razón.

REALIDAD. 1) Según Nabokov, palabra que habría que escribir siempre entrecomillada. **2)** Flaubert se dirigió en los siguientes términos a Turguénev: «En mi opinión, la Realidad sólo debe ser un *trampolín*. Pero nuestros amigos están convencidos de que por sí sola constituye todo el arte. Ese materialismo me indigna & casi todos los lunes tengo un ataque de irritación leyendo los folletos del buen Zola». Y el lamento aumenta: «Tras los realistas, ahora tenemos a los naturalistas & los impresionistas. ¡Vaya progreso!», hasta que llega al cenit de la crisis: «¡Atajo de farsantes, que quieren convencerse & convencernos de que han descubierto el Mediterráneo!». **3)** Al criterio de Wallace Stevens, «la realidad es un cliché del que escapamos por medio de la metáfora», y de inmediato, como suele ser costumbre en este tipo de razonamientos evanescentes, la cosa se complica: «La metáfora crea una nueva realidad a partir de la cual la realidad original aparece como irreal», aunque nos cueste trabajo admitir esa degradación de la realidad: una abstracción vulnerable a una simple metáfora, ese pasatiempo de traslación. **4)** Un personaje de Tibor Fischer da por sentado que «una obra de teatro sobre una persona que espera el autobús durante una hora no resulta tan cargante como esperar un autobús durante una hora. La realidad no tiene competencia: cumple su tarea mejor que nadie». **5)** Sándor Márai hace esta distinción: «La realidad no es lo mismo que la verdad. La realidad sólo son detalles». **6)** La nada traspasada de tiempo.

REALISMO. 1) Posibilidad literaria de la que dispone el gran sinsentido del mundo para hacerse pasar por una subciencia fundamentada y coherente, esclavizada por las secuencias

lógicas. **2)** J. Middleton Murry aprecia que «el gran escritor realista es de la misma naturaleza y cultiva la misma actividad que el gran escritor romántico. La diferencia está en que el realista elige su asunto de la vida diaria y el romántico de una imaginaria continuación de la vida en el pasado (que es historia) o en un mundo puramente ideal». (Es decir, ambos son idénticos, salvo que completamente distintos.) **3)** En su ensayo sobre Hofmannsthal, el vienés Hermann Broch supone que «el realismo no es un estilo, sino la realización de una exigencia racional. Y comoquiera que, a su manera, toda época piensa racionalmente —es decir, se tiene por racional—, todo arte auténtico es, en definitiva, realista; presenta y representa la imagen real de su tiempo de la mano de su vocabulario peculiar y específico», lo cual no deja de ser un alivio para cualquiera. **4)** Dijo Borges: «Se llama *realismo* la descripción de crímenes inverosímiles, de incestos impracticables; en fin, de hechos que probablemente no hayan ocurrido más que una vez a lo largo de miles de años de Historia. En cambio, por un modesto hombre invisible que se nos deslice, ya estamos en plena literatura fantástica».

REALISMO MÁGICO. **1)** Según Salman Rushdie, un problema terminológico que parece subrayar lo mágico pero no el realismo. **2)** Cualquier tipo de historia en que la abuela del protagonista tenga la capacidad de volar, pongamos por caso.

REBAÑO. Según un aforismo de Albert Einstein, «para ser miembro irreprochable de un rebaño de ovejas hace falta primero ser oveja».

RECORDAR. **1)** Algo así como jugar a la ouija con uno mismo. **2)** Italo Svevo opinaba que «cuando un artista recuerda, se pone a crear».

REFRÁN. Los refranes no suelen expresar una verdad, sino la verdad aparente del refrán mismo: una verdad que empieza y que acaba en su propia formulación. (De modo que a enemigo de plata, puente que huye.)

RELATIVISMO. En la óptica, para el cíclope la oferta es de 4×1 .

RELOJ. El mecanismo de un reloj parte de un principio tan artificioso como optimista: medir el tiempo, cuando todos sabemos que hay horas que duran siglos y minutos que parecen durar horas, y viceversa. Las horas de hospital, por ejemplo, son largas como una vida, como largas son las horas del preso o las del expectante en general. Las horas dichosas, en cambio, son siempre un visto y no visto, y en la memoria aparecen como un relámpago.

Una medida convencional y mecánica del tiempo no acaba correspondiéndose, en fin, con la duración real del tiempo, entre otras cosas porque el tiempo es una abstracción que sucede

dentro de nuestra cabeza imprevisible, no en el reloj que llevamos en la muñeca. Como decía un anciano sabio y asediado por los achaques: «Los años se pasan volando y los días parece que no se acaban nunca».

Relojes los hay de muchos tipos, y el progreso va volviéndolos más complejos y más multifuncionales, hasta el punto de que necesitan un manual de instrucciones, lo que no deja de ser una circunstancia insólita para un reloj. Recuerda uno que, de niño, cuando salieron al mercado los relojes digitales, todos nos sentíamos astronautas, exploradores del espacio suprasideral, y nos maravillaba esa pantalla líquida en que se estampaban unos números titubeantes. A partir de ese momento, comprendimos que la tecnología terrícola estaba ya en condiciones idóneas para afrontar con éxito un ataque marciano.

Los relojes que atrasan son relojes meditados que piensan demasiado en el tiempo, y por eso se quedan rezagados, como aquellos alumnos torpones que siempre llegaban los últimos en las carreras que se organizaban en el patio del colegio para hacernos saborear la gloria de los atletas olímpicos y para evitar de paso que nos convirtiésemos en intelectuales enfermizos y proclives a padecer la melancolía que otorga el saber. Los relojes que adelantan, en cambio, son como los listillos de la clase, ansiosos por llegar cuanto antes al futuro, como si el futuro fuese algo a lo que mereciese la pena llegar con antelación.

Los relojes de arena los describió muy bien Ramón Gómez de la Serna: son como copas de desierto. Los relojes de sol, por su parte, se mueren todas las noches, y son moribundos en los días nublados.

Un reloj parado tiene algo de cataclismo, al promover la extraña impresión de que se nos ha averiado el tiempo y que estamos inmersos en una intemporalidad muy similar a la nada misma.

Los relojes modernos no necesitan que se les dé cuerda, y es una lástima, porque antes, cuando dábamos cuerda a un reloj, nos sentíamos dueños del tiempo, señores de su fluir, operarios de una industria dedicada a la manufacturación de lo perecedero. Con su eterno tictac.

RESACA. A grandes rasgos, la resaca consiste en un estado en el que estás medio muerto y en el que se produce el hecho curioso de que preferirías estar muerto del todo: morirte y transferir el dolor de tu tránsito a las personas que te aprecian, pues el caso es que te sientes incapaz de soportar ese simulacro de enfermedad mental que dura al menos veinticuatro horas y que tiene en cambio la habilidad de parecer eterna, sin duda porque el resacoso pierde toda esperanza de volver al mundo de los vivos que merecen ese nombre. Por una razón o por otra, ya digo, el resacoso es un ente que prefiere la defunción al padecimiento de la resaca, a pesar de haberse ganado la resaca a pulso, y generalmente tras un desembolso

apreciable: por mucho que te inviten, el origen de las resacas nunca sale gratis, y acabas invirtiendo en ellas una cantidad de dinero que al día siguiente desembolsarías multiplicada por cien para verte libre de los efectos de la resaca en cuestión, ya que todo resacoso es un hedonista que practica con total sinceridad la apostasía de su hedonismo.

La resaca puede y debe entenderse como un defecto de nuestro organismo para sobrellevar las alegrías de condición artificial, quizá porque se trata de alegrías demasiado intensas y sacadas de la escala razonable de las expansiones festivas que nos depara nuestra condición de bípedos con tendencia a la melancolía depresiva. Sea como sea, lo cierto es que cuesta reconocer al resacoso en esa persona que, apenas unas horas antes, bailaba con tesón de derviche, ensayando equilibristas complicados; que abrazaba a sus congéneres en medio de discursos de tinte filantrópico y que invitaba a toda la concurrencia con magnanimidad de jeque, pues así se lo dictaba el corazón.

En esencia, la resaca es una especie de correctivo moral, y debe de tratarse de un invento personal de Dios: te lo pasas en grande, de acuerdo, pero luego viene, inexorable, el día siguiente, y ahí las pagas todas juntas. Ninguna diversión, así lo sea de grado sumo, compensa del trance de sentirte como tu abuelo, ya que la resaca constituye una sensación anticipada de una vejez achacosa y pastillera, cuando no directamente de la agonía. Para colmo, la resaca otorga un cariz de alta ridiculez a diversas acciones que la noche antes te parecían sublimes, transgresoras e incluso imprescindibles: subirte a la barra del bar, desabrocharte la camisa, orinar en plena calle y todo ese repertorio de ocurrencias que suele tener cualquier persona que se pone hasta las orejas de alguna sustancia euforizante de las muchas que circulan tanto por los circuitos legales como por los clandestinos.

A estas alturas de civilización, no se conoce el caso de una sola persona que, en mitad de una francachela, se haya visto tentada por la sensatez a causa de la premonición de la resaca y se haya retirado a dormir antes de caerse a plomo: la resaca es la más olvidable de las desgracias humanas, y no hay libertino que se arredre ante el porvenir inmediato, pues la persona que disfruta da en creer que su estado de disfrute será eterno, y no hace falta indicar el porcentaje de razón que tiene en ese particular.

Por último, señalemos el desdén de la industria farmacológica por este mal endémico, para el que no existe cura, antídoto ni paliativo, a menos que otorguemos al ácido acetilsalicílico o al ibuprofeno unas cualidades mágicas de las que a todas luces carecen.

RESEÑA. Artefacto periodístico de unos dos folios y medio que suelen leer con lupa todos aquellos seres humanos que acaban de publicar algún artefacto narrativo de cuatrocientos o quinientos folios.

RESFRIADO. Un joven Charles Dickens se disponía a acudir a una prueba como actor, pero se lo impidió un resfriado. Si hemos de asentir a la conjetura de J.B. Priestley, «la literatura está muy en deuda con ese resfriado, pues Dickens era un actor nato y, de haber acudido a aquella prueba, le hubiesen contratado y se hubiera pasado el resto de sus días sobre un escenario».

RESTAURANTE LITERARIO. Una de las pocas emociones intelectuales que se derivan del hecho de ser dueño de un restaurante consiste en poder bautizar a capricho los platos que uno se inventa, aunque la invención meramente consista en rociar un lomo de besugo con una *mousse* de menta tras haberlo cocido en un batido de chocolate especiado con ajonjolí, pongamos por caso, pues la mente de un cocinero suele estar de sobra preparada para asumir cualquier atrevimiento estético de corte más o menos dadaísta.

Si yo abriese un restaurante, lo más probable es que tuviera que cerrarlo a las dos semanas, pero, al menos durante ese periodo, podría bautizar a mi gusto numerosos platos, y practicaría ese sacramento culinario con arreglo a la deformación profesional que todo escritor aplica, más o menos insensatamente, a las cosas de la realidad, pues en eso consiste lo esencial de su faena.

En la carta de mi ruinoso restaurante no faltarían el solomillo stendhal, los higaditos de faulkner al whiskey, los entrantes de chacinas galdosianas, el arenque de azorín a las finas yerbas, el ossobuco a la valle-inclán, el ragut darío, el filet villon, el besugo pasternak, el paté de poe, los lomitos de proust a la bechamel ni el flaubert de alcachofas. No creo que el mío fuese un restaurante serio si prescindiera en la carta de los buñuelos turguénev, de las cocochas de esturión al dostoiévski, del chuletón balzac, de la migala a la arreola, de los canelones mallarmé, de las truchas capote o de los pessoítas al oporto.

Los domingos ofrecería un menú-degustación a precio promocional, a saber: chestertones en su tinta, pechugas de pavo del condado de Wilde, huevecitos de kafka, monterrosos de dinosaurio y sesos de hamlet.

No sé, las cartas largas tampoco son muy buena cosa, porque los clientes se marean ante tantos manjares y no saben qué pedir, pero ¿cómo iba a privar a los paladares más refinados de los cogollitos de li po, del revuelto de joyce, del conrad de bacalao o de las delicias de ternerita nabokov?

El vino de la casa sería barato y popular: un Viña Campoamor, un Pérez de Ayala o un Sangre de Unamuno. ¿Los postres? No podrían faltar las riquísimas lampedusas de gato, los castizos buñuelos de baroja acompañados de un goethe al carajillo o los rollitos de kundera con sirope.

Bueno, no creo que mi restaurante tuviese mucho éxito ni que cooperase especialmente a la

difusión de la cultura universal, pero yo me lo iba a pasar en grande al poder exclamar cosas como «¡Marchando un cernuda poco hecho!».

RESURRECCIÓN. Palabra que contiene el crujido de la losa de un sepulcro al abrirse.

REVISTA POÉTICA. Publicación de pequeña tirada que suele ilustrarse con dibujos de ninfas desnudas –sus cántaros de flores junto al lago–, de efebos agitanados y bronceos, de sauces llorosos y de palomas de ojos inquietantes que vuelan por los márgenes en blanco de la página en que el poeta Crisóstomo Álvarez –o similar– expone al mundo su lamento de loco enamorado para difamar a las marcelas y a las amarilis más pérfidas y desdeñosas del universo, todo ello gracias al patrocinio de la Excelentísima Diputación Provincial que corresponda.

REYES, ALFONSO. Un cronista de pueblo con mentalidad de exegeta cósmico. Murió en su biblioteca, como determinado tipo de ratones.

REYES MAGOS. En la Biblia sólo se les menciona, muy de pasada, en el evangelio de san Mateo, donde son presentados como «sabios de Oriente», sin especificar su número, aunque algunos comentaristas se apresuran a deducir que son tres por ser tres las ofrendas: mirra, incienso y oro, cuya simbología, por cierto, da pie a complicadas interpretaciones que no vienen al caso. Si hemos de creer al pie de la letra –que es una mala forma de creer– lo que se nos cuenta en ese evangelio, aquellos sabios se fueron un poco de la lengua al informar al asustadizo Herodes de que en Belén acababa de nacer el rey de los judíos, puesto que su imprudencia los convirtió en causantes involuntarios de la llamada «matanza de los inocentes», que algunos cifran, mediante un cálculo sin duda hiperbólico, en ciento cuarenta y cuatro mil recién nacidos degollados por mandato del susodicho Herodes. En el evangelio del pseudo Mateo se nos asegura que los magos orientales llegaron a Jerusalén dos años después del nacimiento del Niño, de modo que, con arreglo a esto, Herodes debió de ordenar la matanza de niños de más o menos dos años de edad, ya que hubiera sido un derramamiento inútil de sangre el hecho de pasar a cuchillo a los recién nacidos, al no poder hallarse entre ellos el futuro rey de los judíos que la profecía de Balaam relacionaba con el advenimiento de una estrella.

Ninguno de los llamados padres de la Iglesia asegura que aquellos tres nómadas fuesen reyes, aunque Tertuliano, azote de herejes, los supone de estirpe real, en lo que coincide el obispo san Cesario de Arlés, defensor de la flagelación como método disciplinar para las monjas traviesas. Se supone que los magos fueron ascendidos a reyes porque la palabra «mago» tenía connotaciones antipáticas para la Iglesia –en pugna constante con las corrientes

gnósticas–, sobre todo a causa de sus desavenencias con Simón el Mago, que dio nombre al pecado de simonía y que, al parecer, se elevó sobre el cielo de Roma gracias a las artes del Príncipe de las Tinieblas, hasta que las oraciones de san Pedro y san Pablo lo hicieron desplomarse, quedando descalabrado y medio muerto, circunstancia en la que algunos quieren ver un ensayo de lo que le sucederá al Anticristo en el caso de que se anime a entrar en acción.

En cuanto al número de esos reyes o magos, las cifras enloquecen: la tradición siria, por ejemplo, dio por bueno que eran doce; en algunos sectores coptos fueron más rumbosos y elevaron ese número a sesenta. En el llamado *Evangelio armenio de la Infancia* –que se supone redactado en el siglo v– los reyes son tres y hermanos; por su parte, en el *Evangelio árabe* que se conserva en la Biblioteca Laurenziana de Florencia el número de reyes oscila entre tres, diez y doce. Y así sucesivamente. Parece ser que el primero que estableció la terna fue el alejandrino Orígenes, pero acabó siendo el papa san León quien, en un intento de poner orden en los cálculos, fijó su número en tres.

Y un dato práctico: en un manuscrito del siglo xiii se da por hecho que un remedio eficaz para la epilepsia consiste en murmurar al oído del afectado una jaculatoria en la que se repitan, como un mantra, los nombres de los tres magos y sus tres ofrendas.

RILKE, RAINER MARIA. 1) Aficionado a la angeología que acabó ejerciendo de *gigoló* lírico con princesas y duquesas de cualquier país, casi todas ellas pálidas o cloróticas y aficionadas a las Artes en general, fuesen cuales fuesen tales artes. 2) Según W.H. Auden, «el mayor poeta lésbico después de Safo».

RIMA. 1) Oropel del pobre. 2) Simetría acústica que hace que el público se entusiasme ante ella con la misma intensidad que ante los números capicúas premiados en la lotería. 3) «Ese exquisito eco que crea y contesta a su propia voz en la colina vacía de la Musa», según O. Wilde. 4) Según H. Poincaré, «el azar de una rima hace brotar un sistema de las sombras».

RIMA ALTISONANTE. *Vid.* Rima consonante.

RIMA ASONANTE. Esas vocales huérfanas que flotan por la galaxia acústica del poema, abandonadas por las consonantes, pero que, con todo, encajan simétricamente en nuestro oído con la levedad de dos pájaros de papel que chocan en el aire.

RIMA COLINDANTE. Especie de rima interna, no siempre voluntaria, que ocasiona un efecto sonoro parecido al de un tantán tocado al tuntún.

RIMA CONSONANTE. Disparos acústicos que perforan dos o más veces un mismo punto

de esa diana que es el tímpano de las selectas minorías que disfrutaban del *aba* con el *aba*, del *ía* con el *ía* o del *ando* con el *ando*.

RIMBAUD, ARTHUR. 1) Algo así, no sé, como el Billy el Niño de la poesía francesa, del que el pobre Verlaine estuvo a punto de convertirse en su Pat Garrett cuando no tuvo más remedio que pegarle un tiro. 2) El pintor Forain dijo de él que «apestaba a genio», aunque parece ser que lo único indiscutible era queapestaba. 3) Verlaine le pronosticó el siguiente futuro: «Cuando cumpla treinta años, será un burgués asqueroso y sumamente ordinario». El pronóstico se cumplió, aunque en versión exótica: un burgués codicioso y cimarrón, perdido en tierras de Abisinia, traficando con café, con armas y con chucherías. 4) Edmond Goncourt, en su diario, lo describe como «asesino y pederasta».

RIPIO. 1) Prótesis lírica inoperante. 2) Según J.R. Jiménez, «En verso rimado, ripio es lo que no se diría en verso libre; en verso libre, lo que no se diría en prosa cualquiera; en prosa cualquiera, lo que no se diría hablando exactamente». (En este texto en concreto, el ripio sería, pues, la palabra «cualquiera».)

RISA. En el diario de los hermanos Goncourt se lee: «La risa es el sonido de la inteligencia: algunas risas suenan tontas de igual modo que una obra teatral suena a falsa».

ROMANCE. Ristra de versos octosilábicos, rimados los que hacen pares en desahogadas asonancias, que procuran exponer a la humanidad los problemas de los gitanos con la Guardia Civil, o similares. *Ejemplo práctico:*

Por los olivos de bronce
van llegando los franceses
con las cabezas cortadas
de cinco terratenientes.
Sus pegasos de azabache
van cuajando los arneses
de espuma de un mar de sombra
y de una nieve caliente.
La luna parece el ojo
de un mago muerto en la nieve.
Con sus espadas de fuego
van requemando los puentes
los jinetes de la angustia,

heraldos siempre de muerte.
Bajo la noche cuajada,
turbia la luna de leche,
con sus trofeos de guerra,
van llegando los franceses.

(Luego aparece, en efecto, la Guardia Civil, y hay reyertas, y las navajas cortan el aire como anguilas venenosas, entre otros contratiempos.)

ROSA MÍSTICO. Por si a alguien le interesa, el rosa místico es el rosa que trasciende el rosa para ascender a una esfera en que el color rosa deja de ser rosa y deja a la vez de ser un color para convertirse en un arquetipo, en una fantasmagoría del rosa: el rosa invisible. El rosa que sólo se ve por dentro del rosa. El rosa en trance de elevación, de purificación, de camino a la nada.

El rosa místico es la entelequia sagrada del rosa, y apenas podemos percibirlo los humanos en el aroma de una rosa, de una rosa fragante de la que a veces se fuga el rosa místico, como materia sumamente volátil que es, y que muere unas horas después de haber muerto la rosa que le servía de soporte.

ROTA. Acogedora localidad gaditana en cuyas calles los que vamos a morir nos saludamos.

RUIDO. Cuando Gustav Janouch tenía diecisiete años conoció a Frank Kafka, de quien habría de convertirse en un meticuloso evangelista. Antes de eso, Kafka había leído algunos poemas del joven Janouch que el padre del joven Janouch le había pasado para requerirle un diagnóstico de las fantasías literarias de su hijo. En su primer encuentro, Kafka le comentó al poeta en ciernes: «En sus poemas hay todavía mucho ruido». Y creo que la sinestesia es impecable.

RUISEÑOR. Pájaro cantor al que han cantado a su vez muchos poetas, aun siendo muy pocos los poetas que lo han visto, lo que lo convierte en una especie de entelequia canora muy cantada.

S

SABER, EL. El afán de saber, la aspiración al conocimiento, implica en gran parte la nostalgia de un saber imposible, de un conocimiento inabarcable. Implica también una resignación: la de ejercer un mero tanteo en el misterio poliédrico del mundo, empezando por nosotros mismos, ya que, al fin y al cabo, no hay misterio mayor, ni con patrones más inestables, que el de la propia identidad: el misterio de sabernos, de aprendernos y de aceptarnos. El misterio insondable, en definitiva, de nuestra oscilación.

Quisiéramos tener la capacidad de concebir una metáfora de niveles complejos y a la vez ser capaces de resolver un problema matemático que se desplegara a lo largo de varias pizarras repletas de números y de símbolos, con aspecto de gran pictograma, de jeroglífico sometido a una secuencia perfecta e intransigente con cualquier desorientación. Al fin y al cabo, ambas cosas –la metáfora y el problema matemático– no son asuntos divergentes: tanto la una como el otro tienen la obligación de sugerir un desarrollo perfecto. Nos gustaría conocer el proceso por el que se fusionan los átomos y ser igualmente capaces de eternizar en un pentagrama la secuencia musical que nos transita por la imaginación –o por donde corresponda– con la fluidez de un pensamiento líquido. Nos gustaría, qué sé yo, ser capaces de construir un mueble con marqueterías de laberintos geométricos y acertar a reducir nuestra conciencia a una norma geométrica que nos permitiera interpretar, valorar y tal vez desentrañar los grandes conceptos: el de la eternidad o el de la nada, el de destino o el del sentido de la muerte, ya sea desde una ilusión de trascendencia o desde el abismo del descreimiento. Todos quisiéramos ser en las horas nocturnas el poeta de estirpe romántica que armoniza en rimas rotundas y con adjetivos contundentes la esencia de nuestra intimidad tormentosa y ser a la vez el astrónomo meticuloso que vigila los cuerpos celestes con la precisión y el celo de un centinela de los cielos.

Es tan complejo y fascinante el mundo, tan minuciosamente inabarcable, tan sobrecogedoramente magnífico, que su comprensión total nos conduciría tal vez no tanto a la sabiduría como a la locura. Afortunadamente quizá, pasamos por él con apenas unos datos, con apenas unas convicciones, con unas habilidades específicas, con una percepción liviana de este milagro inmenso en que nos hemos visto implicados por quién sabe qué cadena prodigiosa de azares.

SACRISTÁN. En su libro *Bardos ingleses*, lord Byron otorgó a Matthew G. Lewis, autor de la novela gótica *El monje*, la cualidad de «sacristán de Apolo» («*Apollo's sexton*»). Según cuenta el propio Byron, Lewis le preguntó una vez qué significaba aquello, y Byron confiesa que no supo qué responderle.

SAINETE. Según Torrente Ballester, «conjunto de escasas dimensiones, fácilmente abarcable de una sola mirada, que no se detiene en la aventura humana de cada cual». (Pues casi mejor así.)

SALINGER, J.D. Hay un hombre aquí en el pueblo, hijo de cantaor célebre y hermano de flamencos notorios, que, según se cuenta, canta muy bien por fandangos y por otros palos livianos, aunque su timidez le impide arrancarse en público, de manera que sus familiares han ideado un sistema que preserva tanto el fundamento de su tara como el disfrute universal de sus habilidades: meterlo dentro de la caja de cartón de un frigorífico, pues allí, encriptado, canta al parecer a su completo gusto, como si estuviera solo, como si el mundo no existiera.

SANTIDAD. Según la cervantina bruja Cañizares, «la santidad fingida no hace daño a ningún tercero, sino a aquel que la usa», aunque, a estas alturas de civilización, uno se permite sospechar que el daño suele ser extensible.

SAPO. En algunos cuentos de hadas, estado mutante de determinados príncipes, aunque siempre vuelven a su estado prístino, para tranquilidad de las jóvenes lectoras.

SASTRE. Isidoro R. Lapuya en su libro *La bohemia española en París a fines del siglo pasado* (se refiere, claro está, al xix), cuenta la siguiente historieta, tan descabellada como improbable: un sastre acudió por enésima vez al hotel en que se hospedaba Antonio Machado para reclamarle el pago de una deuda. El poeta estaba tumbado en la cama y, al ver al adeudado, «montó en cólera, echó mano a un revólver que tenía en el cajón de la mesa de noche» y el sastre se dio a la fuga, muriendo a los ocho días de aquello a causa del susto.

SENCILLEZ. Oigamos a Unamuno: «Con frecuencia, se habla de la naturalidad de un estilo, confundiéndola con la sencillez, y suponiendo, con suposición rara vez acertada, que lo sencillo es lo natural».

SENECTUD. Etapa de la vida en que suele confundirse la sabiduría con el cansancio. Incluso cuando tal sabiduría se manifiesta, suele tratarse de una sabiduría cansada.

SENSATEZ. A todo artista de prestigio o de éxito le trae más cuenta considerar que lo suyo se limita a dar el pego que atribuirlo al talento, porque de ese modo es más fácil que acierte.

SENTIMIENTO. Algo que casi siempre se equivoca, pero que casi siempre tiene razón.

SER. En un poema, el argentino Ricardo E. Molinari arriesga la hipótesis tal vez temeraria de que «el ser es una isla sin un clavel».

SERRANILLA. Composición lírica de origen medieval que todo caballero que tuviese un lío con una pastora se veía obligado a practicar con gentileza, en parte para remediar los posibles estropicios y en parte para hacer alarde público de su falta de prejuicios sociales, al menos en los escenarios bucólicos.

SEXTINA. 1) El cubo de Rubik puesto en verso. 2) Festival de palabras con problemas de personalidad semántica poco definida. 3) Seis palabras que asisten por separado a un baile benéfico en favor del arte y que acaban emparejadas casualmente en la estrofa final – esas extrañas parejas casuales encerradas en el estrecho zulo de un endecasílabo, condenadas a entenderse...

SHAKESPEARE, WILLIAM. 1) Según Samuel Johnson, alguien que no podía escribir seis versos seguidos sin meter la pata. 2) «La fama indiscutible de que goza Shakespeare como escritor representa, como toda mentira, un mal enorme», se lamentó Tolstói. 3) En los documentos que se conservan en Stratford-upon-Avon, el apellido Shakespeare presenta veinte grafías distintas, aunque se conocen más de ochenta: Sakspere, Saxper, Schaftpere, Chacsper o Shasspeere, por ejemplo. Por otra parte, se conocen hasta seis grafías diferentes en la firma del propio Shakespeare: Shakp, Shakspe, Shaksper... Sólo le faltó, en fin, adoptar un pseudónimo. 4) El millonario y coleccionista de arte Walter Arensberg (que también fue poeta, muy amigo de Wallace Stevens y de Duchamp) creó en 1937 la Fundación Francis Bacon, cuyo objetivo primordial consistía –y consiste, porque sigue en activo– en demostrar que Bacon era el autor de las obras de Shakespeare. (A este respecto, James Barrie dijo: «No sé si Bacon escribió las obras de Shakespeare, pero si no lo hizo, perdió la oportunidad de su vida».)

SILENCIO. 1) Elemento recurrente del refranero: «La poesía del silencio –dijo Morgan– la practican aquellos que ni callan ni otorgan». 2) Motivo de facundia teórica entre poetas de las Islas Canarias. 3) Según un personaje de Graham Greene, algo que sólo se puede soportar cuando uno está feliz o al menos sosegado.

SIMBOLISMO. Anthony Burgess le supone un carácter degenerativo o ascendente, según se mire: «Si se lleva el simbolismo lo bastante lejos, llegamos al surrealismo».

SINALEFA. 1) Procedimiento pasional por el que una vocal se une a otra para formar un ente platónico que logra sobrevolar ese foso con caimanes que separa la soledad sonora existente entre dos palabras. 2) Adhesivo vocálico.

SINCERIDAD. En *Pálido fuego*, de Nabokov, leemos: «Cuando oigo a un crítico hablar de la sinceridad de un autor, sé que el crítico es tonto o que es tonto el autor».

SINÉCDOQUE. 1) Figura retórica que equivale a decir «Sopa de gallina», ya que sólo el alma de la gallina es la que está sujeta a transustanciarse en el caldo. (No confundir con metáfora: «Gallina hecha una sopa bajo la lluvia».) 2) En concordancia con el delirio crónico en que vivía, Rudolf Hess proclamó: «Alemania es Hitler y Hitler es Alemania». Es decir, mezcló una sinécdoque y una metonimia, en una conjunción que resultaba terrible, porque en aquel momento era cierta. Unas décadas más tarde, la previuda de un poeta célebre repitió el esquema, aunque por fortuna en un registro meramente cursi: «Alberti es el mar y el mar es Alberti».

SINESTESIA. La memoria que huele el tacto de un cuerpo ausente, el tacto que ve la textura de un objeto que nunca existió, el ojo que saborea un paisaje envuelto en una niebla imaginaria...

SINÓNIMO. 1) Palabra con sosias. 2) Al entender de Aristóteles, algo útil para el poeta, aunque peligroso en boca del sofista.

SIRENA. Hace ahora un par de años que murió Ezequiel Villar, marinero de mi pueblo que alardeaba de haber visto una vez, en sus diarias navegaciones de faena por la bahía, a una sirena. «Hablaban como los sordomudos», según precisaba, aunque las descripciones que ofrecía de ella eran cambiantes y a veces incluso contradictorias, lo que no quitaba credibilidad a su relato, que casi todo el mundo acordó dar por bueno, en parte por compasión y en parte por no llevar la contraria a Ezequiel Villar, que nunca se la llevó a nadie, ni siquiera a sí mismo, por mucha fantasía que contuvieran las cosas que se le anclaban en la mente.

SNOB. Según la lengua profesionalmente afilada de Thackeray, algo que Dios creó a la vez que el mundo.

SOMNÍFERO. Aunque los del gremio lo tenían fácil, ningún publicitario se ha valido de Calderón de la Barca: porque la vida es sueño, tome hipnotex. (Pongamos por caso.)

SONETO. 1) Catorce versos de once sílabas cada uno suman ciento cincuenta y cuatro artísticos porrazos en el tímpano de los trescientos veinticuatro oyentes del poema premiado en las xviii Justas Poéticas de Sanlúcar la Menor –y las rimas en *a-beee-beee-a* flotando en el teatro y formando alrededor de la gran lámpara de lágrimas de cristal el murmullo de un rebaño de ovejas arcádicas. **2)** Composición definible mediante su propia realización:

El soneto es un rígido artefacto
para esencias de escaso fundamento
o de grande valor, según el tiento
de quien pulse la lira y de su tacto.

El soneto es trivial cuando ipso facto
se ocupa de un reciente sentimiento
o se vuelve elegiaco en su momento,
tras llenarse de espinas como un cacto.

El soneto es un lirio petrarquista
o puede ser un bodrio vanguardista,
pero tiene contados sus renglones.

No es propicio al discurso relajado
ni a los ritmos que suenan a cascado
por problemas, en fin, de acentuaciones.

3) Andamiaje silábico que posee en ocasiones la inútil facultad de no significar nada: la melodía de un pájaro hueco. *Ejemplo práctico:*

La nieve en el dorado monumento
del príncipe Klosowsky, allá en Cracovia.
El masoquista inglés que tuvo novia
y la perdió en el póquer del tormento.
El forofo del 4º mandamiento
y el arquitecto zurdo de Varsovia.

El topo que padece claustrofobia
y el áspid quiromante y virulento.

El alacre poeta de Turquía
que publica romances en opúsculo.
La sombra algo gatuna del perrero.

La prima del demonio en lencería
y el fiel bonapartista del crepúsculo
montado en el caballo de Espartero.

4) Composición de carácter narcisista. Ejemplo:

Ha de importarte poco el primer verso,
pues es un mero trámite sonoro
parecido al que cumple cualquier loro
que intenta describir el universo.

El verso quinto, en cambio, ha de ser terso,
pues viene a ser la llave del tesoro
de rimas y metáforas de oro
que se esconde en el alma del perverso

verbal que es el poeta desde antiguo.
El reino del terceto son dos islas
—y hemos dejado atrás la principal.

Así que aquí se acaba nuestro exiguo
recorrido retórico, pues «islas»
tiene una rima mala y anormal.

5) Según el gusto de Pío Baroja —que confesaba sentir por el soneto «una profunda repulsión» y que le parecía aún más desagradable que la octava real, que ya es decir—, «una manifestación de pedantería antipática».

SOSIEGO. Como en todo juego de azar, el rumbo de una vida puede cambiar en un instante.

Se trata de una posibilidad esperanzadora pero también terrible: el imprevisto punto de inflexión, la falla repentina, la dislocación inesperada de un destino que resultó no ser tal.

Las conjugaciones de la casualidad resultan caprichosas e insondables: el hecho de estar en una calle determinada en un día determinado a una hora determinada puede proporcionarnos una muerte ridícula o una fortuna en forma trivial de boleto de lotería, puede abocarnos a un amor o a un atraco, a un encuentro decisivo o a un desencuentro igualmente decisivo con respecto a... no sabe uno qué.

«El rasgo distintivo de todo lo existente es su monotonía», escribió Nabokov. El sosiego tal vez no sea más que la intersección del tiempo con la nada, y en ese sosiego rutinario suele transcurrir la existencia de casi todos, hasta que, de repente, en un día de tantos, sin aviso ni señal, el vivir se convierte en aventura, y nos quedamos sorprendidos, y nos preguntamos cómo puede estar ocurriéndonos lo que está ocurriéndonos, y así vamos tirando... de nosotros mismos, sin sosiego ni nada que se le parezca.

STERNE, LAURENCE. Leyó a Cervantes, inventó a Tristram Shandy, lo metió en una jaula y montó un circo prenatal.

SUCCÈS DE SNOBISME. Por desgracia –o tal vez no, quién sabe–, concepto aplicable a casi cualquier tipo de éxito.

SUEÑO. 1) Resulta lógico que casi todos los animales durmamos, ya sea de noche o de día, según nuestro sistema peculiar de depredación o de lo que sea, pero lo que no resulta lógico –ni tal vez aceptable– es que tengamos que soñar mientras dormimos. ¿Para qué sirve un sueño si no eres un oniromante como Artemidoro o como Sigmund Freud? Para nada, y la mayoría de las veces para pasar un mal rato.

Nos dormimos cuando el cuerpo se nos vence, y se supone que dormimos para descansar, aunque la mayoría de las veces nos despertamos más agotados que cuando cerramos los ojos, porque los sueños nos han trasladado a junglas difíciles, nos han hecho viajar en globo aerostático, nos han brindado la ficción de ser perseguidos por un tigre o nos han arrojado a un abismo, entre otras acrobacias. El guión de los sueños suele ser proclive a las acciones de alto riesgo, y no conozco a nadie que haya soñado que duerme tranquilamente en su cama, que sería al fin y al cabo el sueño idóneo: soñar que no se sueña.

El concepto de pesadilla define la condición infernal del sueño, lo que no quita que todo sueño sea infernal a su manera, pues no existe sueño que no parezca ser guiado por mano diabólica. Incluso el aventurado que sueña con su actriz predilecta acaba afligido a los dos o tres segundos de despertar, cuando comprueba que todo fue una fantasía sin más fundamento

mental que la frustración, y entonces puede caer en la pesadilla de la vigilia, y ensombrecerse mucho por dentro, porque se da la circunstancia de que no hay sueños imposibles, al poderse soñar en teoría con todo, pero resulta que el hecho de soñar un sueño imposible tiene el efecto paradójico de evidenciar su imposibilidad.

La capacidad de soñar debería ser algo insólito, reservado a los magos y hechiceros de la tribu y negado a la gente corriente. «Ese sueña», diríamos con respeto, con asombro y con algo de conmiseración. De ser así, podrían montarse espectáculos con los soñadores, que relatarían a los durmientes puros sus peripecias oníricas: «Anoche soñé que cruzaba un puente líquido y me topé de frente con un basilisco que resultó ser el alma en pena de mi tío Camilo Gómez, el que se fue a vivir a La Pampa argentina y regresó de allí con cinco dientes de oro. Cuando le dije que era su sobrino, el basilisco se transformó en Uri Geller, el que doblaba las cucharas con el poder de su mente, que se empeñó en invitarme a tomar el té en el castillo de Barba Azul...». Y la gente aplaudiría tras la narración de los disparates. **2)** Conocí a un hombre que vivía mortificado por los sueños, pues no lograba olvidarlos, que es lo que solemos hacer casi todos incluso antes de despertar. Recordaba, uno por uno, todos sus sueños, o eso decía. Visitó a médicos de muchas especialidades, aunque ninguno supo librarle de su padecimiento. Murió hace un par de meses, con los ojos muy saturados de horrores aleatorios. Sus últimas palabras fueron: «Ojalá el sueño eterno no sea eterno». Ojalá. **3)** Se cuenta del desdichado poeta que se hizo llamar Saint-Pol-Roux, especie de antepasado inmediato de los surrealistas, que, cuando se retiraba a dormir, colocaba en la puerta de su dormitorio un cartel que rezaba: el poeta trabaja. **4)** «El sueño es una segunda vida», según el desventurado Gerard de Nerval, que añade la siguiente angustia a su apreciación: «No he podido cruzar sin estremecerme esas puertas de marfil o de cuerno que nos separan del mundo invisible». **5)** Johann Peter Hebel, el ilustrado cura luterano, relató en 1808, en su almanaque titulado *Cofrecillo de joyas del amigo de la casa renano*, la breve historia del soñador precavido: el forastero que llega a la casa de huéspedes y que, tras desvestirse en el dormitorio comunal, se calza unas pantuflas y se mete en la cama. Otro huésped le pregunta a qué se debe esa extravagancia y obtiene esta respuesta: «Es por si acaso. Una vez pisé en sueños un trozo de cristal. Mientras dormía, sentí tales dolores que por nada del mundo volvería a dormir descalzo».

SUICIDIO. 1) Al criterio de Nabokov, un absurdo despilfarro del Yo. (Aunque en uno de sus relatos leemos: «Un hombre que ha decidido matarse es un dios».) **2)** Por no se sabe qué motivo, fenómeno frecuente en las novelas que se jactan de ser un reflejo de la vida y, en cambio, y cabe suponer que por fortuna, bastante insólito en nuestros barrios respectivos. **3)** Según Macedonio Fernández, algo que debe esperar hasta tener razón. **4)** Según González-

Ruano, «un accidente de la voluntad». **5)** En algunos casos, es posible que responda a un sentir pueblerino: llegar a la conclusión de que el mundo entero se hunde cuando se hunde nuestro mundo insignificante.

SUPERSTICIÓN. **1)** De nuevo Nabokov: «En ocasiones, la superstición puede no ser sino una sabiduría disfrazada». **2)** Atribución de cualidades paranormales a elementos cotidianos; por ejemplo, a una escalera o a un gato negro. **3)** Benjamin Constant lamentó que sus contemporáneos sólo viesen el lado ridículo de la superstición, que, según él, tiene sus raíces en el corazón del hombre. **4)** El por si acaso.

SUPLEMENTO LITERARIO. El cirujano amarrado a la mesa de operaciones, abierto en canal por suspicaces enfermeros.

SURREALISMO. **1)** La lógica estética que existe entre el mecanismo de un embudo y el sonambulismo de una garza, por ejemplo, según el libre criterio de personas adultas. **2)** Bricolaje aplicado al subconsciente. **3)** Según Francis Picabia, «una imitación pobre del dadaísmo». **4)** Empresa que tuvo a André Breton como evangelista, como profeta y como mártir al mismo tiempo; a Louis Aragon como burócrata stalinista, a Max Ernst como galán, a Dalí como bufón, a Peggy Guggenheim como dama chuleada, a Man Ray como fotógrafo oficial, y así sucesivamente.

T

TABACO. La implantación del consumo de tabaco en Europa no estuvo libre de controversia, quizá porque no hay asunto en el universo que no resulte controvertido de por sí. Un diplomático alemán del siglo xvii describió los efectos del fumar como una «borrachera de nubes», en tanto que el predicador jesuita Jakob Balde optó por una definición ingeniosa: «una ebriedad seca». A falta de argumentos, unos ensalzaban al buen tuntún su consumo, otros lo censuraban y algunos lo satirizaban, como les sucede, en fin, a casi todas las cosas del mundo, empezando por Dios y terminando por una pipa. Y hablando por cierto de Dios: según dicen quienes saben, algunas órdenes sufíes, tendentes a la experimentación teológica por medio de sustancias estimulantes, vieron en el consumo de tabaco un medio para acercarse a la divinidad, opinión que no compartían determinados ulemas, denunciantes de los males psicotrópicos que causaba tal producto, a pesar de que el sabio Al-Zadibi había llegado a la conclusión de que el tabaco resultaba beneficioso para la curación de la disnea, de las hemorroides y –lo que es más milagroso– de la tos crónica. La medicina europea de los siglos xvii y xviii, por su parte, atribuyó al tabaco propiedades estupendas: actuar contra la hidropesía, paliar las dificultades respiratorias y anular los pensamientos lúbricos propios de los varones ociosos.

En nuestros días, el tabaco pasa por ser uno de los grandes venenos legales, por mucho que dijeran Al-Zadibi y los demás sabios del pasado, y es el único producto consumible que lleva advertencias aterradoras en el envase, lo que no parece intimidar al fumador, individuo arrojado y valiente donde los haya, al menos hasta que el médico le diagnostica alguna cosa irremediable, porque entonces el arrojo y la valentía tienden a encoger.

El componente estelar del tabaco es la nicotina, sustancia que debe su nombre al diplomático Jean Nicot, que fue quien introdujo el tabaco en Francia, allá en el xvi. Dudamos que, con arreglo a los vientos sociológicos que soplan con respecto al tabaquismo, a monsieur Nicot se le tributen homenajes y se le erija una estatua en su país natal, a pesar de la afición gala a ensalzar a sus lumbreras.

Hasta hace poco, el fumador vivió una especie de edad de oro: un tiempo mítico en que podía fumar en los hospitales, en los trenes, en los autobuses, en los organismos públicos, en la oficina... Hoy lo tiene imposible incluso en los bares, de modo que podemos afirmar que el fumador ha pasado de la reluciente edad de oro a la edad de las profundas tinieblas,

circunstancia inquietante que le hace fumar más, pues suele tener el tabaco fama de paliativo psicológico ante las adversidades y las desazones. Tanto es así que en los siglos xvii y xviii los médicos recomendaban el consumo de tabaco a los trabajadores del intelecto: «Todo aquel que estudia debe fumar mucho para evitar que los espíritus se dispersen o circulen con lentitud, con lo que impiden que el entendimiento capte las cosas especialmente difíciles», según daba por hecho el médico holandés Beintema von Palma, que en nuestros días sería expedientado y puesto bajo la tutela correctiva de un psicólogo. Así que mucho cuidado con la bibliografía tabaquera.

TACAÑERÍA. Cuando Sylvia Beach se decidió a publicar *Ulises*, de James Joyce, envió una circular a un buen número de personalidades en la que les proponía una suscripción para sufragar los costes de edición de la novela. La respuesta de George Bernard Shaw fue la siguiente: «Si usted cree que un irlandés –un irlandés de cierta edad, digamos– está dispuesto a desembolsar ciento cincuenta francos por un libro como ese, es que no conoce a mis compatriotas».

TACAÑO. Mi difunto convecino E.F.R., oftalmólogo de profesión e incondicional de la novelística rusa y de la poesía rimada, era capaz de diagnosticar, sin gafas, un ligero estrabismo incluso a una pulga recién nacida, pero aprendió a leer en braille para no gastar luz por las noches.

TALENTO. 1) Aplicado a uno mismo, apreciación que no suele tener una justa correspondencia universal. 2) Amiel anotó en su *Diario íntimo* lo siguiente: «El talento consiste en hacer fácilmente lo que para los demás es difícil; hacer lo que le resulta imposible al talento, he ahí al genio».

TAXI. Vehículo gestionado por un gremio que, al margen de su conflictividad laboral, ascendió al ámbito de la conflictividad lírica cuando Luis García Montero escribió el verso «Tú me llamas, amor, yo cojo un taxi», que irritó lo indecible a un buen número de poetas del siglo xx que aún iban a buscar en carroza a su amada, cabe suponer que cautiva en un castillo, en concreto en una torre rematada por un chapitel tan puntiagudo como una espina de una rosa de Ronsard.

TEMA. Es conocida –al menos en mi pueblo– la máxima de Marco Porcio Catón: «*Rem tene: verba sequentur*» («Atente al tema: las palabras vendrán por sí solas».)

TEOLOGÍA. A niveles profesionales, digamos, se trata sin duda de un asunto complejo, en armonía con la complejidad de la materia tratada, porque siempre resulta intrincado divagar

sobre seres invisibles, pero, a niveles populares, la complejidad tampoco se queda manca: hay gente convencida de que, cuando llegue a las puertas del Cielo (ahí empieza el lío: un Cielo con puertas), Dios en persona puede decirle: «Hola, Manuel Bermúdez Reinoso, español, natural de Priego, provincia de Córdoba, fallecido a los sesenta y ocho años de edad, casado y con dos hijos. No creas que no sé que el primer viernes de Cuaresma de 1981 te comiste un entrecot de ternera poco hecho y con guarnición de coles de Bruselas y que tres días más tarde tuviste el pensamiento de tirarte a la carnicera rubicunda del mercado de abastos. Pero, con arreglo a mi infinita misericordia, vas a disfrutar de la eternidad ante mi presencia refulgente, así como de los placeres incomparables del Paraíso, porque jamás faltaste a misa ni te quitaste del cuello un solo día la medalla de oro de la Virgen de la Morera que te regaló tu tía Consuelo cuando hiciste la primera comunión. Eso sí: te castigo a no poder recordar el sabor de la carne de ternera de aquí a seiscientos sesenta y ocho años. Pasa, hijo mío». (Y Bermúdez pasa.)

THOMAS, DYLAN. Kingsley Amis nos dejó la siguiente apreciación: «Thomas era un hombre extraordinariamente desagradable que estafaba y robaba a sus amigos y que se meaba en sus alfombras», habilidades que no impidieron a este amigo incómodo declarar que, en contra del credo surrealista, las imágenes, «antes de llegar al papel, deben atravesar todos los procesos racionales del intelecto», filtros que, según parece, no tenía en cuenta en lo referido a la conservación de las alfombras del prójimo.

THOR. Dios de los antiguos pueblos del norte. Su atributo defensivo era un martillo con poderes tan impensables como prácticos; entre ellos, el de aniquilar gigantes. Cabe suponer que, por puro provincianismo, no es el patrón de nuestros ferreteros, dignidad que recae en san Eloy, patrono a su vez de los orfebres y herreros, profesiones ambas que el santo ejerció en vida mortal, aunque a veces mediante métodos heterodoxos: se cuenta que, ante el encargo de herrar un caballo indócil que no paraba de cocear, le cortó una pata, la herró cómodamente sobre un yunque y luego volvió a colocársela sin más cirugía que la del milagro.

TIEMPO. 1) El concepto mismo de «tiempo» es fascinante, pues supone dar entidad a la más enrevesada, a la más etérea, a la más inasible, a la más indefinible y a la más aterradora de todas las abstracciones.

Por lo demás, ¿quién conoce una buena definición del tiempo? Yo no, desde luego, y les confieso que la he buscado con ahínco, con ese ahínco con que uno busca formulaciones para todo aquello que admite a duras penas una formulación. Y me refiero sólo a eso: a una mera definición aceptable, no a una explicación reveladora. Una definición engañosa, o incluso

ingeniosa si no hay más remedio, una definición tan simple como la que un diccionario puede darnos del concepto «pepinillo», a saber: «Pepino pequeño encurtido». Algo así.

Porque el caso es que abre uno el diccionario, localiza el término «tiempo» y lee lo que sigue: «Medio imaginario en que transcurre la sucesión de los cambios, los fenómenos y los hechos de todo lo existente, y cuya unidad de medida fundamental es el día». Es decir, estamos ante una definición que tiene una primera parte de esencia lírica (ese «medio imaginario» en el que suceden o pueden suceder todas las cosas, igual que en los bosques encantados) y una segunda parte digamos pedestre («cuya medida fundamental es el día», porque ¿en qué lugar dejamos las horas valiosas que huyen a paso ligero hacia la nada, las medias horas que se pasan volando, los modestos cuartos de hora, los minutos que se van como saetas, los segundos que, antes de que nos dé tiempo a pensar siquiera en ellos, ya se nos han muerto de vejez en la antesala del pensamiento?).

Son muchos los filósofos que han dedicado sus ocios esforzados a la tarea de desentrañar la dinámica y la esencia del tiempo. Pero el problema que tienen los filósofos es que casi nadie lee lo que escriben, ya que hay que tener mucha presencia de ánimo para llegar a una librería y llenar un cesto con libros que desvelan los novísimos avances en ontología o que glosan las ideas temporales de Bergson, entre otros pasatiempos.

Lo único que sabemos con certeza del tiempo es que mantiene una relación tensa y antagónica con nuestros deseos relativos al tiempo: si queremos que el tiempo pase deprisa, el tiempo se calza sus botas de plomo y anda a pasos de pingüino; si ansiamos, por el contrario, que un tramo de tiempo se demore lo más posible, el tiempo se calza sus zapatillas de deporte y se pone a correr. Esa falta de coordinación conduce a serios malentendidos y, sobre todo, a que alimentemos una suerte particular de rencor con respecto al tiempo, hasta el punto de que el tiempo ha sido insultado con verdadera saña en multitud de poemas.

2) Según Cervantes, algo que «suele dar dulce salida a muchas y amargas dificultades».

3) El poeta Herrera y Reissig lo vio como «el Patriarca de los Siglos, a quien ninguno conoce».

TILDE. Elemento que está siempre en suspensión.

TIRO EN LA FRENTE. A lo largo de una entrevista, Guillermo Cabrera Infante comenta: «Leí veinte páginas de *Cien años de soledad* y, cuando la gente empezó a volar, me recordaba a Mary Poppins».

TÍTULO NOBILIARIO. El rey Juan Carlos I concedió el título de marqués de Púbol a Salvador Dalí. Ignoro el grado de intimidad que mantiene ese monarca con los fantaseos estéticos, pero, sea cual sea tal grado, me permito sospechar que perdió una ocasión

inmejorable para liberar la titulación nobiliaria de la esclavitud que le imponen los topónimos, sobre todo si la titularidad no va unida a la propiedad de la tierra designada por el topónimo en cuestión. A Dalí le pegaba más ser marqués de los Relojes Blandos. O conde de los Elefantes Zancudos. O duque de las Hormigas Deambulantes. O barón de las Entelequias Sonámbulas. Pero ese es quizá el problema de cualquier rey contemporáneo: no sólo no poder hacer lo que le dé la gana, sino ni siquiera poder ser contemporáneo de sí mismo.

TÓPICO. Filosofía, sociología o antropología de garrafón.

TOS. En su «Oda a Julián del Casal», Lezama Lima da por supuesto –su motivo tendría, aunque nosotros no acertamos a sospecharlo siquiera– que su paisano y colega de versos «espolvorea la máscara de combatientes japoneses» con su «tos alegre».

TRADICIÓN. 1) Vanguardia que, tras lograr su propósito, se queda petrificada por la sorpresa. 2) Eugenio Montale apreció lo siguiente: «Donde por tradición no se entienda un muerto peso de esquemas, de leyes extrínsecas y de costumbres, sino un íntimo espíritu, un genio de raza, una consonancia con los espíritus más constantes expresados por una tierra, resulta un tanto difícil proponerse un modelo exterior de tradición, sacar de ella una enseñanza precisa. La tradición no la continúa quien quiere, sino quien puede, tal vez quien menos lo sabe». (Usted mismo, tal vez; o cualquier familiar suyo.)

TRADUCCIÓN. El primer verso de *Adonais*, de Shelley, dice así: «*I weep for Adonais –he is dead!*». Vicente Gaos lo tradujo de este modo: «Murió Adonais y por su muerte lloro». Lorenzo Peraile, unos años después, optó por traducirlo –por razones que por desgracia se nos escapan– de este modo tal vez sobresaltado: «¡Oh! Por Adonais lloro. ¡Oh! ¡Está muerto!». (Sí, exactamente eso: ¡oh!) (Por cierto, y como todo el mundo sabe, Shelley escribió ese poema a la muerte de Keats. En una carta dirigida a su amigo Hoggs en 1821, le pregunta Shelley: «¿Has visto el poema que escribí a la muerte de Keats, un joven escritor de mal gusto, pero de extraordinaria fuerza?».)

TRAMA. Norman Friedman se ha entretenido en clasificar los tipos de trama en tres grandes grupos, a saber: las tramas de fortuna (abarcadoras de la trama de acción, de la trama melodramática, de la trama trágica, de la trama punitiva, de la trama sentimental y de la trama apologética), las tramas de personaje (que incluiría la trama de madurez, la trama de reforma, la trama de la prueba y la trama de la degeneración) y las tramas de pensamiento (en cuyo lote irían la trama educativa, la trama de revelación, la trama afectiva y la trama de

desilusión). Quien tenga interés en desentrañar esta tramoya de tramas que lea, en fin, a Friedman; quien no, que mantenga la conciencia tranquila. 2) Ortega y Gasset, que no dejaba jardín ajeno por podar con sus tijeritas de manicuro, arriesgó la siguiente suposición: «La acción o trama no es la substancia de la novela, sino, al contrario, su armazón exterior, su mero soporte mecánico. La esencia de lo novelesco –adviértase que me refiero tan sólo a la novela moderna– no está en lo que pasa, sino precisamente en lo que no es “pasar algo”, en el puro vivir, en el ser y el estar de los personajes, sobre todo en su conjunto o ambiente».

TRAMPANTOJO. Palabra muy fea para designar un concepto muy bonito: transformar en espejismo lo evidente.

TRELAWNY, EDWARD JOHN. Aventurero inglés nacido en 1792 y muerto en 1881. Viajó a Italia para conocer a Shelley, a quien rindió devoción absoluta, y, de rebote, conoció a Byron, a quien acabó admirando tanto como detestando, aunque con más tendencia a lo segundo que a lo primero. De su breve amistad con ambos dejó testimonio en *Memorias de los últimos días de Shelley y Byron*.

Byron dijo de él: «Trelawny era un hombre excelente hasta que le dio por imitar a mi Childe Harold y a mi don Juan». Mary Shelley, por su parte, lo definió como «un ser extraño y, sin embargo, maravilloso, dotado de genio, gran fuerza de carácter y capacidad de sentir, pero destruido por *no ser nada*».

Entre otras cosas, Trelawny narra en su libro el hallazgo del cadáver de Shelley tras haber naufragado el poeta en el *Don Juan*, su embarcación de recreo, naufragio sobre el que circuló la leyenda –apoyada por el novelero Trelawny, en contra de todas las evidencias– de que fue provocado por unos piratas. El cadáver de Shelley apareció en la orilla, devuelto por el mar, cerca de Viareggio. Tenía descarnadas la cara y las manos. Llevaba en un bolsillo de la chaqueta un libro de Sófocles y en otro los poemas de Keats.

Cuenta Trelawny que, tras la ceremonia de incineración de los restos de Shelley, el corazón permaneció intacto. (Otras versiones sostienen que le fue extraído antes de la incineración y que lo conservó su viuda Mary, inventora –al fin y al cabo– del monstruo de Frankenstein.) (Trelawny, por cierto, propuso matrimonio, aunque en vano, a la viuda de su amigo.)

Byron, como ustedes saben, murió en Missolonghi. Allí acudió Trelawny, que nos cuenta que, mientras velaba a solas el cuerpo de Byron, no pudo reprimir la curiosidad de echar un vistazo a los pies del difunto, cuya deformidad fue fuente de sufrimiento estético para el poeta, aquejado de una cojera que, según parece, intentaba disimular mediante el procedimiento de andar a toda prisa. Desvela el curioso: «Tenía los pies deformes y las

piernas atrofiadas hasta la rodilla: la forma y los rasgos de un Apolo, con los pies y las piernas de un sátiro».

Trelawny está enterrado en el cementerio protestante de Roma, junto a la tumba de Shelley.

TRISTEZA. 1) Henri de Régnier la definió como «sepulcro de silencio y tumba de la belleza». 2) Cervantes: «Las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres, pero si los hombres las sienten demasiado, se vuelven bestias».

TROVADOR. Antepasado directo y rudimentario de los actuales poetas fonéticos que acostumbran entonar sus revolucionarias romanzas guturales («Agragaún, grinje, Ingrid») durante las jornadas sobre nuevas formas de expresión poética organizadas por los modernos seminarios de literatura de las más prestigiosas universidades del mundo, incluida la de Valladolid.

U

ULTRATUMBA. 1) Palabra que parece tener el eco incorporado en cada una de sus sílabas.
2) El prefijo «ultra» le añade un matiz esperanzador, aunque nunca faltará quien se confunda y se ponga a excavar el fondo de su ataúd, de modo que la ultratumba acabe siendo una tumba más honda.

UNICORNIO. Especie extinguida por su falta de decisión a la hora de embestir.

UPDIKE, JOHN. En uno de sus relatos atribuyó a la muerte ese olor a polvo de tiza que hay cerca de la pizarra en las escuelas.

UTILIDAD DEL ARTE. Baudelaire procuró zanjar la cuestión de modo telegráfico: «¿El arte es útil? Sí. ¿Por qué? Porque es arte».

V

VACÍO. Según la impresión que tuvo Raymond Chandler, no hay nada tan vacío como una piscina vacía.

VALENTE, JOSÉ ÁNGEL. Aparte de otras cosas de mayor mérito, algo así como la lady Macbeth de algunos poetas canarios.

VALLE-INCLÁN, RAMÓN MARÍA DEL. Imaginemos que un pájaro carpintero talla en el tronco de un árbol el marco de un espejo rococó. Imaginemos que luego le coloca un espejo cóncavo o convexo. «¿Y para qué haría nadie, ni siquiera un pájaro loco, tal cosa?», se preguntarán ustedes. Pues muy sencillo: para que la gente que pase por allí se vea como monstruos deformes, y que eso le provoque la risa y el pasmo, no se sabe bien por qué razón.

VANGUARDIA. 1) Tradición en precario. 2) Práctica de riesgo que, cuando se limita a contradecir el presente, acaba siendo arqueología en el futuro.

VANGUARDISTA. Persona que alimenta la superstición de que el presente puede ser el futuro.

VANIDAD. 1) Por lo común, un enano sentado en un trono en el que cabrían cuatro o cinco más como él. 2) Un error en la suma.

VASO. Un vaso es un objeto pequeño y muy simple, y para colmo suele ser transparente, a pesar de lo cual ocupa bastante espacio en el diccionario de la Academia, en el que encontramos acepciones que no tienen nada que ver con lo que entendemos por lo común por vaso: «Conducto por el que circula en el vegetal la savia o el látex», por ejemplo. O bien el concepto que esconde la expresión figurada «vaso de elección», a saber: «Sujeto especialmente escogido por Dios para un ministerio singular».

En otro diccionario más añejo, el de Covarrubias, se nos informa de que la expresión «no tener vaso» significa «no ser capaz para recibir doctrina y enseñanza», y se nos precisa también la existencia de los llamados «vasos de honor», que eran los que se exhibían en mesas y aparadores de casas principales, en contraposición a los que sólo eran aptos para uso de cocina y «para las cosas inmundas, y estos son contumeliosos y retirados de la

presencia del señor», al igual que ocurre con el alma de los justos y de los pecadores, según precisa Covarrubias.

Un vaso de cristal incoloro lleno de agua es quizá la cosa más misteriosa que pueda uno ver, pues es de visión difícil, al estar más pendiente uno de lo que se transparenta a través del vaso que del vaso en sí. Observar un vaso de agua exige, en definitiva, un proceso parejo de abstracción y de concentración, gracias al cual llegaremos a la visión de lo casi invisible, lo que es gran malabarismo óptico.

Cuando contienen vino o licor, los vasos se convierten en utensilios de magia, ya que habrán de proporcionar delirios alegres o atroces a todo el que se aventure en los azares de los encantamientos de artificio, que son de suyo imprevisibles, al actuar sobre la inestabilidad de la conciencia.

En proporción a su tamaño y a la cantidad de vidrio empleado en su fabricación, la rotura de un vaso resulta inesperadamente estrepitosa, y hasta mentira parece que un utensilio tan liviano atesore dentro de sí esa especie de tormenta. Hecho pedazos, el vaso se convierte en un objeto peligroso, con aristas traicioneras, y mucha habilidad ha de tener una persona para recoger manualmente las esquirlas de un vaso roto sin cortarse. Es cierto que se da el caso de personas que logran recoger dichas esquirlas y salir ilesos, aunque la experiencia nos advierte de que, a los pocos minutos de recoger toda esa metralla traslúcida, la persona en cuestión se mira la mano y ve una herida sangrante, una herida levísima, como provocada por el roce con una espina de aire, según podría decirse por lo poético, pero el caso es que ahí está. La herida. Y es que todo cristal roto ansía herir, y sabe cómo hacerlo.

Hay quien acierta a componer música con vasos, y se trata de una música rudimentaria y un tanto sonámbula, hecha, no sé, como de burbujas, y piensa uno que así debe de ser la música que suena en el país de los juguetes cuando nadie juega con ellos. Por lo demás, el ser humano entra en las cristalerías con el miedo en los huesos, aterrado ante la posibilidad de romper algo, y ese miedo nos armoniza, en fin, con los elefantes.

VENECIA. Llovía. Silvia y yo nos refugiamos bajo los soportales del Palacio Ducal. Vi que en un charco, ante nuestros pies, caían gotas de sangre, que se diluían en el agua formando jaspes lentos...

Los misterios tienen el defecto o la virtud de derivar en una especie de lógica de la trivialidad: en una cornisa estaba acurrucada una paloma. Se había herido el buche con esos pinchos que colocan en los salientes de los edificios ilustres para que las palomas no se posen en ellos.

Y nada más: unas gotas de sangre mezcladas con la lluvia. La insignificancia de un drama frente al esplendor mecánico de la lluvia.

VENGANZA POÉTICA. En sus memorias, Emilio Salgari escribe: «Si a la edad de doce años no me hubiese enamorado de una seductora inglesa, acaso no habría escrito la vida del más encarnizado enemigo de Inglaterra: Sandokan».

VERANO. El verano es el tiempo de las expansiones alegres, esforzadamente alegres tal vez, quizá un tanto sacrificadamente expansivas, ya que la diversión exige su esfuerzo, un propósito en ocasiones agotador, una voluntad extenuante de pasarlo en grande o simplemente de no hacer nada, que es algo que cuesta mucho hacer, pero también es el tiempo –al menos a partir de ciertas edades– de las melancolías, de los recuerdos que regresan sin porqué desde su limbo o desde donde quiera que estén agazapados.

Se acuerdo uno, no sé, del vendedor de patatas fritas, el más veloz de todos los vendedores ambulantes, al que había que perseguir para comprarle un cartucho, ya que iba siempre como quien pisa brasas, como dado a la fuga, con su gorrilla ladeada, menudo y chulapón, requebrando a las muchachas como si en vez de patatas fritas llevase en el canasto, para regalar, un surtido de escamas de oro.

Se acuerda uno también del vendedor playero de bombones helados, con su camisa y sus pantalones de blancura casi fantasmal, con su bidón acorchado en bandolera, siempre con prisas, pues el sistema de conservación del frío no era el idóneo y los helados se reblandecían, licuando el recubrimiento de chocolate y dejando la mercancía fofa y sin salida comercial posible, al no estar nadie dispuesto a comprar un bombón que, nada más sacarlo del envoltorio plateado, le pringase los dedos y se deshiciera como un iceberg dulce y mulato.

Se acuerda uno del vendedor de camarones y cangrejos cocidos, con su percha de faraón, que mantuvo durante años la ilusión de ser torero hasta que los toros se encargaron de transformarle la ilusión en pesadilla: en su primera capea, la jindama le mató el sueño; él, con su guayabera blanca de patriarca calé con influjos coloniales, con el género cubierto con un paño húmedo para que no se resecara, con su pregón minimalista de voz ronca: «Cangrejos, camarones».

Se acuerda uno de aquellos comerciantes de boquerones que improvisaban su despacho en la orilla misma, vendiendo a ojo. (Los niños recogíamos los que saltaban de las cajas y se retorcían en la arena como filamentos de mercurio y procurábamos que sobrevivieran en nuestros cubos de colores, pero al rato el pececillo flotaba muerto, muerto por falta de mar.) Se acuerda uno del vendedor de dulces, puntual a la hora aproximada de la merienda. Del vendedor, también, de las tortas de polvorón recubiertas de azúcar glacé, que no era, en principio, una mercancía muy adecuada para los calores, porque algo tenían aquellas tortas de desierto reconcentrado, y comerte una era como hacer pasar el Sáhara mismo por la

garganta.

Se acuerda uno, en fin, de cosas. El tiempo tiene eso: que es siempre una maraña de presente y de pasado, pues al futuro más vale dejarlo en el sitio que le corresponde, que es el propio de las meras conjeturas.

Llega el verano y llegan, como decía, las expansiones. Entre ellas, como ven, la de recordar otros veranos.

VERBORREA. Esas palabras, engordadas a fuerza de hormonas adjetivo-conceptuales, que se cuelan en un texto con el alboroto propio de un insensato regimiento de prófugas del diccionario.

VERDAD. 1) Concepto sujeto a la esclavitud del consenso y hostigado además por el libre albedrío de la semántica. 2) Concepto que suele entrar en conflicto con el de «realidad», hasta el punto de que, al ir muy cercanos en el discurso, provocan una cacofonía. 3) El ilusionista saca de su chistera una paloma. La suelta triunfalmente. La paloma se estrella contra un foco. Podemos suponer que el foco es la verdad, una verdad deslumbradora. Pero también cabe la sospecha de que la verdad sea el encuentro accidental de la paloma con el foco. 4) Llevando las cosas a un terreno odontológico, un epigrama de Manuel de Salinas dice así:

Vuestra dentadura poca
dice vuestra mucha edad,
y es la primera verdad
que se ha visto en vuestra boca.

5) Según Buffon, la manera en que se enuncia una verdad resulta más útil a la humanidad que la verdad misma.

VERGÜENZA AJENA. 1) Todos los sentimientos son raros y desconcertantes, cada cual a su modo, entre otras razones porque suponen una anomalía del ánimo, que anda más en sí desde la serenidad que desde la turbulencia. De todas formas, creo que estaremos de acuerdo en que, entre todos los sentimientos que podemos padecer o disfrutar, el más raro es el de la vergüenza ajena.

Si bien se mira, el hecho de sentir vergüenza ajena es algo tan extravagante como lo sería la capacidad de sentir el dolor de muelas que padece tu vecino o como contagiarte del tartamudeo de alguien que te para por la calle para preguntarte la hora. La vergüenza ajena es un extrañísimo sentimiento extrañísimamente solidario, ya que asumes una vergüenza que ni

siquiera quien la provoca la siente, de modo que cargas con una vergüenza ajena sin tener el apoyo moral de la persona que está provocándote la vergüenza en cuestión, esa persona, en fin, que está haciendo el ridículo sin saberlo y sin sospechar que eres tú quien está sufriendo los inconvenientes que trae consigo el sentimiento de vergüenza.

2) Se podría suponer que la vergüenza ajena no es en el fondo tan ajena, pues a veces sentimos vergüenza ajena a causa de personas allegadas a nosotros, de modo que, en determinada medida, y a una escala prudente, se trataría de una vergüenza propia. Pero hay ocasiones en que uno llega a padecer vergüenza ajena a causa de personas del todo desconocidas, y ahí se nos derrumba el argumento de la vergüenza ajena como sentimiento dependiente de la cercanía con el estimulador de dicha vergüenza. Y eso resulta lo más injusto de todo, pues lo lógico y razonable sería que cada persona cargase en este mundo tormentoso con sus vergüenzas propias y exclusivas, sin tener que verse obligada a asumir las del prójimo, que casi nunca es un ente que merezca demasiada fiabilidad psicológica.

Esa condición transferible de la vergüenza la convierte en un peligro social soterrado, pues no existe cosa que dé más vergüenza que el sentir vergüenza ajena, en buena parte porque nos da vergüenza del otro y, a la vez, nos da vergüenza de que nos dé vergüenza asumir la vergüenza de quien ni siquiera se toma la molestia de asumir su propia vergüenza. Esta suma de circunstancias hace que el carácter del vergonzoso ajeno vaya escorándose a la misantropía, al anacoretismo incluso, lo que en ocasiones se ha traducido en depresión y en absentismo laboral.

3) Según cuentan, vivía en la localidad sevillana de Écija un talabartero, muy fino en sus labores, que no podía cruzar dos palabras con una persona sin sentir al instante una irresistible vergüenza ajena, hubiese motivo para ese sentimiento o no, lo que, al ser él de fondo noble, le avergonzaba lo indecible. Debido a ese defecto, dejó de hablar con la gente y la gente, por despecho, dejó de hablar con él, hasta el punto de que colocó un torno conventual en la puerta de su negocio y a través de él recibía los encargos y despachaba su mercancía esmeradísima, entre la que se contaban atalajes de cabalgaduras, zahones y botos. Y en ese régimen de aislamiento se mantuvo hasta la muerte, que le llegó melancólica, aquejado de las dos modalidades básicas de vergüenza. Descanse –y nunca mejor dicho– en paz.

VERLAINE, PAUL. 1) En algunas de las cartas que dirigió a Rimbaud se refería a sí mismo como «*old cunt*» –por aquel entonces ambos estudiaban inglés–, que en nuestro idioma tendría el significado literal de «coño viejo», aunque como expresión coloquial podría traducirse como «vieja puta» o «viejo cabrón», entre otras opciones igualmente malsonantes y tan en contradicción con la eufonía de sus versos. 2) La desventurada Mathilde, exmujer del

poeta, escribe en sus memorias: «Desde la llegada de Rimbaud, Verlaine vestía de una manera bastante informal. Le había dado por llevar otra vez sus horribles pañuelos y sus sombreros blandos. Había veces en que se pasaba una semana sin cambiarse de ropa o sin mandar que le limpiasen los zapatos», aunque parece ser que nunca alcanzó el grado de mugre y de hediondez de su joven amante. **3)** Tras el célebre episodio de Bruselas, en el que Verlaine disparó a Rimbaud y lo hirió en la muñeca, el poeta de *Fiestas galantes* fue sometido a un examen médico; en el informe se detallaban aspectos tan inoportunos como los siguientes: «El pene es corto y no muy voluminoso», «El ano se dilata claramente mediante una ligera separación de las nalgas, hasta alcanzar una profundidad de una pulgada», etc. **4)** Tras asistir a un estreno teatral de Coppée, estuvo bebiendo por ahí con Rimbaud y volvió a su casa de madrugada. Para desquitarse del éxito que había obtenido el dramaturgo, amenazó con matar a su mujer y a su hijo mediante el procedimiento de prender fuego al armario en que su suegro guardaba la munición, para que de ese modo la casa familiar volara por los aires. Según parece, la niñera logró disuadirle con unas tenazas de cocina. En otra ocasión, trató de quemarle el pelo a su mujer. En otra, quejoso por lo frío que estaba el café que le habían servido, agarró a su hijo, que apenas tenía tres meses, y lo arrojó contra la pared. Cuando sus suegros, que estaban en el piso de abajo, oyeron gritos, subieron corriendo y fueron testigos de una estampa poco frecuente: un poeta lírico intentando estrangular a su esposa. **5)** Delicado poeta.

VEROSIMILITUD. **1)** La verdad aparente de una mentira. **2)** La verdad aparente de una verdad. **3)** Para el afanoso Somerset Maugham, «lo que el novelista se afana en conseguir por encima de cualquier otra cosa», ya que «quiere hacernos creer que lo que cuenta ha sucedido de verdad, aunque sea tan improbable como los relatos del barón Munchausen o tan horripilante como *El castillo* de Kafka».

VERSÍCULO. **1)** Verso de doble ancho, extensible a voluntad. **2)** Verso que no le teme al abismo tipográfico que se abre en el margen derecho de los libros de poesía.

VERSO. Por una cuestión de metafísica acústica, cosa que nunca puede constar de una sola sílaba. A partir de la sílaba número dos –que, como ha quedado dicho, puede ser sólo una en el mundo real–, se encuentra ya de todas las tallas, aunque no alcanza la mayoría de edad hasta la talla nueve. (Tallas especiales: *vid.* VERSÍCULO.)

VIAJES. Hay muchas formas de viajar, entre ellas la que consiste en no moverse uno de casa y hacerse a la idea de que está muy lejos, perdido por el mundo, incorpóreo y errante, subido a una esterilla voladora, visitando regiones etéreas, paseando por calles espectrales,

escrutando espejismos: monumentos de humo, catedrales que están hechas de lo que están hechas las nubes, mares que no se mueven, bares llenos de fantasmas silenciosos, plazas en que hay pájaros de papel y palmeras pequeñas, porque la memoria reduce cualquier ciudad a la escala de un juguete.

Hay, sí, muchas formas de viajar. Coges el atlas, igual que de niño, y paseas el dedo por los mapas a la búsqueda de un topónimo de resonancia fabulosa, pues el nombre de las ciudades es como el nombre de los perfumes: está obligado a definir el matiz de una esencia.

¿Cómo será Erzurum, allá en Turquía? ¿De qué color serán los taxis de Pekan Muara, al norte del Sultanato de Brunei? ¿Cómo estará el tiempo en Mandalay? ¿Qué tonos morados y ambarinos lucirá hoy el ocaso en Timaru?

Si quieres hacer un viaje a lugares que ya conoces, te vas a la página meteorológica del periódico: en Budapest están hoy a cuatro grados bajo cero, y debe de bajar gris el Danubio. En Sevilla tienen cuatro de mínima, y estará verdense el Guadalquivir. Esta noche en Valencia hará dos grados, y a cero grados estarán en Tokio, lo que significa que habrá poca animación en el barrio festivo de Rapongi. Llueve en Roma, que es una ciudad a la que no le pega la lluvia, pues transforma su grandiosidad en un decorado marchito, como si aquello fuese un almacén de los estudios Cinecittà, y parece que todo va a desplomarse, que todo es de cartón piedra. Los habaneros están bien, a veinticuatro grados, y se ve uno ya en la barra del Floridita, ese bar en el que da la impresión de que va a aparecer en cualquier momento Rita Hayworth en traje de noche en pleno día, dando traspiés sobre tacones inseguros. Cierras los ojos y ya estás, en fin, en La Habana triste y jolgoriosa, con un daiquiri gélido delante en vez de con un frenadol disuelto en agua, que es como andamos casi todos por aquí en la estación fría, intoxicados de antitusivos y de paracetamol.

El viaje verdadero, el que uno hace con un pasaje y con una maleta, tal vez sea la modalidad más molesta de todas las posibles, porque luego resulta que las ciudades extrañas nos quedan demasiado grandes, que el cuerpo se nos cansa, que se nos cansa la curiosidad, y acabamos quemando las horas en el bar del hotel, hablando en un inglés más o menos comanche con el camarero, que nos pregunta sobre Ibiza y sobre los toros.

Uno de los libros más fascinantes que he leído es el de los viajes de sir John Mandeville, un éxito editorial del siglo xiv. Nadie sabe quién fue este Mandeville, quién se ocultó bajo ese nombre. El libro narra viajes portentosos por el mundo, y el autor tiene la virtud de dar por realidad de ley cualquier leyenda descabellada. Lo curioso es que se supone que, fuese quien fuese, Mandeville no se movió jamás de su casa y que su libro es una especie de collage compuesto con retazos de crónicas de viajeros especialmente fantaseadores

Porque hay muchas maneras de viajar, ya digo: esta mañana he desayunado en París, frente a un libro de Baudelaire. Y esta tarde, sin moverme de donde estoy, estaré bañándome en una

playa argelina que se despliega en una página de Camus, por ejemplo.

VICIO. Según William Hazlitt, tan aficionado a las obviedades, «el vicio es la naturaleza del hombre; la virtud es un hábito o una máscara». (Y a continuación matiza: «La máxima anterior muestra la diferencia entre la verdad y el sarcasmo».)

VICTOR HUGO. Según Cocteau, un chiflado que se creía Victor Hugo.

VIDA. 1) Tobias Wolff pone en boca de un personaje: «De la vida de la que surge lo que se escribe no es posible escribir. Es una vida que transcurre sin el conocimiento del propio escritor, por debajo de las inquietudes y los ruidos de la mente, en pozos profundos sin luz donde los mensajeros fantasmales se esfuerzan por avanzar hacia nosotros, matándose entre sí a lo largo del camino; y, cuando unos pocos supervivientes se abren paso y captan nuestra atención, los recibimos tan amablemente como a camareros que traen más café». 2) El poeta Jules Laforgue escribió: «¡Le temo tanto a la vida / como a una boda!». 3) Oigamos a Samuel Butler: «La vida es como dar un concierto de violín al mismo tiempo que se aprende a tocar el instrumento sobre la marcha». 4) Chateaubriand exclama. «¡Oh miserables de nosotros! Tan vana es nuestra vida que no es más que un reflejo de nuestra memoria». En otra ocasión arriesgó esta conjetura desoladora, aunque un espíritu más optimista que el suyo la hubiese juzgado tal vez alentadora: «El hombre no tiene una sola y única vida; tiene varias puestas una tras otra, y esa es su miseria».

VIEJAS AMISTADES. Las viejas amistades suelen correr el riesgo de convertirse más en viejas que en amistades propiamente dichas. Estás absorto en tus cosas y, de repente, un día cualquiera, en el lugar equivocado, aparece de sopetón esa persona a la que no ves desde hace años y cuyo nombre, tras el aturdimiento inicial, va tomando cuerpo, sílaba a sílaba, en tu memoria: «¡Evaristo!». Una vez resuelto el trámite de la identificación, como especialista que eres en decrepitudes ajenas, adviertes en los rasgos de Evaristo el envejecimiento que te resistes a reconocer en los tuyos. Al instante, como especialista que también es él en esa misma disciplina, te dice: «Qué viejo estás», y se despierta en ti la criatura mezquina que busca una venganza en caliente. «Tú tampoco vas mal en eso», y os reís, porque la vida sin sentido del humor acaba estando muy cerca del infierno, que son –como dijo aquel, y con cuánta razón– los otros, o al menos algunos, como por ejemplo Evaristo, el regresado de las neblinas legendarias del pasado. «¿Qué tal te va la vida?», os preguntáis casi al unísono, como premisa obligada para mantener un coloquio en el que las respuestas importan menos que las preguntas, aun importando un pito ambas, sin saber muy bien ninguno de los dos qué sentimientos desempolvar, qué grado de efusión dispensaros, cómo medir los gestos de

confianza para que no resulten intrusivos y para que a la vez no se queden cortos en la demostración del afecto. Os escrutáis, buscáis un tema de conversación para que el cara a cara no se quede en una cara artificialmente sonriente frente a otra cara artificiosamente sonriente, pero no resulta fácil: «Te veo más gordo», diagnostica Evaristo, que también está más gordo.

El reencuentro con un viejo amigo que ya es más viejo que amigo tiene, en fin, sus complicaciones, y de ahí que sea una experiencia que todos procuramos evitar siempre que esté en nuestra mano, ya que los viajes al pasado no suelen traer nada bueno más allá de las recreaciones poéticas en torno al tiempo perdido y ese tipo de coplas. Bien es verdad que, gracias a esos reencuentros casuales, tienes la suerte de enterarte de primera mano de los avatares que han marcado la vida del Evaristo de turno desde que no os veis: su matrimonio o su divorcio, su cambio de profesión o de casa, sus viajes a regiones exóticas, sus aficiones. Eso cuenta sin duda para ti como ganancia de sabiduría. Pero no todo resulta edificante: «Antes tenías más pelo», te informa Evaristo. Le señalas que él está completamente calvo y te replica que la calvicie es sexy. Que lo malo es tener cuatro pelusas. «¿Cómo es posible que no hayas estado en Bora Bora?» Y entonces te cuenta que va a hacer obras en su chalet para instalarse un gimnasio con sauna. «A ver si quedamos». Sí. «Y vigílate esa barriguita». Vale.

VIENTO. Fenómeno que preocupaba sobremanera, casi en grado de obsesión, al señor Jarndyce, personaje de Dickens.

VILLAESPESA, FRANCISCO. El que tocó las castañuelas en el sarao modernista con el ligero convencimiento de ser la voz cantante.

VILLALONGA, LORENZO. Una especie de miniproust mallorquín que, en vez de una magdalena, se comió una ensaimada.

VILLALONGA, MIGUEL. Padre literario de la alegre miss Giacomini, escándalo con piernas en el ámbito balear de la preguerra.

VILLANCICO. En su condición de poema de tema navideño –tiene otras condiciones que sería muy largo especificar–, podemos encontrarlo, con un poco de paciencia rastreadora, en casi todas las culturas, según demuestran los siguientes ejemplos:

VILLANCICO PEQUINÉS

Ni manjares palestinos
ni comida israelí.

Ni delicias de bovino
ni pato a la bengalí.

Mucho menos calamares.
Mucho menos colibrí.
No medusas de los mares.

Junto a la mula y el buey,
san José come chop-suey.

VILLANCICO ESQUIMAL

A Belén van cuatro focas.

(Para una foca
loca
cualquier distancia es poca.)

Cuatro focas más gordas que una foca
van a Belén.

«Pues muy bien».

No.

Pues muy mal.

Si a Belén se van las focas,
¿qué comerá el esquimal?

VILLANCICO MEDIO SEFARDÍ DE DALLAS

¿Qué serad de mibi?

Meu habibi do estarad.
Habibi meu, Billy Cow.
Ay, qué solas se quedarán
las vacas sin Billy Cow.

VILLANCICO BALCÁNICO

Pasaban tanta hambre
a veces
los pastorcicos
que sólo se sustentaban
de peces,
nueces y estambres.

Del hambre que pasaban
los pastorcicos.

VILLANCICO MARROQUÍ

A Belén llegó un morito.

Nunca lo hiciera.

Que preso lo cogieron,
fuese a galeras.

Bravo morito,
que ahora rema que rema
triste y contrito.

(Paisas que vais a Rabat,
rezadle por él a Alá.)

*(Os lo pide Mustafá,
exalfaquí de Alcalá.)*

VILLANI, HELIODORO. Paisano mío que afirma haber inventado el soneto con triple estrambote y que, en vísperas de nuestras fiestas patronales, atormenta a su musa con las esclavitudes combinatorias de las rimas derivadas de los participios y de los gerundios, para ver si logra obtener por quinta vez consecutiva la Flor Natural con diploma acreditativo y bate de ese modo un récord local en cualquier clase de actividad intelectual o deportiva.

VINO. 1) El poeta Abul Hasan Ali Ben Hisn, secretario que fue del rey Mutamid, escribió en el siglo XI un poema que Emilio García Gómez tradujo del siguiente modo:

El reflejo del vino, atravesado por la luz,
colorea de rojo los dedos del copero,
como el enebro deja
teñido el hocico del antílope.

Y el propio Mutamid, el rey poeta que ha pasado a la historia bañado en lágrimas, escribió estos otros versos que suenan así en traducción:

Pedí vino a la gacelita y me trajo vino y rosas.
Sirvió el vino de su saliva
y ofreció las rosas de sus mejillas.

Como ustedes saben, un precepto coránico prohíbe el consumo de vino a los fieles, y no faltan en la literatura islámica ejemplos de condenas del alcohol y alabanzas, en cambio, de los derivados del cáñamo, pues con algo hay que encantarse el árido espíritu que nos posee. El llamado Safi L-Din Al-Hilli, allá en el siglo xiv, decía que las sugerencias que propicia el vino añejo son «como un diablo que murmura en el pecho de la gente». De todas formas, los poetas de Al-Ándalus no fueron muy estrictos con respecto a la prohibición del vino, y abundantes son las composiciones poéticas que exaltan su consumo, pues los preceptos religiosos tienen el defecto de volatizarse a la primera copa, y se ve que algunos se ponían de néctares alcohólicos hasta el turbante.

El médico sevillano Abu Bakr Muhammad Ben Abd al-Malik Avenzoar –un nombre tal vez demasiado largo para un galeno, que hoy reduciríamos a don Abu– escribió en el siglo XII este poema:

Apoyadas las mejillas en las palmas de las manos,
a todos nos sorprendieron las luces de la aurora.

Durante toda la noche les escancié sin tregua el vino
y apuré yo los restos de sus copas,
hasta que, al igual que ellos, me embriagué.

Pero bien que se ha tomado el vino su venganza:
lo hice caer en mi boca
y él me ha hecho caer a mí.

(Como se ve, un médico es siempre un médico y no puede evitar la indicación de los efectos secundarios de los excesos a que solemos someter el organismo.)

Por su parte, el poeta ibicenco Idris Ben Al-Yaman, allá en el siglo xi, escribió este poema titulado «Los vasos»:

Eran pesados los vasos cuando vinieron a nosotros,
pero, cuando estuvieron llenos de vino puro,
se aligeraron y estuvieron a punto de volar
con lo que contenían, del mismo modo
que los cuerpos se aligeran con los espíritus.

Los poetas de Al-Ándalus tuvieron, en fin, un concepto festivo del vino: un componente imprescindible para los gozos de la amistad y del amor, un potenciador de esa sensualidad intensa y a la vez parsimoniosa que caracteriza al mundo árabe, aunque tal vez no tanto como han imaginado algunos guionistas de Hollywood.

Esa misma apreciación del vino podemos hallarla, si viajamos aún más atrás en el tiempo, en la antigua lírica griega, que, si me lo permiten, oiremos a partir de este instante en las versiones un tanto rococó de nuestros poetas dieciochescos.

El poeta Alceo, nacido en Mitilene en el año 620 a.C., proponía lo que sigue:

Bebamos, pues, bebamos.
La lámpara luciente
¿a qué fin la esperamos?
El día va volando brevemente,
y el vino ya en las tazas derramado,
formando mil colores,
brinda y convida al paladar cansado.

Alceo estuvo enamorado, quizá con escaso tino, de la poetisa Safo, de cuya obra, como es sabido, sólo se conservan fragmentos, en uno de los cuales hace la siguiente invitación:

Ven, chipriota, aquí, y, tras tomar guirnaldas,
en doradas copas, alegremente,
mezclarás el néctar para escanciarlo con la alegría.

Pero el poeta del vino por excelencia tal vez sea Anacreonte, nacido hacia el año 560 a.C., a quien debemos un subgénero poético: la anacreóntica, a la que tan aficionado fueron nuestros poetas de la Ilustración, de modo que oigamos la versión ilustrada (tal vez la peor posible) de un poema de Anacreonte:

Cuando bebo el suave vino,
luego el alma desenvuelvo
como pez en ancho vaso,
y a los bailes me encomiendo.
Cuando bebo el suave vino,
con mi propio logro encuentro;
moriré, pues, con mi logro,
que el morir al hombre es cierto.
Cuando bebo el suave vino,
mis desdichas sobrellevo.
Bebe, huésped, bebe y vive,
que si vivo es porque bebo.

El poeta Meleagro, por su parte, otorga al vino el poder de hacer olvidar las penas y las ansias que se derivan del amor:

Bebe, cuitado, bebe;
tus amorosas llamas
apague el dulce néctar
de Bromio, ¿qué te afanas?
Adormece las penas
y enamoradas ansias,
dalas al dulce olvido

con espumosas tazas.

En *La Celestina* encontramos el siguiente parlamento de la vieja alcahueta a propósito de su afición a beber, pues decía sentirse dichosa si daba compañía a las comidas con doce o trece vasos de vino: «...de noche en invierno –dice Celestina– no ay tal calentador de cama. Que con dos jarrillos destes que beva quando me quiero acostar, no siento frío en toda la noche (...) esto me calienta la sangre; esto me sostiene continuo en un ser; esto me haze andar siempre alegre; esto me para fresca; desto vea yo sobrado en casa, que nunca temeré el mal año». Pero no cesa aquí la exaltación que Celestina hace de las virtudes del vino, y de este modo la prosigue: «Esto quita las tristezas del corazón más que el oro ni el coral; esto da esfuerzo al mozo y al viejo fuerza; pone color al descolorido, coraje al cobarde, al flojo diligencia, conforta los celebros, saca el frío del estómago, quita el hedor del aliento, hace impotentes los fríos, hace sufrir los afanes de las labranzas a los cansados segadores, hace sudar toda agua mala, sana el romadizo y las muelas, sostiene sin heder en la mar, lo cual no hace el agua», y concluye: «Más propiedades te diré dello que todos tenéis cabellos. Así, que no sé quién no se goce en mentarlo. No tiene sino una tacha –dice Celestina, haciendo gala de espíritu práctico–: que lo bueno vale caro y lo malo hace daño. Así que con lo que sana el hígado enferma la bolsa».

A mediados del siglo xv, Alfonso Martínez de Toledo compuso la obra que hoy conocemos por el nombre de *Corbacho*, en la que leemos un capítulo titulado «Cómo debe el ombre guardar de la muger embriaga». Dice Martínez de Toledo: «Si la muger se mete en el vino, en beber demasiado, ser grande embriaga dubda non es en ello. Que non es muger si en el vino beviendo tome plazer, que si cinquenta comadres fuere a visitar que caritativamente todavía con ellas non tome su bendita colación. E demás, por farta de vino que la muger esté, que si otra vez vino le dieren, que a lo menos el sorbillo olvide por provar, si es de la ley que deve». A continuación, el autor relata, no sin leve tremendismo, los efectos que el alcohol provoca en estas mujeres que, como Celestina, se aficianan al placer de la bebida: «E, desde por uso la tal muger toma el beber, síguesele lo que oirás. Primeramente, desde tercia adelante que ya bevido ha, con el quemor quel mucho beber de antenoche le dio, comienza a se escalar a su entendimiento a se levantar; e alza los ojos al cielo e comienza de sospirar, e abaxa la cabeza luego e pone la barba sobre los pechos, e comienza a sonreír, e fabla más que picaza, e da ruido e vocea con quantos ha de fazer. Anda muy presurosa e fazendosa dáca e dallá, los ojos inflamados, forrados de tafatá, la lengua trastavada; fabla por las narices, haciendo va la zancadilla, a veces amenazando a todos brama como leona, que non cataría reverencia a marido nin a señor, muy peregrina en sus fechos», y añade Martínez de Toledo un consejo acerca de cómo debe uno comportarse con una mujer que pasa por ese trance

etílico: «es sabio el que en aquella ora la sabe comportar fasta su vino dormido; nin la deve ombre ferir, corregir nin castigar, que no está en dispusición de rescibir doctrina, sinón de feo responder e mal e desonestamente obrar».

A Quevedo debemos una de las más ingeniosas metáforas (imagino que será metáfora, no sé) relacionadas con el vino:

Los soldados más valientes,
que en esta edad enarbolan,
en las almenas del brindis,
las banderas de las copas.

El recio y alucinado Luis de Góngora confesó en una letrilla:

...es mi aforismo el refrán:
vivir bien, beber mejor.
Buena orina y buen color,
y tres higas al Doctor.

Ha quedado dicho que los poetas españoles de la Ilustración tuvieron un ejemplo estético y vital en Anacreonte. Pues bien, el gaditano José de Cadalso, militar y poeta, crítico de los eruditos a la violeta y cantor desgarrado en la tiniebla prerromántica de unas noches lúgubres, llegó a escribir una anacreóntica humorística que dice así:

¿Quién es aquel que baja
por aquella colina,
la botella en la mano,
en el rostro la risa,
de pámpanos y yedra
la cabeza ceñida,
cercado de zagales,
rodeado de ninfas,
que al son de los panderos
da voces de alegría,
celebran sus hazañas,
aplauden su venida?
Sin duda será Baco,

el padre de las viñas.
Pues no, que es el poeta
autor de esta letrilla.

Otro ilustrado, Juan Meléndez Valdés, fue un cantor constante de las virtudes de los caldos que están bajo la protección del dios Baco. En su oda dedicada al vino, lo describe como

...el néctar que nos salva
de los desvelos tristes,
con que la negra suerte
nuestro espíritu aflige.

Y en otra de sus odas da por supuesto que

...Alas al genio ofrece,
calor a la armonía,
y a los claros poetas
templa acorde la lira.

Con la sensibilidad que trae el Romanticismo, el vino se convierte en un motivo poético que sugiere bravura y coraje: algo así como el elixir de los héroes.

José de Espronceda, el tumultuoso poeta, escribe en su «Canción báquica»:

¡Oh! ¡Caiga el que caiga! ¡Más vino! ¡Brindemos!
A aquel que más beba loores sin fin:
con pámpanos ricos su frente adornemos,
aplausos cantemos al rey del festín.

Y, en el delirio de la celebración, añade el autor de *El diablo mundo*:

Volcanes requeman
mi frente encendida;
más alma, más vida:
torrentes de vino
las mesas esmalten,
en mil piezas salten

cien copas y mil.

Este ímpetu esproncediano alcanza su cenit en el poema titulado «A Jarifa, en una orgía», en el que el joven poeta afirma: «Sólo en la paz de los sepulcros creo», acentuando así ese carácter gótico de su sensibilidad romántica, al tiempo que hace esta petición desesperada:

Dadme vino: en él se ahoguen
mis recuerdos; aturdida
sin sentir huya la vida;
paz me traiga el ataúd.

Con Gustavo Adolfo Bécquer, estos sentimientos encendidos se tornan más suaves y melancólicos, y en una de sus rimas leemos esta hermosa paradoja:

...Es que tengo
alegre la tristeza y triste el vino.

El vino, según hemos visto así por encima, es un referente literario que se identifica con la intensidad de la vida gozosa. También podríamos buscar interpretaciones literarias del vino como elemento destructor, como inductor de penas pesadillas, pues el vino, al igual que el amor –no vamos a engañarnos–, puede ser una comedia dichosa o un drama sombrío. Pero lo dejaremos mejor para otro día, para no aguar la fiesta. Ni el vino.

VIRTUOSISMO. Algo que, según Cocteau, conduce al tópico.

VÍSCERAS. El argentino Baldomero Fernández Moreno, descontento de la dimensión epidérmica del amor y de sus rituales rutinarios, escribió en torno a 1922 el siguiente

SONETO A TUS VÍSCERAS

Harto ya de alabar tu piel dorada,
tus externas y muchas perfecciones,
canto al jardín azul de tus pulmones
y a tu tráquea elegante y anillada.
Canto a tu masa intestinal rosada,
al bazo, al páncreas, a los epiplones,

al doble filtro gris de tus riñones
y a tu matriz profunda y renovada.
Canto al tuétano dulce de tus huesos,
a la linfa que embebe tus tejidos,
al acre olor orgánico que exhalas.
Quiero gastar tus vísceras a besos,
vivir dentro de ti con mis sentidos...
Yo soy un sapo negro con dos alas.

VISILLO. No sé si lo escribió Gómez de la Serna, pero, por si acaso se le pasó, ahí va: «El visillo es el fantasma cautivo de la ventana».

Y

Y. 1) Conjunción que, debido a su irrenunciable condición copulativa, tiene el poder de unir lo que sólo el sentido común puede separar. *Ejemplo:* «solar y penumbroso», «valenciana y amazónica», etcétera –lo que no quita que el daño esté ya hecho. **2)** El surrealismo, por lo que tiene de armonización de elementos disímiles, le debe casi todo: la posibilidad de una vinculación inesperada entre un embudo y un reloj o entre una máquina de coser y una jirafa, pongamos por caso, entre millones de combinaciones posibles, todas ellas legitimadas por la autoridad de esta consonante que puede disfrazarse de vocal, y viceversa.

YIN Y YANG. En la carretera Sanlúcar-Chipiona ofrecen servicio al viajero la Venta Gordillo y la Venta el Menuíto.

Z

ZAMBRANO, MARÍA. Cuando fumaba en una habitación cerrada, el humo de su cigarrillo formaba en el aire la palabra «gnosis» o «poiesis» –o cualquier otra cosa de apariencia medio griega y medio malagueña.

(Continuará)

Índice

A

Abandono

Abdicar

Aberración

Abogado

Absenta

Absolución

Abstracción

Absurdo

Aburrimiento

Academia

Académico

Acento

Adínaton

Adivinanza

Adjetivo

Adónico

Aféresis

Aforismo

Alabanza

Alba

Albada

Alcohol

Alegoría

Aleixandre Vicente

Alejandrino
Aleluya
Aliteración
Alma
Alma en pena
Almohada
Alucinación
Alusión
Amarillo
Ambición
Ambigüedad
Amebeo
Amis Martin
Amor
Amor cortés
Anacoluto
Anacreónica
Anacrusis
Anadiplosis
Anáfora
Anagnórisis
Anagrama
Analepsis
Anástrofe
Antagonista
Antanaclasis
Anticipación
Antítesis
Anuncio publicitario
Aporía
Aristocracia

Arrabal Fernando

Arreola Juan José

Arte

Artimoño

Ashbery John

Astaroth

Astracanada

Auden W.H.

Aurora

Auster Paul

Autobiografía

Autobiografía autorizada

Ay

Azar

Azorín

B

Bálsamo de Fierabrás

Banco

Bandera

Baobab

Barnes Djuna

Baroja Pío

Barquero

Barroco

Baudelaire Charles

Beau crime

Bergamín José

Best seller

Bibliofilia

Bifronte

Biografía
Blake William
Bolsillo
Bombilla
Borolani Joachim-Raphaël
Borrador
Botella
Botón
Bovary Emma
Brevedad
Brines Francisco
Bucolismo
Buenos tiempos
Burgess Anthony
Burocracia
Byron George Gordon
C
Caballero
Cabaner Ernest
Cádiz
Café
Cafetera
Calcetín
Caligrafía
Caligrama
Calor
Calvino Italo
Cama
Camellos
Canciones

Capitalismo

Capote Truman

Carlyle Thomas

Carraspeo

Carta

Cela Camilo José

Celebridad

Celos

Cernuda Luis

Cervantes Miguel de

Charlatán

Chesterton G.K.

Ciclos de sueño

Cine

Cines de verano

Cisne

Civilización

Clásico

Cocodrilo

Código Civil

Colas

Coleccionismo

Colofón

Comida

Conferencia

Consuelo

Continuum

Convencionalismo

Copla

Corazón

Corbata

Corrección

Costumbrismo

Crítica

Crítica simpática

Crítico

Croqueta

Cuchillo

Cuento

Cueva de Montesinos

D

Dandy

D'Annunzio Gabriele

Dante

Darío Rubén

Delibes Miguel

Deseo

Desesperación

Detalles

Diamante

Diario prepóstumo

Diccionario

Dickens Charles

Diéresis

Dietario

Dios

Discurso

Disimulo

Divagación

Doble vida

Dolor

Dostoiesvki Fiódor

Drácula

Dragón

Dubreuil Georgina

Duelo

Duelo de honor

E

Edad

Edición de autor

Égloga

Ego

Elegía

Eliot T.S.

Elipsis

Éluard Paul

Enciclopedia

Endecasílabo

Eneasílabo

Enemigo mortal

Énfasis

Enfermedad

Entrevista

Envejecimiento

Épica

Epigrama

Epílogo

Epístola

Epitafio

Epitalamio

Epítome

Epopéya

Ernst Max

Ernst Philip

Errata

Errores vigorosos

Erudición

Escaparate

Escritor

Escritor de prestigio

Escritura

Escritura automática

Escritura semiautomática flamenca

Escuela literaria

Espacio mítico

Espejo

Espinela

Estilo

Estilo hallado

Estilo mandarín

Estilo repudiado

Estrambote

Estrés

Eufonía

Exageración

Excentricidad

Excusa

Exegeta

Éxito

Experimento

F

Fábula moral

Faja

Falacia patética

Falsa obra maestra

Fama

Fantasía

Fantasma

Faulkner William

Fe

Felicidad

Ferretería

Ficción

Fichas

Figuras retóricas

Filomena

Filosofía

Filósofo

Firbank Ronald

Firma

Flaubert Gustave

Flores

Follar

Fracasado

Fracaso

Frente

Freytag-Loringhoven Elsa von

G

Gafe

Galantería

Galimatías

Gallina

García Lorca Federico

Gato

Gautier Théophile

Gazapo

Genialidad

Genio

Genitivo

Gerundio

Gide André

Gigante

Glassco John

Gloria

Goma de borrar

Góngora Luis de

Gongorismo

González-Ruano César

Grifo

Grillo

Guepardo

Guerra

Guillén Jorge

H

Haiku

Hechos diferenciales

Heptasílabo

Hipálage

Hipérbaton

Hipérbole

Historia

Homosexualidad

Honorarios

Huerfanastro

Huevo

I

Imaginación

Imitadores

Imperativo

Indiferencia

Infancia

Infelicidad

Infierno

Ingenio

Innovación estética

Insecto

Insomnio

Inspiración

Inteligencia

Interpretación

Intertextualidad

Inventos

Invocación

Irremediable

Irresponsabilidad

J

Jarry Alfred

Jiménez Juan Ramón

Joyce James

Joyce Stanislaus

Juegos florales

Juguetes

Juventud

K

Kafka Frank

Kafkiano

Keats John

Kif

L

Laconismo

Lacrimatorio

Lágrima

Lampedusa Giuseppe Tomasi di

Laurel

Lectura

Librerías de viejo

Libridinoso

Libro

Linealidad

Lipograma

Literatura

Llave

Locura

Lógica

Lotería

Lubitsch Ernst

Lugones Leopoldo

Luna

M

Machado Antonio

Machado Manuel

Manifiesto

Manilla

Mar

Mariposa

Marlowe Christopher

Matrimonio

McCullers Carson

Médico

Mediocridad

Mediodía

Memoria

Menaje

Mercado

Metáfora

Metonimia

Misterio

Modernidad

Modernismo

Modernista

Moderno

Monterroso Augusto

Moral

Moraleja

Morla Lynch Carlos

Mosca

Mosca del vinagre

Muerte

Mujica Láinez Manuel

Musa

N

Nabokov Vladimir

Nacionalista

Nariz

Narrador

Nenúfar

Neologismo

Neruda Pablo

Nerval Gérard de

Niebla

Noche

Nombre de poeta

Nombres comerciales

Nostalgia

Novedad

Novela

Novela coral

Novela decimonónica

Novela de misterio

Novela en verso

Novela histórica

Novela psicológica

Novela vanguardista

Novelista

Novelista nato

Noventa y ocho

Nube

Nueva York

Nuevo rico

Números

O

Obra maestra

Obsolescencia programada

Ocaso

Octosílabo

Oda

Oído

Ombliigo

Oporto

Optimismo

Orgullo

Originalidad

Ortografía

Oscuridad

Otero Blas de

Otoño

Oulipo

Oxímoron

P

Padraastro

Pájaro

Palabra

Palabras

Palabras difuntas

Palabreja

Palabruja

Palíndromo

Panadería

Pañuelo

Paradoja

Paraguas

Paranomasia
Pareado
Parentesco literario
Paréntesis
Parodia
Patetismo
Patriotismo
Pavese Cesare
Pedestal
Pelo
Penitencia amorosa
Pensamiento
Pensar
Perdón
Perezoso
Perfección
Periódico
Periodismo
Periodista
Perro
Personaje
Perspectivismo
Pesadilla
Pessoa Fernando
Petarquismo
Pez
Pie
Pintura fea
Pla Josep
Plasticidad
Pleonasmo

Poe Edgar A.

Poema

Poesía

Poeta

Poeta vanguardista

Político

Polvareda verbal

¿Por qué escribe usted?

Posteridad

Pound Ezra

Precursor

Prefacio

Prejuicio

Premio

Premio Nobel de Literatura

Presente

Presentimiento

Problema

Profecía

Prólogo

Protocolo

Proust Marcel

Psicologismo

Público

Q

Quevedo Francisco de

Quijotismo

R

Rábano

Racine Jean

Radiguet Raymond

Ramón

Razón

Realidad

Realismo

Realismo mágico

Rebaño

Recordar

Refrán

Relativismo

Reloj

Resaca

Reseña

Resfriado

Restaurante literario

Resurrección

Revista poética

Reyes Alfonso

Reyes Magos

Rilke Rainer Maria

Rima

Rima altisonante

Rima asonante

Rima colindante

Rima consonante

Rimbaud Arthur

Ripio

Risa

Romance

Rosa místico

Rota

Ruido

Ruiseñor

S

Saber El

Sacristán

Sainete

Salinger J.D.

Santidad

Sapo

Sastre

Sencillez

Senectud

Sensatez

Sentimiento

Ser

Serranilla

Sextina

Shakespeare William

Silencio

Simbolismo

Sinalefa

Sinceridad

Sinécdoque

Sinestesia

Sinónimo

Sirena

Snob

Somnífero

Soneto

Sosiego

Sterne Laurence

Succès de snobisme

Sueño

Suicidio

Superstición

Suplemento literario

Surrealismo

T

Tabaco

Tacañería

Tacaño

Talento

Taxi

Tema

Teología

Thomas Dylan

Thor

Tiempo

Tilde

Tiro en la frente

Título nobiliario

Tópico

Tos

Tradicción

Traducción

Trama

Trampantojo

Trelawny Edward John

Tristeza

Trovador

U

Ultratumba

Unicornio

Updike John

Utilidad del arte

V

Vacío

Valente José Ángel

Valle-Inclán, Ramón María del

Vanguardia

Vanguardista

Vanidad

Vaso

Venecia

Venganza poética

Verano

Verborrea

Verdad

Vergüenza ajena

Verlaine Paul

Verosimilitud

Versículo

Verso

Viajes

Vicio

Victor Hugo

Vida

Viejas amistades

Viento

Villaespesa Francisco

Villalonga Lorenzo

Villalonga Miguel

Villancico

Villani Heliodoro

Vino

Virtuosismo

Visceras

Visillo

Y

Y

Yin y Yang

Z

Zambrano María



ESTA PRIMERA EDICIÓN
DE
EL INTRUSO HONORÍFICO.
PRONTUARIO ENCICLOPÉDICO PROVISIONAL
DE ALGUNAS COSAS MATERIALES Y CONCEPTUALES DEL MUNDO
DE FELIPE BENÍTEZ REYES
PREMIO MANUEL ALVAR
DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS 2019
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN SEVILLA
EL 14 DE MAYO DE 2019

El intruso honorífico
Felipe Benítez Reyes

Obra galardonada con el Premio Manuel Alvar de Estudios Humanísticos 2019 convocado por la Fundación Cajasol y la Fundación José Manuel Lara

Formaron el jurado, reunido el 4 de marzo de 2019:
Antonio Cáceres, Jacobo Cortines, Ignacio F. Garmendia, Alberto González Troyano, Joaquín Pérez Azaústre, Nativel Preciado y Rafael Valencia

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Felipe Benítez Reyes, 2019

© Fundación José Manuel Lara, 2019

Avda. de Jerez, s/n. Edif. Indotorre. 41012 Sevilla (España)

www.fundacionjmlara.es

www.planetadelibros.com

Diseño y maquetación: milhojas. servicios editoriales

Imagen de cubierta: Collage de F.B.R. (Coloreado: Qurro del Olmo)

Primera edición en libro electrónico (epub): junio 2019

ISBN: 978-84-17453-29-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: IC Editorial

www.iceditorial.com